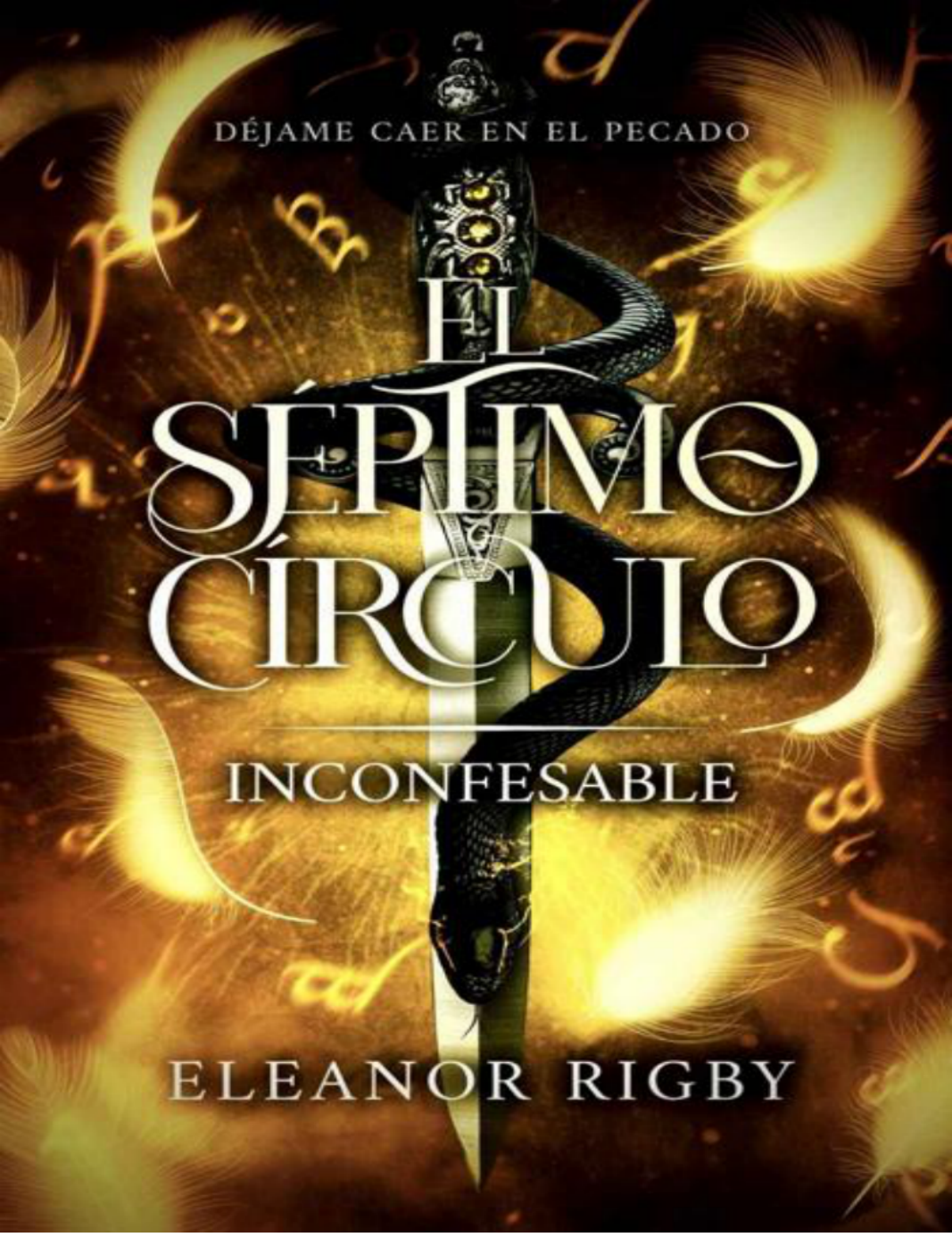
DÉJAME CAER EN EL PECADO
EL SÉPTIMO CÍRCULO
INCONFESABLE
ELEANOR RIGBY

EL SÉPTIMO CÍRCULO INCONFESABLE

© 2022, Eleanor Rigby

Título: *INCONFESABLE: El Séptimo Círculo III*
Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 9798784496942
Sello: Independently published
Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez
Maquetación: Elena Salvador

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante

alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prefacio
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX

Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XVLII
Epílogo
Nota de autora
Glosario de términos

«Tras vuestros daños vendrá el llanto originado por el justo castigo».

Dante Alighieri, *La divina comedia*

Prefacio

No había poder superior al de la Magna.

Diosa del mundo. Señora de la naturaleza. Protectora de los hombres. Se hizo a sí misma y desarrolló su poder a través de la creación de una Idea de lo Perfecto que ya anidaba en su cabeza, que ya representaba con su mero existir. La Magna quería descartar los misterios del universo y construir sobre él un reflejo de lo que Ella misma era. Una sustancia eterna, omnisciente y que todo lo podía. Una materia sin taras... Y todo solo para satisfacer su gran deseo: el de acabar con la soledad, lo único capaz de hacerle sombra.

Pero este poder, encarnado en una raza inferior de seres dotados de vida gracias a su magia —los humanos—, se volvió contra ella. Quiso que la creación heredara cada una de sus cualidades esenciales, pero estas se desvirtuaron al transmitirse. El hombre demostró su ambición desde la tiranía; su confianza, desde un fuerte sentimiento de superioridad; hacía gala de su poder sometiendo a sus congéneres. Y el amor que la Magna había intentado inculcar en sus mundanales súbditos cruzó el límite de la moderación para convertirse en odio. No poseían la virtud de la mesura. No vivían el amor como debía ser. Ahora eran poderosos... Pero también terroríficos, y suponían una amenaza para los demás.

Hubiera sido imposible corregir la desviación a la que tendían los humanos. Ese Bien, tomado como un propósito de justicia individual, ya proliferaba a lo largo y ancho de La Tierra y se acercaba peligrosamente a algo que la Magna conocía y respetaba como némesis: el tentador Mal. Para poner solución al problema solo pudo recurrir a una vía: los protegería de sí mismos.

Desesperada, creó dos razas superiores a la humana pero inferiores a ella misma; dos razas a caballo entre la divinidad y el libre albedrío de fácil corrupción de los mortales. Esta vez, la Magna procuró agregarles debilidades para evitar su rebelión. Se dividirían en *seráficos* y *empíreos*. Los primeros arrojarían luz sobre la faz terrestre y evitarían en la medida de lo posible que la decadente condición humana empeorase notablemente. Los segundos, humanos elegidos por su lealtad y renacidos en el Autem como inmortales, se

encargarían de protegerla a Ella, de acompañarla en forma de séquito que *nunca*, mientras el Mal estuviera controlado, volvería a poner los pies en tierra firme.

Los seráficos demostraron su obediencia cumpliendo con el cometido providencial... pero hubo un grupo de empíreos que la defraudaron. Hubo un grupo de criaturas que sucumbió a alguno de los pecados de los hombres. Y contra estos, herida en el alma, la Magna tuvo que aplicar un castigo.

Los arrojó lejos de su seno, a las inmediaciones de los peores rincones del mundo, donde para ganarse el perdón y restaurar la confianza de la diosa tendrían que cosechar una serie de hazañas con las que demostrar su lealtad infinita. Pero el daño ya estaba hecho: antes del Pacto de Paz, los seráficos odiarían a los pecadores, entendiéndolos como enemigos de su creadora, y los penitentes, como ahora se llamarían esas criaturas empíreas debido a su cambio de condición y evolución al margen de la voluntad divina, se alimentarían de ese desprecio para crear el suyo propio.

Aunque los penitentes estaban en La Tierra para hacer el Bien y así regresar junto a su diosa, ya habían sido condenados. Su destino era fracasar en el camino hacia la redención.

Necesitarían la oportunidad de un alma pura y desinteresada para que la diosa decidiera si merecían el rescate, el perdón definitivo. Necesitarían la llegada de un alma pura que pasara desapercibida y recordase al penitente la belleza del virtuosismo. Y solo una cosa podría lograr eso: solo alguien podía limpiar la negrura de sus almas y elevarlos al Autem, hogar de la Magna... Y esa era la Magna en sí misma, incomparable, inigualable.

La diosa fragmentó su alma y repartió los pedazos por el mundo. Dejó que vagaran a lo largo de los siglos y encontrasen cobijo en cuerpos mortales que los penitentes habrían de hallar por obra del destino en el momento adecuado. Mientras tanto, vivirían a la sombra de un dolor inimaginable, de una maldición individual y cruel que les mantendría vivos en contra de su voluntad.

Ellas, las almas puras, los extractos de la Magna, *las anandhas,* estaban en algún punto del planeta, esperando y reencarnándose sin saber que lo hacían. Eran quienes debían descubrir la forma de llegar a su pecador particular. Y lo harían, eventualmente. Pero mientras tanto los penitentes deberían honrar a la Magna protegiendo La Tierra junto a sus enemigos ancestrales, los seráficos, desde una serie de organizaciones que se encargarían de la protección del mundo conocido. Una de ellas se llamaría El Séptimo Círculo, y estaría compuesta al comienzo de esta historia por siete corazones malditos que aguardan el momento de su iluminación.

Valthessar. Luvart. Abraxas. Xaphan. Samael. Dagon. Renyi.

Guerreros históricos preparados para matar. Para odiar. Guerreros invencibles y temidos incluso por la propia Magna.

Guerreros listos para afrontar cualquier cosa.

Puede que haya llegado la hora de la verdad: el momento de la guerra real. La del corazón. Todos quieren el alivio y la redención, pero un penitente es dueño de una voluntad férrea y no alberga ni una chispa de luz en su alma. Solo rencor. Dolor. ¿Sería capaz de dejarlo atrás y rendirse?

Estando acostumbrado a vivir en la oscuridad, ¿te atreverías a abrir los ojos?

Capítulo I

—No lo necesitamos vivo.

Darda'il detuvo su paseo nervioso al oír el eco de esas cuatro palabras. El chirrido de sus botas al frenar en el pasillo debería haber alertado a los prefectos, reunidos al otro lado de la puerta, pero estaban tan enfrascados en su cotejo de posibilidades que siguieron susurrando.

Gracias al cielo. Entre todas las seráficas de la institución, Darda'il era la que menos podía permitirse una sesión de espionaje. Al menos, no si quería vivir para contarlo.

Pero pensaba llevarla a cabo de todos modos.

En las últimas semanas, la convulsa situación política de La Sociedad había oscurecido el ambiente. No era para menos. No todos los días se deponía al regente de la organización por sus actividades delictivas, categorizadas de alta traición, ni se lanzaba una orden de caza y captura porque el mencionado traidor se había atrevido a huir en lugar de aceptar su destino. Que era nada menos que una decapitación pública.

«No es como para culparlo», pensaba Darda'il al respecto. «Aquí nadie quiere perder la cabeza. A no ser que seas un romántico, pero en ese caso solo la quieres perder en el sentido figurado. Y por amor, no por traición».

Debido a lo insólito de los acontecimientos, ni a Darda'il ni a ningún otro inocente que pasara por delante del claustro, donde estaba teniendo lugar la reunión, le cabría la menor duda de a quién se referían. Los prefectos del Consejo empleaban un tono muy concreto al elucubrar sobre el antiguo regente Aladiah, y Darda'il adoptaba una actitud muy poco prudente cuando se trataba de él. Lo demostraba que se hubiera manifestado en contra de la gestión de los cabeza de clan, le hubiese alzado la voz a la propia diosa y ahora hasta se atreviera a escuchar detrás de las puertas.

Era, como solía decirle su padre, un caso perdido.

—Ahí te equivocas —respondió alguien. Darda'il tuvo que pegar la oreja y concentrarse en eliminar el eco de las palabras para averiguar quién hablaba. ¿El sacerdote Quinto? ¿El empíreo Tronos? ¿El cerdo de Raziel?—. Si le llevamos su cadáver a La Magna, que ya ha manifestado clara debilidad por Aladiah, quién sabe lo que podría ser

de nosotros.

—De darse ese caso, ¿no caería la ira de La Magna sobre la mano ejecutora? ¿Qué culpa tendría el Consejo de que, por un error de principiante, un seráfico cualquiera le hubiera arrebatado la vida a Aladiah?

—Para acabar con Aladiah no basta cometer un error de principiante. Para empezar, no se necesitaría un plan pulcramente trazado para encontrarlo si fuera así de fácil vencerlo. No debe haber salido de Praga y no existe manera de localizarlo... ¡El muy escurridizo!

Darda'il respiró por primera vez desde que había parado su recorrido.

Entonces no lo habían encontrado aún.

Llevaba con el corazón en vilo desde que lo viera partir hacia un destino incierto. El secretismo con el que el Consejo llevaba la captura del regente —*¿exregente?*— no ayudaba a calmar su incertidumbre. Por supuesto, todos los miembros de La Sociedad, fueran del linaje que fuesen y sin importar su relevancia política, debían mostrar su lealtad a La Magna y al nuevo cabeza de la organización saliendo cada día a seguir las huellas del traidor. Pero Darda'il había sido apartada de la búsqueda. No le servía de nada rogar a los que fueran sus compañeros por un escueto informe. Era un favor que no le concederían.

¿Habían encontrado alguna prenda que perteneciera a él? ¿Un escondrijo que visitara y estuviese ahora deshabitado? ¿Un rastro de sangre que indicara que lo habían herido? Nadie estaba por la labor de ofrecerle una perspectiva global de la caza porque así lo había determinado La Regencia. La Regencia *de Raziel*, ese albo ciego y taimado que Darda'il fantaseaba con abofetear hasta el cansancio.

Solo abofetear. Nada que ver con puñaladas o fusilamientos, de lo que la gestión daba a entender que *ella* era capaz. En teoría, Darda'il representaba una amenaza mortal, o eso era lo que Raziel y sus consejeros repetían para tenerla recluida.

«Debes permanecer vigilada hasta nueva orden. Si Aladiah se pone en contacto contigo por la promesa que os unió, habremos de ser los primeros en saberlo para adoptar medidas. Entiéndelo, Darda'il. Ahora mismo eres un elemento discordante en esta organización», le habían dicho.

Acto seguido, la habían encerrado en su dormitorio.

No sabían que Aladiah jamás se comunicaría con ella, porque Aladiah ya no tenía corazón. Y aunque lo hubiera tenido, ni en el más recóndito de sus rincones habrían encontrado espacio para ella.

Darda'il no significaba nada para Aladiah. Tampoco sus sentimientos hacia él. Pero Aladiah *sí* lo significaba todo para Darda'il,

y sentía que era su deber protegerlo.

A su manera. Su manera torpe e inútil, pero de algo serviría..., ¿no?

—Si algún seráfico de la guardia se viera en la tesitura de acabar con él, y esto es, porque Aladiah pusiera la vida del susodicho en peligro —habló entonces Raziel—, sería el deber del Consejo, vosotros mismos, que La Regencia fuera librada de toda culpa. No se la puede hacer cargo de crimen semejante más allá de que el seráfico en cuestión estuviera bajo su responsabilidad. La diosa comprendería que La Regencia no se responsabilizase de los actos de sus convivientes, puesto que su poder no alcanza a la manipulación.

—No, qué va —bufó Darda'il por lo bajini—. La Regencia no es en absoluto manipuladora. La Regencia es más buena que el pan. ¡Es tierna como un chocolatito! *No te jode, Stevie Wonder*.

—¿Habéis oído algo? —preguntó otro de los prefectos.

Ese sí era Quinto, uno de los dos sacerdotes que componían el Consejo de los Doce.

—La orden del regente Raziel. Eso hemos oído —contestó el tercero presente. Tronos había descendido desde el palacio de La Magna, su residencia habitual, para dar su opinión como criatura empírea. Y para la opinión que iba a dar, Darda'il pensó que podría haber cerrado el pico—. Tenéis razón, Sublimidad, pero por si acaso hemos de encontrarlo vivo para darle el juicio que merece. O para que La Magna lo castigue como corresponde. Solo así habremos saldado nuestra deuda y dejado a Aladiah como lo que es ante todos. Un traidor.

«Traidor TÚ, tonto del nabo».

—Pero debemos ser rápidos. El silencio de El Séptimo Círculo me pone el vello de punta. Sospecho que también lo están buscando. En comparación con el trato que se dispensaban el regente anterior a Aladiah y el *rex* Valthessar, más bien agresivo, Aladiah y el mencionado se trataban con cierta armonía. ¿Y si lo quisieran de su parte?

—El Séptimo Círculo no debe preocupar tanto como la prometida Darda'il —intervino Raziel.

El modo en que pronunció su nombre hizo que Darda'il se estremeciera.

—¿Darda'il? Darda'il no es más que una torpona sin gracia alguna. Por favor, si hasta se desconoce su «gran don», ese por el que Aladiah iba a cederle su silla en el Consejo —se burló Tronos.

—Aladiah será un traidor —recordó Raziel—, pero no es ningún idiota. Lo demuestra su gestión en La Regencia y lo bien que ha sabido esconderse de La Sociedad. Si eligió a Darda'il para transmitirle sus habilidades, debe ser, como mínimo, porque es importante para él.

Darda'il dejó de prestar atención al aspecto político de la conversación. Se abandonó a la fantasía que Raziel había pintado sin

saberlo: la de ser remotamente importante para Aladiah.

Sabía muy bien que eso no era cierto, pero unos segundos de ensoñación entre el caos la ayudarían a recuperar la energía.

Quinto se encargó de devolverla a la realidad de un plumazo.

—Más que inteligente, Aladiah era un seráfico bondadoso. Demasiado para ser sabio. Estoy seguro de que eligió a Darda'il como prometida por lástima, por piedad hacia su inutilidad, porque nunca vi afecto de él hacia ella.

No era la primera vez que Darda'il escuchaba al Consejo referirse a sus torpezas en esos términos.

Los prometidos y prometidas de los prefectos, como, por ejemplo, la bella Dahlia, poseían maravillosos talentos. En su mayoría relativos al ocultismo, lo que quería decir que implicaban una visión interdimensional. La mencionada Dahlia tenía el don de la clarividencia. Sus sueños anticipaban el futuro, y era lo bastante sagaz para relatar esa maraña de escenas inconexas de forma que tuviera sentido. Incluso descifrar su significado cuando llegaba codificado. Dahlia era excepcional y estaba prometida a Asaliah, un prefecto cuyo lugar en el Consejo, al igual que el peso de su voto, era reemplazable.

Luego estaba Darda'il, que debía destacar en habilidades para estar a la altura de la grandeza de su regente, pero no acertaba ni una. No descifraba sueños, no podía practicar la inmersión en cuerpos ajenos, la bilocación quedaba muy lejos de sus habilidades secretas, no conocía la magia que la hechicera Sehara había dejado en herencia y ni una gota de sangre seráfica corría por sus venas. Lo único que la vinculaba a La Sociedad era que esta había tocado a su puerta para descubrirle un mundo de criaturas sobrenaturales bajo la excusa de que allí pertenecía.

Darda'il no lo tenía tan claro. Y a juzgar por los comentarios del Consejo, de los que solo Aladiah la había defendido en su día, ellos tampoco.

—El deber de un regente es moderar sus afectos. Aplastar la más mínima preferencia que se pueda experimentar hacia un seráfico. Hasta el ajusticiamiento de su hermana, Aladiah cumplió siempre sus deberes y honró la tradición. Luego solo la diosa sabe qué sucedió con él a nivel interno para que se torciera hacia el progresismo.

«¿Qué va a suceder? ¡Que matasteis a su hermana, desgraciados! ¡Eso te hace de todo en el coco menos cosquillas!».

—Quizá se deba a algo relacionado con la sangre —sugirió Tronos —. Si su hermana era una traidora, ¿por qué no iba a serlo él?

—De la hermana ya no debemos preocuparnos —acotó Quinto—. Entonces, Sublimidad, ¿queréis que mantengamos un ojo puesto en la prometida? ¿No sería más sencillo recluirla y lanzar un mensaje a Aladiah para averiguar si regresa con la amenaza de matarla?

Un escalofrío le atenazó la columna. Intentó no respirar demasiado hondo.

No, eso no funcionaría. La matarían y Aladiah seguiría sin regresar.

—¿Por qué no la quitamos del medio de una vez? —repuso Tronos —. ¿De qué nos sirve?

—La Regencia sospecha de su importancia y cree que su papel será determinante en toda esta historia. Permanecerá cautiva hasta que encontremos a Aladiah... si es que Aladiah no la encuentra a ella antes.

Darda'il dio un paso atrás, irritada.

—Estos capullos no se enteran de nada. ¡Si ellos mismos dicen que soy una torpe que no da ni una! ¡Si acaban de admitir que yo a Aladiah se la traigo al pairo! ¿De qué les puedo servir, si me tropiezo con mis propios pies y balbuceo al rezar? —despotricaba en voz baja —. Vaya pandilla de inútiles. ¿Y esos se supone que son el futuro de La Sociedad? A este ritmo, tendrá que pasar a llamarse *La Surrealidad*, porque esto... surrealista es un rato. ¡Anda que no!

Tomó aire para seguir rezongando, pero una mano le cubrió la boca desde atrás.

Antes de poder luchar por liberarse, se vio arrastrada hacia la oscuridad.

Capítulo II

No importó cuánto se debatió. La mano era de acero, su agarre parecía cemento, y lo que era más: fuera quien fuese, estaba tan convencido de lo que estaba haciendo que sería ridículo intentar doblegar su voluntad.

Le costó sacarla del edificio, aun así, cuando Darda'il clavó los talones para que no la moviera ni un milímetro. La aparición de un par de seráficos que casi los descubrieron también estuvo a punto de truncar su objetivo, pero el captor se camufló entre las sombras y logró escabullirse con gran habilidad.

Una vez bajo las estrellas, el susodicho la soltó como si quemara y la empujó contra la pared sin la menor delicadeza. Entre un mar de sombras atenuado por el susurro de la naturaleza, el destello de unos ojos anaranjados se hizo notar como una explosión en el horizonte.

Darda'il no supo qué fue lo que experimentó al ser el foco de aquella mirada, entre la que detectó una carcajada reprimida. ¿Tenía miedo, sentía curiosidad, o eso era... *atracción*?

—Tú no eres muy avispada, ¿verdad? —Su voz era tan profunda como el magma de sus ojos—. Mira que ponerte a despotricar a gusto a unos tres metros de donde los prefectos deciden sobre tu vida.

—¿Y qué quieres que haga, tío? ¿Que entre con los brazos extendidos como un cristo y les diga que soy toda suya, que me desmiembren si les apetece...? —Cayó en la cuenta de donde estaba y carraspeó—. Disculpa, esa no es la pregunta. La pregunta es quién eres tú y qué haces aquí.

—Me llamo Dagon, y por lo visto he venido a salvarle la vida a una loca.

—¿Dagon? ¿El melenas de El Séptimo Círculo? Pues deja que te diga que tu clan queda un poco lejos de esta zona, y ni tu vida ni la de tus amigos es algo que se valore mucho en La Sociedad estos días. A ver si no vas a ser tú el idiota que se mete en berenjenales a gusto.

—Meterme en berenjenales es una de mis muchas obligaciones, y en cuanto al riesgo que corro por aquí, deja que yo me encargue de mi vida. Me parece que soy la persona adecuada para ello. También me encargaré de la tuya si me dices lo que queremos saber..., *Darda'il*.

El modo en que pronunció su nombre provocó unas graciosas cosquillas en su vientre.

—Te garantizo que te diré muchas, *muchísimas* cosas, porque hablo

por los codos. Y mira qué codos. —Se los enseñó: afilados como todas las articulaciones de su cuerpo—. Pero lo que quieras saber en concreto a lo mejor lo paso por alto, porque se me olvida rápido lo que me pregunt...

—¿Dónde está Aladiah?

Darda'il exhaló bruscamente, indignada.

—¿Esa es la gran pregunta del millón? ¿Crees que si lo supiera estaría aquí, capullo? —le espetó. Luego recordó ante quién estaba, el respeto que debía profesar a las criaturas de El Séptimo Círculo si no quería que le partieran el cuello, y moduló el tono—. ¿Por qué? ¿Está con vosotros?

—¿Te crees que si estuviera con nosotros, estaría yo aquí, capulla? —la parafraseó.

—Supongo que me lo tengo merecido.

—Ninguno de los dos tenemos tiempo para bromas, Darda'il. Y es una pena, porque me encanta reírme. El *rex* me manda porque necesitamos conocer el paradero de Aladiah tan pronto como sea posible...

Un fogonazo de luz iluminó a Dagon por la espalda. El débil parpadeo provenía de un todoterreno, con toda seguridad conducido por un grupo de universitarios. Eran muchos los que se abrazaban al alcohol y echaban sacos de dormir en el maletero para disfrutar de una acampada en la zona.

Poco importó que se aproximaran. Rodearían el edificio de La Sociedad y ni siquiera sospecharían de su existencia, pues permanecía oculto al ojo humano gracias al follaje y a un hechizo de protección. Aun así, el resplandor penetró en el campo de fuerza del complejo y ayudó a Darda'il a hacerse una idea de la criatura con la que estaba hablando.

Lo había visto antes, pero de refilón y solo porque no pasaba desapercibido. Los rizos definidos caían gloriosamente hasta sus estrechas caderas, un rasgo en apariencia femenino que, aun así, no lograba restarle atractivo masculino a su rostro de facciones exóticas.

—¿El *rex* te ha mandado a ti para que te infiltres en La Sociedad? ¿*A ti* en concreto? ¿Es que no había ninguno que no fuera tan reconocible a simple vista? No sé, uno al que el pelo le cupiera en un pasamontañas, como mínimo.

Dagon apartó la mirada, tratando de no carcajearse.

—Dudo que Aladiah te eligiera a ti como prometida porque pasas desapercibida, así que en ese aspecto estamos en tablas. A ninguno deberían escogernos para salir de incógnito, mi bella ricitos de cobre. Pero en mi caso, ya iba tocando. Fui la última incorporación al clan, ¿sabes? Lo que viene siendo la última mierda. Ahora tengo que demostrar mi valía cumpliendo este tipo de misiones más

complicadas.

—¿Secuestrarme es complicado? Por favor, si habría bastado con que me dijeras de ir a comernos unos tacos para sacarme de aquí. No es como si quisiera quedarme para siempre. Todo lo contrario. Qué ganas de decir que voy a por tabaco y no volver jamás, como los padres de los chistes de humor negro.

No pudo verla, pero sintió la sonrisa de Dagon.

—Lo tendré en cuenta para no ser tan brusco la próxima vez. Volviendo a la cuestión..., por favor, si dispones de información, por mínima que sea, del paradero o el estado de Aladiah, has de reportarla a Valthessar a la mayor brevedad. Nos valdrían también tus corazonadas, sitios a los que creas que pueda haber huido, de los que te haya hablado porque fueran importantes para él...

Darda'il buscó entre las briznas de hierba que le acariciaban los tobillos una respuesta que no delatara su escaso saber. Su vergüenza. Pero si tan solo la avergonzara desconocer las intimidades de Aladiah, no sería tan preocupante. El problema era que Aladiah jamás confió en ella, aun cuando el prometido o prometida mantenía una relación muy estrecha con el prefecto que quería transferirle su poder.

Ella, una vez más, era la excepción.

Se percató de que Dagon la había estado mirando con curiosidad, incluso con una pizca de compasión.

—Lo siento. Me temo que conocía a Aladiah tan poco como tú. Y si de algo te sirve mi opinión, una que le habría dado al *repelente* Raziel si me la hubiera pedido, estoy segura al cien por ciento de que Aladiah no acudirá a mí en busca de ayuda, consejo o compañía. Bueno, nunca se puede estar segura al cien por ciento de algo, porque si algo sé sobre los seres humanos, es que siempre te sorprenden. Se salen por la tangente, ¿sabes? Bueno, tú qué vas a saber, si eres un penitente. Tienes de humano lo que yo de hada. Pero ya sabes.

»Y sí, Aladiah no es un ser humano, es una criatura híbrida, tiene la sangre azul de los albos y también la caliente de los mortales, pero a fin de cuentas es un *poquito* mortal, y eso le hace tan impredecible como... como Tom Jones, por decirte un ser humano. Uno que muy mortal tampoco parece, porque menudas escalas alcanza. A mí siempre me ha gustado más como cantante que Frank Sinatra. A Frank Sinatra lo llaman «La Voz», como si no hubiera más voces por ahí, ¡y mucho mejores!

Dagon sacudió la cabeza, como si así pudiera descartar de su monólogo las ideas sobrantes y quedarse con la que valía. No le costó imaginarse sus rizos ondulando como la superficie del mar en movimiento.

—¿Has llamado a Raziel «repelente» en lugar de «regente»?

—Creo que sí. El *repelente* de *La Suciedad.*

Dagon estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Muy bien, Darda'il. Me transmites muy buenas vibraciones. Sospecho que eres tan transparente como pareces, así que voy a hablar con la claridad que merece una persona de tu carácter. Si Aladiah contacta contigo como tus queridos jefes presuponen, vendrás a verme... Es decir... *a ver a Valthessar*, y se lo comunicarás. ¿Me has entendido?

Darda'il no ocultó su irritación al recibir la orden. Tampoco su extrañeza. Habían estado hablando como buenos amigos, ¿y de pronto sacaba la pistola y la ponía sobre la mesa?

—¿Por qué iba a hacer yo tal cosa? ¿Porque eres un penitente de El Séptimo Círculo? Pues perdona que te lo diga, pero eso a mí ni me va ni me viene. Si me tomo por el pito del sereno la autoridad de La Regencia, ¿qué te hace pensar que a ti sí te voy a obedecer, por mucho que pronuncies tus mandatos como si tu palabra fuera ley? Y antes de que me digas que podrías matarme en cualquier momento debido a tu poder milenario, a tu antigüedad y a tu belleza divina, que sepas que eso no es en absoluto diferente a lo que pretenden hacer conmigo en este lugar. Así que intenta sorprenderme con otra amenaza, una que no haya asumido ya con toda naturalidad.

Dagon estrechó la mirada, dos franjas como el horizonte vesperal.

—¿Qué tiene que ver mi belleza en todo el asunto?

—Además, ¿qué te crees? —continuó, ignorándolo. Ya había cogido carrerilla—. ¿Que vendería a mi regente? ¿Que lo arrojaría al peligro sin miramientos en el caso de que confiara en mí para revelar su posición? Estás muy equivocado. —Alzó la barbilla con soberbia—. Yo soy y seré fiel hasta la muerte a Aladiah, y si para protegerlo he de morir, a manos tuyas, a las enguantadas con látex que se ponen tus amigos o a las de Mickey Mouse...

—¿Por qué Mickey Mouse?

—No sé. Cuando pienso en manos enguantadas, me imagino a Mickey Mouse. Lo que quiero que te quede claro es que no existe ningún motivo por el que yo debiera traicionar...

—Nos vas a decir dónde está Aladiah porque solo nosotros podremos protegerlo —interrumpió, no tan cansado de su verborrea como Darda'il se había imaginado. La adorable exasperación de Dagon le recordó a la de Aladiah, que la daba por perdida pero nunca por insoportable—, ¿entendido?

Darda'il fue a quejarse. Le habría preguntado quién demonios se había creído que era, pero lo cierto era que no solo podía creerse quien quisiera, sino que era lo suficientemente relevante en la historia de las razas para hablar con esa potestad.

Dagon no se quedó a hacerle compañía. Tampoco a calmar sus alterados nervios. Lo supo porque sus botas arrancaron suspiros

resignados a las briznas que iba pisando. Tuvo que ser Darda'il la que lo siguió, de pronto aterida por su propia soledad, y lo detuvo con un tímido «espera».

Dagon aceptó su petición y aguardó a que se manifestara. Su presencia, como la de cualquier otra criatura sobrenatural, cortaba el aire de manera distinta: hacía que se enredara en su cuerpo y empezara a soplar en dirección contraria, como si hasta la naturaleza hubiera asumido que no podía atravesarlo ni derrumbarlo.

—¿Y no puedes...? —Tragó saliva—. ¿No puedes protegerme a mí también?

Volvió a invadirla la extraña impresión de que le estaba sonriendo.

—Claro que puedo. Puedo y lo haré. Pero tienes que esperar.

—¿A qué? ¿A que me maten? —gimió, desesperada—. ¿Y qué hago mientras tanto? ¡Si yo no sé hacer nada!

La sensación de que alguien le tiraba de uno de los rizos la acalló. ¿Había sido él? ¿Dagon el penitente, *el melenas*, le acababa de tirar del pelo cariñosamente?

—Espera a ser salvada —resumió con voz queda, aunque en su tono detectó algo de la familia de la coquetería. Soltó el mechón, que le fue devuelto con un aroma que no era el suyo. Uno que debía ser el de él —, pero no te preocupes sin necesidad.

»Un pajarito me dice que algo de hada sí que podrías tener, Darda'il.

Capítulo III

—Teléfono de la esperanza, ¿en qué puedo ayudarle?

El llamante se arrebujó en el interior de su chaqueta, creyendo que así alejaría el frío que le calaba los huesos. Como si tuviera algo que ver con la temperatura, más que agradable en el interior de la cafetería de barrio que había elegido para caerse muerto.

Atribuyéndose la propiedad de la chaqueta estaría faltando a la verdad. Alguien se la había echado por los hombros un par de días atrás. O eso creía él, porque dudaba que la hubiera arrastrado el viento. Solo sabía que, tras una larga jornada deambulando por Malá Strana, paranoico por los mercenarios que le pisaban los talones y las voces lejanas que torturaban sus oídos, se había recostado contra la farola de un callejón por donde solían cruzar los turistas. Unas horas de sueño más tarde, el frío de noviembre había remitido gracias al regalo de algodón. Ese generoso *alguien* debía doblarle en peso, porque le sobraban un par de tallas. También tenía que ser un fervoroso fanático de los deportes norteamericanos. Le sonaba su nueva beisbolera azul marino de haberla visto en una de las enormes televisiones de bar yanqui que retransmitían los partidos.

Debía ofrecer un aspecto patético con los vaqueros raídos, el uniforme de bateador de banquillo, una camiseta de tienda de souvenirs y una gorra de los Knicks calada hasta las cejas.

—*¿Hola?* —repitió la voz femenina. A diferencia de otras operadoras, a las que a primera frase había percibido hastiadas de su trabajo, sonaba dulce. Joven. Debía ser nueva—. *Teléfono de la esperanza. ¿Puedo hacer algo por usted?*

Llevaba días sin hablar. Tal vez semanas. Había perdido la cuenta. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por aclararse la garganta y preguntar, con la voz cascada:

—¿Podría matarme?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, pero fue mínimo. La operadora debía estar acostumbrada a esa clase de reclamos, porque se recompuso enseguida.

—*¿Disculpe? Creo que no le he entendido bien.*

—Necesito... —Se humedeció los labios agrietados—. Necesito que me mate.

—*¿Es una broma? Porque cada día llaman unos cuantos graciosos creyendo que me van a hacer la mañana y no saben cuánto se equivocan.*

Está ocupando la línea cuando una persona en necesidad podría... —Se calló de pronto, como si alguien la hubiera interrumpido para darle instrucciones. Quizá algún superior le pedía que no perdiera la paciencia con esa facilidad. La oyó carraspear y volver a la carga con tacto—. *¿Desde dónde llama, señor? ¿Está usted solo?*

El vagabundo miró alrededor.

No se le caían los anillos por admitir que en eso se había convertido. En un pobre desharrapado. Un alma en pena que daba bandazos por las calles de una capital europea. A veces provocaba a los grandullones de aspecto peligroso que se cruzaban en su camino, esperando que le sacaran una navaja o lo dejaran inválido de una paliza. Pero suponía que su estampa desvalida nunca le valdría el apodo de alborotador. Desde que un transeúnte lo empujara por el hombro con violencia, al grito de «puto mendigo de mierda», no le había quedado otro remedio que empezar a pensar en sí mismo como nada menos que eso.

Un puto mendigo de mierda.

No le alegraba catalogarse de un modo u otro en función de como lo habían hecho los demás —y era obvio que todos se referían a él como tal, juzgando por las miradas recelosas que le dirigía la clientela de la cafetería—, pero ¿qué otro remedio le quedaba? Prefería ser el limosnero de la Ciudad Pequeña que lo que había sido hasta entonces: una marioneta a merced de leyes absurdas y condenado a languidecer bajo el yugo de un ser superior. Ese ser superior que lo habría vendido por piezas si él no hubiera huido a tiempo.

Era un placer no ser nadie. El nadie del distrito cinco, hasta que pasara a serlo de la Ciudad Vieja, la Ciudad Nueva o el barrio judío, pues no podía aposentarse cómodamente en ningún lado.

No estaría a salvo si no llevara una vida nómada.

—*¿Señor?* —insistió la joven—. *¿Hay alguien con usted en este momento?*

Sus labios se torcieron en una mueca que pretendía ser una sonrisa. Pero la sonrisa, en el caso de querer llamarse así, se desinfló enseguida.

—No, señorita. No hay nadie a mi lado ni tampoco de mi parte. Pero no la llamo porque quiera amistades.

—*¿Qué es lo que quiere, señor?*

—Quiero que acabe con mi vida. He intentado hacerlo yo mismo... —Jugueteó con el borde de la manga de la beisbolera y miró de reojo las cicatrices blanquecinas que se alineaban de muñeca hacia arriba. Había algo en su contemplación que le embelesaba, la voluptuosidad del dolor autoinfligido—, pero mi condición me impide morir si no es sacrificándome por otro. Y parece que no puedo sacrificarme a mí, por y para mí, porque yo no valgo como «otro». No tengo ese valor

humano.

—Señor, escúcheme. Soy consciente de que lo que le voy a pedir es más de lo que podrá permitirse, pero no vuelva a intentar hacerse daño. Espere a que lleguemos y entonces hable con nosotros. Estoy segura de que podremos ayudarle. Dígame una dirección y estaremos allí lo más pronto posible.

El vagabundo se fijó en la cara de malas pulgas del propietario. Abrillantaba un vaso con un paño tan sucio como la roña que le enmohecía las uñas, y aun así se atrevía a mirarlo *a él* como si desluciera su local. La madera de la barra estaba plagada de muescas, dejadas seguramente por adolescentes con el deseo de reivindicar con sus iniciales que una vez estuvieron allí. De fondo, casi a desgana, sonaban éxitos musicales entre los sesenta y los ochenta. El olor a café flotaba en los escasos cincuenta metros cuadrados, en los que se habían repartido una pareja adulta sin nada que decirse, un solitario octogenario que batallaba con su *smartphone* y una mujer con mucha prisa.

La miró en su precipitado camino a la barra, donde soltó lo equivalente a un café vienés, ruborizada por la vergüenza de desayunar en un lugar tan poco lujoso cuando todo apuntaba que trabajaba para una gran corporación. Si algo había aprendido en su breve paso por la ciudad, era que los humanos solían vestirse acorde a su posición. Y la posición de esa mujer debía ser importante.

La siguió con cierta curiosidad. De un tiempo a esa parte, observaba a las mujeres como si nunca las hubiera visto antes, lo cual era una verdad a medias.

—¿Cuánto le queda a la llamada? Lleva un buen rato hablando. Ha dicho que no tardaría más que unos minutos.

La operadora oyó el bramido del propietario y suspiró, aliviada.

—Me alegra saber que no está solo. Si lo desea, puede pasarle el teléfono a su compañía. Mandaremos un psicólogo de urgencia. A un médico también, si está herido.

—No necesito un psicólogo de urgencia. Necesito desaparecer. —Aferró el teléfono de forma imperceptible—. Me están siguiendo. Y tarde o temprano me van a alcanzar.

—¿Quién le sigue? ¿Cree que puedan hacerle daño?

Ya no sonaba preocupada. Sonaba como si ya lo hubiera diagnosticado.

«Otro con manía persecutoria», debía estar pensando.

El vagabundo volvió a sonreír de ese modo escalofriante. Incluso el propietario, con sus desdenes y su tendencia al exabrupto, agachó la cabeza al cruzar miradas con sus ojos vacíos.

—No pueden hacerme más daño, señorita, así que no es el dolor lo que temo. Ni siquiera me da miedo el cautiverio. Temo que se salgan

con la suya una vez más.

—*¿El cauti...? Señor, ¿me está diciendo que ha sido secuestrado? —Empezó a hablar atropelladamente—. No es este teléfono al que debe de llamar, sino a la policía. Tiene que ponerse en contacto con alguien que pueda ayudarle, ¿entiende? Mis recursos son más bien escasos, estoy limitada por todas partes y no tengo poder alguno sobre las fuerzas que podrían... Ni siquiera sé si podrían escoltarlo o...*

—Puede que tenga razón. La policía no pondrá problemas si le demuestro que merezco morir.

—*Señor... Por favor, dígame su dirección y llegaremos tan pronto como podamos. ¿Cómo se llama?*

—¿Cómo me llamo, dice?

—*Sí. ¿Cuál es su nombre?*

Su nombre. Tendría que forzar la mente, desempolvar sus rincones ocultos para recordarlo, y nada más lejos de su intención. Enterró las siete letras en la bruma de su memoria. Su memoria *racional*, el único instrumento de poder propio que podía controlar. El que no le habían arrebatado y gracias al que aún sobrevivía.

En la memoria estaban sus habilidades, la estrategia aprendida en la organización protectora a la que sirvió, los movimientos de lucha, y, sobre todo, se hallaban allí almacenados los recuerdos que le instaban a seguir huyendo.

Fueron todas esas habilidades, dones paranormales, incluso, las que le hicieron saber que no estaba solo. La paranoia lo acompañaba allá donde iba, pero cuando notó una mano sobre el hombro, supo que esta vez las corazonadas no le habían mentido.

Mano firme, dura como una roca, pero de alguna manera también amable. No tuvo que esforzarse para identificar la voz masculina que le saludó con camaradería.

—Hasta que por fin te encuentro, Aladiah. Sabes dónde esconderte, ¿eh?

No se dejó desorientar por el deje amistoso, el falso respeto con el que pretendía darle a entender que le ayudaría a salir de allí por su propio pie. *Ah, no. Saldría de allí con los pies por delante, de eso estaba seguro.* Debajo de la mención de ese nombre al que había renunciado, ese nombre que ya no lo invocaba a él, había un imperativo. Y la mano amable ejercía una presión muy concreta: la de volver al lugar del que se había marchado.

Aladiah no se lo pensó. Estiró la espalda, hasta el momento curvada sobre la barra para mantener el bajo perfil.

—*Rex* Valthessar —pronunció, arrastrando las letras.

—¿No crees que va siendo hora de que nos acompañes?

—En un momento —pidió, sin girarse. Apuntó al techo con el dedo índice—. Ahora viene el solo de saxofón de la canción y me gustaría

escucharlo hasta el final.

Se imaginó al *rex*, con su impresionante planta de guerrero egipcio y sus ojos oceánicos, aguzando el oído para descifrar la letra de *Just the Two of Us*. Grover Washington Jr. no debía ser de su gusto, porque arrugó el ceño, pero la respuesta había servido para despistarlo.

Aladiah dio la impresión de girarse despacio, pero no se movió más que un milímetro. Lo suficiente para medir para sus adentros la distancia entre su brazo y el rostro del *rex*.

Sin pensarlo dos veces, le lanzó un codazo al centro de la cara que le hizo retroceder varios pasos y caer de espaldas. Se oyeron los gritos e imprecaciones de algunos clientes; incluso el chirrido de una silla, indicador de que alguien iba a asistir a Valthessar.

O a perseguirlo a él para que no se saliera con la suya.

Aladiah pasó por encima de él a la velocidad de la luz, sin darle tiempo a reponerse. Sonreía, indolente, al empujar la puerta de cristal.

«Pues si quiere cazarme, que se ponga a la cola».

Capítulo IV

La persecución no iba a acabar ahí. Lo sabía tan bien como que tenía diez dedos en las manos para acabar con el que se interpusiera en su camino. Una criatura de la diosa Magna no podía dejar el mundo ardiendo y marcharse sin mirar atrás. Él ya lo había conseguido una vez: le costaba imaginarse lográndolo una segunda. Pero se preparó de todos modos para enfrentarse al resto de la tropa.

No le extrañaba que los penitentes de El Séptimo Círculo se hubieran unido a la caza del traidor. Aunque antaño este clan hubiera sido la organización enemiga de La Sociedad, quien había puesto precio a su cabeza, ahora habían unido fuerzas por un bien mayor. Para tener contenta a la diosa Magna. Para acabar con los enemigos de la raza.

Enemigos como él.

Suerte que eran reconocibles a simple vista, y ahora que Aladiah no tenía que preocuparse de nada más que de sí mismo, podía concentrar todas sus energías en aguzar los sentidos.

Los siete miembros de El Séptimo Círculo eran un puñado de tipos duros, pecadores que luchaban por el perdón de la diosa. El Aladiah de antaño los tenía por honrados, pero ahora le parecían lameculos. Los que no vestían de negro, se hacían llamativos a simple vista potenciando algún rasgo fuera de lo común. Pero incluso si no fueran uniformados ni se cortaran el pelo de forma estrambótica, Aladiah los localizaría por el rabillo del ojo sin dudarlo. Porque todos eran altos, desafiantes. Porque todo en ellos gritaba que no pertenecían al mundo humano más de lo que pertenecía él mismo.

Aladiah pasó por delante de los dos penitentes recostados contra la pared. No se movieron de donde estaban al verlo salir de la cafetería. El rubio de la barba vikinga estrechó la mirada, como si le costara reconocerlo; el sabino de piel oscura, una increíble bestia sanguinaria, reaccionó antes saliendo del cobijo del toldo de una tienda de dulces.

—Me halaga que os hayáis arriesgado a salir a la calle a buscarme cuando brilla el sol —les dijo Aladiah. Se quitó la gorra para hacer una burlona reverencia victoriana, y a continuación se la arrojó al pecho al vikingo—. Quédatela, Samael. Te hará falta para seguirme si no quieres que te salgan manchas en la cara.

Aladiah tenía sus perfiles tan bien estudiados que no le costó

despistarlos. Especialmente porque no se habían molestado en armarse para la búsqueda, lo que le habría enfurecido consigo mismo si hubiera conocido la emoción. ¿Tan ridículo había resultado siempre con su ciega adoración hacia la Magna, su respeto hacia las normas, que todos dieron por hecho que regresaría al cadalso y sin oponer resistencia si se lo pedían por favor?

Samael reaccionó más rápido que Abraxas, su intimidante compañero. Abraxas era letal en las distancias cortas, pero le faltaba agilidad. En cuanto Aladiah echó a correr calle abajo, sin jadear ni derramar una sola gota de sudor, Abraxas quedó rezagado. Samael tampoco estaba preparado para la expedición. Lo seguía, pero lanzaba maldiciones porque el sol le achicharraba cada centímetro de piel expuesta. Aladiah se rio al mirar atrás y confirmar que se había calado la gorra de los Knicks.

De poco le sirvió, aun así. Había sido una galantería tramposa. Cuando Samael estuvo a punto de abalanzarse sobre él, Aladiah torció por una calle que sabía que llevaba a una tienda de espejos. Las muestras del escaparate, en las que se reflejaba la luminosidad de la mañana, cegaron a Samael igual que si hubiera mirado al sol directamente. Tuvo que retroceder con los brazos cubriéndose la cara, donde no dudaba que su peor enemigo dejaría marcas.

Abraxas tomó el relevo de Samael en cuanto se rezagó para huir de la luz. El sabino no sufría de esta condición porque La Magna, quien condenó a los penitentes a las alergias al sol, perdonó sus delitos años atrás; perdón encarnado en una mujer amorosa que ya no estaba a su lado. La condición de viudo no conmovió a Aladiah a la hora de pensar en cómo quitárselo de encima, sin embargo. Se encaramó al alféizar de la ventana de un primer piso y utilizó los ganchos e irregularidades del enladrillado del edificio para escalar hasta el segundo y el tercero.

Abraxas intentó copiar sus movimientos, pero si finalmente conseguía equilibrarse, caería por su propio peso. Lo único que consiguió fue cerrar el puño sobre el borde de su beisbolera. Aladiah lo miró por encima del hombro, aferrado a las tejas de la casa, y le guiñó un ojo mientras se la desabotonaba. Abraxas no reaccionó a tiempo, y al perder el agarre de la chaqueta ceñida a su cuerpo, cayó desde el tercer piso armando un alboroto de preocupación entre los transeúntes.

Eso sí. Ahora tenía una beisbolera de su talla.

No se quedó mucho tiempo a admirar su obra. Aladiah solo tenía un objetivo: perderse de vista. Aprovechó que una de las ventanas del piso estaba abiertas y se infiltró de un salto.

Se topó con un salón que parecía una caja de galletas. Una pareja de universitarios se hacía carantoñas en un sofá desvencijado. Veían la

televisión plácidamente, arropados por una manta y, por lo poco que Aladiah pudo ver, desnudos bajo esta.

La chica gritó. El chico empalideció.

—¿Quién eres tú? ¿Qué coño haces aquí?

—Voy a necesitar que me prestes ropa.

—Y una mierda. Lárgate o llamo a la policía.

Aladiah se adelantó hasta el sofá. Fue una lástima que no bastara con la entrada apoteósica o el avance letal para espabilarlo; de lo contrario, no habría sido necesario aferrarlo del cuello hasta levantarlo unos milímetros del suelo.

—Llamar a la policía te va a resultar complicado desde aquí arriba.

Señaló el teléfono inalámbrico que reposaba sobre una mesilla de café. Antes de que la chica se abalanzara sobre él, cosa que hizo con precipitación, Aladiah lo alcanzó con la mano libre y lo hizo añicos con solo apretarlo por los costados.

Arrojó los restos de cables y plástico a sus pies y la miró, inexpresivo.

—No es que me den miedo las fuerzas del estado. Más bien me cansa la burocracia. Será incómodo no tener datos que darles cuando me pregunten dónde vivo o cómo me llamo para hacerme una ficha criminal.

El chico, por su parte, se aferraba al brazo de Aladiah para no asfixiarse. Al palpar los relieves de las cicatrices que salpicaban la cara interna, señal de su desprecio a sí mismo, perdió del todo el color y empezó a balbucear. Aladiah no entendió nada de lo que dijo, pero la chica, bastante más espabilada, desentrañó sus órdenes y echó a correr fuera del salón.

En su huida, se dejó la manta sobre el sofá. Aladiah atinó a captar una porción de carne pálida.

—P-p-por favor —tartamudeó el chico. Tenía los ojos inyectados en sangre. Su rostro empezaba a amoratarse—. N-n-no le hagas d-d-daño a Lexa.

Aladiah estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Verle la cara a la muerte confundía a los débiles de espíritu: aquel en concreto hablaba de sí mismo en tercera persona... o esa fue su primera conclusión. Cuando la desconocida reapareció con toda clase de prendas de ropa, decidida a sobrevivir, se preguntó si no sería ella Lexa.

No tendría sentido.

¿Por qué un hombre se preocuparía por una vida ajena antes que la suya propia?

—Tienes de todo. Vaqueros, jerséis, chaquetas, camisetas interiores... Y dos gorros. —Lo dejó todo sobre la mesilla baja del salón, donde habían acumulado tazas de café vacías y folletos de

eventos culturales.

Aladiah le sostuvo la mirada, y tal y como le pasaba a todo aquel que se paraba a desafiarlo o solo a prestarle su ayuda, la chica retrocedió y apartó la cara tan aterrada que su expresión quedó irreconocible.

«No le hagas daño a Lexa».

¿Qué tenía esa Lexa que la hacía digna de seguir viva? La miraba y no veía nada que le pareciera especial. Por fortuna para el tipejo, eso tampoco significaba que fuese de su interés quitarle la vida. Aladiah no quería que corriera la sangre, ni la inocente ni la culpable. Aladiah solo quería que corriera la suya propia, pero no permitiría ni en mil años que fueran La Magna u otro de sus secuaces quienes la derramaran.

El chico perdió el conocimiento en cuanto Aladiah lo soltó sobre la alfombra, hecho un lío de extremidades y con el rostro enteramente azul.

Lexa se arrodilló para asistirlo como si Aladiah no existiera.

—Necesito perfume.

Lexa lo fulminó con la mirada.

—Pues búscalo, hijo de puta.

Ni se inmutó por el insulto. En su lugar, se inclinó para olisquear el cuello de Lexa.

—Quiero el tuyo. Es lo bastante penetrante para ocultar mi olor.

Ella no le hizo el menor caso. Sostenía la cabeza inerte de quienquiera que fuese el chico y le hablaba en susurros para hacerle reaccionar. Esos susurros iban en crescendo, convirtiéndose en alaridos de pánico y ruegos por que volviera en sí mismo. Aladiah, que no tenía tiempo que perder, le propinó un puntapié en el costado y le tiró del pelo para obligarla a prestarle atención.

—¿Vas a traerme el perfume, Lexa?

Unos segundos después, más de los que habrían sido de su gusto, Aladiah seguía las indicaciones que Lexa le había dado hecha un mar de lágrimas: las escaleras que daban a la azotea podían encontrarse a mano derecha. No confió en ella más de lo que confiaba en que El Séptimo Círculo le dejara en paz. Confió tan poco como en su disfraz, pues una sudadera de la universidad, unos tejanos oscuros, un gorro de excursión a la sierra y una bufanda con los colores de una casa de Harry Potter no servirían para ocultar el hecho de que no era humano. Y tal y como había previsto, al saltar de una azotea a otra, se topó de frente con el único penitente adaptado a los tiempos modernos.

Llevaba el largo cabello recogido en un moño alto y lo encañonaba con dos modelos Glock, una en cada mano.

—¿Por qué no te dejas de payasadas y te vienes con nosotros?

—Me parece curioso que me diga que me deje de payasadas un tipo

que lleva un kimono naranja.

Dagon lanzó un silbido admirativo.

—Caray, sí que te ha pasado factura el hechizo que te echaron. «Abracadabra» y se acabó lo que se daba, ¿eh? Qué lástima, con lo que nos gustaba tu gloriosa educación.

—Supongo que a mí también me gustaba, pero contrario a lo que se dice, la educación no te abre muchas puertas. Solo hay que verme para saber que te las cierran en las narices, por ponerlo de forma poética.

Los rasgos exóticos —hasta cierto punto aniñados— de Dagon se endurecieron.

—Por eso te cuelas por las ventanas y estrangulas hasta la muerte a un pobre chaval, porque te cierran las puertas, ¿no?

—En un rato despertará en perfecto estado. Yo no mato a la gente. Ni la encañono, por cierto. —Ni siquiera sonó preocupado porque lo creyera. Se limitaba a darle conversación mientras estudiaba alternativas de huida—. Hago lo que debo para sobrevivir.

Dagon enarcó las cejas cobrizas, dos gruesas franjas de vello que daban más expresividad si cabía a sus ojos color ámbar.

—¿Sobrevivir? Por la diosa, Aladiah, ¿qué crees que vamos a hacer contigo? No te vamos a encadenar en el sótano, ni te vamos a poner a limpiar o a abanicarnos con hojas de palmera. Solo queremos hablar. Buscar soluciones que nos beneficien a todos.

—No me parece que tengamos nada que decirnos.

—Pues me han dicho que te tengo que llevar a casa, aunque sea por las malas. Así que...

—Si me disparas —interrumpió, acercándose a él—, voy a utilizar los nanosegundos que la bala me dará de ventaja para detenerla con mi pecho. Y si lo que queréis es hablar conmigo, muerto no os serviré de mucho, así que yo que tú me lo pensaría.

—Estas balas no pueden matar a un seráfico. No seré un lumbreras, pero tampoco me chupo el dedo, Aladiah. Con inmovilizarte tendremos suficiente.

»A ver cómo haces *parkour* ahora.

Y le disparó directamente al tobillo, sin vacilar. El chasquido del gatillo cortó el aire, pero gracias al silenciador, el sonido pasó desapercibido. La sirena de la ambulancia que habrían pedido para Abraxas, Samael o Valthessar fueron todo lo que se escuchó mientras Dagon esperaba a que Aladiah aullara de dolor.

Pero no hubo dolor. Aladiah notó la bala perforándole el músculo, raspándole el hueso. La supo insertada en la articulación, en el espacio justo para que no le quedara más remedio que dejarse arrastrar por el captor de turno hacia su destino. Pero solo un sufrimiento físico e inenarrable podría haberlo detenido, y hacía tiempo desde que

Aladiah no sentía el escozor de las heridas reflejado por dentro. No sentía *nada*.

Ante la mirada boquiabierta de Dagon, siguió avanzando hacia él. De una bofetada humillante, Aladiah le hizo soltar las armas. Cayeron sobre el suelo de la azotea con un sonido sordo, el mismo tipo de gorjeo que el penitente emitió cuando Aladiah lo agarró de la mandíbula.

—Un poco sí que te lo chupas, Dagon —susurró—. El dolor es una experiencia sensorial y emocional, y cuando a uno le perforan el alma, le arrancan la capacidad de sentir. Y ahora cóseme a tiros, si tanta ilusión te hace, pero no verás lágrimas caer ni tampoco conseguirás detenerme.

Lo empujó por la misma mandíbula. La inercia lo lanzó de espaldas al suelo.

Mientras Dagon se reponía del asombro, Aladiah se hizo con una de las pistolas y la guardó en el interior del vaquero.

Después le sonrió sin vida.

—Te dejo una porque a los aliados nunca se les abandona en el desamparo. Pero eso de llevar dos encima... —Chasqueó la lengua—. ¿Es que no te ha enseñado tu diosa que la acumulación es un pecado de avariciosos?

Antes de dejarse caer desde el último piso, confirmó que uno de los cuatro frentes daba a un callejón.

Los callejones oscuros habían sido sus aliados desde la huida. Aunque allí siempre buscaban, eran pocos los que veían. Les parecía un escondrijo demasiado obvio. Nadie sabía que, para no ser visto, había que ponerse en primer plano.

Aterrizó sobre el toldo desmadejado de un negocio que se había ido a pique. Lo hizo de pie y con elegancia, como una bailarina después de un *grand jeté*. Saltó sobre el contenedor de reciclaje, luego plantó los pies en tierra firme y retomó su camino con toda la normalidad que cabía esperar cuando uno llevaba una Glock entre los pantalones.

Pero los penitentes salían de todas partes.

Valthessar le cerró el paso con su pecho de hierro antes de que cruzara a la calle de enfrente. Aladiah estaba oculto por las sombras del callejón; al *rex* lo iluminaba el sol desde arriba y por detrás, realzando el moreno bruñido de su piel.

A él no le afectaban ni la temperatura ni las horas del día. No se le conocía debilidad más que una sola: su *anandha*, Mara. Y Mara no estaba en ninguna parte cercana para que Aladiah pudiera usarla en su contra.

—Parece que te has hecho daño —comentó Aladiah, señalando su nariz hinchada—. Un buen golpe, si se me permite la acotación.

—Sí, señor. Muy bueno. Me alegra comprobar que algo positivo ha

salido de todo esto, regente Aladiah: has aprendido a ser un poquito travieso, que falta te hacía. Espero, también, que te hagas cargo de las consecuencias de tus actos cuando lleguen.

Si le gustara el juego sucio, las persecuciones o las guerras de guerrillas solo la mitad de lo que se divertían los penitentes, Aladiah habría alargado la conversación dando círculos alrededor del *rex*. Despedía dopamina, testosterona; estaba ansioso por una buena gresca. Pero él solo quería barrerse del mapa, así que extrajo el arma del bolsillo y la plantó en el vientre de Valthessar de modo que nadie excepto él pudiera percatarse de la amenaza.

—Para cuando lleguen esas consecuencias tuyas, yo ya estaré muy lejos de aquí.

—Y yo más lejos todavía, ¿no es así? —Estrechó la mirada, dos finas líneas azules como el océano—. ¿En eso te has convertido? ¿En un engendro capaz de matar a alguien de su propio bando?

Aladiah lamentó su ignorancia meneando la cabeza.

—En mi bando solo estoy yo.

Apretó el gatillo con la única esperanza de dejarlo inconsciente. Solo lo suficiente para saltar por encima y escabullirse al rincón de las cloacas donde pasaba las horas de mayor riesgo; esas horas en las que las calles de Praga se llenaban de seráficos de incógnito, todos ellos armados hasta los dientes, preparados para acabar con él.

Pero la cámara de la Glock estaba vacía, como comprobó al oír su débil chasquido.

Valthessar sonrió de oreja a oreja.

—Veo que has cogido la que no tenía balas. Siempre le digo a Dagon que es una ridiculez llevar dos armas si una no sirve, pero me acaba de demostrar que su ley de Murphy particular tiene su sentido: si el enemigo te birla un arma, siempre va a ser la que no está cargada.

Aladiah ni se inmutó. Dejó caer el arma al suelo, ni derrotado ni afectado, y enfrentó a Valthessar.

—Conozco el terreno en el que me muevo. Vosotros no estáis acostumbrados a las calles de Praga más allá de los polígonos, y yo llevo semanas aprendiéndome sus puntos ciegos. Conozco vuestras debilidades. Las he estudiado durante años para reduciros en un segundo, como ya te reduje una vez con un simple dardo afrodisíaco. Conozco a las que son vuestras mujeres. Convertirme en un asesino no entra en mis planes, pero haré lo que sea necesario por mi libertad, y si he de utilizar inocentes como señuelo, así será. Tienes todas las de perder, *rex* Valthessar, porque ni si me capturas y me confinas para siempre conseguirás lo que sea que vienes buscando.

Valthessar lo escuchó inexpresivo. Había sido elegido como cabeza de clan por razones obvias. Remitiéndose a los conocidos puntos flacos

de los miembros de El Séptimo Círculo, podía imaginarse a la inmensa mayoría montando en cólera y tomando decisiones en caliente que luego se lamentarían. Él era el único lo bastante frío —sin llegar a ser indiferente— para manejar una situación tan peliaguda.

—Siendo así... Praga es tuya. —Valthessar se apartó dando una gran zancada hacia el costado. Le señaló el mundo infinito con un vago gesto—. Pero no por mucho tiempo, Aladiah. No soy el único que te está buscando; solo el único que te quiere vivo.

Aladiah sonrió para su coleto, una sonrisa inerte y despiadada hacia sí mismo.

No se equivocaba. Era el único que lo quería vivo, porque ni siquiera él se quería a sí mismo respirando.

Esquivó al *rex* con la misma sensación inapetente que lo había acompañado desde que abrió los ojos esa mañana. Se había sentido ajeno y vacío durante la persecución, durante los golpes, los alaridos, las breves charlas plagadas de advertencias. No esperaba que la guerra fuera excitante. Ya no esperaba nada, en realidad. Vivir forzado a servir a una diosa que le había arrebatado su preciada identidad era inaceptable, pero la vida en libertad tampoco se le antojaba lo bastante apetecible como para tomarse las molestias de luchar.

Por eso no se apartó cuando un Bentley dio un acelerón en el momento en que cruzaba la acera. Lo había visto por el rabillo del ojo: ese coche se dirigía hacia él con ningún otro objetivo que inmovilizarlo, porque matarlo sería imposible. Lo que no vio fue quién lo conducía, pues los cristales tintados ocultaban su identidad. Pero supo que el perpetrador pertenecía a El Séptimo Círculo, porque lo último que captó antes del impacto fue el gesto del *rex* de cruzarse de brazos para observar el crimen.

La colisión del morro del coche en las costillas le robó el aliento. Lo lanzó varios metros por el aire. Aterrizó contra el escaparate de cristal de una tienda de lámparas; los añicos de cristal colorido que decoraban las muestras de exposición se le hundieron en la carne, pero Aladiah siguió sin sentir nada. Solo un intenso pitido en los oídos, la sangre agolpada en las zonas más perjudicadas, la pesadez de un cuerpo al que se le escapaba la vida por momentos.

Pero no se le iría del todo.

Pese a ello, lo habría disfrutado si hubiera podido. Habría disfrutado de ese amago de muerte si su corazón supiera reconocer la dicha.

Aladiah cerró los ojos y se quedó tendido boca abajo sobre los cristales, sin prestar atención a los aullidos de los viandantes, a las palabras que repetían como papagayos.

«Ambulancia».

«Auxilio».

«Apártense».

Solo un hombre, o, mejor dicho, una *criatura*, pisó los destrozos de la escena del crimen con sus botas militares. La puntera de una de esas botas lo presionó por el costado para darle la vuelta a la víctima.

La luminosidad del mediodía cegó a Aladiah, que ya se había acostumbrado a la oscuridad, hasta que el rostro de Valthessar, oculto en las sombras por el contraluz, hizo de parasol.

—Y ahora que ya te has dado un paseíto y divertido de lo lindo a nuestra costa, ¿no te parece que va siendo hora de que nos acompañes a casa?

Capítulo V

Aladiah prolongó el momento de abrir los ojos por el placer de hacerse de rogar. También para poner a prueba sus sentidos.

Funcionaban correctamente.

A través del olfato, percibió un penetrante olor a humedad, acero oxidado y cerrado. Al mover de forma disimulada las manos, supo que estaba encadenado como un crucificado a, quizá, un par de metros del suelo. Notaba la lengua pesada. La sangre que había manado por el impacto ya se había secado, dejándole la boca pastosa. Y lo que era más importante: escuchaba los murmullos afectados de los miembros de El Séptimo Círculo, a los que le gustó imaginar esperando de brazos cruzados a que despertara.

—¿Qué coño os ha pasado a todos? —exigía saber una voz, moderada en el tono pero escalofriante a la vez. Recordaba a la lengua bífida de un reptil, lo que lo identificó en el acto como Renyi—. ¿Así es como se quedan los penitentes más letales del mundo después de una persecución de veinte minutos?

—La verdad es que se os ve un tanto afectados —meditó al que reconoció como Luvart. No había reproche en su tono siempre sereno, incluso desprendido; más bien diversión—. Solo teníais que cazar a un seráfico y parece que habéis estado dando vueltas en una trituradora humana.

—No contábamos con que el seráfico en cuestión se convertiría de la noche a la mañana en el jodido Chuck Norris, ¿vale? —se quejó Samael.

—Yo en concreto pensaba que nos lo encontraríamos y nos lo traeríamos a casa de la manita —reconoció Dagon, jocoso. No se le veía tan avergonzado como los demás.

—Y tanto —corroboró Samael—. Hasta Abraxas salió sin armas.

—¿Qué? ¿Ni siquiera os llevasteis armas? —se burló Renyi—. ¿No os llevasteis armas para capturar a un bicho acusado de alta traición y que lleva semanas dando esquinazo a su clan? Vaya puñado de iluminados.

—Rezad para que esto no lo incluyan en la *Sagrada Crónica,* o seremos el hazmerreír de las razas —se reía Luvart.

—Podríais haber aparecido vosotros, con vuestra katana y vuestra espada medieval, para enseñarnos cómo se hace, ya que estáis tan seguros de que habríais tardado menos que en abrir una lata de

pepinillos —repuso el *rex* con frialdad.

—Os aseguro que ese tipo ha enloquecido —bufaba Samael—. Teníais que verlo escalando planta a planta como Spiderman, arrojándose de los edificios igual que un parapente, apretando gatillos... y todo sin cambiar la cara. Como si estuviera viendo *Pasapalabra* en otro idioma.

—Deberíamos tomar nota sobre sus habilidades —propuso Dagon —. No sé vosotros, pero a mí me interesa aprender a hacer *parkour*.

—*Parkour* —repitió Luvart—. Cuatro tíos detrás de un seráfico desarmado, hecho polvo después de dos semanas en estado de alerta, desarmado y sorprendido con la guardia baja, y todo lo que decís en vuestra defensa es que sabe hacer *parkour*.

—Te estoy diciendo que te reta a un duelo a muerte y no te salva ni tu novia —insistió Samael, perdiendo la paciencia.

—Eso habría que verlo. Mi novia sabe hacer muchas cosas. Por lo pronto, Reyyan os habría capturado a Aladiah sin apartar la vista de *Pasapalabra*.

—Es una pena que tu novia sea Lady Halcón y no nos sirva cuando es de día —espetó Samael con malicia.

—Bueno, tú tampoco es que sirvas mucho cuando es de día, porque mira cómo te han dejado las quemaduras —meditó Dagon.

—Y sea Lady Halcón o sea Lady Di, mi novia no tiene por qué hacer vuestro trabajo porque seáis unos inútiles. Y no sigas por ahí, que no me gustaría tener que hacerte daño cuando ya tienes la cara de El Perro de *Juego de Tronos*. —Luvart hizo una pausa. Dulcificó el tono al volver a hablar, lo que denotó que estaba sonriendo—. Dice Reyyan que gracias por el cumplido. Le gustó mucho *Lady Halcón* y le parece halagador que la compares con Michelle Pfeiffer.

Aladiah disimuló su sorpresa.

Así que, al final, el afamado Luvart y su amada hechicera habían encontrado la manera de convivir con mayor o menor placidez. Le habían llegado rumores de que Reyyan habitaba la mente de Luvart durante el día y, solo por las noches, durante doce horas ininterrumpidas, recuperaba su cuerpo para recorrer el mundo con libertad.

El viejo Aladiah se habría alegrado, pero cuando pensaba en la hechicera Reyyan, un estremecimiento generalizado le entumecía los miembros.

Aún recordaba cuánto había sufrido a manos suyas.

—Aladiah —irrumpió una voz cálida—. Sé que estás despierto.

No le quedó otro remedio que abrir los ojos. El penitente Xaphan había elegido por él ese momento. Se encargó de dejar claro con una mueca que habría preferido seguir al margen.

—No quería interrumpir vuestras acusaciones. Siempre he sentido

curiosidad por el modo en que los penitentes resuelven sus diferencias, y no me habéis defraudado. Es todo tan caótico como me imaginaba.

—Así nos demostramos nuestro afecto —resolvió Xaphan, mirándolo en todo momento con la intención de hacerle sentir cómodo—. ¿Cómo te encuentras? Has sufrido un buen atropello. Te he limpiado las heridas, pero me temo que las lesiones como costillas rotas o un posible derrame quedan fuera de mi rango de acción.

En lugar de hacer un viaje introspectivo para responder su pregunta, Aladiah detalló las manchas de humedad en la pared de la estancia.

Se encontraba en un sótano con aspecto de mazmorra medieval. La piedra irregular recordaba a la mampostería de un castillo, y los únicos rayos de luz, tímidos y escasos, entraban por un ventanuco casi pegado al techo.

Un niño muy hábil cabría sin problema. Un regente desterrado quizá también podría...

—Ni se te ocurra —le advirtió Xaphan, sin perder el tono afable—. Incluso si te libraras de las cadenas, tardaríamos un segundo en atraparte. Lo que te tomara poner un pie fuera de la mazmorra.

—¿El segundo que habéis tardado en atraparme la primera vez, te refieres? —replicó, sin la menor intención de regodearse en su superioridad. Estaba lejos de experimentar emociones mundanas como el orgullo o la soberbia.

Xaphan fue el único que asumió la pulla con deportividad. El resto arrugó el ceño.

—Un poco menos, espero.

—Así que este es el famoso sótano. —Aladiah siguió escudriñando. No se mostró en lo absoluto fascinado—. Es un honor para mí que se me prive de libertad en las mismas condiciones que a Abraxas. Así, el *cosplay* de bala perdida es más realista. ¿No se le encadenó también cuando perdió a su mujer?

—Te refieres a su mujer con ese desahogo porque Abraxas no está presente, espero, o de lo contrario te habrías arriesgado a que te rompiera la crisma —acotó Luvart, a quien no le había hecho ni pizca de gracia su comentario.

Aladiah ni pestañeó.

—Invítalo a la feria del seráfico desalmado y veremos si no escupo sobre su memoria.

Luvart y Valthessar dieron un paso al frente, preparados para lanzarse contra él como perros sarnosos. Aladiah sintió un estallido de esperanza. Si seguía provocándolos, podría estar muerto al final del día.

—Lo que a mí me sorprende es tu conocimiento urbano. Dos semanas deambulando por una ciudad humana ¿y lo primero que

aprendes de la cultura pop es la definición de *cosplay*? —Dagon levantó las cejas—. Qué curioso.

—A lo mejor debería haber ido a una peluquería a ponerme extensiones cobrizas.

—¿Para qué? Tu pelazo medio blanco medio castaño tiene su rollo.

—Mejor que invierta en un psicólogo que le arregle el coco —masculló Samael.

Aladiah posó la mirada sobre el vikingo.

—Podrías pasarme el número del tuyo si le quedan horas disponibles, que lo dudo porque debes darle mucho trabajo.

—Corta el rollo, Aladiah —le dijo el *rex*, que había empezado a impacientarse—. Ya nos has demostrado que ahora te va el sarcasmo, no hace falta que sigas con tus tonterías.

—¿No es rarísimo escucharle hablar en primera persona? —Oyó que Dagon le preguntaba a Samael. Este segundo ni siquiera meditó sobre los aspectos extraños del cautivo. Se le notaba en la rigidez del semblante que no estaba satisfecho con el modo en que se había desenvuelto durante la persecución.

—No es lo que más me molesta de su nuevo yo.

Aladiah seguía dispuesto a provocar a los penitentes.

¿Cómo no lo había contemplado antes? Ellos también podrían conducirlo a su deseado final.

—No te preocupes, Samael. Conservo algunos aspectos de mi antiguo yo. Por ejemplo, solía estar de acuerdo con poner en su lugar a los soberbios. Solo que el Aladiah que echas de menos no se habría encargado personalmente de hacerlo.

—Procura que no me anime yo a encargarme de ti.

—Entiendo que estés enfadado. Esas quemaduras de segundo grado te han arruinado la que debe ser tu única virtud.

Dagon desencajó la mandíbula.

—Por la diosa... Aladiah se ha convertido en un *bully*.

—O quizá solo esté molesto porque lo hemos atrapado —repuso el *rex*. No había dejado de escrutar el rostro inexpresivo de Aladiah, en busca de un mínimo detalle que delatara su humanidad—. Quiero dejarte claro que, pese a las condiciones en las que te encuentras, no estás aquí para ser torturado o increpado. Nuestra intención es protegerte de los que son los objetivos de La Sociedad.

—Eso debe ser porque mi vida os será útil para algo.

—Correcto. Serás útil si nos ayudas a demostrar la corrupción del Consejo; que te hicieron una encerrona para colocar en el poder a Raziel. Nos conviene mucho más que haya un regente como tú gobernando La Sociedad, y no un albo con ideas tradicionalistas y rencores a buen recaudo.

Aladiah inspiró hondo. Notaba los pulmones resentidos por el

impacto. Debía tener todos los huesos fragmentados, astillados o partidos en dos, pero el intenso dolor que debería estar experimentando había quedado reducido a una ligera molestia. Podría combatirla con un antiinflamatorio de los que se adquirían sin receta médica.

—Has enseñado tus cartas muy rápido, *rex*.

—No me sobra el tiempo para tirar faroles, y a ti tampoco.

—¿Crees que me importa perder el tiempo?

—Si no me han informado mal, es lo único que te queda. Ni corazón, ni conciencia, ni sensibilidad física...

—Ni tampoco ganas de ayudarte, *rex*. ¿Puedo saber qué os ha hecho pensar que querría ser útil para alguno de los dos bandos?

—¿No quieres limpiar tu imagen ante La Magna para que te perdone la vida? —La ceja oscura de Valthessar escaló, impulsada por la curiosidad—. ¿No quieres desenmascarar a los traidores que te han puesto en esta situación?

Aladiah ladeó la cabeza tanto como se lo permitió la inflamación de la columna.

—¿Quién dice que sean traidores? ¿Quién dice que el traidor no sea yo?

Era una respuesta que ninguno de los presentes había esperado.

Se echó a reír sin ganas, un sonido que los incomodó.

—¿A qué se deben esas caras de asombro? ¿Acaso dabais por hecho mi inocencia? Porque hasta donde me alcanza la vista, ni uno solo de los que ahora me miráis con recelo salió en mi defensa cuando no me habría venido mal una mano amiga.

Consiguió avergonzar al *rex* con su acusación, pese a que esta careció de tono de reproche.

No le importaba en absoluto. Narraba el desastre de los dos juicios a los que le habían sometido, dos que podrían haberse convertido en tres —el tercero, determinante si no hubiera huido— como si se tratara de un análisis del tiempo.

—Las pruebas incriminatorias eran concluyentes —se defendió el *rex*, sin tenerlas todas consigo.

—Desde luego. Eso no quita el hecho de que nadie aprovechara su oportunidad o su relevancia política para alzar la voz en mi nombre.

—Una daga con ese nombre tuyo estuvo a punto de matar a uno de mis hombres.

—Tu *khopesh* masacró a un tercio de los míos y recuerdo que intercedí por ti para que La Magna no te sacrificara. Pero supongo que eso se debió a mi estupidez supina, a menudo confundida con la bondad de un santo.

Si esto le había hecho arder de resentimiento alguna vez, ya no lo recordaba. Aladiah no estaba capacitado para experimentar

sensaciones. No podía guardar rencor como tampoco sorprenderse jubiloso o alborozado. En el lugar donde debía latir un corazón, ya no había más que un inmenso vacío en el que a veces oía el eco de su propia voz. Todo por causa de un hechizo castigador, ordenado por La Magna y perpetrado por su mayor hechicera, la Sehara, ahora reencarnada en Reyyan.

Pero que no sintiera rabia o dolor no quería decir que no tuviera una opinión sobre lo acontecido, ni que fuera a abandonarse al control de su superior y la tortura de la que fue su gente. Aladiah sabía que la diosa que debía protegerlo, escucharlo, perdonarlo, había sido garante de su inapetencia vital. Le había arrancado la vida de un mordisco y se había llevado consigo incluso su derecho a sangrar.

Aladiah no iba a perdonarlo. Tampoco le haría pagar la afrenta dándose muerte, por otro lado. Se la daría por deseo personal, el primero y último que complacería tras una larga vida dedicada al cumplimiento de la ley.

—¿Esta es tu manera de vengarte de nosotros? ¿Inculparte cuando te tendieron una trampa para que nunca sepamos la verdad?

—Por supuesto que me inculpo. Si no lo hiciera, sería mi palabra contra la de todos los demás. Y sí, soy un suicida, pero no quiero morir masacrado. Quiero morir cuando a mí me dé la gana.

El *rex* retomó la palabra tras una pausa marcada por la confusión.

—Si eres el traidor, supongo que no tendrás problema en relatarnos con orgullo y de principio a fin tu perverso plan. ¿Por qué no empiezas por cuando le entregaste las runas prohibidas al Gran Grimorio para que las pronunciara y creara a los súcubos? ¿Por qué no nos dices cuántas noches de pasión con Bel te tomó engendrar al asesino que habría de portar tu daga?

—Lo siento. He cometido tantas traiciones que tendrás que enumerarlas por orden cronológico para que me vaya situando.

Valthessar sonrió con sarcasmo.

—Se te acusa de confraternizar con el enemigo ancestral de La Magna, el Gran Grimorio. Se te acusa de querer cambiar las antiguas leyes de La Sociedad para tu beneficio, en concreto la prohibición de procrear con fines distintos a la reproducción, porque tú mismo eres estéril.

—Fíjate que en eso no estoy de acuerdo. No creo que nadie tenga la culpa de no tener unos testículos funcionales.

Unas risas desganadas se levantaron en el sótano.

—Coincido contigo. Pero querías ponerle solución, ya que era tu deber de regente reproducirte para ampliar las filas de La Sociedad. Por eso mandaste a un sacerdote de la Sehara a robar las runas de un hechizo que te ayudaría a crear vidas. Lo malo es que el hechizo de la Sehara estaba codificado para que no cualquiera pudiera pronunciarlo,

así que te salió el tiro por la culata. En lugar de crear bondadosos seráficos, el hechizo inventó criaturas que solo vivirían en los sueños de tus súbditos, y con el único fin de torturarlos y violarlos para engendrar seres con poderes magnánimos. Seres que luego se incorporarían al ejército del Gran Grimorio y alcanzarían nuestra ventaja al poder empuñar las únicas armas que podrían acabar con seráficos y penitentes: las dagas de acero azul.

Aladiah no movió ni un músculo de la cara. No le pasaba desapercibido el carácter de la mirada que el *rex* le dirigió. Estaba llena de esperanza. Parecía incitarlo mentalmente a echar por tierra su argumento.

Meneó la cabeza con parsimonia, sabiendo que tenía alterados los nervios de todos los presentes.

—Me tendrás que perdonar si me despisto un poco —habló despacio, con la boca pastosa—. Aunque dos juicios deberían haber bastado para acostumbrarme al procedimiento, me temo que aún no entiendo qué se espera de mi parte. ¿Es aquí donde me declaro culpable?

—No, Aladiah. —Colgó los pulgares de las trabillas del pantalón y dio un paso adelante—. Aquí es donde nos cuentas tu versión. Y no olvides que mi amigo Xaphan, presente en la sala, sabe leer pensamientos.

Aladiah le dedicó una sonrisa en apariencia encantadora al lector de intimidades, que ni se inmutó pese a que el gesto estaba tan vacío que asustaba.

—Cuando los descifre, que los recite en voz alta. Siempre me gustó que me leyeran cuentos de terror antes de dormir.

El «¡venga ya!» con el que Samael rompió el silencio se quedó a medias cuando un crujido aún más sonoro robó el protagonismo. Todos levantaron la mirada hacia el precario ventanuco, por el que una mujer a la que no podía describirse exactamente como «pequeña» intentaba infiltrarse. Lanzaba toda suerte de imprecaciones contra los azares, el destino y la diosa, pero se dirigía a ella misma ánimos y esperanzas.

—Tú puedes, Darda'il. ¡Con paciencia y saliva, el elefante se la metió a la hormiga!

Aladiah no supo por qué elevó las cejas en un gesto interesado. No recordaba haber mandado esa orden cerebral, y hacía tiempo ya desde que su cuerpo actuó por última vez como si fuera un ente al margen de la cabeza.

—Un pasito más, y un pasito más, y un...

No eran pasitos lo que daba para acercarse a su destino. Reptaba y se aferraba a los relieves de la piedra del sótano para empujarse desde fuera, y aunque era demasiado alta para tratarse de una mujer con

tanta inocencia en la mirada, su estrecha figura logró lo inimaginable. Cayó de cabeza en el interior de la mazmorra, o lo habría hecho si Dagon no se hubiera apresurado a evitar su aterrizaje mortal.

Darda'il ni siquiera le dio las gracias por atraparla con brazos firmes. No se sacudió la túnica blanca, manchada de los verdes intensos de la hierba fresca, el polvo y el barro exteriores. Todo lo que Aladiah atinó a ver antes de que Darda'il se arrojara hacia él, fue el destello de una sonrisa desproporcionada y dos lágrimas que, al rodar, abrieron surcos pálidos en sus mejillas sucias.

—¡Estás vivo! —Su exclamación era pura algarabía. Tanta emoción contenía que Aladiah *casi* se sintió culpable por no corresponderla—. ¡Vivo!

Se las arregló para, aun crucificado, abrazarlo por la cintura y presionar la mejilla contra su vientre.

Por primera vez, Aladiah notó una ligera molestia en las magulladuras de esa zona y experimentó algo similar a la irritación por la cercanía de otra criatura. Y, sobre todo, cuando Darda'il dejó de frotarse contra él, alternando sollozos con sonrisas aliviadas y recordatorios jubilosos —«¡vivo! ¡Estás vivo! ¡Vivo y bien!»— y lo miró a los ojos, Aladiah fue invadido por una extraña y revolucionaria revelación.

Estaba vivo... y, a lo mejor, eso no estaba tan mal después de todo.

Capítulo VI

Le pareció que un chispazo de luz prendía los ojos de Aladiah, pero desapareció tan rápido como llegó, sumiendo de nuevo su mirada en la oscuridad más descorazonadora. Lejos de frustrarse, Darda'il siguió transmitiéndole su afecto con apretones cariñosos en los costados.

—Yo no haría eso —le recomendó un penitente de ojos avellana. Le cayó simpático en el acto, quizá porque no juzgaba su comportamiento como inapropiado—. Mis compañeros han tenido que atropellarlo para traerlo hasta aquí y las costillas en concreto amortiguaron el impacto.

Darda'il abrió los ojos como platos y se apresuró a soltarlo.

—¿Atropellarlo? ¿Lo habéis *atropellado*? Pero ¡¿vosotros estáis locos, o qué os pasa?!

—No quiso acompañarnos por las buenas —resumió el *rex*—. Y tampoco parece que esté por la labor de hablar, si a esas vamos.

—¿Cómo queréis que esté por la labor de hablar, si lo habéis arrollado? Conociendo vuestros vehículos, seguro que conducíais el puñetero camión del tapicero. Desde luego, las leyendas no exageraban cuando os definían como un puñado de brutos... —Se giró hacia Aladiah, que no había dejado de observarla como si perteneciera a otro planeta. Darda'il estaba familiarizada con esa expresión; no solo viniendo de él, sino de todo el que la conocía, así que no le dio importancia—. ¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya en busca de algo? A mí me atropelló una bici una vez. Tenía nueve años y ya era casi tan alta como me ves ahora, así que lo pasó peor el conductor, pero de todos modos me tuve que poner una de esas tiritas de animales estampados que venden en las farmacias. Claro que eso no te servirá mucho a ti, si es verdad que te han roto las costillas... ¡Estos animales! ¡Cuánto daño ha hecho *Fast and Furious* a la comunidad del hombre heterosexual!

No había esperado un caluroso recibimiento de parte de Aladiah. Ni siquiera las adorables cortesías con las que acostumbraba a ruborizarla. Pero la dejó helada el cortante reproche con el que la silenció.

—¿Qué haces tú aquí? Creí haber sido claro cuando dije que no te quería involucrada en mis asuntos.

Quizá estuviera pecando de ingenua, pero... ¿había una ligera preocupación en su tono?

—Tú puedes querer lo que te dé la gana, pero yo ya estaba involucrada, ¿sabes? Y me involucraste tú en el momento en que saliste por la puerta. O por donde salieras, que ya sé que una ventana te sirve también. Me encerraron en mi dormitorio por si contactabas conmigo y decidí que ya estaba harta del papel de caco.

»Ya que me lo preguntas, te diré por qué estoy aquí. Hace un par de noches, Reyyan conjuró un hechizo de bilocación que me permite estar de cuerpo presente en dos sitios a la vez. Bueno, presente solo estoy aquí; allí, en mi celda de La Sociedad, hay una Darda'il que parece humana pero que no puede actuar como tal porque mi espíritu está entre nosotros.

—Un hechizo muy realista —respondió Aladiah, envenenado por el sarcasmo—. No creo que los prefectos sospechen de la bilocación cuando le hagan una pregunta a tu copia y respondas un monosílabo.

Darda'il se quedó patidifusa. ¿Acababa de burlarse de su tendencia verborrágica? No, claro que no. Aladiah nunca se había reído de su carácter parlanchín. Todo lo contrario. Siempre la escuchaba con el mismo respeto que dirigía a los prefectos, como si cada palabra pronunciada fuera trascendental para el futuro de las razas. A su lado, Darda'il siempre se había sentido no solo cómoda, sino *especial*. Los breves ratos con su regente eran un chute de energía positiva, como poner a cargar su autoestima más bien afectada.

No podía estar burlándose. Eso no lo haría al Aladiah que ella veneraba. Aunque, siendo honesta consigo misma, debía admitir que el Aladiah que tenía ante sí no se parecía en absoluto al de antaño.

Darda'il tenía memorizada una imagen muy concreta de Su Sublimidad, idéntica a la del resto de los seráficos más veteranos y solo diferenciada por la dulzura que a veces mostraba: pelo lacio y blanco hasta el pecho, seccionado por una raya pulcra en el medio y nunca alterado por accesorios salvo una modesta tiara que indicaba su predominancia social. Ojos celestes, cielo despejado al que no se permitía alzar la vista o, de lo contrario, el atrevido sería castigado por irrespetuoso. Era delgado y estilizado como se imaginaría a un elfo de cuento, y tenía el mismo espíritu inalcanzable. Sus ropajes de regente, la túnica de blancura imposible cerrada al cuello que dejaba a la vista sus manos de pianista, realzaban su esbeltez.

Pero el hombre que tenía delante no se parecía en nada a su adorado Légolas.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —musitó ella, no sabía si espantada o atraída por su nuevo aspecto. Estiró el brazo, y solo gracias a su altura consiguió tocar un mechón castaño—. ¿Se te está destiñendo? ¿Y tus ojos...?

El cambio de color no podría dolerle tanto como el giro brusco en el registro de sus miradas, antes sinceras y ahora abisales, pozos en los

que asomaba un vacío vertiginoso. Pero era igualmente sorprendente. Aún quedaban motas del celeste cristalino que hacía de sus ojos un espejo. Darda'il siempre había pensado que eran el filtro de las maldades mundanas, que recogía mediante la observación para transformar en el acto en virtudes venerables. Sin embargo, ahora predominaba un tono ámbar acerado. Antes el agua y ahora el aceite, y como al mezclarse en un vaso, abajo se llenaban sus iris de topacio diluido mientras arriba flotaba aún el azul.

—Nuestro amigo no solo se parece a Cruella de Vil con su melenita a dos colores —se metió uno de los penitentes con ánimo jocoso. Llevaba la barba rubia más larga de lo que resultaba favorecedor, y presentaba quemaduras de segundo grado ahí donde no crecía el vello —. Ahora también se comporta como ella. Incluso merecería que lo llamáramos Cruel Y Vil.

—A mí me parece más cruel y vil un tío que se aprovecha de la vulnerabilidad de otro para atropellarlo —rezongó Darda'il.

—No te recomiendo convertirte en su defensora —dijo el mismo penitente—. A Cruella le gustaba la idea de torturar cachorritos, y tú te pareces bastante a uno. No vaya a ser que te despedace en cuanto te descuides.

—No sé cómo conseguiría despedazarme estando atado como un cristo.

—Son medidas prácticas para favorecer el ambiente de interrogatorio —intervino el *rex*. Era el único al que tenía localizado por nombre, y no era para menos: sobresalía notablemente por el aura de poder que le envolvía como un halo—. Aladiah, veo que no quieres colaborar con nosotros. ¿Hay algo que podamos ofrecerte a cambio de tu testimonio? Quizá baste con recordarte que, quitándote la etiqueta de traidor, obtendrás el perdón de La Magna y, por ende, la libertad.

Darda'il dirigió una mirada esperanzada a Aladiah.

—La libertad —repitió él, desconcertado—. ¡La libertad!

Y rompió a reír, dejándolos a todos turbados. No había hilaridad en sus carcajadas, ni siquiera una mínima simpatía hacia quienes le rodeaban. Era una risa cargada de amargura.

—¿Para qué querría yo tal cosa? Mejor dicho... ¿no debería ser al revés? ¿No es Ella la que debería pedirme disculpas a mí por su excesiva venganza?

—Ah, amigo... —Darda'il localizó al risueño penitente que suspiraba con la posibilidad. Su aspecto principesco lo delataba como Luvart, cuyo nombre significaba «príncipe de los ángeles»—. Si esperas que La Magna ruegue por tu perdón, ponte cómodo. Te prometo que eso no va a pasar. Al menos, no en un futuro cercano.

—¿Tampoco te importa limpiar tu nombre ante La Sociedad, a la que has servido con fidelidad y a la que has demostrado tener apego

desde tu nombramiento de regente? —seguía pinchando Valthessar. Darda'il entendió que tanteaba en busca de esa fibra sensible que le haría reaccionar—. ¿No quieres darle en la cara a los desgraciados que te condenaron?

—Cuento con que no tendré que mover un dedo para que reciban lo que sea que merezcan. Serán causantes de su propia destrucción.

—Solías decir que admirabas las labores de El Séptimo Círculo. Sabrás que, debido a las tensas relaciones entre nosotros y La Sociedad, la nueva regencia no dudará a la hora de declararnos la guerra. Si hablas, podremos pararles los pies antes de que haya daños irreversibles.

—Como comprenderás, *rex* Valthessar, si en poca consideración tengo mi vida, la tuya me importa aún menos.

—¿Y qué hay de tu hermana? —prosiguió Valthessar, entrelazando los dedos a la espalda. Darda'il dejó de respirar al advertir un pestañeo de más en Aladiah—. ¿Crees que, si estuviera entre nosotros, se enorgullecería de tu apatía?

—Es lo más probable —resolvió para asombro de todos—. Mi hermana fue asesinada por traidora. Encuentro incluso poético vérmelas en las mismas.

—Entonces sálvate y sálvanos a nosotros para vivir la vida que te fuiste a buscar —insistió una vez más, atravesándolo con una mirada que no pensaba aceptar la derrota—. Si huiste de la espada de Alastor y un final relativamente honesto, debió ser porque te aguardaba un destino mejor. Querías una segunda oportunidad. ¿Crees que la obtendrás mientras haya una diana en tu espalda?

Aladiah tampoco respondió a esa intentona.

—Las segundas oportunidades están sobrevaloradas.

Valthessar estaba al borde de perder la paciencia. Todos allí lo notaron, y de ahí que aflorase una incomodidad generalizada. Veían al *rex* pasear de un lado a otro, pensativo, pero sin permitir en ningún momento que la desesperación se apoderase de él.

—Hay algo que me cuesta comprender —dijo un rato después.

Alzó la vista hacia Aladiah, que le sostuvo la mirada por mera educación... pero siempre con aburrimiento.

—¿Que no siempre las cosas van a salir como tú quieres? Bienvenido al mundo real.

—Que, siendo estéril como supuestamente eres, te reprodujeras con un súcubo. Debiste hacerlo, si esta condenada daga con tu nombre grabado pudo llegar a manos del Enclave.

Extrajo del interior de la chaqueta un grueso pañuelo. Envolvía una vaina de acero inoxidable, dentro de la cual descansaba el arma que delató la traición de Aladiah. Valthessar tuvo que hacer peripecias —cubrirse la mano con el pañuelo y ser en extremo cuidadoso— para

extraer la hoja y mostrarla ante todos. La luz que entraba por el ventanuco aclaró la mirada del *rex* y arrancó destellos letales a las letras grabadas.

Aladiah.

A cada seráfico con méritos propios le correspondía una, y solo él o su descendencia podían empuñarla. El carácter hereditario de la daga era engañoso, pues los seráficos tenían prohibido engendrar a no ser que hubieran sido escogidos para multiplicar las filas de La Sociedad.

Huelga decir que hacerlo con un esbirro del Gran Grimorio, de lo que se acusaba a Aladiah, era imperdonable.

—¿La reconoces como tuya? —inquirió Valthessar.

—Pone mi nombre, ¿no? A no ser que tenga un hermano gemelo o exista otro Aladiah por ahí, será mía.

—En ese caso, ¿por qué no la recoges?

—Porque tengo las manos ocupadas, *rex* Valthessar. —Movió los deditos, señalizando los dolorosos amarres de las cadenas.

—¿Prometes comportarte si te liberamos?

—Estás hoy muy preguntón.

—Y tú demasiado vaciletas para mi gusto.

Darda'il habría tenido que acusar al *rex* de idiota si se le hubiera ocurrido liberar a Aladiah en ese estado, sobre todo cuando existían otras maneras de confirmar o eliminar sus sospechas. Valthessar se acercó tomando la daga por la punta, siempre con la precaución de que sus dedos no entraran en contacto con la hoja. El acero azul quemaba la piel del que no fuera su legítimo propietario, y era la única arma mortal que acabaría con una criatura de La Magna. Darda'il sentía un respeto reverencial hacia ellas, y procuraba mantenerse alejada.

Valthessar le dio la vuelta al puñal con un movimiento elegante. Ahora la sostenía por el mango, y el extremo mortífero apuntaba a la barbilla de Aladiah. Darda'il se extrañó al atisbar un brillo perturbador en los ojos del que fuera regente.

Habría dado lo que fuera por adivinar sus pensamientos.

Sabía que el *rex* pretendía tocarlo con la hoja. Si se quemaba, no pertenecería a él. Si lo hacía, quedaría claro que Aladiah era un traidor... o que el truco de sus enemigos era bastante más sólido de lo que hubieran imaginado. La tensión del momento era tal que nadie se atrevió a moverse. El único que lo hizo, y con una rapidez que nadie pudo haber anticipado, fue Aladiah.

Repentinamente, agarró la hoja de la daga entre los dientes con un quiebro de cabeza. Con los ojos de loco clavados en los de Valthessar, sacó la lengua y se la rajó de parte a parte con la punta. Darda'il tuvo que suponer que la sangre empezaba a manar descontrolada, porque Aladiah no permitió que nadie lo viera. Cerró la boca con todas sus

fuerzas, bloqueando la garganta, y cerró los ojos.

—¿Qué...? —masculló Valthessar, retirando la daga sin entender—. ¿Qué está...? ¡Maldita sea! —aulló en cuanto cayó en la cuenta. Su mano, una garra impía, aferró la mandíbula de Aladiah y presionó—. ¡Escúpela! ¿Es que quieres matarte? ¡Abre la boca de una vez, cabrón! ¡No vas a conseguir morir con este truco!

—Sí que lo hará, Valthe —musitó Xaphan, adelantándose con preocupación—. Si la daga no es suya y la sangre se mezcla con el veneno del acero azul, se puede ahogar hasta la muerte.

Darda'il estuvo a punto de desmayarse por la impresión. Buscó la mirada de Aladiah, convencida de que aquello no era más que una puesta en escena, una broma, una forma de impresionar a su público. Pero lo que halló en su rostro amoratado consiguió trastornarla.

No era un farol. Lo que había confundido con deseo de matar era, en efecto, un deseo de muerte, pero de procurársela a sí mismo. La incomprensión la inundó como lo habría hecho al toparse con una operación irresoluble o una frase en idioma desconocido. Era inconcebible para ella que Aladiah, que respetaba a todas las criaturas por igual y alababa la vida, quisiera acabar consigo. Pero su terrible anhelo superaba con creces las voluntades de los penitentes que trataban de impedirlo, porque Aladiah se estaba ahogando.

—Por favor. —Se oyó musitar. Repitió, en voz más alta pero trémula—: Por favor, no lo hagas.

Él no la escuchó, y un mareo se empezó a apoderar de ella. Su gran imaginación le jugaba una mala pasada y lo dibujaba muerto. Aladiah *muerto*. Muerto *por elección propia*.

Se adelantó aun cuando no sentía las piernas y el sótano daba vueltas.

—Por favor —rogó a viva voz—. ¡Por favor!

Consiguió que la interceptara en pleno ahogamiento. Seguía azul, las lágrimas humedecían sus iris bicolores recién estrenados, demasiado hermosos para privarla de su contemplación tan pronto. Y aunque su expresión sufrió una leve alteración inclinada hacia la lástima, Aladiah pronto se abandonó a la inconsciencia. Tanta era la sangre que lo ahogaba que un hilillo escapó y se derramó barbilla abajo.

Darda'il no pudo soportar la escena y estuvo a punto de desvanecerse. Los brazos amigos de un penitente la sostuvieron por detrás, pero justo cuando iba a dejarse vencer por el horror, brilló un rayo de esperanza: Xaphan agarró la daga que había reposado en el suelo y le rasgó la mejilla. El aparatoso corte le hizo aullar de dolor, y también ayudó a vaciar la boca de sangre que ya no era roja, sino negra como el alquitrán.

Sangre carbonizada.

Darda'il tuvo que cederle todo su peso a la criatura que la abrazaba por detrás. Sus piernas no pudieron aguantarlo. El torrente de sangre que manaba de las heridas y el sonido del chorro al impactar contra el suelo la mareó del todo y perdió el conocimiento.

Lo último que oyó fue el suspiro aliviado de Valthessar.

—Por lo menos ahora sabemos que esa daga no era suya.

«Pero ¿a qué precio?».

Capítulo VII

Aladiah llevaba tres horas sentado con las palmas de las manos sobre los muslos. En el transcurso de esos ciento ochenta minutos, varios miembros de El Séptimo Círculo habían desfilado ante él. Sospechaba de un acuerdo entre ellos, consistente en relevarse los turnos de vigilancia con cada vuelta al reloj.

Dicha vigilancia no podía ser menos creativa. Llegaban al dormitorio asignado, tomaban asiento frente a él y no le quitaban la vista de encima. Al haberse propuesto pestañear lo menos posible, no fuera a degollarse en un descuido aun estando maniatado, a Aladiah le había sido imposible ignorar el tinte de sus miradas recelosas.

Se habían atrevido a dirigirse a él como si hubiera perdido el juicio. Como si fuera un desquiciado por hacer lo inimaginable para desaparecer.

Lo cierto era que Aladiah comprendía el sentimiento. Él mismo mantenía una opinión similar hacia ellos. ¿Cómo podían estimar su vida, tenerla por un bien valioso hasta el punto de protegerla? Su vida no era suya. Pertenecía a un ser superior que los manejaba como marionetas.

Sus captores lo censuraban por despreciar el regalo de La Magna, ningún otro que la oportunidad de vivir, y él los condenaba por haberlo aceptado. Era un regalo envenenado. Y ellos, unos pobres ingenuos.

Para inaugurar las guardias, había entrado Samael. Una rápida ojeada a sus andares chulescos era suficiente para reconocerlo. Pese a llevar rapados los laterales del cráneo, llevaba el pelo lo bastante largo para recogerlo en un moño. Esta vez había dejado varios mechones libres para intentar cubrir la gravedad de las quemaduras.

—Pensaba que tu religión no solo te impide ser coqueto, sino avergonzarte de tus heridas de guerra. ¿Por qué disimular los rosetones de la cara, pues? —Aladiah ladeó la cabeza—. Me arriesgo a decir que La Magna te desterró por mirarte más al espejo de lo que le cubrías las espaldas.

—Error. Sigue intentándolo. —Tomó asiento frente a él. La silla de madera chirrió. No parecía muy sólida—. La alternativa ahora mismo es mirarte a ti, de todos modos. Creo que tengo todo el derecho a preferir mi cara antes que tus ojos de colgado. Das muy mala espina.

—Se me ocurre una forma rápida de solucionar eso.

—No te voy a aceptar esa solución si involucra tu cabeza rodando..., por mucho que me joda. Lo que sí podría hacer es sacarte los ojos. —Samael sonrió, risueño—. El *rex* no me lo ha prohibido expresamente, y tengo experiencia interpretando los vacíos de la ley a mi beneficio.

—Me divertiría más contigo sacándome los ojos que manteniendo una charla. Tengo entendido que no eres una gloria intelectual.

Samael dejó de sonreír.

—Mira, esto de la vigilancia me hace tanta ilusión como a ti, pero si no fueras un suicida, no habría ninguna necesidad.

—Yo diría justo lo contrario. Si me hubierais dejado suicidarme, no perderíais el tiempo de forma tan miserable. Tengo entendido que el tiempo es oro, y a ti en concreto te hace falta para aplicarte las curas en la cara.

—Te vas a esforzar todo lo que puedas para que te dé una paliza, ¿eh?

—Pues sí que soy transparente. Dime cómo consigo una de esas. —Intentó inclinarse hacia delante, pero lo habían encadenado a una silla y solo podía mover el cuello—. Dime qué es lo que más te cabrea del mundo. ¿No ser el *rex*? ¿Vivir condenado por un pecado que quizá no fuera para tanto? Cuéntame tu punto débil y te tocaré tanto los cojones que podrás desahogarte a golpes conmigo.

En lugar de provocarlo, consiguió algo insólito. Samael apoyó los codos sobre los muslos para dedicarle una larga y pensativa mirada de ojos verdes. Verdes como la envidia que Aladiah pensó que le corroía hacia quienes le superaban en habilidades. Era imposible saberlo con certeza, sobre todo en ese momento, cuando Samael parecía satisfecho consigo mismo. Quizá hubiera dado con alguien tan inferior en voluntad y valentía que por fin podía crecerse cuanto deseaba.

Se relajó tanto al comprender que Aladiah no suponía una amenaza que dejó de lado su característico egocentrismo para compadecerlo.

—Estás verdaderamente jodido, ¿eh?

La manera en que lo pronunció le quitó las ganas de seguir tensando la cuerda. Y Samael, al darse cuenta de que no seguiría por ese camino, cumplió a rajatabla la orden que el *rex* debía haberle dado: seguir intentando sonsacarle la verdad.

—Tiene pinta de que no te acostaste con Bel, después de todo. O eso o lo hiciste pero no engendraste ningún bicho. ¿Qué pasó? ¿No se te ponía dura?

Aun tomándose una pausa para responder, logró mosquear a Samael:

—No tanto como con tu madre.

—Dos semanas entre contenedores y ya te conoces las bromitas de los *street boys*, ¿eh? Siempre con la madre en la boca.

—Tuve la oportunidad de observar el comportamiento adolescente en La Sociedad; todos los seráficos áureos son humanos al llegar a la organización y ya me conocía la jerga.

—Pero no negarás que vivir la experiencia humana por fuera es mucho más revitalizante. Y hablando de eso, después de haber acampado en callejones y entre bolsas de basura, este sitio te parecerá Versalles, ¿eh? —Abarcó la amplitud de la estancia con un ademán curiosamente elegante viniendo de un descendiente vikingo.

Aladiah le sostuvo la mirada.

—No es la cama de tu madre, pero sabré ponerme cómodo. —Sonrió porque creyó que eso era lo que se hacía cuando Samael lo fulminó con la mirada—. Vaya, entonces ese es tu punto débil. Mamá. ¿Qué mamá? ¿La humana o La Magna?

—Tú no sabes ni sabrás cuál es mi punto débil.

Al final consiguió alterarlo, pero no tanto como para incitarlo a abalanzarse sobre él.

Aladiah decidió que no se rendiría. Samael no tenía la coraza más dura, pero si le tomaba unas cuantas frases enfurecer al penitente de turno, sospechaba que vería cumplido su deseo para final del día.

Ya se encargaría de descolocar al siguiente, pero el siguiente resultó ser inalterable.

Dagon entró agitando la mano como un monarca británico. Ignoró la precaria silla de madera y se repantigó en el sofá de enfrente. Vestía una camisa de satén verde oscuro, y apenas saludó con la barbilla antes de abrir una novela romántica por la página en la que se había quedado.

Al menos, aquel tipo era un libro abierto.

—Si leyeras menos y salieras más, encontrarías antes a la mujer que tanto esperas.

Dagon levantó la mirada con una pequeña sonrisa satisfecha. Era obvio que había esperado con ansias el ataque de Aladiah.

Los penitentes debían haber sido informados de la estrategia del cautivo.

—Confío en que la mujer vendrá a mí, como le pasó al resto de mis compañeros.

—Tus compañeros pueden confiar en su atractivo y su poderío. Tú, aparte de ser resultón, no pareces contar con ningún encanto excepcional.

—Seguro que le acabaré gustando a alguien. Para cada roto hay un descosido, ¿no?

—Tú estás las dos cosas, roto y descosido.

—Y si no le entro por los ojos de primeras —prosiguió, ignorándolo adrede—, ya la conquistaré a segunda vista. La verdad es que por ahí no me vas a enfadar, Aladiah, porque intuyo que he encontrado a la

indicada.

—Ah, ¿sí? No será por casualidad un maniquí de Desigual.

Dagon se echó a reír de muy buen humor.

Aladiah decidió cortar ahí su segunda intentona. No le sacaría ni una mala palabra a aquel remolino de colores y rizos cobrizos.

Recordaba cuánto le extrañó saber de su caída cuando lo conoció, pues ni a primera vista ni en la última conversación había conseguido asociarle un delito punible. No pecaba de irascible, soberbio, rebelde o indiferente como sus compañeros. No faltaba el respeto a la diosa. Ahora que veía a través de otros ojos, sospechaba que La Magna lo había mandado al infierno porque se hartó de su inagotable optimismo.

Dagon no guardaba ningún parecido con el visitante que siguió. No estaba en discordia pese a ser el tercero, pero la sembraba a su paso. Apenas cruzó el umbral de la estancia, bravío e impaciente, Aladiah estuvo a punto de dar un brinco de alegría.

Abraxas.

Lo había visto en acción. Era un monstruo sin piedad, una de esas bestias de mitología que se arrojaban a las arenas de los gladiadores para despedazar a un ejército de esclavos. Todo por pura diversión, porque era innegable que Abraxas disfrutaba de la guerra. Sus espectáculos de sangre habían pasado a los anales de la historia. Seguían haciéndolo, pues no contaban ni un mes desde que mandó al otro barrio a siete seráficos; tres de ellos del mismo golpe. Aladiah sabía el motivo de aquel arrebato de ira incontenible, superior a su deber de salvaguardar las vidas de La Magna, así que no perdió el tiempo y lo abordó antes de que se acomodara.

—¿Se sabe ya dónde tiraron el cadáver de tu mujer?

Abraxas esperó a sentarse para clavar en él una mirada abisal.

Samael había hablado de ojos de loco, pero nada era Aladiah comparado con esa fiera. Su peligrosidad estaba fuera de serie.

Entrelazó los dedos sobre el regazo, un gesto de diplomacia ridículo viniendo de un hombre con las dimensiones del Can Cerbero. Se pronunció con una aguda ronquera y la parsimonia del que no estaba acostumbrado a hablar.

—Tiraré gustosamente el tuyo donde me indiques si me demuestras que fuiste quien la mató.

—No soy quien la mató —admitió, y no pudo evitar que sonara a lamento.

—¿Colaborador del asesino, quizá?

—Me temo que no.

—Entonces no puedo ayudarte a morir.

—Pero tampoco soy el que más la llora —puntualizó.

Abraxas ni se inmutó.

—¿Y? Ya sé quién es el que más la llora.

—Pues sabrás que llorarla no te la devolverá por arte de magia. Ni a ella ni el cuerpo que quieres enterrar. De hecho, llorándola estarás haciendo lo mismo que hiciste para salvarla: nada útil.

—Dime algo que no sepa.

Aladiah odió no poder frustrarse con la ineficacia de las provocaciones. Ni siquiera eso tenía: el consuelo de agarrarse al enfado, el placer de emberracarse como un niño caprichoso. No podía desesperarse.

Una de las comisuras de los labios de Abraxas tembló. Se suponía que estaba sonriendo.

—He sido advertido de que vas a esforzarte para que te dé muerte.

—¿Es un sueño ridículo? Me consta que te diviertes usando tus armas romanas. Es injusto y egoísta que te las guardes para ti cuando quiero que juegues conmigo.

—Yo no mato al que me lo pide. Mato al que considero que lo merece.

—¿Debe halagarme que no me creas merecedor de tus puñaladas? He oído que estás deseando llevar a cabo una masacre similar a lo que hicieron con tu mujer, Astaroth. Podrías practicar conmigo.

—No soy piadoso ni siquiera para derramar sangre. Cuanto más desees mi intervención, menos deseos sentiré yo de acabar contigo.

—No eres piadoso, bien. Pero ¿tampoco eres empático? Debes saber lo que significa querer estar muerto.

Abraxas lo había mirado largamente.

—No, no lo sé. La cobardía no está en mi composición.

—¿Esa es la opinión que te merece el suicidio? ¿Es una cobardía para ti?

—La muerte es la vía rápida.

—¿Y para qué esperar, que es la vía lenta? ¿Por si tu mujer regresa? Me estás demostrando que Astaroth merecía una pareja mejor que la tenía. Se supone que un penitente debe acompañar a su *anandha* a los confines del mundo si es necesario. Deberías largarte con ella.

—Ella no me quiere a su lado en el lugar en el que está ahora. A ti, muchos de los tuyos sí te quieren allí. ¿Vas a concederles ese placer?

Aladiah empezó a desesperarse. Necesitaba avivar su susceptibilidad, y había creído que lo conseguiría con cada mención a Astaroth. Pero nada daba resultado. Pese a que sus ojos eran dos chispas de fuego en un rostro arrasado por el sufrimiento, no cedió.

Transcurrida la hora de rigor, Abraxas le tiró del hilo que Xaphan había usado para coserle la mejilla. Así le obligó a mirarlo.

Una sombra de venganza hizo brillar su rostro.

—Se han quedado la vida que te pertenecía. Si te rindes, nadie la

recuperará por ti.

Aladiah le habría respondido que ese no era su asunto. No compartía su visión bélica, ni mucho menos aplicaría las mismas estrategias del campo de batalla a la vida personal. Así era como se daban las tragedias. Pero tuvo que callarse, porque Abraxas desapareció en un abrir y cerrar los ojos. Lo dejó a solas en la silla a la que estaría pegado hasta nuevo aviso, contemplando a su hermana gemela con curiosidad por descubrir quién sería el siguiente en ocuparla. Para evitar desgracias, habían retirado el resto del mobiliario con excepción de la cama. Fuera las cortinas y la barra de la que estas colgaban, con las que Aladiah pensó que podría haber hecho maravillas.

Para su sorpresa, el siguiente penitente que se presentó para guardarlo no fue un miembro de El Séptimo Círculo.

Ni siquiera era un hombre.

Al reconocer la frágil figura femenina, un golpe de calor estuvo a punto de tumbarlo. Gotas de sudor corrieron por su espalda, revelando lo que desgraciadamente ya sabía. Lo único que podía experimentar, y solo a nivel físico, eran los síntomas del pánico más atroz.

Y solo ella, la causante de la desgracia, podía producirlo.

Capítulo VIII

Reyyan ignoró el asiento que la esperaba. Tenía la intención de acercarse a Aladiah, pero poderosa como era, debió percibir una alteración tan dramática en su aura como para retroceder unos pasos.

En un sentido objetivo, Aladiah le reconocía a la hechicera numerosas virtudes. Entre ellas, la modestia y la empatía. Eran cualidades asombrosas viniendo de un espíritu de su magnificencia, y muy necesarias para desempeñar las empresas de riesgo a las que se prestaba.

Según su experiencia personal, en cambio, Aladiah la detestaba.

Su sangre bullía exigiendo venganza. Todo cuanto veía cuando la miraba era a un enemigo del que debía guardarse. Por menuda que fuera, por frágil que pareciese al llevar el pelo rapado y un vestido de margaritas estampadas, seguía siendo la mujer que le había agujereado el corazón.

A distancia prudencial, Reyyan se arrodilló y apoyó las palmas delicadamente sobre el suelo. Al colocar las manos en esa posición, deponía su poder, dando a entender que la magia no entraría en el dormitorio. Era una señal de respeto a su compañía. De sumisión, incluso.

—No sabes cuánto he lamentado mi terrible equivocación —habló con voz cálida. Una lámina de nostalgia cubría sus ojos castaños, de una dulzura incorruptible—. Estoy convencida de que ni una disculpa ni una explicación bastarán para aplacar tu dolor. Conozco el alcance y las implicaciones de un hechizo de esas características, aquel que conjuré contra ti a traición, y lo más probable es que ni siquiera tengas estómago para despreciarme. Pero si estuvieras dispuesto a someterte de nuevo a...

—No.

Reyyan le sostuvo la mirada con cautela.

—Ahora mismo no existe modo de revertir el hechizo, pero eso no significa que no pretenda explotar mis facultades para hallar la cura. Si pude crearlo, si salió de mi mente, debería ser capaz de concebir el modo de...

—No.

Reyyan se quedó un momento en silencio. Pensó que la pausa se debía a la pérdida de esperanza, que se castigaba para sus adentros por haber provocado aquel desastre. Sin embargo, en el rostro limpio

de la hechicera no había el menor rastro de desesperanza o culpabilidad. De hecho, le pareció captar un destello de ilusión.

Aquello le incomodó, una experiencia sensorial redescubierta.

Pese a que la joven se había limitado a seguir las órdenes de La Magna, no sabía qué esperar viniendo de ella. Por eso no debería haberle extrañado la reacción de su propio cuerpo cuando Reyyan alzó las manos con las palmas apuntando hacia él.

Sin que mandara la orden desde su cerebro, Aladiah respingó y agachó la cabeza en un débil intento por protegerse.

Reyyan no volvió a ocultar sus instrumentos de poder hasta que Aladiah se hubo repuesto de una respuesta tan humillante. No la quiso mirar a los ojos, pero le dio la impresión de que esa chispa de confianza antes percibida brillaba intensamente.

—¿Me temes?

—¿Por qué? ¿Eso es lo que quieres? ¿Sembrar el miedo y provocar un temeroso respeto hacia tu poder?

—Nada más lejos de eso. Quiero que tú y cualquier criatura pueda recurrir a mí con toda confianza.

Aladiah curvó los labios con crueldad.

—Buena suerte, pues.

—Si alguna vez cambias de opinión —expuso con cuidado, como si supiera que solo su pronunciación podía encabritarlo—, si quisieras, al menos, aceptar las pequeñas curas que servirían para intentar cicatrizar la herida, menguarla en la medida de lo posible... Ya sabes dónde puedes encontrarme.

—No cuentes con que te busque.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—No. Lo último que se pierde es el alma.

Reyyan lo miró sobrecogida por la culpabilidad.

—Siento de corazón que me odies.

—Si fuera capaz de odiar, no dudéis que os odiaría. Lamentablemente, no estoy capacitado para sentir nada hacia vos.

—¿Y no quieres sentirlo?

¿Experimentar todos esos sentimientos temibles que acechaban a la vuelta de la esquina? ¿Ese pánico insoportable que le había atenazado los músculos; la incertidumbre y desolación al verse apartado de lo único que conocía; el odio y el ansia de vengarse de quienes lo vendieron? Aladiah sabía que, de llegar a recuperar la sensibilidad de golpe, no podría soportarlo. El tsunami de emociones lo barrería. Acabaría con él como no lo había conseguido el desdén.

—La cuestión no es si yo quiero sentirlo. La cuestión es que a ninguno de vosotros os conviene que lo sienta. —La vio con intención de seguir insistiendo, así que agregó—: Un poder como el vuestro, Reyyan, debe servir para saber cuándo es el momento de marcharse.

A Reyyan no le quedó otro remedio que asentir y abandonar la estancia. Se fue envuelta en esa bruma invisible y etérea que la delataba como hechicera.

Aladiah no se dio cuenta de que había contenido la respiración durante todo el encuentro hasta que jadeó repentinamente. Se quedó mirando la puerta unos minutos, a la espera de que el siguiente penitente retomara la vigilancia, pero estaba solo. Debían haber dado por hecho, quizá demasiado tarde para tratarse de criaturas en extremo perspicaces, que no le rodeaba ni un solo instrumento con el que poder hacerse daño. Tampoco podría blandir un arma, porque lo habían maniatado a conciencia.

Mentía cuando decía que no sentía nada. O, al menos, no decía toda la verdad.

Con la llegada de la luna, quizá porque era al caer la noche cuando la asesina de su humanidad recuperaba su cuerpo, lo poseía la ira. Una ira profundamente arraigada a las entrañas, casi fundida con él. En teoría, la rabia era una explosión de fuego que hacía arder la sangre. En su caso, se trataba de un aliento gélido que lo paralizaba como si hubiera despertado enterrado en la nieve.

No dormía. Los ecos del hechizo volvían a él y lo estremecían hasta las puntas de las pestañas. Concentraban el dolor de toda una vida, ese al que era inmune el resto del día. Y no solo le afectaba el sufrimiento carnal, de sobra lacerante para partirlo en dos. Todavía le llegaban ramalazos de la impotencia que sintió en la tribuna del primer juicio. Lo vulnerable que fue ante toda su comunidad, que le dio la espalda cuando era agredido con una muerte más cruel que la desaparición del cuerpo: la erradicación del alma.

Los odiaría a todos si pudiera. A La Magna por su orden, a Reyyan por ejecutarla mal, a El Séptimo Círculo por callar y otorgar; a La Sociedad al completo por asistir a su caída como si nada de lo que hubiera hecho antes, una sola de sus buenas obras, sus sacrificios personales o su entrega hubiese tenido lugar. Como si no hubieran significado nada.

Pero como le era imposible odiar, dejaba que su indiferencia descansara sobre cada uno de los mencionados como una gruesa lámina de hielo.

Si el peso los acabara matando, ni siquiera sentiría placer.

Aladiah cerró los ojos y se concentró en las cadenas que lo mantenían preso. Combinar un material tan pesado con una silla de bajo presupuesto no le había parecido la opción más inteligente. Solo tuvo que balancearse hacia delante y apoyar todo el peso en las plantas de los pies para huir de su cautiverio. Cargó el peso del asiento, ligero en comparación con las cadenas, y se dirigió a la puerta.

No le preocupaba ser descubierto, así que no se esforzó por demostrar cuán sigiloso podía ser a veces.

Con la nariz, empujó la puerta entornada para abrirla de par en par. Practicó como un jugador de bolos la trayectoria del movimiento antes de decidirse: con energía, dirigió la silla contra el borde del marco de la puerta. La brutalidad del golpe la partió. Varias astillas se le clavaron en la espalda, pero mereció la pena cuando las cadenas cedieron al carecer de sostén.

Aladiah se sacudió los hombros y las piernas, polvorientas del accidente y el sótano, y se asomó al pasillo. No había moros en la costa. Por lo visto, los miembros de El Séptimo Círculo tenían cosas mejores que hacer que atender a un seráfico suicida.

Aladiah era de la misma opinión. Mucho habían tardado en llegar a esa conclusión.

El plan era muy sencillo. Iría en busca del *rex* y le anunciaría su deseo de colaborar con el clan. Le aseguraría que el optimismo de Dagon, la fiereza de los argumentos de Abraxas y los insultos de Samael le habían hecho recapacitar. Demostraría su lealtad uniéndose a los penitentes en la guardia de esa noche. Solían hacer un barrido perimetral de los polígonos para prevenir ataques del Enclave, quienes le habían cogido el gusto a reclutar humanos en riesgo de exclusión social para engrosar sus filas. Era el deber de El Séptimo Círculo anticiparse a esos secuestros —proteger a la raza, en definitiva— y diezmar el ejército del Gran Grimorio.

En una de esas misiones nocturnas, la de aquel día a más tardar, Aladiah se haría con una daga de acero azul en un descuido y celebraría su final sin mayor ceremonia.

Por supuesto, sabía que le costaría convencer a Valthessar. No era tan idiota como a Aladiah le gustaría, pero tampoco tan inteligente como el propio *rex* se creía.

Pretendía descender a la planta baja cuando una acalorada discusión le obligó a detenerse.

—¿Dónde has estado todo el día? —bramaba el *rex*. Por el eco de su voz, Aladiah dedujo que estaba al pie de la escalera—. Hemos encontrado a Aladiah.

—¿Habéis encontrado a Aladiah? ¿Y por qué no me has llamado al móvil? Desde que construías pirámides para tu señor ha pasado tiempo, ¿sabes? Digo yo que te podrías acostumbrar a las tecnologías de una vez.

Solo una mujer se atrevía a hablarle de esa manera a Valthessar, y no era otra que su *anandha*, su salvación encarnada en pareja eterna... y su grano en el culo. Reconocería a Mara en cualquier parte, incluso si fuera ciego y ella pusiera la voz en falsete. Su tono al hablar siempre estaba impregnado de un sarcasmo amistoso que la hacía

única.

Se escucharon unos acelerados pasos, el frufrú de unos vaqueros en marcha y luego un bufido hastiado. El bufido pertenecía a Mara, naturalmente; la recriminación que siguió, al *rex*.

—¿Se puede saber a dónde crees que vas?

—¡Pues a ver a Aladiah!

—Ya lo verás cuando corresponda. Te he preguntado dónde has estado.

—Y yo no te he respondido porque no quería ser grosera, pero mira, qué poco remedio me dejas. ¿Qué más te da?

—¿Cómo que «qué más me da»? Llevas desaparecida todo el día, Mara. Y no es la primera vez.

—Ni será la última. Me gusta hacer vida fuera de esta casa. Soy un ser humano, necesito relacionarme con gente normal de vez en cuando.

—¿Cómo que te relacionas con gente normal?

—Pues eso. Gente que no sale con hachas vikingas a la calle si no es Halloween, que se muere si le apuñalan el corazón y no se viste como si acabara de diñarla su padre.

—¿Te refieres a hombres? ¿Hombres de tu edad?

—Hombres en edad de merecer, sí. Y mujeres. También me gustan, ¿sabes?

—Mara...

—Ni Mara, ni Maro. No quiero tener esta conversación. Voy a ver a Aladiah.

—No vas a ninguna parte hasta que me digas dónde has estado.

—¿Ahora vas a hacerte el novio celoso? Mira, Valthessar, vete acostumbrando. No voy a pasarme toda la vida aquí encerrada. Necesito estímulos externos: viajar, ir al cine, pasar un domingo entero en la cama... y tú estás demasiado ocupado para acompañarme —vomitó, frenética. Parecía que lo hubiera estado conteniendo—. Además, me gusta estar sola a veces.

—¿Sola? Y una mierda. Dejando a un lado tus anhelos románticos, estamos en una situación muy complicada ahora mismo. Podrían interceptarte y hacerte daño, Mara. A ti y a tus... *amiguitos* humanos.

—Pues usaré mis malas artes para volver loco de amor al capullo que me secuestre. No sería la primera vez.

—No tiene ninguna jodida gracia. No es una cuestión de celos, sino de que no puedes desaparecer sin más, ¿entiendes? —Captó una nota de desesperación en su voz—. Hay toda clase de hijos de puta en la calle, yo... yo... Necesito saber dónde estás o me volveré loco.

Hubo un silencio. Aladiah supuso que Mara había cedido.

—Eso ya es otra cosa. A la próxima, pregúntame con educación y te responderé.

—Oh, mi queridísima Mara, ¿podrías, por favor, informarme de tu paradero de ahora en adelante? Empezando por dónde coño has estado hoy.

Por un momento, Aladiah pensó que Mara estiraría la pausa eternamente.

—Pregúntame mañana.

—Mara... ¡Mara!

Aladiah se puso alerta al oír las primeras pisadas en su dirección.

Tenía una vaga idea del carácter de Mara. El hechizo había emborronado los recuerdos de su pasado cercano al llevarse las sensaciones que los marcaron; cuanto más emocional hubiera sido el contacto con un allegado, más indiferente le era ahora. Pero sabía lo suficiente de ella para no querer encontrársela. No le aterraba que le diera un discurso motivador al estilo de Dagon, con quien le constaba que Mara hizo buenas migas.

Simplemente no quería estar en su presencia.

Aladiah se retiró, pues, en la dirección contraria. No iba a encontrarse a nadie: lo supo porque no habían acudido de inmediato al oír el estruendo de la silla. Los penitentes debían haber salido a deambular por Praga con sus armas cargadas.

No sabía a dónde le conduciría el interminable corredor, iluminado en los laterales por lamparillas que debían haber visto esos tiempos pasados que supuestamente eran mejores. Pronto, sus pasos se detuvieron en el ala donde se encontraban los dormitorios. Lo sabía porque allí se concentraba el olor corporal de cada uno de los penitentes.

Cruzó por delante en busca de otra salida sin dedicar más que una mirada de reojo a las puertas cerradas. Pero había una entreabierta, y a través de la rendija captó un cúmulo de colores. Colores lo bastante intensos para que frenase, aturdido, y volviera a mirar. Esta vez, con intención.

Había una mujer. Una mujer *con nervio*. Se movía frenética, como si la estuviera esperando un evento de importancia trascendental y no consiguiera dar con los zapatos adecuados. Pero Aladiah sabía que no la esperaban ni un tratado de paz ni un estadio lleno de fanáticos. Ella era así, impaciente, del mismo modo que era desproporcionadamente alta y desaliñada. Lo que no habría imaginado era que también sería... de *esa* otra manera.

Darda'il estaba desnuda de espaldas a él. Examinaba y comentaba por lo bajo lo que le sugerían las prendas de ropa expuestas ante sí. Algunas se las probaba, otras las extendía sobre su cuerpo para valoración, pero volvía a dejarlas todas en el montón, poco convencida.

Aladiah no daba crédito a lo que veía. Hasta el momento, habría

jurado que Darda'il carecía de cuerpo. Era solo una cara pecosa y una melena roja inflada, sostenidas a un metro ochenta del suelo gracias a una túnica blanca.

Pero sí que tenía cuerpo.

Aladiah pestañeó una sola vez desde que sus ojos habían caído sobre ella.

No sabía de cánones de belleza femenina. Ni de estética. No sabía cómo se suponía que debía ser una mujer, pero le pareció que tendría que parecerse a ella. Tenía la cintura tan estrecha como las caderas y las piernas más largas que hubiera visto. No se había fijado antes en el tono de su piel, de una blancura cremosa que le hizo salivar. Estaba espolvoreada de pecas. Pecas por todas partes. Pecas como lunares de colores, de un escarlata intenso en los hombros y más doradas en la espalda.

—¿Qué le ha hecho pensar a ese hombre que me sentará bien su ropa pintoresca? —mascullaba—. Bien le sienta a él, que llevaría a la Gala MET mejores modelitos que Rihanna y se luciría con ellos más chulo que un ocho. Como yo me vista de este color y ponga un pie en la calle, me reclutan para hacer malabares encima de un monociclo. Menudas pintas de payaso...

Aladiah se envaró. Sin conciencia sobre el bien y el mal, no se había parado a pensar en las connotaciones de lo que estaba haciendo. Sospechó que no era lo indicado cuando un calor sofocante le impidió respirar durante unos instantes.

¿Estaba enfadado con ella? ¿Qué era, entonces, ese hervor de sangre que le estaba aturdiendo? Había experimentado una sensación similar al verla aparecer en el sótano, aunque no tan intensa.

Aladiah retrocedió, desconcertado.

Se sentía arder.

—¿Qué haces ahí? —bramó una voz. Aladiah se giró en su dirección, pero no consiguió enfocar la vista. Sus ojos seguían viendo la figura de Darda'il, como si estuviera soñando despierto—. Ni siquiera voy a preguntar cómo te has librado de las dichosas cadenas. ¿Por qué te has venido a...? —Pausa—. Ya veo. Conque eres un *voyeur*, ¿eh?

Aladiah pestañeó, dando a entender que se había perdido.

El *rex* lo apartó de la puerta.

—Eso que estabas haciendo, querido amigo —ironizó—, es muy maleducado.

Aladiah seguía sin hablar. Por delante de sus retinas seguían reproduciéndose los gestos de Darda'il, sus susurros contrariados; los dos hoyuelos a la altura del sacro y la curva pronunciada de sus nalgas.

¿Por qué le enfurecía pensar en su cuerpo? ¿Qué clase de rabia era

esa, que no terminaba de contrariarlo y, en cierto modo, hasta le gustaba experimentarla?

No se dio cuenta, pero el *rex* suavizó la expresión al verlo atormentado.

—Vaya cara llevas. Parece que acabes de descubrir el fuego... Aunque nadie dice que no sea así, ¿no? Es la primera vez que ves a una mujer desnuda.

«Una mujer desnuda».

Las tres palabras, unidas para formular un concepto, le chirriaron en los oídos. Para sus adentros se rebeló, aunque débilmente, contra el modo en que había reducido un problema que intuía grave a apenas una estupidez, una niñería que debería tener superada.

Fuera lo que fuese aquello que había visto, no era una mujer desnuda. No era *solo* eso.

Valthessar lo cogió por detrás del cuello de la camiseta. Todavía llevaba aquella de la que se había apropiado en el apartamento de los universitarios.

Anunciaba una franquicia de salchichas alemanas.

—Será mejor que vengas conmigo. Aunque no lo parezca, Aladiah, una mujer que te gusta puede ser tan letal como la daga con la que has intentado rajarte. De hecho, es peor —agregó con amargura—, porque la puñalada dura un segundo. Pero la mujer...

»La mujer, si eres como yo, dura toda la vida.

Capítulo IX

—¿Sabéis qué me ha dicho? —decía el *rex*, mesándose la barbilla con una carcajada a punto de escapar. Descansaba los tobillos cruzados sobre la mesa del comedor—. Me ha dicho que ha recapacitado. Que quiere unirse a las filas de El Séptimo Círculo y luchar por las noches con nosotros. ¿No es un encanto?

Luvart meditaba sobre el comentario, pero a diferencia de Valthessar, no se acariciaba a sí mismo en el proceso. En su lugar, recorría con el dedo la línea de la clavícula de Reyyan, tan embelesado con el contacto como a quien se lo estaba regalando.

—No sé por qué me da la impresión de que, si eso sucediera, Aladiah sería el primero en morir a manos de los engendros. —Lo musitó tan bajo que pareció que se lo estaba contando en confidencia a Reyyan.

Darda'il los observaba con envidia. No eran la única pareja de El Séptimo Círculo. Valthessar y Mara se habían puesto de acuerdo para convivir antes que la hechicera y su príncipe de los ángeles. Pero no había visto esa complicidad entre el *rex* y su *anandha*. Luvart y Reyyan se respetaban y entendían con una mirada. Valthessar y Mara ni se habían dirigido la palabra desde que discutieran hacía unas horas, tanto así que la joven había preferido no asistir a la pequeña reunión de urgencia.

El tema a tratar no era otro que las novedades del exregente de La Sociedad. Mientras se agrupaban en torno a una mesa de banquete real, que no tenía nada que envidiar al comedor de castillo medieval de *La bella y la bestia*, Xaphan vigilaba al invitado. El *rex* se repantigaba en el asiento que presidía: Luvart y Reyyan se hacían carantoñas, ella sentada sobre su regazo. A los que ya conocía como Samael y Renyi estaban apoyados, de brazos cruzados, en la pared.

Y Dagon no apartaba la vista de ella.

Por lo menos alguien la hacía sentir cómoda. Si él no hubiera ido a buscarla después de ofrecerle ropa limpia y más transpirable que las dichosas túnicas, Darda'il se habría sentido perdida en la enorme mansión victoriana en la que residían.

—¿Aladiah en las guardias? Algo me dice que se resbalaría y se caería de forma accidental sobre una daga de acero azul —propuso Dagon con ánimo bromista.

—O, yendo a envainarla en el cinto, se la clavaría sin querer en el

vientre —opinó Samael.

—¡Debería daros vergüenza! —espetó Darda'il, acallando las carcajadas *ipso facto*—. Burlaros de la situación desesperada de alguien tan vulnerable, alguien que ha sido un ejemplo de moral y lealtad desde que subió de rango... ¡Ya os gustaría a vosotros ser como él!

—Yo ya soy un desalmado. —Samael encogió un hombro—. Poco tiene Aladiah que no tenga yo.

—Darda'il tiene razón —intervino el *rex*—. Bueno, y también Samael.

Valthessar escrutaba los movimientos de Darda'il con aire calculador, algo que la inquietó e hizo que quisiera cambiarse de asiento. Al rato, agregó:

—Reírse de un hombre que quiere acabar con su vida no es de muy buen gusto.

—¿Has visto lo que Samael lleva puesto? —bufó Dagon, haciendo un gesto para abarcar el pantalón militar de Samael y su *bomber jacket* gris—. Ya sabíamos que de buen gusto no anda sobrado. El pobre hace lo que puede.

—¿Cómo va a ver nadie lo que llevo puesto si tu ropita naranja hace daño a la vista?

—Gracias, sé que soy deslumbrante...

El *rex* chasqueó los dedos, acallando la conversación al instante.

—Cuando os veáis esta noche para daros cariño, podréis hablar de lo que gustéis. Ahora, hagamos el favor de concentrarnos en lo que nos traemos entre manos.

—Lo siento, *rex*. —Dagon agachó la cabeza como un cachorrito. Darda'il pensó que sus rizos cobrizos, que reposaban sobre los anchos hombros, recordaban a las orejas de un spaniel. Sonrió sin querer—. ¿Qué le has respondido tú?

—Le he dicho que así será —repuso Valthessar. Se acariciaba los labios con los nudillos, con la vista perdida en el techo—. Formará parte de El Séptimo Círculo como ayuda externa... pero cuando haya llegado el momento. Ha sido advertido de que deberá pasar por una serie de pruebas antes de entrar a formar parte oficialmente de la guardia nocturna.

—¿Qué pruebas le vas a poner? ¿Que demuestre que sabe escalar? Es King Kong. ¿Que sabe pegar? Sabe cosas mucho peores, como quemarte la cara sin ser el sol. ¿Que sabe correr? Como la madre de Bambi debió hacerlo. ¿Que sabe hacerte perder los estribos con dos frases? Joder, nunca pensé que eso pudiera ser un talento, pero helo ahí —bufaba Samael.

—¿Nunca pensaste que tocarle las pelotas a alguien podría ser un talento? —Se extrañó Luvart—. Y yo que creía que te prestabas mucha

atención a ti mismo. Más de la necesaria, diría yo.

—¿Hacía falta recordar lo de la madre de Bambi? —lamentó Reyyan.

—Las pruebas no son físicas —cortó Valthessar, que ya los miraba de reojo para silenciar la disputa en ciernes—. Tendrá que demostrar su lealtad a nosotros durante los próximos tres días.

—¿Cómo? ¿Dejando de comer? —Samael chasqueó la lengua—. Aladiah estaría encantado de morir de inanición, pero a un lado este detallito, en tres días te puede demostrar lealtad suprema hasta Dagon, que es lo que le duraba el amor con sus novias.

—Al menos tenía novias, no como otros —Dagon lo miró de reojo, siempre más bromista que con la intención de humillar—, pero coincido con Samael en que un comportamiento ejemplar durante tres días no será indicativo de nada.

—No quiero lealtad viniendo de él, solo ganar tiempo. Él interpreta mi propuesta como una espera de tres días; al tercero, podrá inmolarse a gusto. Eso me dará a mí tres días para sonsacarle la verdad sin temer que se haga daño.

»Reyyan —Valthessar apoyó los codos sobre la mesa. Se le veía cansado. Darda'il estaba segura de que apenas dormía, y que los pocos ratos que tenía para intentarlo, no pegaba ojo—, lo habéis visto. ¿Qué sensaciones tenéis con él de cara al futuro, dada la actitud demostrada?

Darda'il no se atrevió a mirar a la cara a Reyyan. No solo porque sus admirables habilidades le infundieran un respeto temeroso —todos se lo profesaban, llegando al extremo de tratarla de vos—, sino porque temía dedicarle una mueca lo bastante subversiva para enfurecerla. Darda'il era demasiado expresiva para su bien, y por magnífica que fuera como hechicera, Reyyan seguía siendo la causante del estado de su regente.

Ya no era el mismo por su culpa, y Darda'il se sentía en la obligación de proclamar a los cuatro vientos su descontento.

Al menos, mientras Aladiah no pudiera hacerlo.

«Cabrona», la insultaba para sí. «Te mereces lo que tienes: solo doce horas de vida al día. Qué ganas tengo de que caiga el amanecer y verte desaparecer como virutas de polvo».

—Tengo esperanza —declaró Reyyan, sonriendo con timidez.

«Te quiero», estuvo a punto de decir Darda'il. «Eres lo mejor que me ha pasado. Si fueras cantante, compraría tus discos».

—He estado estudiando las consecuencias del hechizo —prosiguió —, y, si bien las preveía terribles porque fue así como lo configuré, quizá hubiera exagerado un poco.

Darda'il dejó de encontrarla simpática.

—¿Que has exagerado un poco? A mí lo que me parece exagerado

es que un hombre tenga tantas ganas de morirse que se raje la lengua para ahogarse con su propia sangre. ¡No te jode!

Los penitentes presentes le dirigieron miradas extrañadas. Fue Valthessar el que habló.

—Se nota que no has salido mucho de La Sociedad. He asistido a suicidios considerablemente más sangrientos y desagradables.

—Hombre, claro, aquí a nadie le impresionará el show de la sonrisa del payaso. —Alzó las manos con ironía—. Hasta yo lo tengo muy visto después de cuatro actuaciones diferentes del Joker en las adaptaciones de Batman, donde el tío suele admitir que se rajó la boca para no perder nunca la sonrisa. Sin ir muy lejos, seguro que vuestro Abraxas, que es *gore* como él solo, le ha metido un puñal en la cara a algún seráfico y se ha quedado más a gusto que un arbusto. Pero si ahogarte con tu propia sangre era ya un suicidio terrible en *Million Dollar Baby*, pues imagínate cuando lo ves en vivo y en directo.

—Oye, eso es un *spoiler* —rezongó Dagon.

—Pobrecita. —Samael hizo un puchero—. ¿Tenemos que ponerte vídeos de las torturas de los militares israelíes para que te vayas haciendo el cuerpo? No, no, eso ya sería nivel dos. Tendríamos que empezar por lo básico: un parto normal. ¿Sobrevivirías a eso o te desmayarías al ver la sangre, como has hecho hace unas horitas?

Darda'il apretó los puños.

—No hace falta que seas un capullo. Como Valthessar ha señalado, Darda'il no ha salido de La Sociedad. Esto no es habitual para ella —la defendió Dagon.

—Ni debería serlo. ¿Qué coño hace aquí, para empezar?

—Darte mucho por culo, según se ve —intervino Luvart—. Solo por eso, tiene las puertas abiertas.

—¿Podemos hablar de Darda'il dentro de un rato? —pidió Valthessar con falsa dulzura—. Solo un rato. Lo que tarde la hechicera más poderosa del universo en pronunciarse sobre el suicida.

—¡No es un suicida! —espetó Darda'il—. Es el regente de La Sociedad.

—Es lo que tú digas, preciosa —musitó Renyi, reclinado a una esquina.

Era la primera vez que ese penitente en concreto se dirigía a ella, y aunque se encontraba a unos cuantos metros y ni siquiera la había mirado al pronunciarse, Darda'il rogó para que nunca más volviera a hablarle.

Había algo escalofriante en él. Nada que ver con la ira que hervía en Abraxas o la fría indolencia de Aladiah. Era algo que iba más allá. En Renyi reinaba la dictadura del silencio. Solo asomarse al vacío abisal por donde debían írsele todos los buenos deseos, la paralizaría de pánico.

—Me esperaba un hombre totalmente destruido. —Las palabras de Reyyan fluyeron en el respetuoso silencio de sus compañeros—. Los seres afectados por estos hechizos pierden su fuerza, pues en el momento en que sienten que no les sirve para nada, renuncian a ella y a su instinto de supervivencia, quedando expuestos a la derrota. Están tan perdidos dentro de su propia nada que no pueden enfocar la mirada. Al existir una vinculación directa entre recuerdo y emoción (esto quiere decir que recordamos las vivencias por lo que nos hicieron experimentar), se produce una lenta y gradual pérdida de memoria. La pérdida de conciencia y de capacidad sensible, como hemos visto, sucede en el acto. No sufre dolores ni diferencia entre el bien y el mal.

Darda'il atendía espantada a la exposición.

—¿Y dices que todo eso le pasará poco a poco?

Había tuteado a una reencarnación de la Sehara, un delito por el que la habrían mandado azotar en La Sociedad, pero Reyyan se mostró encantada con su naturalidad.

—Eso es lo que ignoro, y no tengo experiencia previa a la que remitirme porque, desgraciadamente, el hechizo solo ha sido conjurado una vez, y fue contra él. Habría jurado que este ataque no va destruyendo de forma gradual a la víctima, sino que la despoja de todo cuanto tiene en el acto. Pero parece que irá de menos a más, porque ahora hay esperanza. Aladiah ha hecho gala de una fuerza desmesurada, su mirada dice muchas cosas y es obvio que tiene la suficiente energía para urdir planes.

—Claro. Planes sobre cómo matarse —gruñó Darda'il.

Pensó en maldecir el poder ancestral de la hechicera —o hacer lo que más pudiera dolerle— cuando la vio sonreír.

¡Sonreía, la muy descarada!

—Aunque hace unas horas llevara a cabo un acto propio de suicidas, no es del todo un desalmado. Cuando he ido a verlo, he percibido su miedo. Con solo levantar una mano he comprobado que se protege instintivamente, lo que significa que no ha perdido el deseo de supervivencia.

»Puede que Aladiah desee morir —concluyó—, pero no de cualquier manera. Ni como un mártir, ni a manos de quienes le hicieron daño. Eso significa que le queda orgullo... y que está furioso.

—¿No se supone que no puede sentir nada? Le rompiste el corazón. *Literalmente*.

—¿Tan extraño te parece que un hombre sin corazón pueda tener sentimientos? —Luvart se mostró anonadado por la pregunta de Samael—. ¿Acaso no tengo ante mí a un descerebrado que piensa de vez en cuando? Los milagros existen, amigo.

—No seas malo —le regañó Reyyan, dándole un golpecito en el

hombro.

Por primera vez desde que recordaba, Darda'il vio a alguien mostrarse cercano con Samael: cuando habló, lo hizo dirigiéndose a él con una disculpa en la mirada. Incluso Luvart se mostró más cálido con el penitente tras el regaño de Reyyan.

—Donde hay fuego, quedan cenizas, ¿no? —le respondió la hechicera a Samael—. Aladiah debía ser mucho más emocional y puro de corazón de lo que esperábamos...

—Guárdate eso para alguna película Disney —murmuró Samael, apartando la mirada de Reyyan.

¿Se había ruborizado?

—...porque el hechizo, pese a haber tenido un efecto demoledor, no es irreversible. No si actuamos con rapidez y le ayudamos a recuperar su identidad.

—¿Cómo se hace eso? —inquirió Darda'il, ansiosa.

Reyyan se tomó un segundo para pensarlo.

—Ahora que lo pienso, existen hechizos con consecuencias similares a las que hemos visto. Nunca tan categóricas, pero los hay. El motivo por el que una criatura suele mostrarse resistente a sus efectos es el mismo: había en el corazón de la víctima un objetivo vital, una pena sobrecogedora o un deseo extremadamente intenso. Tan grande era ese objetivo, esa pena o deseo, que acaparaba su vida por completo, conformaba la totalidad de su esencia y solo desaparecería cuando la víctima lo hiciera también. Para devolverle su identidad, deberemos interceptar esa razón de ser que le ha salvado de perderse del todo y que todavía le atormenta..., aunque él no lo sepa. Y para eso necesitamos a alguien que le conozca muy bien.

—Pues estamos jodidos —bufó Samael—. Mi amigo no era.

—La cosa es... ¿Quién es tu amigo? —preguntó Luvart, genuinamente interesado.

—¡Yo sé cuál es ese objetivo acaparador suyo! —saltó Darda'il. Todos la miraron, algunos con curiosidad; otros, con recelo—. ¿No es obvio? Para él, La Regencia era lo más importante.

Valthessar sacudió la cabeza.

—He intentado convencerlo de colaborar con nosotros apelando a La Sociedad, a La Magna, al súcubo que por lo visto le hizo perder la cabeza, a la traición de su hermana... A simple vista, y que nosotros sepamos, no tiene ninguna fibra sensible.

—No le hablaste de su regencia como debías —le reprochó Darda'il —. Por supuesto que no va a colaborar para derrocar a Raziel. Lo último que le apetecerá será verle la cara al desgraciado que ha mandado encontrarlo. Pero quizá colabore si le recordamos todos los cambios legislativos que quería llevar a cabo para hacer de La Sociedad una organización más actual. Me habló muchas veces de

dichas modificaciones. Podría listarlas en un momento y recordarle que es un idealista.

Luvart meneó la cabeza, no muy convencido, y posó su mirada malva en Reyyan.

—¿Es así? ¿Recomiendas que le refresquemos la memoria al regente?

Reyyan echó un vistazo rápido al ventanal del comedor. Las primeras luces del alba empezaban a infiltrarse con timidez entre las copas de los árboles del jardín. Se apresuró a ofrecer su conclusión mirando al *rex*, sabiendo que le quedaba poco tiempo. En cuestión de minutos, su cuerpo desaparecería y su espíritu iría a descansar junto al de Luvart.

—Intentarlo por ese camino no me parece descabellado —determinó, convencida—. Y si no funciona, habrá que probar otras vías.

»Lo que está claro es que sea como sea, hay que despertar a Aladiah.

Capítulo X

Darda'il llevaría la voz cantante en el primer experimento para devolver al regente a la vida. Nadie había podido refutar su argumento, aunque ella misma admitiera para sus adentros que hacía aguas por todas partes: la prometida del susodicho era la indicada para recordarle las que eran sus inquietudes, no un puñado de tarados que hacía solo un mes lo habrían degollado con mucho gusto.

El *rex* en concreto había tenido que resignarse a darle la razón.

Él, por lo menos, se había sentido identificado con el ejemplo.

Estaba entusiasmada. El discurso de Reyyan le había parecido de una lógica aplastante. Nada podría salir mal. ¿Cómo no iba Aladiah a volver en sí mismo, cuando su corazón había sido el más puro, y su amor hacia La Sociedad, el más desinteresado? De pronto le resultaba inconcebible un futuro en el que Aladiah no ocupara La Regencia. Le daban ganas de echarse a reír de incredulidad ante lo que estaba ocurriendo.

Todo se quedaría en un mal sueño. Ella se aseguraría de que la pesadilla durase lo mismo que un pestañeo.

A la mañana siguiente, se levantó llena de energía y de confianza en sí misma. Pidió prestada al *rex* una pequeña pizarra blanca. Dagon le cedió con gran placer unos cuantos rotuladores de colores, y Samael le indicó con gesto burlón el dormitorio donde podría encontrar a Aladiah.

Solo un segundo antes de cruzar la puerta, las cosquillas de siempre hicieron acto de presencia y la obligaron a pararse.

Aladiah tenía ese efecto en ella.

Darda'il sintió una extraña conexión con el que más tarde sería su mentor el mismo día que lo conoció. Recordaba lo tranquila que estuvo durante la selección de prometida del regente, y cuánto saltó a la vista su milagrosa calma cuando era propensa al histerismo.

Ella *sabía* que la elegiría. No entendía el origen de su seguridad ni el porqué de la afinidad, pues no podían ser más diferentes, pero un hilo invisible los acercaba de un modo sobrenatural. Se basó en ello para confiar en que Aladiah la elegiría para la ceremonia de La Promesa, y se basaba ahora en lo mismo para creer que lo salvaría.

El mencionado vínculo era la única experiencia fuera de lo común que Darda'il había vivido desde que le ofrecieron formar parte de La Sociedad. Si no hubiera sido por el poderoso amor desinteresado que

estalló en ella al conocer a Aladiah, se habría escapado de la organización al día siguiente, porque no encajaba.

Nunca lo hizo.

Ahora tenía la oportunidad de hacer algo por él. Algo como lo que él hizo por ella al darle un sentido a su vida en La Sociedad, al ofrecerle esa oportunidad, al protegerla del miedo a no mimetizarse con el entorno, al hacerla sentir escuchada, comprendida y, quizá, hasta...

No, querida no. Nunca se había sentido querida de ese modo especial con el que había fantaseado. Pero no dudaba que el regente solía preocuparse por ella.

Sí, como se preocupaba por todos los demás. Pero por lo menos se preocupaba.

Inspiró hondo y empujó la puerta. Era de un metal elaborado, similar al que se empleaba para los acorazados del ejército.

Darda'il comprendía las medidas tomadas. No iban a arriesgarse a que Aladiah saliera huyendo cuando era una pieza indispensable para calmar las turbulentas aguas. Pero sentía lástima por Aladiah, sobre todo al recordar el estado en el que se hallaba.

Lo encontró echado sobre su costado en la cama. Su cabeza, irreconocible desde que no había rastro de la melena lisa y bien peinada, reposaba con descuido sobre la palma de la mano. Justo en la trayectoria de su mirada aburrida, descansaba una revista. En su nuevo pelo castaño, que se notaba que había cortado con un par de tijeretazos, destacaba el mechón blanco, recuerdo de lo que una vez fue.

Se había aseado y le habían prestado un sencillo chándal negro. Marca Adidas, cremallera, cuello de canalé.

Habían dado por hecho que no saldría a la calle.

Darda'il pensó en las vistas que se perderían los praguenses, y enseguida se extrañó a la vez que se sintió consternada por la ocurrencia.

Ella no se fijaba en el aspecto de su regente. Siempre la había aturdido su perfección, pero nada más allá de eso. Desear a su regente habría sido una muy mala decisión. Ahora tampoco lo deseaba, era solo que...

El negro le sentaba bien. Eso era todo.

Aladiah estaba pasando las páginas de la revista cuando, instigado por una corazonada —porque Darda'il no hizo ningún ruido—, levantó la vista y la clavó en ella.

Darda'il se quedó helada, como hiciera al mirarlo por primera vez después del hechizo. Y cuando lo cazó en el salón de audiencias, justo antes de escapar, y le dedicó unas palabras que nunca olvidaría: «La verdad no nos hace libres».

Ah, y cuando había intentado quitarse la vida en el sótano.

Por más que se esforzaba, esa nueva imagen de Aladiah no se iba. Se resistía a fusionarse con la del antiguo. Para su mente impotente de humana sin poderes, eran dos hombres distintos.

El que había conocido en La Sociedad era merecedor de su respeto. El que la miró de arriba abajo muy despacio, como si quisiera adivinar ya de lejos si iba armada, le producía escalofríos.

—Veo que sigues aquí.

Darda'il puso los brazos en jarras con torpeza. La pizarra sujeta por el costado le limitaba los movimientos.

—Estaré aquí mientras vos estéis aquí. Y como ninguno de los dos pertenecemos a este lugar, será mejor que nos pongamos manos a la obra. Adelante, levantaos. Hoy estáis de suerte: voy a impartir una clase magistral sobre La Sociedad.

Aladiah no se movió.

—¿Por qué eso me haría afortunado?

—¡Porque es lo que más os importa en este mundo!

—No lo dudo. Pero lo que más me importa en este mundo sigue sin importarme un carajo.

—Pues os va a importar, porque voy a contaros la historia de la organización de vuestros amores como no os lo han contado antes. ¡Hay que refrescaros la memoria!

Darda'il se plantó frente a él con la pizarra bajo el brazo. Con una torpeza que la avergonzó especialmente al ser observada por *ese* Aladiah, la giró y colocó de modo que pudiera leer el contenido. Se le cayó uno de los rotuladores. Al agacharse para recogerlo, se le cayó otro. Cuando intentó agarrar los dos con la misma mano, el que tenía atrapado entre los dedos meñique y anular rodó hacia la alfombra para reírse de ella. Bufó, impaciente, y se concentró. Tanto lo hizo, de hecho, que olvidó que llevaba la pizarra en la otra mano y se le cayó sobre el empeine.

Darda'il lanzó un alarido que sonó al llanto lastimero de un gato.

—No, la verdad es que este número no lo había visto antes —comentó Aladiah.

Sonaba desinteresado, pero ni siquiera había pestañeado, atento a todos sus movimientos.

Darda'il agarró de un puñado todos los utensilios y se incorporó. Toda la sangre se le había concentrado en la cara, por la vergüenza y por la postura de agacharse.

—Ja, ja, qué graciosito estáis. —Enseguida recordó que estaba ante su regente—. Lo siento, Sublimidad, no era... no quería... ser... ser... descortés.

Aladiah miró alrededor, como si quisiera cerciorarse de que no había ningún intruso escondido detrás de... de nada, porque habían

quitado incluso las cortinas.

—¿A quién llamas «Sublimidad»? Lo único sublime que veo por aquí es tu talento circense.

—Para vuestra información, tendría talento para el circo si supiera hacer malabares con los tres rotuladores, no si se me cayeran los... Oh. Estabais siendo irónico. —Esperó a que Aladiah asintiera, muy despacio. Darda'il se cuadró de hombros—. No me acostumbro a vuestro nuevo sentido del humor. A vuestro nuevo... yo.

—Yo tampoco me acostumbro a tu nuevo tú.

No sabía a qué se refería, y sospechaba que no quería descubrirlo. Ojalá nunca lo hubiera admitido ante sí misma, pero temía el brillo oscuro que se había apoderado de sus ojos, que los había transformado.

—Con suerte, ninguno de los dos tendrá que acostumbrarse al otro. En un pispás, volveremos a ser los mismos y esto quedará como una anécdota un tanto... turbadora. Pero divertida —agregó—, porque mirando atrás, todo pierde importancia.

»¡Muy bien! Allá vamos. Nos remontamos a tiempos pasados, *pasadísimos*, allá por cuando Homero escribía esos tochos infumables que nadie se ha leído pero todo el mundo conoce. Seguro que te suena *La Odiosa*.

—Conozco a alguna que otra odiosa, pero *La Odisea* me suena un poco más.

—Esa, esa es. —Lo señaló con un rotulador, contenta de que al menos recordara los títulos de sus obras preferidas—. Vale, pues mientras Homero escribía sobre Ulises, Penélope y toda la tropa pingu, La Sociedad sufría el primer y único cisma de su historia.

»Hasta ese momento, La Sociedad había sido el primer clan protector de los seres humanos asentado en la Subrealidad. Es decir..., en La Tierra. Actuaba en horario diurno porque los penitentes, otro clan protector formado por pecadores, necesitaban el nocturno para no quemarse la piel. No porque sean vampiros, ¿eh? Eso tiene su razón de ser. La Magna cuenta con varios símbolos representativos, y uno de ellos es el sol. Como los penitentes están cumpliendo una penitencia por una traición particular que cometieron contra Ella, pues no pueden mirar el sol sin que les lance una descarga. Es la manera que tiene La Magna de decir: «Estoy enfadada».

—He tenido el honor de tratar con La Magna estando enfadada.

Ella también, y la inundaban unas inmensas ganas de llorar cuando lo recordaba. La Magna había sido contundente expresando su decepción hacia Aladiah. Todavía tenía pesadillas en las que Aladiah era inmovilizado por su propia gente mientras una hechicera se llevaba su alma. Y, con ello, su lealtad y su generosidad.

No quiso recordarlo y prosiguió sin prestarle atención.

—La Sociedad siempre estuvo formada por los seráficos *albos*. Mira. ALBOS. —Lo escribió en la pizarra en color verde y lo subrayó una vez. No se quedó satisfecha y lo subrayó otra. Y otra—. ¿Lo ves?

—Creo que los marcianos lo ven también. Con dos rayas más te haces un pentagrama.

—Los albos se hacían cargo de su perpetuidad como los reyes medievales. ¿Te acuerdas? Se frotaban los unos con los otros para que su sangre superior, la que los hacía inmortales y les proporcionaba talentos mágicos, no fuera corrompida por los defectos de la humanidad. Es gracioso, si lo piensas, porque es como si les diera asco la raza a la que defienden. Una raza de la que su diosa también es responsable. Vamos, que son bastante despectivos hacia la creación de La Magna, lo que les hace un poquito blasfemos.

—Los albos han sido racistas toda su historia.

Darda'il se quedó de una pieza al oír la palabra.

Era un término que no solo se evitaba, sino que a ratos parecía prohibido pronunciar. Nunca había tenido el desatino de decirla, pero una vez oyó a un seráfico incluirla en una pequeña charla banal y un albo que pasaba por allí «le invitó a acompañarle» con gesto grave.

El objetivo era «hablar con él», pero algo más debió pasar, porque cuando volvió no parecía el mismo.

—Pero eso sería antes de que apareciera el linaje de los áureos. Luego no les quedó más remedio que abrir la mente, o, si no, no estarías aquí.

—Qué curioso. Yo diría que, si hubieran abierto la mente como dices, yo estaría en cualquier sitio menos en este.

—Bueno, mira, te cuento lo del linaje de los áureos y luego, si quieres, debatimos. —Carraspeó, nerviosa. Sabía que Aladiah tenía la razón, y se sentía impotente al no poder arrebatársela para contagiarlo de optimismo—. El regente de La Sociedad de la época en que Atenas florecía, ya sabes, esa Atenas de Homero, se enamoró de una humana. Seguro que te acuerdas de sus nombres. Mithrael era un albo muy eminente, y su amada, Asherah, una alabada princesa de la región de Fenicia.

»Al principio, se armó la de Dios es Cristo. Un pifostio descomunal. Los albos le dijeron a Mithrael que se jodiera (con perdón), y La Magna, que llevaba un rato ardida porque el Gran Grimorio la había dejado para perseguir su carrera en solitario, estuvo a punto de rebanarle el pescuezo. Pero ya sabes cómo es La Magna, aparte de guapísima y todo eso: muy, muy impredecible. Como resulta que Mithrael y Asherah tuvieron un hijo, y el hijo no era ni tonto, ni babeaba, ni nada por el estilo, sino que encima era increíblemente brillante, pensó: «¿Y por qué no meter a este niño en La Sociedad? A mí me sirve». Así se lo contó más o menos a los albos. Algunos se

mosquearían, porque imagínate preocuparte de perpetuar la pureza de la sangre para que venga un tío cachondo y te cambie la legislación, pero la mayoría no tuvo otro remedio que aceptarlo y... —Arrugó el ceño al coincidir con sus ojos—. ¿Por qué me miráis así?

Aladiah enarcó una ceja.

—Así, ¿cómo?

—Así como... como...

¿Cuál era la palabra? ¿«Raro»? ¿«Diferente»?

La conclusión era que acentuaba sus nervios.

—B-bueno, lo que os decía es que desde que Mithrael y Asherah se enamoraron, en La Sociedad conviven dos linajes: los albos y los áureos. Tú eres un áureo porque tu nombre acaba en «ah». Raziel es un albo porque su nombre acaba en «el».

—Pensaba que soy un áureo debido a mi condición mortal, mi inteligencia estratégica y mi facilidad para la empatía, y que Raziel es un albo porque es inmortal, conoce la magia *albis* y sufre de ceguera para tener un punto débil, pero parece que siempre he estado equivocado y solo era una cuestión de morfemas derivativos. ¿Tú qué eres, puesto que tu nombre acaba en «il»?

—Pues mi padre era un reverendo anglicano y me llamó así por los ángeles viajeros de Dios. —Se encogió de hombros, ajena a su sarcasmo—. El pobre no se enteró hasta más tarde de que Darda'il es un nombre que se invoca durante los exorcismos. Pero no sé qué soy con exactitud.

—Estaría bien que me lo informaras una vez lo supieras; así me contarías algo nuevo y sorprendente. Sabes que no he perdido la memoria, ¿verdad, *ángel viajero*? Sé quiénes son Mithrael y Asherah y me conozco de memoria la historia de La Sociedad.

—Solo quería poneros en contexto. Pero si no habéis perdido la memoria, ¡mejor aún! Podemos ir directos al grano.

—No sé yo si eso será posible estando tú involucrada.

Darda'il intentó mantener la sonrisa en la cara.

Al igual que la primera vez que le había dirigido una burla de soslayo, le costó asimilarlo. Aladiah jamás habría hecho una referencia taimada a su condición de parlanchina. No era nada malo, solía decirle, porque no hablaba por hablar: siempre contaba alguna anécdota o daba una opinión interesante que ayudaba a distender los debates acalorados.

Parecía que había cambiado de opinión.

—A donde quería llegar es a que vos, como mestizo que sois, heredero de Mithrael y de Asherah junto al resto de vuestros hermanos, os considerabais la persona indicada para modernizar las instituciones. ¿Os acordáis? ¿Os acordáis de que ese era vuestro sueño?

Aladiah era el escudo en el que rebotaban todos sus rayos de esperanza. Cada palabra envuelta en ilusión le era devuelta como una daga afilada de la que Darda'il no sabía cómo protegerse.

No tenía que responder para que supiera que le importaba un ardite. Bastaba con que la mirase a la cara.

Por fin, Aladiah tuvo la amabilidad de incorporarse. Retiró a un lado la revista, como si de pronto le resultara molesta, y se levantó para intimidarla con su altura.

Siempre había sido esbelto, y el orgullo del puesto ostentado le obligaba a mantener la barbilla muy alta. Ahora que era un traidor, un seráfico caído en desgracia, ¿cómo era posible que pareciera más grande? ¿Era la libertad lo que propiciaba el crecimiento de los hombres, en un sentido literal y también figurado?

—Recuerdo haber sido un completo imbécil, sí —acordó sin entonación—. Recuerdo haber puesto mi vida al servicio de los demás; haberme arrebatado el derecho a la autodeterminación, haberme sometido gustosamente a un régimen arcaico y sin disposición alguna a cambiar para mejor. Recuerdo haber creído durante todo ese tiempo que tenía algún poder real, que no era una marioneta más en manos de los que operan en la sombra.

Darda'il se quedó muda.

—¡No fuisteis un imbécil! Mirad... Queríais derogar la Ley de No Reproducción porque considerabais elitista el deseo de mantener pura la sangre. Y tenía todo el sentido. Si los humanos son tan criaturas de La Magna como lo son los seráficos, ¿por qué hacer distinciones? Se ha demostrado que los seres humanos, como el hijo de Asherah y Mithrael, poseen poderes especiales y, cuando no, simplemente una energía diferente.

Lo escribió en grande en la pizarra: «LEY FUERA».

—Te voy a decir por qué hacer distinciones, ángel viajero: porque lo que diferencia a La Sociedad de El Séptimo Círculo es la pureza de su virtud, y si en La Sociedad se le permite la entrada a cualquiera, como El Séptimo Círculo está formado por pecadores y mediocres, dejará de ser moralmente superior. Y los albos no quieren que haya nadie moralmente superior a ellos.

—Eso lo pensarán los miembros del Consejo que están chapados a la antigua. A esos hay que jubilarlos ya. Vos podéis hacerlo, podéis quitarlos del medio y hacer lo que siempre quisisteis: que los miembros del Consejo de los Doce Prefectos se elijan mediante voto popular y la última palabra la tenga la diosa Magna. Derogar el viejo sistema de promesas supondría un gran paso hacia el futuro...

—No hay futuro para mí en La Sociedad.

La contundencia de su réplica volvió a callarla.

Aladiah la cogió de la muñeca para examinar con minuciosidad los

tres rotuladores, presos en el puño cerrado y ofrecidos como un ramo de flores. Se decantó por el rojo. Mirándola a los ojos, lo destapó usando los dientes, escupió el tapón y tachó las anotaciones que aún subrayaba la pizarra.

—Y para ti, que eres tan inútil como yo... —Le pintó un punto rojo en la nariz—, tampoco.

Aquella palabra la sacó por completo de sus casillas, pero quiso aferrarse a una remota esperanza para hacerle entrar en razón.

—La persona que habla no sois vos. Vos no hacéis esos comentarios tan maliciosos, ni pronunciáis como acusación la palabra que empieza por «r» y que fragmenta a vuestra adorada sociedad. Vos sois...

—Sublime, ¿no es así? Soy sublime.

Darda'il alzó la barbilla con seguridad.

—Pues sí.

—¿Por qué?

—Porque eras... eras... eras perfecto. ¡Sí, eras perfecto! ¡Eras paciente, bondadoso, sacrificado, comprensivo, empático...! Escuchabas todas las opiniones porque no creías en las divisiones clasistas, porque querías erradicar las desigualdades de rango, las estúpidas prohibiciones; porque allá por donde ibas, los problemas encontraban su solución como por arte de magia, todo el mundanal ruido quedaba reducido a un murmullo insignificante y yo me sentía la persona más afortunada del universo.

—¿La persona más afortunada del universo, dices?

Darda'il dejó de respirar cuando él avanzó el último paso hasta ella y recorrió su rostro con los dedos. Era la caricia más extraña que hubiera no ya experimentado, sino *visto* jamás. Parecía que estuviera inventando un uso distinto para las manos, uno que nada tenía que ver con la violencia, pero tampoco con el afecto.

—Debieron tratarte muy mal durante la adolescencia si yo, con mi indiferencia, te hacía sentir como una reina. No tuviste la infancia más dulce, ¿verdad? Por eso decidiste catalogarme de príncipe azul cuando, en realidad, solo era cortés contigo.

—No eras solo cortés. Eras... bueno conmigo, y... y te preocupabas por mí, y...

—¿Eso crees? No me acordaba de que existías hasta que hablabas. Cuando no estabas ante mis ojos, era como si no estuvieras en el mundo.

La bofetada de realidad fue tan repentina que Darda'il retrocedió.

—Y no actúes como si no lo supieras —agregó, pasándose una mano por el pelo. El mechón platino destacaba sobre el castaño cada vez más oscuro—. Sabes que el regente de La Sociedad tenía asuntos urgentes de los que encargarse, y tú no eras uno de ellos. Te mentías creyendo que yo era el más generoso entre los generosos. Que yo

estaría ahí para ti sin importar lo que pasara. Te aferrabas a mí como si te fuera la vida en ello. ¿De qué querías que te salvara, Darda'il?

Parecía interesado en su respuesta, pero Darda'il sabía que el candor era fingido. Igual que supo, aunque le habría gustado no enterarse, que Aladiah estaba perdido.

Estaba perdido y ella no lo había querido ver.

Él nunca se habría burlado de sus sentimientos ni habría dibujado un pasado triste en su historia para tratarlo sin tacto. Lo que tenía ante sí era un monstruo, no tan deliberadamente cruel como solo indiferente a la sensibilidad ajena.

Y, sin embargo, Darda'il no se pudo mover. No se pudo alejar del aliento que le acariciaba la cara, de esos dedos que, sin saberlo, aprendían a amar a través de torpes caricias.

Aladiah, tal y como lo conocía, estaba muerto. Pero sus ojos brillaban más que nunca. Un fuego desconocido, hipnotizador al primer vistazo, chispeaba en las mismas pupilas que antes habían reflejado otro tipo de indiferencia. Otra más solemne.

Lo que ahora veía en el rostro del nuevo Aladiah era un rapto de locura. Una locura que la atrajo inexplicablemente.

—A mí no me hace falta que me salves. Eres tú el que necesita salvación.

—¿Y se supone que me salvarás devolviéndome a La Sociedad? En aquel agujero de mierda no me dejaban ser o sentir con libertad. Aquí, en cambio, podría dejarme llevar y sentir lo que quisiera. Como y cuando lo quisiera. La única diferencia es que no lo deseo...

Hizo una pausa en la que su mirada se tornó abisal. Darda'il no se movió de donde estaba, confusa por el modo en que estudiaba la caída de la camisa que Dagon le había prestado. Aladiah revisaba las arrugas que se formaban en el satén, en los muslos pálidos que asomaban debajo... y en los pezones endurecidos que se marcaban a través de la tela.

Aladiah estrechó la mirada. La obligó a alzar la cabeza tirándole de la barbilla con suavidad. Esa delicadeza exhibida casaba tan poco con su nueva personalidad que Darda'il se dejó embrujar un instante por sus ojos. En la lucha por la dominación de sus iris, el ámbar iba ganando terreno a pasos agigantados.

Darda'il temía que llegara el día en que su azul desapareciera.

—...O quizá sí.

Capítulo XI

¿Por qué demonios le ponía de tan mal humor? ¿Era su extrema pero adorable torpeza? ¿El modo en que encogía los hombros y apretaba los brazos contra los costados para intentar hacerse pequeña, cuando resaltaría entre un batallón? ¿La mirada esperanzada que le dirigía aun cuando trataba de espantarla?

Debía ser eso. Eso y nada más.

Darda'il se había delatado exponiendo la historia de La Sociedad. Quería recuperar al antiguo Aladiah. Un Aladiah que él no estaba en absoluto interesado en que volviera.

Fuera cual fuese la causa de su extraña irritación, un indicio débil pero latente de emoción, Aladiah pensó que, acobardándola, podría disimularlo. Así que se adelantó un paso más.

No sabía lo que hacer, solo que quería hacer *algo*... y tenía la certeza de que ella respondería a su avance sin titubear.

Lo confirmó extendiendo una caricia por la línea de su mentón. Darda'il se había ruborizado, lo miraba con los ojos muy abiertos, esperando de su parte algo que no habría podido adivinar. Aladiah no tenía experiencia en esas situaciones y vacilaba, se sentía aún más débil e impotente ante ella. Como si fuera más poderosa que él, lo cual no tenía sentido aparente.

—La que parece que tiene muy claro lo que desea, eres tú. Quieres que ocupe mi lugar en La Regencia y todo sea como antes, ¿no? Alguien debería decirte que tengas cuidado, porque los sueños siempre se cumplen, pero nunca tal y como los pedimos.

—Ah, ¿sí? —La rabia que a Darda'il le producía su propio desconcierto no iba dirigida a Aladiah. Estaba enfadada consigo misma porque algo se le escapaba, igual que se le escapaba algo a él —. ¿Qué se te cumplió a ti? ¿Que te echaran de La Sociedad?

Aladiah sonrió.

—Crees que así hurgas en la herida, pero no hay herida.

Ella agachó la cabeza.

—Porque no hay nada. Eso es lo que te ha faltado añadir, ¿no?

—¿Por qué te duele tanto que no lo haya? —Aladiah buscó su mirada, que le retiraba con timidez—. Es porque crees estar enamorada de mí, ¿no es eso?

Darda'il reaccionó igual que si la hubiera golpeado. Dio un paso atrás, rodeándose el vientre con una mano protectora, y lo miró sin

caber en su asombro.

—¿Qué? —balbuceó, pálida como un muerto.

—Te duele que tu adorado Aladiah se haya perdido. Cuando tenía corazón aún existía la posibilidad de que te amara, ¿verdad? Ahora, en este estado, se supone que he perdido el don de repartir amor. Que soy un desalmado. Y eso te deja sin esperanzas.

—¿Acaso no lo eres? ¿No te estás escuchando?

—Te equivocas si piensas que ahora soy más inalcanzable que antes. Era antes cuando no podías siquiera soñar con tenerme.

—¿Quién ha dicho que yo quisiera tenerte?

Aladiah curvó los labios en una sonrisa cruel.

—Tú. Me acuerdo tan bien de lo que me dijiste cuando me marché que podría recitártelo de memoria. «¿Qué voy a hacer sin ti?» —empezó, con la vista fija en su expresión desarmada. Aprovechó que la había descolocado para acorralarla, obligarla a retroceder hasta dar con la pared—. «Te necesito. Sabes que te necesito». —Darda'il cerró los ojos, como si así pudiera huir de sus palabras. Ni siquiera se percató de que Aladiah estaba prácticamente encima de ella, y el choque con la pared le impedía salir huyendo—. «Lo sabes, ¿verdad? Sabes que te quiero».

—Basta. No sigas. No hace falta que lo digas. No hace falta que te regodees en...

—«Te quiero y me iré contigo si me lo pides». Al menos ahora sé que no mentías... —Examinó su rostro con curiosidad—. Has venido a mí incluso sin que yo te lo pidiera. No sé si eso es lealtad o simple cabezonería, porque amor... Te aseguro que amor no es.

Darda'il abrió los ojos de sopetón. No quedaba rastro del ataque de pánico sufrido. Una oleada de indignación se lo había llevado.

—¿Y tú qué sabrás lo que es? ¿Acaso estás en mi mente?

—No es muy difícil meterse ahí. —Apoyó el dedo índice en la punta de su nariz y siguió hacia arriba. Dejó la yema pulsando el centro de su frente, como también posó allí su mirada pensativa—. Uno te mira y lo ve todo. Absolutamente *todo*. Eres tan ingenua y sabes tan poco del mundo en el que te encuentras que te obsesionaste con el primero que te tendió la mano. Pero tú no sabes lo que es amar.

—¿Y se supone que tú sí? ¿Tú, que ya no tienes salvación?

Como si sus palabras hubieran activado una bomba, un fogonazo mental aturdió a Aladiah. Detrás de ese resplandor cegador, se reprodujo un recuerdo. Un día estival en la provincia de su nacimiento volvió a él para obligarle a desmentir aquella acusación.

Una preciosa muchacha de cabello rubio se burlaba, cariñosa, de sus dificultades para alcanzarla. Aladiah se veía a sí mismo sorteando los trigales para llegar hasta ella, concentrado en la estela de su bañador azul. Le faltaba el aliento, pero no por el esfuerzo —sabía que

la carrera estaba perdida, entre otras cosas porque siempre había que dejarla ganar—, sino por las carcajadas, que se le amontonaban en la garganta y le impedían respirar de forma regular. También el amor hacia ella le sofocaba a veces. Sobre todo en esos momentos en los que podían desentenderse del futuro que les esperaba y disfrutar el uno del otro. Les habían sido concedidos unos días de libertad, y ella, que no podía estar sin su compañía, eligió compartirlos con él.

Era la persona más divertida que hubiera conocido jamás. Ella sola se inventaba las juergas con sus cómicas muecas, sus gestos obscenos, sus tarareos musicales. Cantaba fatal, pero le echaba ganas. No necesitaba a nadie para armar una fiesta inolvidable. Su energía vital lo absorbía todo. Aladiah no podía atraparla en un pilla-pilla, no podía encontrarla en el escondite ni podía, en definitiva, superarla en ninguna actividad física. Él era de carácter templado, un joven tranquilo que había entendido muy rápido que se esperaba mesura de su parte. Ella, una locomotora cuesta abajo y sin frenos. Una despendolada que podía partir la tierra con una de sus carcajadas.

La quería. Por Dios que la quería. Podría haber puesto a todos los dioses de todas las religiones conocidas por el hombre como aval de la devoción que sentía por ella. No había vuelto a querer a nadie después, y no porque no quisiera. Simplemente *no pudo*.

Todavía la oía en sueños diciendo su nombre.

—¿Así pretendes llegar a convertirte en el regente, Audric? —le decía—. ¡Espero que demuestres más energía cuando persigas tus sueños, o te adelantará hasta la tortuga de la fábula!

El recuerdo se disolvió tal y como había llegado. No sabía qué expresión le había dejado. Solo sintió el vacío del universo en el pecho, insalvable como nunca.

Darda'il lo miraba con una mezcla de culpabilidad y curiosidad.

—¿Qué he dicho? —balbuceó, sin comprender—. ¿He dicho algo malo?

Aladiah estrechó la mirada.

—¿Que si has dicho algo malo? Veamos... ¿Por dónde podríamos empezar? La pregunta sería *si has hecho algo bueno*. Creo que acabaríamos antes. Solo por decir una cosa que te valdría la decapitación, has desertado.

—¡No he desertado! ¡He venido a buscarte!

—Peor aún. Has desertado *para unirte a un traidor*, y lo peor es que ni siquiera vas a conseguir lo que te propones, porque ni el destino de las razas, ni el tuyo o el mío me importan en lo más mínimo.

»¿Qué te hizo pensar que podrías convencerme de volver, Darda'il? Siento curiosidad, no creas que no. Quizá pensaste que tu extraña obsesión conmigo me conmovería lo suficiente para rehacer mis pasos.

Darda'il se ruborizó furiosamente.

—Yo no... No...

—Porque eso es todo lo que tienes que ofrecer, claro. Por la fuerza no conseguirías moverme del sitio. Ni con tu magia o tus poderes ocultistas, porque careces de dones sobrenaturales. Está claro que eres un fraude. No solo tu vínculo conmigo no es lo bastante fuerte para despertar en mí el sentimiento de culpa que me haría regresar, sino que tampoco eres tan relevante para obligarme a obedecerte, lo que hace que me pregunte...

Se mesó la barbilla.

—¿Que te preguntes por qué eres tan despreciable?

—La respuesta a eso ya la sé. Lo que estoy empezando a barajar es que vinieras a buscarme para ganarte el respeto de Raziel.

—¿Qué? ¿Yo para qué querría el respeto de ese capullo?

—Los dos sabemos que, sin el título de prometida, al Consejo no le sirves para nada. Se desharán de ti tarde o temprano... a no ser que les des algo que quieran. Apuesto a que te recompensarían e incluso te concederían determinados privilegios si les ofrecieras mi cabeza en bandeja. A lo mejor, y después de todo, tú también participas en la cacería, solo que la has planteado desde otro ángulo.

Darda'il se mostró tan horrorizada que cualquier otro habría desmentido lo dicho en el acto.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—No lo pienso. Solo lo planteo... y te doy una idea, en el caso de que no se te ocurriera.

—¿Una idea de lo loco que estás? ¿De la imaginación que tienes?

—Una idea de escape. Un subterfugio. Si adoras tanto La Sociedad como tu querido regente solía hacerlo, ya sabes cómo ganarte el cielo.

—¿C-cómo?

Sonrió de lado.

—Basta con que me mates, Darda'il. Únicamente eso. Solo tendrías que robarle a Valthessar la daga azul que lleva mi nombre y degollarme. No me resistiría. Después, podrías embalsamarme y atribuirte la caza del traidor ante Raziel. No volverías a sentirte aislada en La Sociedad nunca más. Hasta te otorgarían un lugar preferente.

Los ojos de Darda'il se llenaron de lágrimas de pavor. Ni siquiera encontró las palabras para replicar.

—Mátame. —La tomó de las muñecas y la obligó a colocar las manos sobre su pecho—. Si me quieres tanto como juras, mátame.

Darda'il apretó los puños cerrados contra el pecho masculino. Negó con la cabeza una y otra vez, presa del shock.

—No, no... Yo nunca haría eso.

—Entonces, tal y como yo sospechaba, no sabes lo que es el amor.

—No me estás pidiendo que te quiera. Me estás pidiendo *que te*

obedezca. Es diferente. Yo jamás me convertiría en una asesina ni en nada que no sea o con lo que no me identifique. Pero menos que ninguna otra cosa sería *tu* asesina.

—Nadie sospecharía de ti, si eso es lo que temes.

Rescató la lágrima que había logrado escapar de sus pestañas rojas. Se quedó flotando sobre la yema del pulgar hasta evaporarse.

Aladiah la admiró como si fuera ácido corrosivo, y luego volvió a posar la vista en ella. Lo miraba suplicante, con dos enormes ojos verdes que no le cabían en la cara. La contemplación de su tristeza le provocó una extraña punzada entre los pulmones.

—¿Quién iba a sospechar de ti? —Lo preguntó más para sí mismo. Posó el pulgar húmedo sobre la mejilla femenina y lo deslizó, imitando el recorrido que la lágrima habría seguido si no se la hubiera robado—. Eres tan inocente... Demasiado para este mundo. Si alguien te acusara, otro alguien te rescataría, no lo dudes. Nadie podría quedarse a verte morir o pagar por los pecados ajenos sin perder la esperanza en la humanidad.

—¡No voy a hacerlo! —estalló. Pestañeó con rapidez, tratando de contener las lágrimas; sorprendida por su propio exabrupto. Bajó la voz y siguió musitando—: No lo entiendes. Yo nunca... yo nunca te haría daño. Para mí, *tú* eres La Sociedad. Tú la haces y tú solo podrías destruirla, como la destruiste a mis ojos al marcharte. Sin ti, eso... eso... no es nada. *Nada*.

Volvió a perder el dominio de sí misma. Se atrevió incluso a empujarlo, fuera de sus cabales:

—¿Por qué me pones en esta posición, eh? ¡¿Por qué eres tan cruel conmigo?! ¡¿Qué te he hecho yo?!

—Si te posicionas a favor de El Séptimo Círculo, te estás posicionando contra mí.

—¡Ellos no quieren hacerte daño!

—Quieren usarme, y nadie va a volver a utilizarme para sus fines egoístas jamás.

—¿Y eso justifica que me hables así?

—No es nada personal, Darda'il, pero a mis enemigos los quito del medio rápido localizando el punto débil. El tuyo... —Ladeó la cabeza para observar su turbación desde otro ángulo. Seguía siendo bonita así —. El tuyo parece que soy yo.

—¡Eso es una bajeza! ¡Y ni siquiera tiene sentido nada de lo que me acusas! ¡Mi inutilidad, mi ignorancia! ¡Yo no nací siendo tu prometida, ¿sabes?! ¡Fuiste tú quien me subió de categoría, quién sabe por qué motivo! ¡Sabías en todo momento cuáles eran mis limitaciones y, aun así, seguiste adelante! ¡Es *tu* culpa y solo tuya!

Aladiah sabía muy bien por qué la había elegido. No por sus habilidades, ni mentales ni sobrenaturales, ni, ya puestos,

psicomotrices —esas eran las que más le escaseaban—, aunque como futura regente habría dado los mejores discursos: los más elaborados y de contenido variado. La había elegido porque el corazón se lo había pedido, simple y llanamente. La vio y, aun sin sentir amor, una afinidad inmediata o una conexión fuera de lo natural, la diferenció de los demás.

Ella se diferenció de los demás, sola y sin ayuda.

—Un error lo tiene cualquiera. Yo tampoco conozco el porqué de mi elección, más allá de la curiosidad que pudieras suscitarme. Lo que sí puedo decir... —agregó en voz baja, pendiente de cómo la saliva bajaba por su delicada garganta, de cómo se resistía a pestañear para no perderse nada— es que te elegiría otra vez.

Darda'il aguantaba la respiración, esperando que Aladiah arruinara el giro sugerente en la conversación con un comentario malicioso. Pero no pudo hacerlo. Se fijaba en sus mejillas espolvoreadas de estrellas, en esa melena leonina que parecía una nube de fuego, en sus ojos redondos de niña curiosa. El mismo *algo* misterioso que le había levantado del asiento el día en que la vio se agitó dentro de él.

No era exactamente una emoción.

Era una advertencia.

—Tú... —Se frenó. No sabía lo que quería decir—. No sé para qué te necesitaba entonces. Pero me turba más no saber para qué te quiero ahora. Porque yo... Yo no quiero nada. *En teoría.*

Aladiah se inclinó sobre ella para volver a retirarse de inmediato.

¿Qué estaba haciendo? No dominaba su cuerpo. Había un demonio incitándole a ponerle la mano encima, pero ¿cómo? ¿De qué manera? No quería ejercer violencia contra ella y desconocía otros modos de establecer contacto.

Estiró la mano hacia su pelo. No llegó a tocarlo. Ni su barbilla. Ni la frágil línea de sus hombros. Pero *quería*.

Cuánto quería...

Aladiah se dejó llevar por ese extraño deseo. Era el que estaba al mando del barco a la deriva en el que se había convertido. Apoyó la frente contra la de Darda'il y luego buscó el contacto con su piel. Torpemente, posó los labios sobre el lateral de su nariz. Sobre su mejilla.

Una fragancia dulce le hizo salivar.

Quería...

Quería comérsela de un mordisco, eso era. Su estómago quemaba y su pecho rugía pidiéndole su carne, su sangre, su aroma. Juntó los labios y besó la esquina de su ceja, su sien. La sensación al sentirla temblando bajo él, al olerla, al tocarla, casi lo partió en dos. Pero más impresión le causó que ella lo apartara de un empellón y lo mirase como si se hubiera vuelto loco.

Tuvo que reconocer para sí mismo que su actitud podía resultar desconcertante.

Él mismo se notaba mareado.

—¿Qué pasa? —le dijo, estudiando con indiferencia su expresión —. ¿No era eso lo que querías de mí, Darda'il? ¿Es que ya no te gusto?

Se arrepintió de burlarse en cuanto ella le dirigió una mirada herida. No herida en la superficie, sino herida tan hondo que el dolor se extendía hasta hacer vibrar el aire que la envolvía.

—Eres... eres *realmente* un desalmado.

Sonó como si quisiera recordárselo a sí misma. Se dio la vuelta para que no la viera, pero Aladiah ya sabía lo que iba a hacer. Iba a demostrar su humanidad entregándose a una actividad tan deshonrosa y humillante como el llanto.

No le gustó saber que lloraba, sin embargo.

Tampoco le importó que lo hiciera, por otro lado.

—Pero has dado en el clavo —agregó ella entre hipidos, marchándose tan rápido como se lo permitían las piernas—. Ya no queda nada en ti que pudiera gustarme.

Capítulo XII

Pero mentía. Muy a su pesar, mentía como una bellaca.

Solo para salvaguardar su orgullo, claro estaba. Era escaso y había sido mortalmente herido durante el encontronazo con Aladiah, pero ahí seguía. La había mantenido a flote durante las horas posteriores, que pasó empapándose del sol brillante en el jardín. Un sol que no había logrado secarle el llanto, pero sí la ayudó a evadirse.

A diferencia de los jardines interiores de La Sociedad, de aspecto más bien árabe por la profusión de estanques y el gusto por los azulejos, la parte exterior de la vivienda de El Séptimo Círculo encarnaba el espíritu caótico de sus inquilinos. Era un jardín inglés en toda regla, con sus tortuosos caminos y su vegetación en apariencia indomesticable. Parecía crecer natural, al margen de la mano del hombre, pero alguien debía haberse encargado de que el olor a jazmín, el preferido de La Magna, neutralizara todos los demás.

Entre la maleza y los arbustos, Darda'il se sintió a salvo.

Pero hubo quien la encontró.

—¿Qué pasa contigo? —exclamó una voz a su espalda—. ¿No estabas dándole a Aladiah una lección magistral sobre La Sociedad?

Darda'il se secó las lágrimas con rapidez, pero Dagon fue más rápido y la cazó en pleno llanto. En lugar de juzgarla, el penitente la apaciguó con una sonrisa comprensiva. Haciendo gala de la lentitud que se empleaba con los animales asustadizos, tomó asiento a su lado en el banco de piedra.

—Un alumno conflictivo, ¿eh? Me imaginaba que pasaría. He visto cómo se las gasta.

Reacia a debatir sobre lo ocurrido, entre otras cosas porque se moriría de vergüenza, Darda'il cambió de tema.

—¿Cómo has encontrado esto? Sé que es tu jardín y todo eso, pero está tan bien escondido que me ha costado un largo paseo dar con él.

—Suelo venir aquí con Mara.

—¿A este sitio tan alejado y romántico? ¿Es que venís a robaros besos clandestinos?

Dagon hizo una mueca de dolor que se le hizo muy cómica.

—Exacto. Como no tengo suficiente con mi propia penitencia, me meto en la cama con la *anandha* del *rex*. Así me garantizo otra clase de tortura lenta y dolorosa a cargo de las dos manos desnudas de Valthessar.

—¿En serio?

—¡No, claro que no! —Dagon se echó a reír—. A veces, Mara necesita evadirse. Ella tuvo una vida humana hasta hace poco, ¿sabes? No termina de acostumbrarse al trajín de El Séptimo Círculo y de vez en cuando se escabulle para estar tranquila. Supongo que a ti te pasa igual.

Con una naturalidad que indicaba lo acostumbrado que estaba a ser paño de lágrimas, Dagon le secó la mejilla con los nudillos.

—Hombre, no he cumplido ni mi primer aniversario en La Sociedad. ¡Ni un mes llevo! Pero ha sido tan intenso, tantas emociones involucradas, que... Oye, no vayas a creerte que soy una chica de lágrima fácil —le advirtió, mirándolo con gravedad. Dagon alzó las manos en señal de «no, si yo no creo nada»—. Yo no lloro casi nunca. Ni viendo *Titanic*. De películas, solo con *Hachiko*, y porque me conmovía la lealtad de ese perro, todos los días yendo a la estación a esperar a su dueño, incluso cuando este ya estaba en el otro barrio... Era estremecedor. ¡Y está basado en una historia real! Espero que se reencontraran en la vida superior y Richard Gere jugara con él a la pelota hasta el cansancio, tal y como se merecía. Porque yo creo que la lealtad debe verse recompensada, ¿sabes? Que nuestras buenas acciones, en general, han de ser reconocidas como lo que son. Creo que uno tiene el deber moral de tratar a una persona como dicha persona lo ha tratado a él.

»Si, por ejemplo, tú eres un traidor y yo vengo aquí para protegerte, pues como mínimo deberías darme las gracias y no decirme que soy una inútil. ¿Que soy una inútil? Pues claro que lo soy, mira las manos que Dios me ha dado, parezco Manu Manos Enormes. —Las estiró para mostrarle las palmas—. No sé cómo se usa esto y no parece que vaya a aprender en un corto plazo. Pero ¿tú ves por aquí a Levanah, o a Noveno, o a Dahlia, o a alguno de esos seres superincreíbles que te sacarían de este atolladero con chasquear los dedos? No, ¿verdad? Pues eso, no se puede tener todo en la vida. O tienes poderes, o tienes conciencia, y a mí me ha tocado tener conciencia. Y también un grano. Mira qué grano me ha salido del estrés. —Se señaló la frente—. ¿Tú lo ves normal?

—Cojones, menudo cráter tienes ahí.

Darda'il soltó una carcajada. Al darse cuenta de que llevaba días sin reírse, conmocionada por los últimos acontecimientos, le lanzó una mirada agradecida.

Dagon la miraba de un modo que le gustó. La había escuchado en silencio, interactuando con movimientos de cejas y asentimientos. Cuando hubo terminado de reír, le dedicó una sonrisa que, pese a su implícita resignación, la invitaba a no rendirse.

—Me da ternura que tengas esa confianza ciega en los demás.

Debes haber cumplido ya los veinte años, y con veinte años uno ya ha debido darse cuenta de que la vida no es justa. Pero parece que tú no, y me alegro. Hace falta gente con esperanza y un sentido del respeto como el que tienes tú.

Darda'il puso los ojos en blanco.

—Uno asume que soy una idealista y quiero rescatarlo porque lo he pasado muy mal en la vida, y el otro justo lo contrario: que mi infancia fue un camino de rosas. Pues para tu información, sé muy bien que la justicia es una utopía. Puedo ser inocente, pero eso no significa que me chupe el dedo.

—¿Entonces? —Dagon le sostuvo la mirada con curiosidad—. ¿Lo has pasado muy mal en la vida, o tu infancia fue un camino de rosas?

Darda'il fue a espetarle qué demonios le importaba, pero no había sordidez en el interés de Dagon. Tampoco quería recabar información para presionar puntos débiles, *a diferencia de otros*. Dagon le gustaba como compañía, como individuo le resultaba simpático, y, pese a tratarse de un hombre atractivo, no la ponía tan nerviosa como para tartamudear al hablar y ruborizarse sin motivo.

Era agradable. Se podía charlar con él.

—Mis padres no soportaban mi mediocridad —resumió, encogiéndose de hombros—. Prácticamente me empujaron a los brazos de La Sociedad en cuanto tocó a la puerta. ¡Por fin, Darda'il servía para algo! Algo distinto a avergonzarlos en público, quiero decir. Si ahora soy torpe, imagina cuando era una adolescente. Entiendo que no es plato de buen gusto que te veten de lugares públicos, que funcionarios estatales te echen la bronca por elaborar las inscripciones como te da la gana y que tus amigos te digan: «Vaya hija tienes», pero tropezar y caerme en un pozo tampoco fue mi culpa.

—¿Te caíste en un pozo? Menos mal. Seguro que estuviste más cómoda en el fondo que con tus padres.

Darda'il se echó a reír.

—Habría tenido un buen rato para pensar si el golpe no me hubiera dejado inconsciente. Además, pasó cuando estábamos en el extranjero. Imagínate. Tardaron horas en sacarme cuando supieron que estaba allí porque no sabían hablar el idioma de los lugareños.

—¿Cuál era el idioma?

—¿Turco? ¿Árabe? No sé. ¿Qué idioma se habla en Biblos?

—Biblos ya no existe —le explicó con paciencia—. Supongo que fuiste al Líbano, así que hablarían árabe o francés.

—Sí, eso es. Hicimos un recorrido de un mes por las antiguas civilizaciones del Levante mediterráneo. ¿Por qué no podíamos ir a un parque acuático, como todas las familias normales? No, mi madre siempre se empecinaba en conocer los destinos de sus estudios universitarios. —Le lanzó una mirada exasperada—. Adivina. Es

catedrática de Historia del Arte.

—Y tú eres toda una superviviente. Deberían reconocértelo.

—Pues no. Cuando me desperté en el hospital, cubierta de mugre y apestando a cloaca, me echaron la bronca en lugar de alegrarse de que estuviera viva. Tenía quince años, no era mi intención. ¿Y quién podría haberse imaginado que yo cabría en un pozo? Por favor, llevo midiendo un metro ochenta desde que tengo uso de razón. Lo lógico habría sido que solo metiera la cabeza...

—O una de tus manos enormes —puntualizó Dagon.

—O una de mis manos enormes. Exacto. Aunque las tuyas tampoco son de muñeco Nenuco. —Tomó la mano de Dagon y juntó su palma con la de ella—. ¡Fíjate! ¡Encajan en tamaño! ¡Son idénticas! ¿Crees que también tendremos la misma talla de pantalón?

Dagon la miró de arriba abajo.

—No lo creo, pero mi camisa te sienta bien. Tal y como sospechaba, el verde oscuro es tu color. Suele sentarle bien a las pelirrojas... —Se acercó algo más—, sobre todo cuando tienen los ojos a juego.

La mención a sus ojos la instó a fijarse en los de él.

El atractivo de Dagon era indiscutible. Empezaba por sus llamativos ojos de un ámbar amarillento, dos cálidos soles que no temían delatar en todo momento los pensamientos que zumbaban en su cabeza. No llegaba a ser transparente, aun así. Al menos, Darda'il pensó, ya a primera vista, que se le escapaba información sobre el agradable sujeto. Pese a armonizar a la perfección —porque mirarlo era adictivo —, sus rasgos no deberían encajar. La melena bien cuidada no casaba con la barba algo más crecida, un tanto desgreñada, ni las prendas de diseñador excéntrico habían sido creadas para destacar su cuerpo de culturista. Eran elementos que no tendrían sentido en ningún otro hombre pero sí se acoplaban en él, lo que lo definía como una criatura excepcional.

Su estilo podía resumirse en una palabra. Era *muy* interesante.

Y él la miraba como si ella mereciera el mismo adjetivo.

En cuanto se dio cuenta de que lo había estado observando fijamente, Darda'il se ruborizó. Él desvió la mirada al suelo, sonriendo de lado con cierto regocijo.

Sabía que era guapo, eso era evidente, pero no era su intención hacer rabiar a las mujeres.

—Vaya, vaya, así que ahora traes a otras a nuestro escondite. Qué bajo has caído, Dagon.

La voz de Mara la sobresaltó.

La *anandha* del *rex* apareció con paso seguro. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta de Los Ramones, pero no tiritaba de frío ni tenía la piel de gallina.

«Ser inmortal debe tener sus ventajas», pensó Darda'il.

—No estábamos haciendo nada raro —se apresuró a explicar Darda'il.

—Tranquila, mujer. Cuantas más personas normales, mejor.

Darda'il no se definiría como una persona normal. A Mara, tampoco, y a Dagon..., menos aún. Pero se hizo a un lado para que Mara se uniera —y se uniera en el vacío entre Dagon y ella— sin sacarla de su error.

—Venía a quejarme de Valthe —reconoció, palmeándose los muslos —, pero ya que estás aquí, prefiero que me cuentes qué tal se encuentra Aladiah. No ha habido manera de coincidir con él. Si no lo conociera, pensaría que me está evitando.

—Aladiah está irreconocible estos días. Que no te extrañe que se esconda de ti —le advirtió Dagon—. Y yo prefiero hablar de Valthessar. Así luego puedo tirarle pullitas y sacarlo de quicio.

—*Stop* intrusismo laboral. No te adueñes de mi trabajo a tiempo completo. Si no, ¿qué hago yo? —Mara se giró hacia Darda'il. Tenía a la *anandha* del *rex* por una veinteañera de carácter burbujeante a la que parecía que nada tenía el poder de inquietar, pero la vio ojerosa y cansada—. Cuéntame qué pasa con mi tío. No deja de negárseme información porque se supone que estoy muy involucrada con él. —Puso los ojos en blanco—. Por favor, si solo he hablado con Aladiah cinco o seis veces en mi vida. Es verdad que le tengo cariño, pero podré encajar que se le haya ido la flapa si es lo que ha ocurrido. En peores plazas he toreado.

Con dificultades —nunca de tipo discursivo, porque pudo ofrecer un relato detallado—, Darda'il se resignó a ponerla al tanto de lo acaecido. No dejó de preguntarse dónde había estado Mara durante esas complicadas veinticuatro horas, duda que, por lo visto, compartía con el *rex*.

Era verdad que su ayuda no había sido necesaria. Aunque Mara poseyera poderes de ocultismo, en concreto el de portal entre la Subrealidad y la Suprarrealidad de criaturas mágicas, no iban a necesitar su colaboración para interrogar a los muertos mientras Aladiah no consiguiera su propósito.

Aun así, le extrañaba que no hubiera estado presente durante los interrogatorios y reuniones. No dejaba de ser la mujer del cabeza de clan, y se notaba que el cabeza de clan necesitaba su apoyo.

—Madre mía... Sin mí os come la mierda. —Fue la conclusión de Mara tras el relato—. Creo que es obvio cuál es el siguiente paso.

—¿Una lobotomía? —inquirió Dagon—. ¿Silla eléctrica?

—Si apelando a su compromiso con La Sociedad no habéis conseguido conmoverlo, ¿por qué no hablarle directamente a su humanidad? Habéis pasado por alto que Aladiah es un áureo, es decir:

una criatura con una dualidad muy marcada. Tiene sangre mortal en las venas.

—No, no tiene sangre en las venas —lamentó Darda'il—. No tiene ni corazón, ni vergüenza, ni piedad. Si quieres que atraigamos al humano que hay en él, o lo haces tú o le ponemos *Lo imposible*, *El pianista* o alguna de esas películas con las que uno se replantea su existencia, porque yo no me pienso mojar. No me da la gana de que me maltrate otra vez.

Darda'il no quería que la imagen que atesoraba de su regente siguiera sufriendo reveses. Deseaba conservar el recuerdo del hombre al que había venerado tal y como fue, y si Aladiah seguía escupiendo sobre ese «yo» tan querido, Darda'il perdería el único clavo ardiendo al que podía aferrarse.

Mara se quedó pensativa. Fue Dagon quien se asomó por el perfil de la joven y miró a Darda'il con las cejas enarcadas.

—¿Tan rápido te rindes? Y yo que pensaba que tu regente lo era todo para ti...

—Seguro que Angelina Jolie lo era todo para Brad Pitt, y míralos. Divorciados. Las cosas cambian, y a mí no me humilla ni Dios. —Hizo una pausa para mirar al cielo, consternada—. Bueno, la diosa en concreto sí que puede. Sí que podéis, Santidad. No hagáis caso a lo que he dicho.

Dagon seguía observándola con interés.

—Si no sientes la menor culpabilidad al alejarte y romper ese vínculo, supongo que Aladiah no era para ti, después de todo.

Darda'il no se dio cuenta de que había sonado satisfecho con la conclusión. Ese «Aladiah no era para ti» se le enquistó en el corazón.

Siempre había sabido que Aladiah no era para ella, pero eso nunca la detuvo. Ni a la hora de quererlo, ni a la hora de protegerlo. Ella debía ser fiel a sus sentimientos, no a los de Aladiah, y el instinto y el afecto le pedían que siguiera al pie del cañón. Aladiah, por su parte, debería hacerse cargo de sus propias sensaciones... si es que sabía reconocerlas. Juzgando su comportamiento errático de hacía unas horas, Darda'il juraría que estaba muy perdido.

¿Era su deber encontrarlo?

«Lo que sí puedo decir es que te elegiría otra vez», había dicho.

Pero también le había dicho que, cuando no estaba ante sus ojos, no estaba en el mundo.

Y luego, que nadie podría quedarse a verla morir sin perder la esperanza en la humanidad.

Pero un rato antes le había aclarado que era una inútil y que no regresaría a La Sociedad.

«Maldito bipolar. Vas listo si crees que voy a exponerme a insultos. Ya tuve suficiente de eso en mi casa y en *La Suciedad*».

—Me encargaré yo —decidió Mara de pronto. Se puso en pie de un salto, llena de energía renovada—. Creo que merecerá la pena el intento. Sé cosas de él que a los demás se os escapan... y tengo una bala en el cartucho que estoy segura de que atravesará su coraza.

Capítulo XIII

Aladiah no era imbécil. Sabía que los tres días que el *rex* le había concedido para demostrar su lealtad no eran más que una estrategia. No iba a permitir que se inmolara en las guardias, y, por lo visto, tampoco en la casa, pues lo había agarrado del cuello de la camisa y lo había arrastrado a uno de los numerosos coches que compartían.

Tras cuarenta y cinco minutos de trayecto en dirección al norte, aún no sabía cuál era el destino. Tampoco le importaba. Solo que, cuanto más se alejaran, más fácil le resultaría escaparse.

Valthessar conducía el Jeep con los nudillos crispados. Mara no había tenido que empecinarse en ocupar el asiento del copiloto. Ella era la responsable del viaje. Que Aladiah supiera, la pareja solo se había dirigido la palabra una vez antes de subir al coche.

Mara le había dado las coordenadas de un pueblo checo que quedaba a hora y media de distancia.

—Y esto ¿para qué? —le había soltado Valthessar con la vista clavada en Google Maps.

—Confía en mí. Sé lo que hago.

—Faltaría más. Y todo lo que haces, es estupendo, ¿a que sí?

Pero aun habiéndola atacado con su ironía, Valthessar obedeció.

Aladiah podía comprender su malestar, porque la cercanía con Mara también le sacaba de sus casillas. El porqué estaba aún por determinar. No le gustaba que le hablara o captar las miraditas pensativas que le dirigía a través del espejo retrovisor. Tampoco su mera presencia física. Había bajado la ventanilla para que el aire fresco le acariciara la cara, y una violencia desmesurada se había adueñado de Aladiah cuando el viento arrastró su aroma hasta él. A Valthessar también le había molestado, pero por razones distintas.

Incluso dentro de su entumecimiento generalizado, Aladiah se daba cuenta de que el *rex* deseaba a su mujer más de lo que podía tolerar. Y, por lo que sabía de él, era mucho, *muchísimo* lo que podía tolerar. Años y años de tortura a manos de sus enemigos, sin ir muy lejos, y la distancia y pérdida de una mujer amada. De algún modo, la existencia de Mara suponía para él un castigo muy superior a estas dos tragedias, y, al mismo tiempo, una bendición incomparable.

—Así que no me vas a hablar. —Fue Mara la que rompió el silencio. Tenía el codo apoyado en el borde de la ventanilla.

Por fin se había dignado a mirar a Valthessar, pero él no contestó.

—Muy propio de ti —siguió masculllando Mara—. No aprendes nada. Te sigues comportando como un capullo. Entiendo que se te subiera a la cabeza el cargo de *rex*, pero no tienes que proyectar tu autoridad ni tu tiranía sobre las mujeres con las que mantienes una relación. ¿No lo entiendes? Yo no soy parte de tu tropa de El Séptimo Círculo. No puedes darme órdenes. No puedes obligarme a estar a tu lado o en primera fila, porque yo ni estoy hecha para la guerra ni quiero formar parte de ella.

El único indicador de que Valthessar había escuchado la pulla fue el modo en que apretó el volante. Aladiah recordó cuánto lo había compadecido hacía unas semanas, cuando supo que Mara permanecería a su lado para siempre.

—Lo que yo decía. Solo confirmas cada adjetivo que te achaco. No tienes ninguna excusa para comportarte como un campesino medieval. Estamos en el siglo XXI, las relaciones no son como en tus tiempos. Ahora prima la comunicación. ¿Sabes lo que es eso? *Co-mu-ni-ca-ción*. No, no lo sabes. Prefieres poner cara de culo y dejarme hablando sola. ¿Para qué exponer lo que no funciona y buscar una solución cuando puedes pegarme cuatro voces y luego echarme un polvo? Eso funcionó al principio porque conoces unos cuantos movimientos, *papi*, pero ya no voy a tolerar tus regaños ni me voy a dejar convencer por persuasivos que sean tus métodos.

Aladiah sentía crecer la tensión entre ellos. El ambiente vibraba como un cristal sometido a la presión de un terremoto.

—Quiero tener una vida normal. Quiero poder salir de vez en cuando y relacionarme como los seres humanos, porque, por si no te has dado cuenta, es lo que soy... aunque pueda hablar con los muertos. Melinda Gordon también lo hacía y, aun así, salía a la calle, se compraba unos cuantos trapos, se tomaba una copita en un bar... En definitiva, tenía una vida plena. No creo que suene a locura, pero lo que tú entiendes cuando intento explicarte mis deseos es que me largo a conocer tíos buenos por los que te sustituiré al menor descuido. Pues ¿sabes qué? A lo mejor lo hago. Con ellos no sería tan complicado.

La advertencia final acabó con la paciencia de Valthessar. Aprovechó que la carretera estaba vacía para torcer hacia el arcén, poner las luces de emergencia y girarse hacia ella. Su expresión parecía tallada en granito. Hasta Aladiah se habría frotado las manos sabiendo que se avecinaba tormenta.

—Escúchame bien, rubita.

—Ah, ahora soy «rubita». Anoche me llamabas «cariño».

Él ni se inmutó con la provocación.

—Hablas de comunicación como si tu forma de expresarte no se basara en ataques, burlas irónicas y la idea inamovible de que siempre

llevas la razón. Te crees que eres más lista que nadie, que empatizas el doble que yo, que eres todopoderosa, pero ni siquiera te has planteado que yo también quiera tener «una vida normal» o esté hasta los cojones de las dagas, de los seráficos, de los hechizos, de los putos locos suicidas —señaló a Aladiah con un gesto de mano— y de la madre que los parió a todos. Ni mucho menos te has planteado que puedas ser asesinada.

»Me has puesto de ejemplo a seguir a la protagonista de una puñetera serie de la Fox, Mara. No puedes ser como Melinda Gordon porque *tú eres real.* Si te trincan, no habrá un fundido en negro y un capítulo siguiente en el que reapareces entre los muertos. Esto no es un juego de PlayStation. No hay botón de *restart*. Los peligros a los que te expones no son ninguna tontería ni obra de un guionista dramático. Las cosas están muy feas y se van a poner peor, y yo no tendría que ser un tirano, ni un dictador, ni nada por el estilo si tuvieras asumidos los riesgos y no te comportaras como una kamikaze. Pero como no paras de hacer lo que te da la gana, tengo que ponerte un freno para que no te maten. Eres tú la que me impide ser un novio maravilloso y me obliga a comportarme como su padre.

»Esta es la vida que has elegido, por cierto. *Tú* decidiste quedarte. Si es demasiado para ti, ignora tu don, ignora tu compromiso conmigo y lárgate a donde te dé la gana. Y no tengas el descaro de ofenderte porque te señale la puerta, porque llevas amenazándome con largarte desde mucho antes de que cruzaras el umbral.

—Lo dices como si eso no pudiera arruinarte la vida. Si me largo, ¿qué será de ti?

—Ah, cariño... Seré lo que me dé la gana. —Valthessar esbozó una sonrisa venenosa. Se pasó la lengua por el labio inferior—. He sobrevivido a unos cuantos apocalipsis. Creo que podré sobrevivirte a ti.

Pisó el acelerador y volvió a incorporarse a la carretera, vacía en ambos sentidos. Valthessar subió el volumen de la canción que estaba sonando. *P.I.M.P* de 50 Cent. Daba la impresión de haberse quedado tranquilo a costa de haber arruinado el estado de ánimo de Mara. El modo en que se había dirigido a ella y el modo en que la había dejado, al borde de las lágrimas, despertó la ira de Aladiah. O algo muy parecido a esta, porque de pronto dejó de controlar sus actos.

Cegado por una emoción superior a él, se impulsó desde el asiento trasero y agarró del cuello al *rex*. Este, aunque pillado con la guardia baja, siguió conduciendo con toda normalidad con una mano. La otra fue a rodear la muñeca con la que Aladiah estaba ejerciendo presión.

—No vuelvas a hablarle de esa manera —le advirtió, sombrío—, ¿me has entendido?

Valthessar soltó una sola carcajada.

—¿Y qué más? ¿Le pido perdón también, papá?

Sin perder tiempo, lanzó un codazo al centro de la cara de Aladiah. Así se lo sacó de encima sin mayor ceremonia. El seráfico se llevó de inmediato la mano a la nariz, que empezó a sangrar profusamente.

Ni siquiera lo había visto venir. Estaba tan absorbido por el deseo de protegerla que apenas dominaba su cuerpo.

—Ese movimiento lo aprendí de ti. Ahora veo que puede ser muy útil —le dijo Valthessar, mirándolo de reojo—. Quédate ahí, sentadito, y no me toques las pelotas, ¿estamos?

»Joder —agregó para sí mismo, meneando la cabeza—, parece que el deber de las razas no es proteger al ser humano, sino ponerme de mala hostia.

Para la sorpresa de todos, Aladiah obedeció la orden. Tan solo intercambió una mirada con Mara a través del espejo retrovisor. Sus ojos azules, aun cuajados por lágrimas de impotencia, le sonrieron en señal de agradecimiento.

Él la apartó enseguida, molesto con su propia reacción.

Tendría que haberle hecho caso a su instinto y seguir alejado de ella.

Llegaron a su destino veinte minutos después.

Valthessar no se bajó del coche. Esperó a que Mara lo hiciera e invitase a Aladiah a seguirla. Sintió los ojos del *rex* pegados a su espalda al rodear el vehículo y seguir un empinado camino de tierra que llevaba a una casa abandonada.

Ese era el recorrido que Mara pretendía emprender, pero Aladiah se quedó varado a los pies del sendero.

El viento soplaba con fuerza e inclinaba los trigales de la zona hacia el este. La veleta que coronaba el tejado apuntaba en la misma dirección. Algunas de las tejas se habían roto, seguramente a causa de los diluvios que tenían lugar en abril, y ya de lejos se advertía el crecimiento caótico de las trepadoras por la fachada blanca.

Mara estudiaba su reacción de perfil a él, inmóvil junto al sendero.

—¿Qué pasa? ¿Has visto algo que te haya puesto nervioso?

Esa pregunta era de todo menos inocente.

Aladiah paseó la vista de un lado a otro. A las afueras del pueblo de Telč, de cinco mil habitantes, se podía respirar aire puro. Estaba muy lejos de la civilización... y muy cerca del abismo.

Una sensación de ahogo iba ganando terreno en él.

—Sígueme. —Mara hizo un gesto con la cabeza, pero apenas se dio la vuelta, le lanzó una mirada retadora—. A no ser que conozcas otra manera de llegar.

Aladiah se sorprendió tragando saliva y siguiéndola en silencio. Estaba tan sumido en su propia desorientación que no se percató de que Valthessar, intrigado, bajaba del vehículo y los seguía a distancia prudencial. El sonido de las llaves del Jeep, que pasaba de una mano a otra, le alertó de su cercanía, pero una vez estuvo ante la pintura desconchada de la fachada, Aladiah se olvidó de lo demás.

Cayó en un shock violento.

El polvo se amontonaba en el alféizar de las ventanas, que sabía que su dueña pintó de verde para atraer a las mariquitas. Debía haber toda suerte de insectos entre la frondosa vegetación que había crecido en el jardín, antes primorosamente cuidado. Le llamó la atención, sin embargo, que los rosales no hubieran perdido del todo el color. Estaban demorando demasiado en morir, tratándose de una planta que requería múltiples cuidados.

Transmitía una triste impresión de abandono. *Porque estaba abandonada.* Hacía años que su dueña no pasaba por allí. Ya ni siquiera le enviaban cartas de franqueo pagado o folletos de propaganda: el buzón, oxidado y sin la intensa pintura roja que había dado la bienvenida a gritos a los invitados, se torcía a la izquierda, vencido, y lo ocupaban los parásitos que nacían del moho.

Nada le impresionó tanto como el estado de la puerta, desencajada del marco. Presentaba claros signos de violencia.

Alguien había entrado por la fuerza.

Aladiah cerró los ojos un segundo, pero Mara lo captó.

—Te prometo que por dentro está mucho mejor —le dijo con una sonrisa frágil. A continuación, sacó unas llaves del bolsillo con los dedos temblorosos. Una ridiculez, teniendo en cuenta que de una patada podría tirar la puerta abajo, o eso pensó él hasta que se dio cuenta de que alguien había renovado la cerradura.

Ella, con toda seguridad.

El tierno detalle le llenó de calidez, y solo entonces se atrevió a mirar a Mara directamente. Se peleó con la cerradura unos segundos. Cuando abrió y Aladiah reunió el coraje de pasar, comprobó que no había mentido. Por dentro no estaba «mucho mejor»; estaba tal y como lo habría recordado si hubiera hecho el esfuerzo. Pero Aladiah nunca se había esforzado por pensar en los días en que cuatro individuos vivían allí. Más bien había luchado contra su instinto para olvidarlo.

Observó que Mara contenía la respiración al barrer el salón con la mirada. El salón a doble altura de parqué, el sofá familiar cubierto por una manta con motivos mexicanos, las alfombras geométricas y las infinitas tonterías —recuerdos de viajes, cuadros sin sentido pero de colores explosivos, figuritas talladas en madera que representaban posturas sexuales o rostros africanos— con las que habían recargado

las paredes...

Todo seguía igual.

—Las cortinas no son las mismas —le dijo Mara, dirigiéndose con energía al ventanal que coronaba la estancia. Las corrió para que entrara la luz e iluminase una mesa de comedor para cuatro personas —. Cuando vine la primera vez, estaban comidas por las polillas. Intenté por todos los medios conseguir unas iguales, pero ya sabía que sería imposible. Las hizo a medida un fabricante textil de Puebla hace años. El pobre hombre falleció hace una década y no quería una réplica hecha por sus herederos.

»También quité la mesilla de cristal sobre la que mamá ponía el poto. —Se posicionó en un vacío del salón—. Bueno, quité sus restos. Estaba destrozada, como si alguien hubiera caído en... La cosa es que había cristales aquí y allá, por todos lados.

—¿Es la casa de tu madre? —preguntó Valthessar, que se había quedado inmóvil en medio del recibidor.

Mara lo miró sin expresión.

—Es *mi* casa.

Capítulo XIV

Pareció retarle a contradecirla, pero Valthessar no dijo nada. Solo le sostuvo la mirada.

Mara fue quien la retiró antes y volvió a dirigirse a Aladiah.

—Ven a la cocina —le dijo, recuperando la sonrisa—. No se ha tocado ni un imán de la nevera. Están colgados los dibujos que hacía con ceras gordas, las fotos de los cuatro... ¡hasta un resguardo de las notas de Rebecca, de aquella vez que lo sacó todo sobresaliente!

Aladiah la siguió a la cocina como un espectro. Mara, en cambio, se movía con energía de un lado para otro. Abría las puertas de la alacena y le enseñaba los platos en los que él mismo había comido, los cubiertos de plástico que Mara y su hermana habían usado cuando eran pequeñas, heredados de Aladiah y la difunta, los ornamentados vasos de cerámica que la dueña de la casa había elaborado en una de sus muchas clases de escultura creativa y alfarería...

Aladiah posaba la mirada ahí donde Mara le indicaba. Algo dentro de él le suplicaba que huyera, pero el arraigo a la casa y a los recuerdos que esta quería devolverle eran más fuertes. Atendía al tour de los horrores como un testigo observaría la catástrofe de un siniestro.

—¡Vamos arriba! Creo que no llegaste a ver cómo puse mi cuarto siendo una adolescente.

En el momento en que Mara lo cogió de la mano, el cerebro de Aladiah cortocircuitó. La imagen en movimiento de una niña de cinco años ocupó su pensamiento.

La pequeña lo arrastraba con entusiasmo infantil para que conociera a su mascota. Mara había tenido un gato de todos los colores con la cola quemada. Había sido apaleado por su dueño antes de escabullirse de la granja cercana donde residía, de ahí su carácter mohíno. Solo le bufaba. Le arañaba los brazos siempre que podía; cada vez que Aladiah la había visitado, había visto que los tenía en carne viva. Pero ella se empecinaba en quererlo y cuidarlo y se lo presentaba a todo el mundo con ilusión.

No estaba recordando algo que hubiera olvidado. Más bien algo que le habría gustado olvidar.

—Mimoso —musitó Aladiah.

Mara se giró hacia él con asombro. Sus ojos se llenaron de una conmovedora mezcla de alegría y dolor al asentir con la cabeza.

—¡Así se llamaba mi gato! Veo que te acuerdas. Como puedes ver, ya de pequeña tenía un sentido del humor de lo más irónico. Ese animal no podía ser más malo, pero al final, después de años de convivencia, conseguí que me quisiera... y sí, fue el más mimoso del mundo —agregó, mirando de reojo un punto por encima del hombro de Aladiah.

»Vamos —le instó de nuevo—. Tienes que ver todo el piso superior. He cambiado algunas cosas. Y he tenido que limpiarlo bien, porque estaba...

Aladiah se soltó de un tirón seco para plantarse en medio de la escalera. El tour había ido poco a poco minando su paciencia hasta desquiciarlo por completo.

—¿Qué es lo que pretendes? —le espetó—. ¿Por qué me has traído aquí?

Mara no debía haber contado con revelar sus intenciones tan pronto, porque suspiró.

—Queremos y necesitamos recuperarte. Él lo necesita. —Señaló a Valthessar con un gesto de barbilla—. Pero yo, en particular, *te quiero* de vuelta.

Las palabras se repitieron para sus adentros como un eco emocionante.

Lo quería de vuelta. *Lo quería.*

Aladiah podría haber descartado la excusa enseguida. Mara no compartía la dedicación de Valthessar, su obsesión con defender a las dos razas, pero podía haberse compinchado con él en la tarea de ponerlo de parte de El Séptimo Círculo para mostrarle su apoyo incondicional. No era un propósito del todo descabellado, y, sin embargo, quiso creer que de verdad hubiera una persona en el mundo, una sola, que no esperaba de él grandes cosas. Que no le respetaría por su utilidad, sino por el hecho de *ser*. De existir.

—No hace mucho tiempo me ofreciste un lugar en La Sociedad. Te empecinaste en convertirme en tu protegida, o prometida, o como sea. No lo dijiste textualmente, pero yo sabía por qué: porque querías cerca a la persona que más se parecía a tu hermana. Y yo soy idéntica a ella. No en el plano físico, claro, porque soy adoptada, pero sí en el espiritual... o como quieras llamarlo.

—¿Qué tiene eso que ver con el tema que ahora nos ocupa?

—Todos sabemos que no vas a colaborar a no ser que podamos darte algo a cambio. Y parece que no quieres nada, solo desaparecer. Pero yo creo que, cuando has querido tanto a alguien como uno quiere a su hermana... eso no se va. Yo me acuerdo de ella, de Rebeca, cada día de mi vida. A todas horas. A veces le hablo como si todavía estuviera aquí.

Aladiah sintió que debía cortarla o se ahogaría.

—Un bonito discurso. Muy sentimental, aunque innecesario e improcedente, porque tu hermana y la mía no murieron en las mismas circunstancias. —Dio un paso hacia ella, esperando convencerla con su impostada indiferencia—. Lea está muerta. La mataron porque desertó. Si quieres que colabore contigo (y, por ende, con La Magna) para honrar su memoria, tendrás que pensar en algo nuevo. Solucionando los problemas de sus asesinos no estaría haciendo justicia, precisamente.

Lejos de enfadarla por la contundencia de su respuesta, le dio a Mara el pretexto perfecto para acabar con sus recelos.

—Entonces es eso. No lo haces por ella porque *va contra ella*, ¿no es así? Ahora que no tienes responsabilidades para con La Sociedad, los castigas dándoles la espalda por lo que le hicieron.

—Nada más lejos de la realidad.

—Yo diría que he dado en el clavo. Aunque puede que sea porque siempre me creo que tengo la razón —agregó con retintín.

Aladiah se inclinó sobre ella para hablar con claridad.

—¿Eso es lo mejor que tienes? ¿Un viaje nostálgico al pasado? Yo estaba en La Sociedad cuando se ordenó el asesinato de Lea. No di ni ejecuté la orden, pero tampoco lo impedí. Si no me importó que la ajusticiaran, ¿qué te hace pensar que me va a remover la conciencia ahora?

Mara le aguantó la mirada como si nada pudiera disuadirla de lo que pensaba. Solo entonces, Aladiah experimentó algo de la familia del miedo.

—¿No te importó que la ajusticiaran, o simplemente no pudiste hacer nada para evitarlo? —Entrecerró los ojos—. A mí no me vengas con ese rollito de tipo duro, porque no te lo compro. Lo mismo le pasas por encima a los penitentes porque tienen la inteligencia emocional de un cerrojo, pero a mí... Ah, no, amigo. A mí me dijiste en mi cara que querías honrar a mi madre. Te olvidaste de tu fórmula expresiva de regente para decirme que me parecía a ella, y me lo dijiste con un sentimiento que todavía me emociono al acordarme. —La voz se le quebró. Cogió aire para asestar el último golpe—. A ti no te han arrebatado los sentimientos, *tío Audric*. A ti te arrebataron el manto magno y te arrebataron tu regencia, lo único que hacía de velo entre tu culpa y tú. Lo único que te protegía de tu humanidad. Y en cuanto te has visto desnudo e impotente ante esos sentimientos, has decidido fingir que no los tienes. Pero *los tienes*. He visto tu cara al ver la puerta rota, y no es la cara de alguien a quien no le importe lo que ocurrió aquí.

Aladiah se dio la vuelta. El significado del gesto estaba claro: no quería seguir escuchando. Pero Valthessar le cerró el paso y también el estómago con su expresión solemne. Le obligó a volver a girarse y

mirar a Mara a la cara.

—Entraron por ahí. —Mara señaló la puerta de entrada. No enfocaba la vista—. Sin llamar, claro está, porque no habían sido invitados. He querido conservar la madera tal y como la dejaron. Era una noche de martes, así que apuesto mi alma a que mi madre estaba sentada con los pies sobre la mesilla de cristal, leyendo una novela. Sé la novela que era. La encontré tirada a los pies del sofá cuando me topé con la escena. *Memorias de un amante sarnoso* de Groucho Marx. La sangre salpicó la página por la que se quedó: una escena de lo más divertida, lo que me hace pensar que los seráficos que la mataron interrumpieron una carcajada para callarla para siempre.

—Cállate —masculló Aladiah.

—No me da la gana —le respondió con agresividad. Tenía los ojos anegados en lágrimas. La vio dirigirse hacia él con los puños apretados, pero él no era la diana: Mara lo esquivó y se detuvo ante Valthessar, que la miraba descompuesto—. ¿Que me comporto como si no tuviera idea de los peligros que me esperan? ¿Que creo que después de una escena violenta podré pulsar el botón de *restart*? Es posible que una vez quisiera pensarlo: que me acostara durante meses rogando para que al día siguiente me despertara el olor a gulasch con cebolla y ensalada de manzana que preparaba mi madre. Pero al día siguiente, mi familia seguía muerta.

»Yo sé muy bien cuándo, cómo y por qué podrían matarme: en cualquier momento, de la forma más desagradable y simplemente *porque pueden*. Mi madre sabía que algún día la castigarían y fue feliz hasta el último momento. Exprimió su vida de tal manera que vivió por veinte. Por eso no me voy a quedar encerrada en mi casa, Valthessar. Perdí a toda mi familia. Lo mínimo que puedo hacer... —Perdió la respiración—. Lo mínimo que puedo hacer, por ellos y por mí misma, es no perderme yo también.

»Y si no puedes entenderlo, ¡pues que te jodan! —Venas inflamadas asomaron en su cuello—. ¡Yo sí que podría vivir sin ti! ¡Puedo vivir sin nadie, ¿no me ves?! ¡Sé lo que es estar sola en el mundo! ¡Sé lo que es perderlo todo! ¡No me vas a quitar lo único que tengo, que es a mí misma! ¡No te lo voy a consentir!

Valthessar aceptó sus gritos con estoicismo. Tomó el rostro colorado de la muchacha con las dos manos y extendió desde allí una caricia hasta rodear su nuca con la delicadeza reservada a un recién nacido. La atrajo hacia su pecho y la abrazó, haciéndose pequeño para engullirla. Aladiah vio que Valthessar cerraba los ojos y la estrechaba contra sí como si fuera un recuerdo valioso. La barbilla masculina convirtió en el hueco de su cuello en un lugar de descanso, y poco a poco, los espasmos violentos que sacudían a Mara fueron remitiendo.

—Lo siento —oyó que él decía en un susurro. Movía la cabeza

como un gato, como si quisiera ocultar la nariz entre sus mechones rubios—, pero yo no quiero saberlo. Yo no quiero saber lo que es perderte.

—Gilipollas... —sollozaba Mara, pero se le iba la vida aferrándose a él—. Esto no va sobre ti. Esto va sobre mí. ¿Es que todas tus disculpas tienen que llevar un «pero»? ¡Me tienes harta!

—Pero me tienes —le aseguró, sonriendo vulnerable—. Harta, loca o hasta las narices; sea como sea, me tienes. No estás sola en el mundo.

Esas seis palabras retumbaron dentro de Aladiah.

La soledad de Mara le había astillado el corazón, porque era la suya propia. En esa soledad pretendía él refugiarse, alejado de todos los que le habían hecho daño y seguirían provocándoselo. Pero quizá fuera el mismo aislamiento el que acabara con él.

Aprovechando que el *rex* estaba inmerso en Mara, Aladiah abandonó la casa. Tenía la piel de gallina antes de que el viento lo meciera al salir. Miró alrededor. No se avistaba otra vivienda en treinta millas al este o al oeste. Los trigales se extendían hasta el horizonte.

Era el momento perfecto para huir. Desaparecer no le tomaría ni veinte minutos corriendo, con cuidado de no dejar sus huellas; cinco, si arrancaba el Jeep.

Aladiah empezó a andar con pleno convencimiento por la misma carretera. Se apartaría, alertado por el zumbido de los vehículos, pero sabía que por allí no pasaba ni pasaría nadie.

Ya no.

Cuando llevaba unos minutos al trote, tan abstraído que no sentía ni el frío, Aladiah echó un vistazo por encima del hombro. Sin pensarlo, redujo la marcha y solo caminó despacio. Sus ojos seguían prendidos del tejado a dos aguas, la chimenea, los robles y piceas que podían encontrarse en el patio trasero.

Mara no le había enseñado el patio trasero. Ni su dormitorio.

Ni el de Lea.

Le habían quedado muchos recuerdos por desbloquear, pero el más importante no dejaba de ametrallarle. Le perseguía en su camino hacia ninguna parte.

—Creo que se ha acabado tu tiempo de gracia —le había confesado él en voz baja.

Ledah —Lea tras la recuperación de su identidad humana— había levantado la vista para mirarlo. Hasta el momento había estado batallando con un cigarrillo de los que le gustaba liarse. Solo a veces los aliñaba con algo menos legal que el tabaco.

Aladiah lo recordaba como si la tuviera delante. Empezó a fumar obsesivamente después de la muerte de su marido y su hija mayor en

un trágico accidente automovilístico. Nunca llegó a desarrollar manía persecutoria ni se convirtió en una esquizofrénica de la conspiración, pero a partir de entonces aprendió a mirar por encima del hombro. *Por si acaso.*

—¡Qué tonterías dices! —se había carcajeado ella—. ¿Por eso ya no vienes a verme? ¿Porque crees que La Sociedad ha retomado la búsqueda de la seráfica fugada?

—No vengo a verte porque cada vez tengo más responsabilidades y no lo ven con buenos ojos.

—¿Qué es lo que esos cerdos ven con buenos ojos? —Bizqueó—. Si es por ver, verán más bien poco, esos ciegos sin personalidad...

—Ledah, no empieces.

—Eres tú el que ha sacado el tema. Audric, tienes que salir de allí.

—Me llamo Aladiah.

Lea lo había mirado con algo de la familia de la lástima.

—No sigas por ese camino. A lo mejor no parece importante, pero el primer cambio se produce a través del nombre. Luego cambian todo lo demás. El pelo, los ojos, las opiniones políticas, los derechos individuales...

—O las lealtades —propuso Aladiah en tono amable, aunque a Lea no se le escapó el velado reproche—. Tienes que irte de aquí. Saben dónde encontrarte. El pacto que hice con el regente Vasiariah no aplica para cuando Galadiel suba al poder. Y Galadiel no es tan permisivo con las traiciones, especialmente si vienen de los áureos.

Lea dio una calada ansiosa. Expulsó el aire con la misma impaciencia. Vivía nerviosa desde el accidente, no solo por la pérdida, sino porque algo la inclinaba a pensar que se debía a una conjura contra ella.

Aladiah no quería siquiera planteárselo. A diferencia de Lea, no creía que La Sociedad estuviera infestada de asesinos.

—No soy ningún «áureo» ni nada que se le parezca. No apliques tu estúpido lenguaje técnico conmigo. Renuncié a todos mis privilegios sobrenaturales. Soy humana como la que más. —Extendió los brazos. Sonrió, siempre con ese toque socarrón, y guio las manos de su hermano hasta su rostro—. Mira, ya me salen las primeras arrugas. ¿Qué te parece?

Aladiah no pudo resistirse a sonreír, afectuoso, y besarla en la frente aun cuando tenía el corazón en un puño.

—Soy una alfarera de treinta y nueve años. Los viernes asisto a un club de lectura con mis amigas divorciadas, he aprendido a hacer unos daiquiris de muerte y me sé mejor los diálogos de *Con faldas y a lo loco* que de qué iba la *Sagrada Crónica*. ¿Qué puede importarle al gran Consejo de los Doce Prefectos que me largara hace dos décadas? He hecho cosas ilegales, pero no creo que les inquiete que ande

saltándome semáforos en rojo o me eche un porro para conciliar el sueño.

—No sé por qué querrían buscarte, Ledah, pero no puedes permitir que os pase nada.

Lea esbozó entonces esa sonrisa que lo había perseguido como un fantasma. La sonrisa que le salía sin querer cuando hacía alguna pillería de la que se enorgullecía.

Pero no había visto antes ese aire enigmático.

—Si me buscan para hacerme daño, Aladiah, no es porque me casara con un hombre humano y tuviera dos hijas... créeme.

Aladiah vaciló.

—¿Piensas que Galadiel sigue todavía ardido porque te marcharas cuando te nombró su prometida?

Lea apoyó la mano en la cadera y expulsó el humo con parsimonia. Clavó en él sus ojos color ámbar, los que una vez brillaron en el rostro de su hija Rebecca y los que había compartido con Aladiah.

Tras abandonar La Sociedad, habían ido mutando hasta volver al tono de su nacimiento.

—Para vengarte de que te rompieran el corazón, antes tendrías que tener alma. Galadiel no sabe lo que es eso.

—¿Entonces?

—Querrá cerrarme la boca.

El sonido de la puerta de entrada los alertó de que alguien entraba. Aladiah reconoció la voz de Mara en el saludo informal y el tintineo del manojo de llaves. Lea reaccionó rápido. Con los nervios, apagó el cigarro en el borde de la encimera —el cenicero estaba justo al lado— y lo empujó hacia la puerta que daba al patio trasero.

Aladiah había tenido la suerte de conocer a Mara cuando era una niña. Por fortuna, ella ya no se acordaba de él y no había sufrido el abandono. El cambio de regente de La Sociedad había recrudecido las normas sobre el trato con los desertores y, para proteger tanto a Aladiah como a su familia, Lea no había querido que su hermano continuara implicándose.

—Te lo pido por favor —lo intentó una última vez, ya con los pies sobre el barro acumulado en el peldaño—. No estás a salvo.

Lea se apoyó en el borde de la puerta entornada para responder.

—Si vienen por mí, no será porque ahora no esté a salvo, sino porque nunca lo estuve. Y si nunca lo he estado, Audric, es por una razón superior a ti y a mí. Nadie podrá detenerlos.

—¿Mamá? —La voz de Mara se oía más cerca—. ¿Otra vez largando a tus rolletes por la puerta trasera? No me voy a emberracar como una niñata de padres divorciados porque eches tus canas al aire, por Dios. Me alegro de que rehagas tu vida. No hay necesidad de que me lo escondas...

—¡No entres! —le gritó—. ¡Estoy abrochándome el pantalón!

—¡Pero si tenemos lo mismo...! Bueno, vale, admito que no sería un show agradable. Esperaré en el salón.

Aquella fue la última vez que Lea le sonrió a su hermano con el fin de apaciguarlo.

—La diosa sabe que he intentado por todos los medios alejarte de La Sociedad. Pero ya que no lo he conseguido, prométeme una cosa. Prométeme que te harás con La Regencia y cumplirás con tu deber. Solo convirtiéndote en el regente encontrarás tu verdadero destino.

Acto seguido, Lea cerró la puerta y se adentró en el salón con una bienvenida cariñosa a su hija. Fue la última vez que Aladiah la vio, porque ni siquiera le permitieron velar su cadáver.

Y así lo hizo. Aladiah recordaba, en medio de la carretera a ninguna parte, cómo había ido ganándose la confianza de los prefectos para ser nombrado regente. Lo fue durante años. Se convirtió en un cabeza de clan ejemplar..., pero todavía entonces se preguntaba cuál era su verdadero destino.

Aladiah detuvo su huida para mirar el camino que dejaba atrás. La silueta de la casa le saludó de lejos, recortada por las luces del atardecer. Se preguntó si en esa casa estaría la respuesta a la duda que lo había atormentado desde entonces. Si Lea, que se divertía jugando a seguir pistas y elaborando yincanas para entretener a sus hijas, habría dejado algún mensaje para él respecto a ese misterioso destino. Dudaba que fuera el de traidor. Lea nunca le habría permitido seguir en La Sociedad, ni mucho menos ponerse en el punto de mira, si hubiera sabido que acabaría así.

El motor de un todoterreno lo sacó de sus pensamientos. Ni siquiera se había percatado de que Valthessar había conducido el Jeep hasta su posición. Asomó la cabeza, morena como la noche que estaba al caer, y apoyó el codo sobre la ventanilla bajada para decirle:

—¿Te has perdido, guapo?

Aladiah lo miró sin verlo, esperando, quizá, que lo dejara inconsciente de un golpe y lo metiera de un puñado en el maletero. Pero algo pasó que Valthessar decidió dejar la violencia a un lado.

Le señaló el asiento trasero con un gesto de cabeza.

—Sube cuando estés preparado. Pero sube —le advirtió—. Mara puede ser muy convincente con su discurso democrático, pero yo tengo otros métodos para disuadir a los fugitivos de volver a escaparse... y, créeme: no quieres conocerlo.

Aladiah no se hizo de rogar. Con la mente en blanco y sin dirigir realmente sus movimientos, rodeó el vehículo, se sentó donde correspondía y se abrochó el cinturón.

Antes de perder la mirada en el paisaje, captó por el rabillo del ojo las manos entrelazadas de Valthessar y su *anandha*.

Qué suerte que el *rex* tuviera habilidades mentales para guiar un coche sin necesidad de usar las extremidades, porque no la soltó en ningún momento.

Capítulo XV

—Nunca me acosté con el súcubo.

Todos los allí reunidos espabilaron al escucharlo.

Se habían sentado en torno a la mesa del comedor para darle un aire más solemne a la sorpresiva petición de audiencia, pero ninguno allí había pensado ni por un solo segundo que Aladiah fuera a hablar. De hecho, hubo algunos recelosos que pidieron permiso al *rex* para no perder el tiempo; otros no querían ponerle a Aladiah en bandeja la oportunidad de burlarse de ellos.

Ahora, todos le atendían atónitos desde sus asientos.

—El súcubo solía tener nombre —le recordó Samael—. No dejabas de repetirlo en el primer juicio. ¿Es que ya no significa nada para ti?

Aladiah fue directo al grano.

—Nunca significó nada para mí. Por lo tanto —prosiguió, despacio —, esa daga, aunque rezara mi nombre, no era mía.

—Lo sé —dijo Xaphan.

Aladiah clavó en él una mirada irónica.

—¿Lo leíste en mi mente? De ser así, podrías haberte pronunciado antes. Que yo sepa, estás en el equipo de El Séptimo Círculo, no en el mío.

—No puedo leer la mente de ningún regente, esté su cargo vigente o ya lo hayan jubilado. Si en algún momento di la impresión de estar en tu cabeza, es porque eres bastante expresivo y también leo el lenguaje corporal. Dicho esto, existen otros modos de recabar información.

—Ilumínanos —pidió el *rex*.

Xaphan era el único de los penitentes que había acudido a la reunión confiando en Aladiah. Iba preparado. La *Sagrada Crónica*, entre otros textos de la tradición de las razas, descansaba ante él. La daga de la discordia reposaba a la derecha, perfectamente alineada. En cuanto al aspecto físico, no parecía que fuera a sentar cátedra. Como era habitual, iba vestido con su chándal desharrapado y llevaba el pelo rizado como si lo hubieran electrocutado.

—Como el hecho de que la daga rezara el nombre de Aladiah era lo bastante chocante para confiar a ciegas en su culpabilidad, los prefectos no se preocuparon de obligarlo a empuñarla. Esto sí se hizo con Cambiel, la pobre criatura acusada de asesinar a Astaroth. Ese fue el primer error que La Sociedad cometió: no llevar a cabo el mismo

procedimiento en ambos casos. Ahora sabemos a qué se debe. Si le hubieran dicho a Aladiah que la tocara, se habría quemado, porque la daga no pertenece a él.

—¿Entonces? —Samael arrugó el ceño—. ¿Es una réplica?

—En absoluto. Es una daga de acero azul clásica. Así lo ha confirmado el maestro armero de La Magna.

—Y de paso te ha dicho de quién es esa —adivinó Mara, esperanzada—, porque cada maestro armero de este mundo podría reconocer sin pestañear cada una de sus creaciones. Y, por supuesto, a quién le entregó cuál.

Xaphan sonrió como si le conmoviera su ignorancia.

—El maestro armero elabora dagas azules como el panadero amasa *baguettes*. Puede que recuerde a quién le entregó una espada como la de Alastor, o cada una de las piezas que creó para Dantalion, héroe y estratega, pero no algo tan simple.

—Entonces... ¿no se sabe de quién es? —Dagon la señaló con la barbilla.

—A eso voy en segundo lugar. —Xaphan cabeceó en dirección a uno de los tomos que había sacado de la biblioteca. Se puso en pie y mostró a los presentes un libro con el que Aladiah no estaba familiarizado, a la vez que unos pantalones de chándal plagados de pelusillas. La encuadernación del tomo estaba brocada en oro. No había título a la vista—. ¿Os suena?

El *rex* ni se lo pensó.

—No.

—Claro que no. Está escrito en el idioma de los antiguos albos, por eso nadie lo ha tocado pese a llevar toda una vida en la biblioteca de El Séptimo Círculo. Se denomina...

—*Tratado por la Memoria* —intervino Mara. Al notar la mirada dudosa de Valthessar, explicó—: Lo vi cuando husmeé en la biblioteca la primera vez. No sé hablar albo, o como se diga el idioma ese, pero me sonaba de haberlo visto en La Sociedad y ya lo tenía localizado por la encuadernación. ¿Qué contiene?

—En *Tratado por la Memoria* se agrupan los nombres de los seráficos más eminentes de la historia. Se supone que cada seráfico tiene un nombre que nunca antes ha sido usado, pero por lo que he podido observar, unos pocos se han repetido. —Abrió el libro despacio, como si tuviera entre manos una reliquia. Sus ojos se deslizaron sin prisa por algunos párrafos hasta dar con el indicado—. He aquí. Año 803 en la Edad Humana, según el calendario marcado por Cristo: «...y entonces, el seráfico Aladiah, inexperto en las lides de la guerra, se armó con el tridente del enemigo heleno y salvó la vida de su regente».

»No se dice nada más del seráfico Aladiah... del primigenio, quiero

decir. Se le menciona porque se necesitaba para explicar cómo el regente Faradiel, del que sí habréis oído hablar, salvó su vida en la confrontación de Tesalia.

—Por supuesto que he oído hablar de Faradiel. Un hijo de puta —resumió el *rex*.

—¿Conoces a algún seráfico que no te parezca un hijo de puta? —se burló Mara. Valthessar exageró unos segundos de meditación.

—Aladiah no me cae del todo mal.

—Y Faradiel tampoco debería, porque gracias a él sabemos hoy de dónde salió la daga —agregó Xaphan—. Imagino que se la otorgarían a Aladiah I por el mérito de salvar su vida.

—Es muy probable. En aquella época, un áureo no lo tenía muy fácil para conseguir condecoraciones —intervino Aladiah. Todo el mundo se concentró en él—. Apenas habían empezado a incorporarse a La Sociedad y los albos seguían algo reticentes a aceptar su inclusión. Hablando en plata, eran apartados como leprosos hasta que apareció el gran Imamiah, el primer regente áureo registrado en la historia.

»Te habrás dado cuenta de lo que digo si has leído el libro —agregó, mirando a Xaphan—. No se empiezan a mencionar nombres acabados en «ah» hasta más o menos el siglo XV de la Edad Humana. El Consejo te dirá que se debe a que los áureos «no se habían adaptado muy bien aún» y no hacían nada que mereciera reconocimiento. Si me preguntas a mí, querían proteger su dominancia social.

Aladiah se calló al darse cuenta de que había robado ese planteamiento a su hermana Lea. Ella solía arremeter sin miramientos contra los albos. Contra todos los miembros de La Sociedad, a decir verdad: empezaba por los altos cargos, responsables de las masacres, la marginación y represión, y terminaba por aquellos peones que apartaban la mirada. No dejaba títere con cabeza. Siempre había sido una rebelde, incluso cuando procuraba encajar para proteger su vida.

Ella nunca habría permitido que Reyyan hurgara en su corazón. Se habría levantado a protestar hasta el final.

Justo como Darda'il había hecho.

«No se empiezan a mencionar nombres acabados en "ah" hasta más o menos el siglo XV», acababa de decir.

Barrió la mesa en busca de un rostro salpicado de pecas. Acababa de recordar de dónde había sacado esa diferenciación alternativa de albos y áureos.

—¿Dónde está Darda'il?

—De vez en cuando tiene que personarse en La Sociedad y dar una vuelta para que nadie sospeche que pasa aquí la mayor parte del tiempo —explicó Luvart—. Ella misma intuye cuándo alguien se aproxima a su otro yo y le pide a Reyyan que conjure el hechizo de

teletransportación a través de mí.

Aladiah se tensó.

«Imbéciles», estuvo a punto de bramar. «La estáis poniendo en peligro».

«¿Y a ti qué te importa?», replicó una vocecita interna.

Fue prudente y la escuchó a ella.

—No conozco el idioma albo. Es el que utilizan los albos para sus hechizos de magia blanca, como os podréis imaginar. Pero es extraño que un seráfico que ha ocupado La Regencia durante años desconozca el origen de su nombre. Juraría que en el volumen de *Tratado por la Memoria* que descansa en la biblioteca no se escribió nada sobre un primer Aladiah.

—¿Y cuál es tu sospecha? ¿Que arrancaron la página? —inquirió Xaphan.

—No sería la primera vez. Últimamente se le está cogiendo el gusto a romper o quemar libros. —Luvart se cruzó de piernas. Estiró del cuello de pronto, como si quisiera escuchar un sonido lejano, y suspiró antes de agregar—: Sé que lo del Libro te duele todavía, pequeñita, pero no podía resistirme a mencionarlo.

Todos allí estaban acostumbrados a oírle hablar solo, o lo que era aún más turbador, oírlo hablar con una mujer que vivía dentro de él.

Se le ignoró sin más.

—Necesitaríamos que alguien nos confirmara que esa página fue arrancada —dijo el *rex*—. Si así fuera, no nos quedaría otra que aceptar que este complot llevaba mucho tiempo programado. Porque se trata de un complot, ¿verdad? Tú mismo lo confirmas. Si no te encamaste con el súcubo, que fue la primera acusación, se desmontan las demás. No le pediste a Quinto que robara las runas para crear a los súcubos porque fueras estéril, con lo cual tampoco entablaste relaciones con el Gran Grimorio.

Todos esperaron la respuesta de Aladiah con la respiración contenida.

—Lo único que hice con el súcubo fue compartir impresiones...

—Suena a lo que el regente Aladiah haría en la cama con una mujer —se rio Samael.

Hasta el *rex* tuvo que aguantar una sonrisa y pedirle a Aladiah que continuara.

—...y caer en su trampa. No llegué a tocarla, tal era mi lealtad, pero me dejé convencer por sus argumentos. Los súcubos son creaciones a imagen y semejanza de las fantasías individuales.

—Y dinos, Aladiah... —Dagon apoyó los codos sobre la mesa, bravucón—. Tu fantasía son las mujeres malvadas, ¿verdad?

—Cuando esas fantasías no existen —continuó, ignorándolo—, recurren a los puntos débiles del seráfico. Creerla en peligro, atrapada

y esclavizada por el Gran Grimorio despertó mi compasión, y solo por eso la defendí ante La Magna.

—¿Y por qué demonios no dijiste en su momento que no te habías acostado con ella? —Samael no daba crédito—. Te habrías ahorrado una de hechizos. Una *muy grande* de hechizos.

—Mi prioridad era salvar a Bel. —Aladiah se encogió de hombros —. Pensaba que conmovería a La Magna e impactaría el doble entre la comunidad seráfica que el regente hubiera cometido un desliz. Que tuviera un hijo en camino. Transmitiría lo importante que la salvación del súcubo era para él.

—Mira, vuelve a hablar de sí mismo en tercera persona —comentó Dagon, ilusionado. Por lo visto, era un aspecto de su personalidad que echaba de menos.

—¿Ahora estás convencido de que te equivocabas? —indagó Valthessar—. ¿Te equivocabas *rotundamente* al decir que Bel tenía sentimientos?

—Yo ya no pongo la mano en el fuego ni por mis propias impresiones, pero una vez se han desvanecido mis sentimientos hacia Bel, he dejado de creer en la solidez de sus argumentos. Eso debe significar algo.

—Sí —meditó Dagon, frotándose la mejilla—. Que eres básicamente virgen, ¿no?

Samael soltó una carcajada que podría haber partido la tierra. Aladiah mostró su incomprensión posando la mirada en cada uno de los penitentes.

—¿Por qué esa cuestión parece tan importante?

—Ah, no, no es importante. —Dagon se reclinó hacia atrás con las manos alzadas—. Solo que yo soy muy curioso.

—Es más importante de lo que piensas —retrucó Valthessar—. Se te acusó de esterilidad. Si eres fértil, tendremos todas las pruebas que necesitamos para arremeter contra La Sociedad.

—¿Y cuál es el plan? ¿Traerle a una puta, a ver si la preña? —exclamó Samael, anonadado.

—Me conmueves con tu lírica, Samael —aportó Luvart.

—No todos escribimos poesía sobre la luna, Baudelaire.

—Yo creo que con unos exámenes de fertilidad en una clínica de Praga será suficiente —resolvió el *rex*—. Tiene sangre humana, así que en los análisis no saldrá ningún resultado anómalo, y no existe diferencia alguna entre las gónadas de un mortal y un inmortal. ¿Por qué no intentarlo?

—Porque no estoy aquí para limpiar mi nombre, como ya he repetido hasta la saciedad —respondió Aladiah—. Si gustáis, puedo quedarme hasta que hayáis confirmado que la página fue arrancada y que un miembro del Consejo robó la daga, pero una vez eso salga a la

luz y podáis deponer a Raziel, yo no quiero saber nada. De hecho, exijo que, a cambio de la información aportada, se me conceda mi deseo.

El rostro tenso de Mara cobró todo el protagonismo.

—¿Sigues queriendo...? —murmuró.

Aladiah no la miró. En su lugar se concentró en el *rex*.

—Darda'il está infiltrada en La Sociedad. Tiene acceso a la biblioteca. Hacedle saber que necesitáis que compruebe la página de Aladiah I en *Tratado por la Memoria*. En cuanto a las armas, todas las que pertenecen a seráficos fallecidos son devueltas al maestro armero. En algunos casos, se guardan en honor al propietario. En otros, se funden de nuevo para hacer unas nuevas. Eso quiere decir que alguien la sacó de allí para hacerla pasar por la mía. Es cuestión de hablar con él para resolverlo.

—¿Y si el maestro armero no se acuerda de nada, como no se acordó del primer Aladiah? —Mara enarcó las cejas—. A lo mejor llamándolo «maestro» estamos siendo muy generosos. A mí me parece un tío de lo más despistado.

—No, de eso sí se acordaba —repuso Xaphan. Cerró el libro y lo dejó sobre la *Sagrada Crónica*—. Naturalmente, ningún prefecto es tan idiota como para plantarse ante el maestro armero y exigirle la daga del primer Aladiah. Pero cuando fui a preguntarle por el origen de la daga, me confirmó que alguien la había robado. Todas las noches, antes de irse a la cama, cuenta una a una las piezas de la armería. Hace algún tiempo, contó una de menos, pero cuando fue a dar la voz de alarma, alguien la había repuesto. Pero él me juraba y perjuraba que, en los milenios que lleva trabajando los aceros, nunca se ha equivocado en una cuenta. Estaba convencido de que alguien le había gastado una broma.

—Una broma —repitió Samael, burlón—. Pues qué sentido del humor tan retorcido.

—Tuvo que reconocer por qué pieza le habían sustituido la robada —intervino Luvart—. Aunque, conociendo al maestro armero como yo lo conozco, intuyo que sigue confiando tanto en su memoria como para rechazar la idea de anotar los nombres en una libreta.

—En efecto, no podría diferenciarla. Lo que sabe sobre seguro es que todas las ha elaborado él.

—Ese ya no es mi asunto —determinó Aladiah, poniéndose en pie. Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y miró al *rex*, el único que podría concederle su petición—. No voy a comparecer ante La Magna. Su intención es la de Raziel: convertirme en penitente, y, si me niego, que es lo que haré, acabar conmigo. Pero tienes un cerebro privilegiado en El Séptimo Círculo. —Señaló a Xaphan con un movimiento de cabeza—. No dudo que se le ocurrirá alguna manera

de validar mi confesión sin necesidad de que la repita.

Valthessar se masajeó las sienes con cansancio.

—¿Qué es lo que puedo hacer por ti, ya que tú lo has hecho todo por nosotros?

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Quiero una muerte rápida e indolora que no se pueda interpretar como un sacrificio por la humanidad o vincular a ningún arrebato de culpabilidad.

El *rex* intentó ponerlo nervioso con una prolongada pausa.

—¿No quieres vengar a tu hermana? Pensé que eso te había animado a confesar.

Aladiah dudó entre responder algo que lo sacara de sus casillas y decir la verdad.

«Vuestra insistencia es lo que me ha animado a confesar: quiero morir, pero no de hartura por vuestra dichosa persecución. Una criatura tiene derecho a un final menos tortuoso».

Se decantó por la segunda opción.

—El momento de vengar a mi hermana ya pasó. Prefiero reunirme con ella y pedirle las disculpas que le debo.

Valthessar y todos los demás se le quedaron mirando, pero fue el *rex* el que se esforzó por encontrar a simple vista una leve vacilación que le ayudara a disuadirlo. Estaba decidido a evitar su caída, a protegerlo incluso de sí mismo, lo que resultaba curioso teniendo en cuenta su historia personal. Había odiado a los seráficos, en concreto a los altos cargos, con todo el fuego de su alma.

Tras un rato de deliberación, Valthessar se levantó.

—Acompáñame.

Capítulo XVI

—¿Por qué hemos vuelto de nuevo a este sitio?

—No lo digas con tanto cariño, o se notará que le tienes aprecio a la casa de tu hermana —comentó Valthessar con sarcasmo.

En lugar de aparcar sobre el arcén, como hubiera hecho esa mañana, puso a prueba las llantas del Jeep y subió por el sendero de tierra. Se notaba que no conducía porque fuera el mandamás de El Séptimo Círculo, sino porque le gustaba la sensación. Aladiah debía reconocer que había sido un trayecto agradable, pese a haberlo llevado a cabo en silencio.

O quizá especialmente porque habían guardado silencio.

Aladiah debería habérselo guardado para sí, pero la verdad acabó saliendo de sus labios.

—No es solo la casa de mi hermana. Vivimos aquí cuando éramos niños.

Valthessar apoyó el antebrazo sobre el volante y sonrió apreciativo.

—Así que creciste en una casita de ensueño a las afueras de Telč. Explica el adorable idealismo que te definía hasta hace poco. A la gente de ciudad le agobia el estrés. En estas zonas, se vive a otro ritmo. —Valthessar escudriñó el paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla, quizá durante demasiado rato. Al cabo de unos minutos, murmuró—: Me habría gustado ver a Mara por aquí, cuando era adolescente. O incluso una niña. Tú la conociste, ¿no es así?

—La veía cada fin de semana hasta que cumplió cinco años, más o menos. A ella y a su hermana Rebecca. —Valthessar hizo una mueca ante la mención de la fallecida—. Luego tuve que renunciar a la familia. La Regencia me hizo llamar para meterme en cintura. No le hacía ninguna gracia que prestara visitas frecuentes a una desertora. Me dejó caer que la mataría si seguía demostrando que era una distracción.

—No debía importarte mucho la vida de Ledah si continuaste viniendo.

—Solo a verla ella, y cuando no tenía a los prefectos encima. Lea nunca me habría permitido que pusiera la vida de sus hijas en peligro. O la de su marido. Rara vez nos citábamos aquí. —La impaciencia le venció y acabó espetando—: ¿Me has traído a Telč para que te cuente con qué historias de princesas se dormía Mara? ¿Hasta qué número

era capaz de saltar a la comba? Porque no te pega nada este romanticismo absurdo, *rex* Valthessar.

El moreno exhaló en una especie de carcajada irónica.

—A lo mejor te he traído para matarte justo donde acabaron con tu hermana. Andas en busca de un poquito de justicia poética, ¿no?

—Por mucho que me duela, no te lo crees ni tú. No tienes la menor intención de matarme.

—Eso es algo con lo que jamás pensé que estaría de acuerdo —le concedió.

—Quién te iba a decir que te las verías dudando sobre si acabar o no con un seráfico. Hace tan solo unas semanas ni te lo habrías pensado.

—Te equivocas. En esas semanas que mencionas he aprendido a distinguir entre los seráficos como comunidad y mis torturadores, pero a ti en concreto nunca he deseado matarte. Ni siquiera cuando me lanzaste ese dardo afrodisíaco, porque, por si no te has enterado aún, gracias a él pasé la mejor noche de mi vida.

Aladiah clavó la vista al otro lado de la ventanilla.

—El regente Aladiah siempre haciendo el bien, incluso cuando no es su intención.

El *rex* sonrió, nostálgico. Puso el freno de mano y le hizo una reverencia sujetando el ala de un sombrero invisible.

—Así es, Sublimidad. Siempre obrando según la moral tradicional. Alguien tenía que hacerlo, y te agradezco que fueras tú. Yo no habría estado a la altura del encargo. —Abrió la puerta—. Acompáñame. Tengo planes para ti.

Aladiah lo siguió en cuanto dio el portazo. Jugando con las llaves que Mara le había prestado —o quizá no—, el *rex* se dirigió a la entrada. Comentaba por lo bajo el lamentable estado de la fachada y los alrededores.

—¿Hace cuánto murió Lea? Una casa no puede deteriorarse tanto en tan poco tiempo.

—Poco se ha deteriorado teniendo en cuenta que estaba acostumbrada a la presencia de seres sobrenaturales.

—¿Es que su pasión por la jardinería era sobrenatural también?

—No, pero una presencia luminosa como la suya ayuda al crecimiento.

Valthessar cabeceó, concediéndole una parte de razón. Entró en la vivienda con una seguridad que Aladiah deploró. No era solo porque se moviera por allí como si supiera en qué cajón encontraría las pilas del mando del televisor. Aquello era un aliciente para su irritación. En realidad, le sacaba de sus casillas el simple hecho de que un desconocido profanara el que fue el hogar de su hermana. Y el suyo, porque, aunque lejanos, también conservaba recuerdos de su infancia

en Telč.

Siguió a Valthessar en su camino escaleras arriba.

—¿Mara te enseñó el piso superior?

El *rex* lo miró por encima del hombro.

—Tenía ganas de enseñarlo, y tú no estabas muy dispuesto.

—Tu *anandha* te muestra una casa y tú ya te ves con conocimiento y posición para hacer de agente inmobiliario, ¿no? El ego te precede.

—Confío en que no tengo que enseñarte la cama donde dormía tu hermana. Eso lo sabes muy bien. Lo que creo que podría resultarte interesante es más concreto que un tour.

Aladiah no se vio con las fuerzas de seguir hablando al llegar al segundo piso.

Recordaba la distribución de las habitaciones. Rebecca era una obsesa de las estrellas. Creía en las energías del cosmos. De niña, pasaba el día mirando al cielo para pedir un deseo. Por eso en su dormitorio siempre hubo estrellas luminosas decorando el techo, un telescopio asomando por la ventana y cortinas estampadas de lunas menguantes. No era su única afición: debido a su condición de portal de almas, la que Mara heredó tras su muerte, Rebecca era en extremo espiritual. Durante la adolescencia se decantó por el estilo gótico al vestir. A Aladiah todavía se le escapaba una sonrisa al recordar el intenso debate que Ledah había mantenido con ella para disuadirla de dormir en un ataúd. Sus estanterías estaban repletas de libros sobre el Más Allá y ficción romántica entre seres sobrenaturales.

Aladiah solía acordarse más de ella que de Mara. No solo por su trágico final. Al ser mayor, habían compartido más tiempo, y debido a sus talentos sobrenaturales, siempre supo de La Sociedad. Por ende, admiraba las labores de su tío y estaba deseando unirse a él. Sentía que no encajaba en el mundo real y servir a La Magna la elevaría espiritualmente.

Aladiah adquirió la costumbre de dedicarle un rezo nocturno. Todas las noches sin faltar una. Había soñado con acogerla bajo su ala, explicarle el funcionamiento de La Sociedad y formarla para que entrara en el Consejo, pues su don habría sido apreciado con independencia de su naturaleza humana y, con su personalidad, no le habría costado hacerse al cambio.

Pero el azar se la había llevado.

El dormitorio de la niña Lea podría haberlo descrito a la perfección, pero dudaba que conservara las paredes pintadas por ella misma y los peluches de grandes felinos. Aladiah nunca había puesto un pie en la habitación que compartía con su marido, pero sabiendo que el susodicho era un amante de las armas antiguas y un estudioso de la historia entre el nacimiento de Cristo y la caída del Imperio Romano, seguramente estaría atestado de manuales y ornamentos oxidados.

Lea solía quejarse: «¡Me acuesto con un hombre que huele a gladiador!».

El cuarto de Mara, al que Valthessar lo escoltó, no estaba tal y como lo recordaba. Mara se había deshecho de los efectos personales más infantiles para darle un toque adulto, pero aún quedaban recuerdos de su niñez. Aladiah casi sonrió al ver la colcha rosa en contraste con el póster de Kurt Cobain. Frases de canciones, fotos antiguas, dedicatorias de compañeros, pósits con recordatorios... Toda suerte de papeles habían aguantado pegados a un corcho torcido.

—Me ha dicho que es aquí a donde se fuga en cuanto tiene oportunidad. Se tumba en esa cama y se pone a ver películas —comentó Valthessar, revisando la habitación con el aliento contenido —. Le he preguntado si eso es todo, si no organiza fiestas o invita a alguien. «A veces me hago palomitas», me ha respondido.

—Enhorabuena. Tu mujer no te pone los cuernos.

Valthessar le perdonó la vida con un vistazo fugaz.

—Esta mañana me ha dado permiso para revisar el dormitorio. Ella no se lo ha tomado muy en serio. Pensaba que andaba en busca de condones usados y no la he sacado de su error.

—¿Y por qué querrías revisar su dormitorio, aparte de porque eres un controlador obsesivo?

—Porque me ha dicho que algunas de sus cosas las heredó de ti, y cuando se ha puesto a buscarlas para mostrármelas, no ha habido manera de encontrarlas. Me ha parecido muy curioso que perdiera todo lo que te pertenecía. Decía... —Valthessar abrió el armario y cacheó los costados antes de hurgar entre la ropa colgada—. Decía que recordaba con especial detalle una caja de latón de galletas que tu padre, su abuelo, trajo de Viena. Mara le tiene cariño porque aparecía un retrato de la emperatriz Sissí, una figura histórica que la obsesionaba de pequeña, así que no la habría perdido ni regalado.

—¿La quieres encontrar para regalársela por su aniversario?

Valthessar lo miró a los ojos.

—¿Sabes qué caja es, o no, gilipollas?

—Sí, claro que me acuerdo. Mi padre me traía esas galletas cada vez que iba de viaje porque me encantaban, pero luego la caja se la daba a Lea. Son muy pocos los objetos personales que tanto ella como yo conservamos de la infancia. Cuando un seráfico entra en La Sociedad, ya sabes que ha de deshacerse de todas sus posesiones materiales.

—¿Y no se te ocurre una posesión material que Lea se empecinara en conservar?

—Lo que no se me ocurre es por qué tú estás empecinado en un misterio relacionado con las cajas. ¿Crees que un recuerdo de la infancia me ayudará a volver a ser yo mismo, acaso?

Valthessar se pellizcó el puente de la nariz. Esperaba que hiciera un comentario sobre los límites de su paciencia, pero se controló.

—No, Aladiah. Estoy buscando porque tu hermana sabía que iba a morir. Lo demuestra que le dejara a Mara una serie de pistas y notas escondidas en lugares con historia para despedirse de ella. —Señaló una hucha de plástico con forma de cerdito, luego una fotografía que tenía un garabato en el anverso y finalmente a la ventana—. Ahí, ahí y en el columpio del patio trasero, Lea puso un mensaje para ella. Todos eran consejos para la vida adulta. Pero a ti, a lo mejor, te escribió otra clase de testamento.

»Así que... ¿Se te ocurre dónde puede estar esa caja de la emperatriz Sissí? Por empezar por algún lado.

—No. —De pronto notó un hormigueo en el vientre: la intriga e ilusión ante la posibilidad de tener noticias de su hermana—. Pero la casa no es tan grande y no cuenta con pasadizos, trampillas o cajas fuertes, así que no creo que sea muy difícil dar con ella.

—En ese caso, manos a la obra.

Capítulo XVII

Valthessar dio por iniciada la búsqueda con una palmada. Se mostró reacio a abandonar el dormitorio de Mara, que se encargó de barrer de arriba abajo; en cuanto a Aladiah, tuvo que tomarse un momento antes de entrar en el cuarto de Rebecca, que, tal y como había sospechado, Lea quiso conservar como lo dejó.

Rebecca era ordenada, y no le costaba imaginar a Lea entrando todos los días a repasar la alfombra, lavar las cortinas o alisar las arrugas de la colcha. No tuvo que revolver estanterías o cajones para concluir que no había nada.

Tampoco quería tomarse excesivas confianzas. Estaba profanando la intimidad de Rebecca.

No sentía dolor tal y como debían experimentarlo los penitentes o los humanos, pero el sufrimiento se encontraba en una fase beta, de crecimiento exponencial, que habría empezado a preocuparle si tuviera corazón. Ese dolor recién inventado, ese dolor de prueba, se manifestaba como si estuviera respirando pintura. Tuvo que salir del dormitorio antes de asfixiarse, pero no se sintió mejor al entrar en el de Lea.

Que no se pareciera a la habitación de su infancia lo tranquilizó.

Tal y como había imaginado, los elementos decorativos habían corrido a cuenta de Ryan. Una espada que podría haber pertenecido a Carlomagno colgaba sobre la cama en horizontal. Su realismo le convenció de que, si no se trataba de una réplica conseguida en una subasta, sería sin duda una pieza de museo. Varios cuadros enmarcaban cartas llamativas. Reconoció la letra carolina del periodo medieval al acercarse, como también los sellos reales que las remataban. Una montaña de libros reposaba, llena de polvo, sobre una de las mesillas de noche. Debía ser la del difunto marido, porque sobre un recopilatorio de los emperadores romanos reposaban unas gafas de vista.

Pese a su energía vital y su desesperación por encontrar la felicidad, Lea era lo bastante melancólica para conservar los efectos personales de sus muertos tal y como los dejaron.

Aunque sentía curiosidad por leer los títulos de los tomos, Aladiah respetó su deseo y no los tocó.

Se olvidó de ellos cuando localizó la caja de Sissí en el tocador.

Supo controlarse para no destaparla a la mayor brevedad. Le habría

gustado sentirse decepcionado al verla vacía, pero en su lugar dirigió su odio hacia el *rex*. Asumir que a él también le había correspondido una despedida era una ingenuidad. La relación con su hermana se deterioraba conforme Aladiah se iba involucrando con el Consejo, y en los últimos días no había sido exactamente fluida.

Dejó la caja donde estaba y tomó asiento en el borde de la cama. Sobre el tocador se acumulaban las pocas cremas que usaba para mantenerse joven. No lo necesitaba, y no por la sangre alba que conformaba su condición híbrida, sino porque había nacido con una piel agradecida. Ahí estaba su cepillo del pelo, los carísimos perfumes que compraba en París, fotografías con sus hijas atrapadas en la esquina del espejo...

Aladiah se puso en pie, incapaz de permanecer allí por mucho más tiempo. Solo se detuvo ante su mesilla de noche para confirmar el título de su última lectura. Mara había mencionado a Groucho Marx, pero lo que encontró fue una biografía de Margaret Thatcher.

Aladiah pestañeó para asegurarse de que no soñaba.

—¿Qué...?

—¿Has encontrado algo? —preguntó Valthessar. Su voz se oyó lejana al principio, pero pronto estuvo bajo el umbral con gesto esperanzado—. ¿Y bien?

Le mostró la portada del libro.

—Mi hermana odiaba a Margaret Thatcher.

—Normal. A lo mejor la compró para tener más motivos para odiarla.

—No... no. Antes de conocer a su marido, antes siquiera de entrar en La Sociedad, pasó un verano en Inglaterra y se enamoró de un hombre mayor. Un sindicalista de izquierdas.

—Todos los sindicalistas suelen ser de izquierdas.

—Bueno, no sé qué clase de tonterías le metería en la cabeza. El caso es que Lea fue de las que reprodujeron *Ding Dong, The Witch Is Dead* cuando supo que Thatcher había muerto. Cuando iba con ella a alguna librería y veía su imagen en una portada, hacía una mueca y cogía otro libro para taparla.

—Entonces está claro. —Valthessar sonrió de lado. Apoyó todo el peso en una de sus caderas y le indicó el lugar de la biografía—. Es una pista.

Debía serlo, pero se había ocupado de que pareciera que lo había leído. Lo había manoseado por las esquinas, e incluso colocó un marcapáginas más o menos a la mitad. No engañaba a nadie, sin embargo. Solo por el modo en que el libro crujió al separar sus lomos, cualquiera se habría dado cuenta de que nunca lo habían abierto con la intención de leer.

Revisó página tras página sin resultado. Fue a dejarlo donde estaba,

frustrado, cuando se fijó en el cuaderno forrado que había justo debajo.

Su corazón aleteó, emocionado, al reconocerlo.

—¿Qué es? —inquirió Valthessar.

Dejó a un lado la extensa biografía y recuperó el diario. Nadie le había prestado atención, porque, pese a haber estado protegido por el libro, tuvo que soplar el polvo.

Confirmó el contenido al revisar la primera página.

—Es... —El rostro de Aladiah no reflejaba ninguna emoción, pero le temblaban las manos—. Cuando éramos pequeños, Lea y yo creamos un lenguaje secreto para que nuestros padres no nos entendieran cuando tramábamos alguna travesura. Lea era así. Le encantaba hacer maldades delante de todos y que nadie lo supiera. Nos inventamos nuestro propio alfabeto... Está todo en estas páginas.

Las pasó una a una. Había infinidad de novelas que Lea había empezado a narrar en su idioma. Se había cansado al poco tiempo. Era un trabajo demasiado comprometido y ella, terremoto que era, necesitaba realizar actividades al aire libre y corretear para sentir que había aprovechado el día. También había idioteces que habían escrito durante las tardes de estudio, cuando hacían los deberes: anotaban en los bordes de su cuaderno la opinión que les merecía su profesora de refuerzo o incluso su propia madre.

Algunas aparecían tachadas. Aladiah solía tener cargos de conciencia cuando escribía una palabra malsonante.

Al pasar una de las páginas, llamó su atención el símbolo dibujado en la esquina. Era el dibujo que su hermana trazaba cuando quería darle a entender que necesitaba ir al baño con urgencia o que pusiera atención, porque iba a decir algo importante. Lo había trazado a toda velocidad con un rotulador rojo, diferente al utensilio empleado para el resto de las páginas.

En la página señalizada, había cuatro párrafos escritos con símbolos y letras inventadas.

Ahora que lo veía con perspectiva, Aladiah debía admitir que habían sido niños de mente ágil, en extremo avezados. Su idioma tenía tanto sentido que aún entonces se acordaba más o menos de algunas de las letras. Lo habían creado a partir de alfabetos de países del Este, como el cirílico, el armenio o el hebreo.

—¿Qué cojones pone ahí?

—Aquí está la leyenda —musitó Aladiah, volviendo a la descripción.

No tuvo que pedirle a Valthessar que tomara papel y bolígrafo para que desapareciese y volviera, listo para hacer anotaciones.

—Díctamelo.

En los albores del régimen último
cuando el futuro parezca perdido,
el despertar del mestizo prófugo
dará comienzo a un nuevo destino

Cuando Aladiah terminó de leerlo, se sentó muy despacio en el borde de la cama. Valthessar había suspendido la mano en el aire. Su mirada advertía un punto de la pared sin verlo en realidad.

—Debajo pone: «La Sociedad».

—¿Ya está? ¿Nada más? Suena como un poema. —La mente de Valthessar trabajaba a toda velocidad—. A lo mejor es un fragmento de *Elogio a la Guerra* o de las fábulas de Dahavauron. Están escritas en verso. ¿Qué más obras suelen rimar...? Lo siento, no soy de leer las gilipolleces que escriben los bardos del Autem o tus queridos amigos de La Sociedad.

—¿Y qué es lo que lees?

—Las inscripciones de las dagas de acero azul —respondió con humor oscuro—, y, como ves, hasta en eso me equivoco.

Aladiah pretendió reírse entre dientes, pero sonó un siseo desganado.

—No te tortures demasiado.

—Lo justo para no perder fuelle. Trae, le enviaré una fotografía a Xaphan.

Mientras Valthessar se encargaba del aspecto más apremiante del descubrimiento, Aladiah seguía buscando entre las páginas del cuaderno. Debía haber algo más, se decía. Lea era muy enigmática cuando se inventaba esa clase de juegos intelectuales, pero si su vida estaba en peligro, habría sido más explícita.

¿O justamente lo contrario?

Mara había descrito una casa saqueada esa mañana. Quienes la mataron, y sabía a dónde pertenecían sus asesinos, andaban en busca de algo. Quizá aquello no significara nada, pero era lo único que tenía, y muy para sus adentros, tan arraigado que Aladiah no se dio ni cuenta, lamentó que así fuera. Lamentó que no hubiera un consejo para la vida adulta como sí le había regalado a Mara.

—Xaphan dice que no le suena familiar —dijo Valthessar, mirando el móvil con el ceño fruncido. La pantalla le iluminaba el rostro como un espectro—. Estamos jodidos, Aladiah. Lo va buscar por la biblioteca, pero estamos *muy* jodidos. X las caza al vuelo. Es como Google en versión mundillo paranormal.

—No puede buscarlo en la biblioteca de El Séptimo Círculo. Pone «La Sociedad». Tiene que dirigirse allí.

—Que tú quieras dirigirte a la muerte no quiera decir que los demás debamos seguirte, amigo. Xaphan le suele caer bien a todo el mundo, pero necesitaría un milagro para cruzar las puertas del

complejo sin que lo agarrasen entre cuatro y lo interrogaran. Y digo «interrogar» porque, si algo bueno tienen tus colegas, es que no matan a la primera de cambio. Esperan a tener un motivo, y si no, se lo inventan.

Aladiah repasó de nuevo las rimas.

—¿No te ha dicho nada más?

—¿Xaphan? Dice que la rima asonante y el arte mayor son características de los poemas que Mithrael le mandó a su princesa fenicia, a Asherah, en los tiempos del Segundo Final. Pero hasta yo sé que esos poemas solo pueden encontrarse protegidos en el palacio de La Magna, no en La Sociedad. Luvart me dijo en confidencia que a la diosa le gustaba que se los recitaran, de ahí el lugar elegido para la custodia.

Aladiah sacudió la cabeza.

—Pero no parece un poema. No hay afecto involucrado. He leído algunos de esos poemas y, además de emanar cariño, iban dirigidos a ella. Esto suena más como...

—Como una profecía —concluyó Valthessar.

Los dos se miraron un momento en silencio, los dos forzándose a pensar más allá de lo que sus limitaciones permitían.

—Las profecías... —empezó Valthessar, dudoso—. ¿A quién le correspondía poner por escrito las profecías? ¿A los sacerdotes y sacerdotisas de la hechicera Sehara? ¿A los nigrománticos o a los fervorosos?

—Ninguno de los dos, aunque todos conviven en el mismo espacio por la naturaleza de sus prácticas. Tanto si rinden culto a La Magna o solo a la Sehara como si ese culto involucra la magia o solo el rezo, todos tienen en común la clarividencia y el sentido del sacrificio. He visto algunas profecías redactadas por Pravuil El Viejo, pero con independencia de quién las escriba o de dónde procedan, mi hermana solo pudo haber sacado este fragmento de un sitio: La Sociedad. Allí están todos los volúmenes.

»La cuestión es cómo diablos nos infiltramos.

—¿Y tú me lo preguntas? Eres el regente Aladiah. Deberías conocer algunos pasadizos secretos, trampillas, trucos para cuando se te olvidan las llaves...

—Como regente que solía ser, te confirmo que es inexpugnable.

—¿Inexpugnable? Mis hombres se han metido allí por el placer de burlar la seguridad más de una vez.

—Meterse sin que te vean es fácil si no tientas a la suerte y te quedas unos minutos. Pero si excedes ese tiempo de gracia, te trincarán tarde o temprano. Y nosotros necesitamos horas y horas para buscar entre las páginas de todos los volúmenes en verso, porque si no hemos sido afortunados hasta ahora, no lo seremos dando con la

profecía al primer intento.

Aladiah esperó a que Valthessar hiciera alguna señal que indicara que lo había entendido, pero este se había sumido en sus pensamientos. Unos pensamientos de lo más sugerentes, porque esbozó una sonrisa ladina y dijo:

—Eso no será inconveniente, porque resulta que conozco a alguien que puede darse un paseo por La Sociedad sin que nadie se atreva a echarle una mala mirada.

La lengua de Aladiah se adelantó a la orden cerebral.

—Ni se te ocurra encomendarle esto a Darda'il.

Inmediatamente torció la boca.

¿De dónde había salido aquello?

—Sospecho que mandando a Darda'il me estaría asegurando el fracaso... con el debido respeto, regente Aladiah, que ya sé que la elegiste porque te pareció especial. —Hizo una pequeña reverencia burlona—. No, pensaba en otra persona.

»Aunque... no es exactamente una persona.

Capítulo XVIII

No había sensación equiparable a recuperar su cuerpo con la llegada de la luna. Sobre todo si podía darle utilidad política.

Apenas supo que habría de infiltrarse en La Sociedad con un objetivo muy concreto, Reyyan se activó en la mente de Luvart, la que era su residencia en hora diurna, y esperó con más impaciencia que nunca el momento de la reencarnación.

«Ya veo que te parece más excitante volver a la vida para colaborar con El Séptimo Círculo que para meterte en la cama conmigo», le había dicho Luvart mientras se preparaba para la misión.

Ella se había echado a reír.

«Es que en la cama contigo me puedo meter todas las noches».

Ahora se dirigía con paso firme hacia el portón de acceso.

La Sociedad vivía en un complejo de arquitectura moderna en una reserva natural y poco vigilada de las afueras de Praga. El frondoso ramaje de los abetos lo mantenía parcialmente oculto, pero era un hechizo no muy complejo el que evitaba que los ojos humanos lo captaran a primera vista.

No era la primera vez que Reyyan estaba allí. Solo la primera vez que iba a correr riesgos, pero no tenía miedo. El correr del agua de un riachuelo cercano y el baile desganado de las copas de los árboles, guiados por el silbido del viento, entonaban una nana para ella. La rodeaba la naturaleza, y sabía que, entre unos matorrales próximos a la entrada, Luvart acechaba por si acaso.

El seráfico que la recibió en la boca del oscuro pasillo reaccionó como ella había esperado.

—Por la diosa —murmuró—. ¡Estáis viva!

—Vaya, parece que la voz no se ha corrido tan rápido como esperaba.

—Lo último que supimos de la sacerdotisa Reyyan era que había muerto a causa de un hechizo mal conjurado. El que se realizó contra... contra el traidor.

Ni una sola parte de esa afirmación era verdad. Le tranquilizó saber que su nueva condición, que alternaba mortalidad e inmortalidad, no fuera *vox populi*. Eso le daba algunas ventajas, como el de sorprender con la guardia baja.

—Estoy viva, pero por tiempo limitado. Antes de que salga el sol, tendré que estar fuera.

—¿Por qué?

—En algunas culturas, la curiosidad es duramente castigada.

—Lo siento. —Agachó la cabeza, ruborizado—. Es solo que he de saber con quién os codeáis a día de hoy para dejaros pasar o reteneros. ¿Estáis con... con el penitente Luvart?

«¿Te está preguntando si andas soltera?», se hizo notar una voz en su cabeza. Reyyan tuvo que controlarse para no reír.

—Estoy sola, como puedes ver.

«Eso puedo refutarlo», volvió a hablar Luvart.

—No quiero descuadrar el horario de los seráficos. Será una visita breve.

El guardián se recompuso una vez la hubo recorrido con la mirada. Era un joven impresionable que todavía no se hacía al puesto.

—Creo que tendría que consultarlo con mis superiores. Todo depende de la naturaleza de vuestra visita. Como ya habrá llegado a vuestros oídos, la relación entre La Sociedad y El Séptimo Círculo no vive su mejor momento.

—¿Cuándo lo ha vivido? —Reyyan le devolvió el gesto al guardián cuando este sonrió, dándole la razón resignado—. Quiero informar a los miembros del Consejo de mi estado vital. Es lo mínimo que puedo hacer, después de que Quinto traspusiera hasta la vivienda del clan para valorar mis heridas.

Sabía que no tendría que insistir mucho más. Ante todo, los seráficos eran conocidos por su extrema cortesía y su saber estar. Además de que había sido elegida para infiltrarse por la puerta grande porque era quien era. El nuevo recipiente del poder de la Sehara era bienvenido allá donde quisiera estar, sobre todo entre sacerdotes de la Orden.

—Entonces... no venís acompañada.

—No.

Vacilante, el seráfico dio un paso hacia ella y plantó las manos en sus hombros. Descendió por su cintura palmeando suavemente los costados.

—Lo siento —balbuceó al percatarse de que Reyyan se sorprendía —. Son las nuevas medidas con los invitados. El regente Raziel considera en exceso ingenuo pedir que se dejen las armas y exige ahora una revisión más... exhaustiva.

—Lo entiendo. —Reyyan extendió los brazos y se dejó manosear con la mente en blanco. Lamentaba que Luvart lo estuviera viendo, y no le extrañó nada que se pronunciara de nuevo.

«No estoy feliz. No estoy nada feliz».

Reyyan tuvo que controlarse para no sonreír.

«Solo es un cacheo», lo tranquilizó. El vínculo mental era tan poderoso debido a las horas que pasaban entrelazados que, aun por las

noches, podían establecer una conexión.

«Y una mierda un cacheo. Todo el mundo sabe que eres una hechicera. Tus armas son tus manos. Si quisiera evitar un ataque, tendría que cortártelas o ponerte unas esclavas de madera, porque obviamente no va a pillarte un bazuca».

«¿Por qué no?

«Porque no te cabe en ninguna parte, enana. Por eso».

«No se atreverían a insultarme obligándome a ponerme unas esclavas de madera. Tú sí te atreves a insultarme, en cambio», valoró con fingida ofensa. «Déjalo que toque; solo quiere cerciorarse de que no soy una aparición».

«Y de que estás tan buena como aparentas».

«Luvart, por favor. No hagas que me ponga roja o me descubrirán».

«Descuida, no quiero que se goce también ese espectáculo».

—Si sois tan amable de seguirme...

Reyyan se resistió a lanzar una mirada por encima del hombro, donde sabía que Luvart seguía observando, huraño. Siguió al seráfico procurando moderar la expresión.

El acceso a La Sociedad consistía en un túnel empinado. Las lamparillas, colgadas en los extremos, iluminaban la piedra irregular del corredor hasta que se adentraron en la zona remodelada.

Las visitas de su importancia eran llevadas al claustro del Consejo. Habían accedido a través de una puerta corredera y labrada en madera noble. Daba a un patio porticado en el que se repartían las banquetas de piedra caliza. Los jazmines y las varillas de incienso, colocadas según un orden marcado por la tradición frente al altar dedicado a La Magna, emponzoñaban el aire hasta hacerlo irrespirable.

Reyyan recordaba el lugar con una mezcla de cariño y mortificación. Allí había tenido lugar uno de sus primeros encuentros con Luvart. Uno de los que le gustaría cambiar si pudiera, pues le llovieron acusaciones injustas.

—La sacerdotisa Reyyan —habló una voz solemne—, o tal vez La Regencia deba ser más preciso: la hechicera Sehara en su nuevo cuerpo, el que se creyó muerto.

Reyyan se giró hacia el regente Raziel, quien ocupara tan solo unas semanas atrás el lugar del traidor.

Los albos serían indistinguibles unos de otros para los despistados. Pero Reyyan, ya a primera vista, encontraba las disimilitudes que los diferenciaban. Raziel poseía el mismo cabello blanco y elegancia magna de sus hermanos, como asimismo la ceguera que La Magna le atribuyó a su linaje como punto débil —todas sus criaturas debían tener uno para mantener el equilibrio universal—, pero, contrario a los demás, su fría serenidad provocaba a veces escalofríos.

—Espero no importunar el descanso de los prefectos.

—La Regencia nunca duerme. Asumo a partir de la respuesta de la hechicera Sehara que espera una audiencia con la totalidad del Consejo.

—He venido a informaros de la que es mi nueva condición. Y aclararos que, como fuerza neutral que opera al margen de las rivalidades, podréis recurrir a mí en caso de necesidad.

Raziel entrelazó las manos sobre la túnica, de una blancura que dolía mirar. Se movió por el claustro con la naturalidad de quien podía advertir las irregularidades del entorno. Con el desarrollo de sus otros cuatro sentidos, puestos a prueba durante su milenio de vida, no le costaba percibir los obstáculos y los esquivaba con soltura.

—La Regencia tiene entendido que la hechicera Sehara convive con los penitentes de El Séptimo Círculo. Y que está involucrada en una relación sentimental con Luvart, príncipe de los ángeles.

—Prefiero Reyyan —repuso con tiento—, y así es.

—Es un detalle a considerar a la hora de restablecer relaciones. Las relaciones sentimentales, con su componente indudablemente subjetivo y la fidelidad que exige, determinan dónde se encuentra la lealtad de las partes. La de la hechicera Reyyan no debe estar sino al lado de su compañero.

—Creo que no os entiendo, Sublimidad. El corazón de una mujer puede estar en manos de un hombre con una marcada opinión política, pero las manos de la hechicera siempre obrarán en favor de La Magna. Y tengo entendido que, sin importar las diferencias a la hora de honrarla, todos aquí respetamos a la misma fuerza todopoderosa..., ¿no es cierto?

Percibió una alteración en el aura de Raziel, quien se mostró ofendido porque Reyyan hubiera insinuado que su lealtad pudiera estar en otra parte.

—Interpretaré eso como un sí. Tal y como yo lo entiendo, estamos en el mismo bando. No solo La Sociedad y yo, sino también El Séptimo Círculo.

—La Regencia no tiene nada en contra de El Séptimo Círculo. Ahora mismo, la organización se encuentra inmersa en un proyecto más apremiante: localizar al traidor. Si la hechicera está dispuesta a colaborar con La Sociedad, y ha mostrado sus respetos con ese fin, seguramente nos informará de su paradero.

—Si llegara a conocerlo, por supuesto. Y cuento con que suceda del mismo modo en caso de que La Sociedad lo localizara antes. Tengo interés en reencontrarme con él para inspeccionar los efectos del hechizo y anotar mis impresiones en el nuevo Libro.

Raziel elevó las cejas, más en un gesto de respeto que de asombro.

—Así que la Sehara va a volver a plasmar las runas mágicas. Quizá

sea una mala idea.

—A eso he venido también: a debatir esta cuestión con los miembros de la Orden que, a su vez, pertenecen al Consejo. ¿Estaría abusando de vuestra confianza si os pidiera reunirme con ellos?

—En absoluto.

Con solo darse la vuelta, invitó a Reyyan a seguirlo.

Había temido delatarse con un temblor de manos, pero se sentía cómoda en aquel ambiente. Era *su* ambiente, a fin de cuentas, y eran pocas las mentiras de las que había tenido que servirse para persuadir a Raziel. La verdad era que Reyyan podría haberse plantado allí con actitud camorrista. El regente habría tenido que abrirle sus puertas de todas maneras.

El Consejo se hallaba reunido el salón de audiencias, donde habían tenido lugar los juicios contra Aladiah. Tal y como había imaginado, Darda'il había sido apartada, no ya de la toma de decisiones, sino de las reuniones.

De un solo vistazo, Reyyan confirmó a quién debía dirigirse para hacerle entrega de la presunta profecía. La interacción entre individuos modificaba las auras, y en esas alteraciones leves pero determinantes se podía detectar el tipo de complicidad que fluía entre ellos. Existía una comodidad general entre los miembros, y, cuando no, al menos el necesario respeto que debía infundir el regente.

Solo un par de los presentes se intuían a disgusto.

La augur Levanah y el sacerdote Noveno.

Levanah clavó en ella una mirada de asombro. En su bonita expresión leyó con claridad el sentimiento de culpa y la preocupación; por supuesto, dirigidos hacia el que fuera su regente. Era, sin ningún género de dudas, el miembro con acceso a la biblioteca cuya ayuda requeriría.

—¡Estáis viva! —exclamó Noveno, levantándose con torpeza—. ¡Cómo es posible!

—Es la Sehara —murmuró Levanah—. El cielo es su límite.

El sacerdote Quinto se giró hacia ella.

—¿Qué podemos hacer por vos?

Reyyan se vio a sí misma en el uniforme de los sacerdotes, el que ella misma había llevado en señal de devoción hasta su encuentro con Luvart. Tanto Quinto como Noveno estaban rapados al cero, vestían túnicas rojas y dibujaban líneas azules sobre sus párpados. Los de Noveno, caídos, lo que le daba ese aire de soberbio que tanto rechazo suscitaba en sus allegados. Quinto era más joven y mucho más espabilado.

Reyyan no necesitaba pruebas tangibles para acusarlo de traidor.

—Quiero reescribir el Libro. *El Libro de la Sehara* —anunció—. No necesito ayuda para recordar todos y cada uno de los hechizos que

componían el anterior, pero no me vendría mal una mano derecha para ir más rápido. Mi fragilidad es evidente... —Señaló su cuerpo, en apariencia mortal—, y mi situación me impide trabajar en hora diurna. No podemos correr el riesgo de que la tradición se pierda. No solo la tradición, sino los nuevos hechizos que los sacerdotes nigrománticos han estado explorando a partir de los clásicos.

Quinto se mostró interesado. Su entusiasmo doblaba el de Noveno, al que se notaba incómodo incluso en una conversación sobre ámbitos del saber que manejaba. Reyyan se preguntó qué le habría sucedido para que, de pronto, cambiara su actitud arrogante por una más sumisa. Incluso atemorizada.

—Para demostrar mi compromiso con La Sociedad y trabajar codo con codo con la Orden, me gustaría reunirme en la biblioteca con los que se den por aludidos cuando hablo de magia. —Posó su mirada en cada uno de los presentes. Unos segundos más en Levanah, que apartó la vista y asintió de forma imperceptible—. Es hora de dejar atrás los horrores que tuvieron lugar tras la quema del Libro.

—¡Es una tarea excepcional! —dijo Quinto—. Tan excepcional que no sé si seamos merecedores de tal honor. Escribir el Libro junto a la Sehara podría garantizarnos un lugar en la historia de las razas.

—Es posible, pero no lo hacemos para trascender, sino para que los futuros sacerdotes de la Sehara tengan un libro de referencia para ampliar sus estudios.

Hizo que Quinto se avergonzara de su comentario, tal y como había querido. Le extrañó su falta de prudencia al expresarse. Parecía un prefecto recién nombrado, ansioso por demostrar su valía y con los humos subidos. Quinto solía ser más comedido; tan comedido como se mostraba Noveno, que no había despegado los labios.

—Me gustaría ver la biblioteca para ponderar si sería mejor reunirnos aquí para tal propósito, o bien en los archivos del Autem.

—Por supuesto —intervino entonces Levanah—. Dejad que yo os escolte.

—No creo que seáis la persona más indicada —intervino Quinto.

Reyyan pestañeó, perpleja.

—Tengo en alta estima a la augur Levanah. Ambas nos unimos para las experimentaciones acerca de los súcubos, y creo que, sin las mencionadas experimentaciones, no habría sido posible acabar con esta amenaza. Es la indicada para cualquier proyecto que se me ocurra emprender.

Quinto abrió la boca para intervenir, pero solo entonces Noveno se pronunció.

—Lo que Quinto quería dar a entender es que la biblioteca es un espacio que los sacerdotes frecuentan a menudo, y que uno de ellos debería haceros de guía. Nosotros os acompañaremos.

Reyyan no había contado con quedarse a solas con Levanah. Podría levantar sospechas. Se consideró afortunada de que solo Quinto y Noveno, además de la augur, se unieran al repaso de la biblioteca. Nunca había estado, y debía admitir que era un lugar en el que le encantaría perderse. Albergaba la colección más completa del mundo de las razas, pues ahí se fusionaba la tradición escrita de los albos, presentes en La Tierra antes que los penitentes, y las crónicas de los mortales que habían trascendido. Biografías, tratados, manuales de hechicería, cantares y gestas...

Reyyan lamentaba poner un pie allí por primera vez por razones distintas al placer.

Dejó que Quinto se adelantara apenas cruzaron el portón de acceso, encajado en un arco ojival de dimensiones desproporcionadas. Era tal y como había imaginado... *y más*. Las estanterías cubrían la totalidad de las paredes, e iban del suelo al techo. La antigüedad de los tomos llenaba el aire de una bruma espesa, como si el polvo saltara de unos estantes a otros y se quedara flotando entre los corredores. Un intenso olor a cuero y otros tipos de encuadernación le hizo cosquillas en la nariz.

Aparte de los libros, sin duda el tesoro más valioso, había esculturas de cuando aún no habían prohibido la adoración de imágenes. Las obras de mármol de antiguos regentes —casi todos ellos albos, como acertó a comprobar— dominaban las cuatro esquinas del paseo hasta el fondo. Al final de la biblioteca, se levantaba un baldaquino acristalado donde se custodiaban los libros de mayor valor, algunos abiertos por páginas aleatorias y expuestos sobre un atril brocado en oro.

—Supongo que hay libros en todos los idiomas. En el arcaico, el de los albos...

—Así es —confirmó Noveno, a su espalda. Los sacerdotes se habían posicionado de manera que pudieran estudiar su frente y sus espaldas, cercarla por ambos lados.

—¿Hay libros hechizados? —prosiguió Reyyan, mirando a Levanah —. Para que las letras aparezcan solo al amparo de las velas de fuego fatuo o conjurando determinadas runas.

—No, que yo sepa. —Hizo una pausa para confirmar la duda que en realidad estaba poniendo sobre la mesa—. Pero sé a lo que os referís.

—Quizá debiéramos usar una codificación parecida para el nuevo Libro. O inventar una diferente para que, en el caso de caer en manos de extraños, el propio Libro pudiera proteger su contenido.

—¿Estáis pensando en algo concreto?

—Sí que pienso en ello. —Le sostuvo la mirada—. Esto es justo lo que busco en la biblioteca: un poco de inspiración, ideas para que el

Libro sea indescifrable. Quizá haya algún tomo concreto, alguno menos conocido, que me dé ideas de lo que puede funcionar.

Levanah sabía que estaba intentando decirle algo, pero no entendió el qué hasta que Reyyan se dio la vuelta para examinar de cerca la balda que correspondía a la poesía. Entonces, la augur posó la mirada en el papel que sobresalía de su bolsillo trasero. Reyyan había guardado la mano en el bolsillo paralelo para señalarlo sutilmente con el meñique. Vio que Levanah, insegura por si estaba malinterpretándola, estiraba la mano hacia la nota.

Quinto escogió ese momento para romper la calma de la biblioteca con un comentario sobre las obras protegidas en el baldaquino. Levanah respingó, y el papel, que ya tenía entre los dedos, cayó entre las dos. Reyyan le hizo una señal para que lo ignorase y disimulara, sabiendo que Noveno se había percatado del descuido.

—Creo que esto os pertenece —dijo Noveno, extendiéndole el papel doblado.

Reyyan lo observó como si intentara hacer memoria.

—¿Estáis seguro?

No le preocupó que Noveno lo desdoblara para echar un vistazo. Estaba vacío.

—Es mío —se adelantó Levanah. Le tendió la mano con paciencia —. Siempre llevo una porción de papel encima para cuando me canso de mascar chicle y no tengo donde tirarlo.

Sacó la lengua y enseñó el chicle que, efectivamente, estaba mascando.

Noveno las miró a una y a otro de forma alternativa. Debió determinar que no había nada extraño, porque se lo entregó.

—No se puede mascar chicle. Y menos en la biblioteca.

—Lo sé, lo siento.

Noveno no la disculpó, como cabía esperar, y se unió a Quinto para mostrarle a la hechicera el primer volumen de la *Sagrada Crónica*.

Reyyan captó la mirada de reojo de Levanah y asintió con la vista clavada al frente.

Reyyan se preguntaba dónde se había metido el guardián cuando dio con la respuesta: no había podido escoltarla a la salida porque estaba paralizado por el miedo.

El seráfico aún no había pasado la transición, por lo que sus poderes eran más bien escasos, y su juventud le hacía impresionable. Lo bastante impresionable como para que el movimiento sinuoso de los arbustos que bordeaban la entrada lo hubiera alertado.

Pero no era solo el movimiento antinatural de los ramajes, que se

tumbaban en dirección opuesta al viento. Un aullido animal que ponía la piel de gallina reverberaba en el claro.

—¡Muéstrate! —exclamaba el seráfico, aferrado a sus puños cerrados—. ¡Muéstrate o iré por refuerzos!

Nadie contestó.

Uriah, que era un seráfico de palabra fiable, se marchó a cumplir su amenaza.

Reyyan se ocultó para no coincidir con él en la salida. Solo cuando hubo desaparecido, tan tenso por el miedo que llevaba los hombros como pendientes, Reyyan se mostró ante la naturaleza. La luna iluminó su sonrisa divertida, el cabello castaño que iba creciendo sobre sus pequeñas orejas puntiagudas.

El supuesto animal que emitía el temible lamento cambió de registro al localizarla. Sustituyó su escalofriante chillido por un silbido admirativo y una especie de gemido placentero.

Reyyan soltó una carcajada.

—Eres perverso —le dijo a la nada.

Luvart se materializó frente a ella en el acto.

—Me viene de familia. —Sus ojos púrpura la examinaron profundamente... y de forma muy sugerente—. ¿Bien?

—Genial.

—Esa es mi chica.

Luvart le mostró la palma de la mano. Ella le chocó los cinco, sonriente y también sobreexcitada por lo que vendría después. Se dejó arrastrar hacia su recio cuerpo cuando él entrelazó los dedos con los suyos y la envolvió en un abrazo apretado.

Instantes después, desaparecían en una nube de polvo.

Capítulo XIX

Darda'il daba vueltas de un lado a otro, desesperada.

Se suponía que la esperaba una noche entera en La Sociedad, el supuestamente irrisorio precio a pagar por conservar la cabeza sobre los hombros. Todavía no sabía qué era peor, si eso o regresar con El Séptimo Círculo, donde tendría que cruzarse a cada rato con el fantasma de Aladiah. Lo primero, quizá. Al menos, con El Séptimo Círculo no se aburría como una ostra, la clase de sentimiento que no terminaba de encajar con la personalidad de Darda'il. Además: sentía que entre los penitentes podría encontrar buenos amigos. El carácter solícito del *rex* y su disposición a escuchar le había agradado, Mara era muy divertida y Dagon le parecía un carácter de lo más especial. Sus afectos hacia los miembros de La Sociedad, en cambio, se iban desvaneciendo como la bruma matinal..., si es que los hubo alguna vez.

Darda'il apoyó la espalda contra la pared, lo más lejos de la cama que pudo, y cerró los ojos. No había nada que ver. Los dormitorios de los seráficos seguían a hierro la ley del minimalismo. Menos era más. Una cama individual donde descansar los huesos y un estrecho armario donde colgar las túnicas bastaba para satisfacer las necesidades primarias, que, según ellos, eran las únicas necesidades que se debían satisfacer. Fuera las vanidades —espejos, por ejemplo—, fuera los efectos personales que pudieran hacerlos distinguibles del resto —había que ensalzar el concepto de comunidad— y fuera las comodidades no esenciales, como, a lo mejor, una estufita o un par de calcetines más.

Darda'il, friolera como era, odiaba esas rígidas normas. Los seráficos recibían dos túnicas y dos pares de calcetines: unos para el día y otra muda de repuesto. Y ella necesitaba como mínimo cuatro parejas para que no se le congelaran los dedos de los pies.

Odiaba tener que darle la razón a ese Aladiah perverso. Le había preguntado qué había hecho La Sociedad por ella y aún seguía buscando una respuesta coherente. Más allá de alejarla de sus padres, que nunca le habían tenido afecto —y el sentimiento era recíproco, aunque toda la vida se esforzara por complacerlos—, La Sociedad había constituido otro fracaso más.

Pensaba en escaparse con las consecuencias que esto pudiera comportar cuando oyó la llave trasteando la cerradura. ¡Sus carceleros

tenían la bondad de asomarse! Quizá le dejaran un cubo de agua fresca para que se arrodillara a beber como un perro.

Quinto se había convertido en la mano derecha de Raziel desde su nombramiento. No podía convertirlo en su prometido —y, por ende, su sucesor— debido a su condición de sacerdote. Pero eso no inquietaba a Quinto, pues se comportaba como si ya hubiera ganado el premio gordo. Darda'il juraría que había crecido unos cuantos centímetros desde que Raziel subió al poder.

La arrogancia hacía milagros.

—La Regencia solicita tu presencia.

—Menudo rap te acabas de hacer, Quinto. Venga, que te respondo con otra rima: Darda'il no quiere ir. Esta es asonante, pero me lo perdonas, ¿a que sí?

Quinto no se entretuvo con tonterías. La agarró del brazo y la arrastró fuera del dormitorio. Pero para tratarse de un agarrón y un posterior arrastre, no le infligió daño alguno. De hecho, tuvo cuidado de no intimidarla con la violencia.

Darda'il no le dio importancia. Quinto nunca había merecido el adjetivo de agresivo.

En lugar de bajar las escaleras de caracol que llevaban al salón de audiencias, el claustro o el pequeño espacio de reuniones, Quinto la guio hacia el final del corredor de la segunda planta. Allí se distribuían las habitaciones de los seráficos, muchas de ellas desocupadas debido a las últimas pérdidas que habían sufrido a manos de El Séptimo Círculo.

—Espera —balbuceó ella—. ¿A dónde me llevas? Por aquí no se va al salón.

—El regente Raziel quiere mantener una conversación privada contigo. Tendrá lugar en sus dependencias personales.

Darda'il miró a Quinto como si tuviera tres ojos.

—¿En sus dependen...? ¿Siquiera eso está bien visto?

—Nadie más lo va a ver, así que no tendremos que preocuparnos por la opinión popular.

Solo entonces, su cerebro asoció ideas y el miedo se apoderó de ella. Hundió los talones en el suelo, declarándose rebelde ante la posibilidad.

Quinto ya había previsto sus recelos. Se detuvo, paciente como un padre, y le puso una mano en el hombro.

—Darda'il... Ya sabes que tu lugar en La Sociedad pende de un hilo. No tengo que recordarte lo que darías a entender si te negaras a complacer a La Regencia, ¿verdad? Nos obligarías a tomar medidas drásticas que seguro que te parecerían mucho peor que una agradable conversación.

Darda'il no podía recordar una sola conversación con Raziel que le

hubiera parecido «agradable». Ni siquiera relativamente. La energía esencial de aquella criatura le había dado mala espina desde el preciso momento en que fueron presentados. Nunca se atrevió a decirlo por una sencilla razón, y es que no tenía poderes de ninguna clase que pudieran respaldar su intuición. No leía auras como Reyyan, no veía el futuro como Dahlia, no practicaba la inmersión como Levanah —con la que habría podido adivinar la verdadera naturaleza de Raziel— ni hablaba con los muertos, en el caso de Mara. Su opinión era total, absoluta y rotundamente irrelevante. La tontería menos significativa que un seráfico pudiera concebir.

Quinto aprovechó su aturdimiento para continuar, siempre sin apretar la mano que la sostenía. Hubo un último intento de resistencia por parte de Darda'il, pero entre sus torpezas y su falta de práctica en el cuerpo a cuerpo, a Quinto no le costó aferrarla —esta vez sí de mala manera— y meterla a empellones en el correspondiente dormitorio.

Raziel estaba oculto en las sombras. Solo el frágil cimbreo de un par de cirios se reflejaba en sus ojos transparentes. En la oscuridad, las voces se hacían oír de otra manera. De un modo muy tétrico, como a Darda'il le pareció cuando Raziel habló.

—Recuerdo haberte dicho que la trataras bien, Quinto.

—Se estaba resistiendo.

—Esa no es excusa. Los seráficos son conocidos por su don para la palabra, por sus habilidades diplomáticas. Si no puedes demostrarlas...

—Puedo demostrarlas —le prometió.

Raziel aceptó la disculpa implícita en su expresión ansiosa y le hizo un gesto para que desapareciera. No fue el gesto más elegante que Darda'il hubiera visto, y eso solo era la punta del iceberg. Para tratarse de un regente magnánimo, de una de las criaturas más poderosas del mundo en ese momento, Raziel parecía un borracho apostado en la barra del bar. Desde luego, su mirada fija la estaba incomodando tanto como uno.

Aunque Quinto no cerró de un portazo, el encaje de la puerta envió una corriente de aire que azuzó la melena de Darda'il por detrás.

La piel se le puso de gallina. Allí dentro hacía frío, y no solo porque la ventana estuviera abierta.

Al menos había una vía de escape por si las cosas se ponían feas, pensó.

Darda'il esperaba a que Raziel le explicara a qué se debía la urgencia. Desquició sus frágiles nervios al incorporarse del borde de la cama envuelto en un silencio fúnebre. Al dirigirse a ella, comprobó que vestía un camisón con volantes en el cuello.

Darda'il deploró la oscuridad por impedirle apreciar su expresión, aunque sabía que no le diría mucho. Raziel era frío y controlado. Dominaba la serenidad como todo regente debía.

Al saberlo cerca de ella examinándola de hito en hito, Darda'il se abrazó los hombros.

—¿Por qué habéis hablado en primera persona delante de un miembro del Consejo? —preguntó sin mucha seguridad.

—Porque estoy en la comodidad de mi dormitorio.

—Pensaba que un regente no deja el cargo ni siquiera para echarse una siesta, que es el cabeza de clan incluso soñando. ¿Hablar como todo hijo de vecino no es un insulto a vuestra responsabilidad, cuando no una grave infracción?

—Me alegra que comiences la conversación por esas lides, Darda'il. Si lo que quieres es comprender la definición de «infracción», puedo hacerte una larga lista de actividades o actitudes que se consideran como tal. Mantener una estrecha relación con un traidor antes de que este se descubriera, por ejemplo, no es exactamente una tropelía...

Darda'il tragó saliva.

—Y si no es una tropelía, ¿por qué me habéis tenido encerrada durante días y días?

—Porque en todos los casos despierta los recelos de quienes dirigen el nuevo régimen. A fin de cuentas, pudo haber sentimientos involucrados que jugarían un papel trascendental a posteriori, cuando el traidor quisiera servirse de tu ayuda. Se la otorgarías, ¿no es cierto? —Los ojos de Raziel eran láminas de hielo. Ni siquiera la luz cálida de las velas conseguía mermar el efecto gélido de su mirada muerta—. Se la otorgarías porque aún hoy lo respetas.

Darda'il fue honesta al contestar:

—Tendría que ver su actitud. Si se comportara como un estúpido grosero, no valorase mis esfuerzos y, para colmo, se burlara de mis defectos, lo mandaría a que lo ayudara su madre. ¿Os sirve como respuesta, regente Raziel?

—Me sirve como ejemplo de infracción. Sabía que me lo darías, pues para tu inmensa desgracia, eres transparente. Y todo lo que no hubiéramos podido leer en tu semblante, lo demostraste con palabras durante los juicios. —La cercanía del cuerpo de Raziel le resultó inquietante—. Darda'il, Darda'il... Tengo suficientes pruebas contra ti para acabar con tu vida. Te posicionaste a favor del traidor en no uno, sino *dos* juicios en su contra, cuando tu deber es defender el sistema y a la comunidad seráfica con tu vida si fuera necesario. Y, para colmo, no estuviste presente durante la ceremonia de mi nombramiento. Tampoco me presentaste tus respetos después.

Darda'il intentó no mostrarse afectada por el rumbo que tomaba la charla.

—Se me olvidaría. Soy una persona muy despistada.

—Los comportamientos negligentes no son castigados con menos dureza, y despistarse en una cuestión de esta envergadura es, sin lugar

a dudas, negligente.

—Lo lamento, regente Raziel.

Pero no le dijo que se arrodillaría allí mismo, ni tampoco se ofreció a presentarle los mencionados respetos. Le habría sostenido la mirada, desafiante, si Raziel hubiera tenido mirada a la que retar. Pero no hacía falta, porque Raziel podía percibir su actitud con solo inspirar hondo o escuchar con atención las variaciones de su tono.

—¿Estimas tu vida? —preguntó de pronto.

Darda'il no respondió enseguida. Hizo una pequeña pausa para respirar y aceptar, como solo se aceptaba lo que escapaba al control propio, que iba a morir esa noche.

—Sí, Sublimidad.

—Entiendes que tú sola has ido poco a poco restándote valor hasta hacerte prescindible. Con tu desacato a la autoridad, tu rebeldía, has hecho de tu vida un error muy desgraciado.

—Tampoco es que La Sociedad esté para prescindir de gente. Lo digo con el debido respeto, eh, pero también con mucha lógica. Os recuerdo que de setenta y siete que había por aquí, nos quedamos en cincuenta y pocos... ¿O cuarenta y pico? En fin, que la cosa no está para tirar cohetes y considero sabio aprovechar la materia prima de la que ya se dispone en lugar de echarla a perder también. Vamos, que es verdad que yo no sirvo ni para pegar sellos. A mí me das un chupete y seguro que lo uso mal. Pero hacer bulto también es una buena estrategia bélica, ¿no os parece? No es lo mismo que se vea una fila de diez personas que de treinta y tres. Es como con el pelo: con extensiones se ve una melena más espectacular...

Las velas iluminaron el contorno de los dedos de Raziel, que había alzado la mano para callarla.

—Asesinar a sangre fría a una criatura que en principio parece inocente tampoco es mi primera opción.

«Menos mal», pensó. También se preguntó por qué demonios debían ser así los seráficos, tan honestos que una pobre muchacha no podía tener una charla con ellos sin apretar los glúteos. Sabía que, si tuvieran la intención de matarla, se lo dirían. Si pretendían torturarla lenta y dolorosamente, también lo comunicarían. Su concepto de cortesía y decencia era, con franqueza, de un sadismo abrumador.

—¿Y cuál es vuestra primera opción? —preguntó por educación.

Solo le importaba la que era *su* primera opción: saltar por ese ventanal abierto de par en par.

—Te ofrezco una alternativa que, siendo un poco lista, encontrarás interesante.

Raziel se dio la vuelta, a lo que Darda'il pudo respirar por fin. Lo vio apoyar una mano en la mesilla en la que descansaban los cirios, derretidos a la misma altura. Esa curiosidad la despistó. De niña, solía

encender varias velas a la vez y observar cuál se consumía primero, como si echaran una carrera. Debía haber supuesto que hasta los cirios del regente seguirían un recorrido sobrenatural.

A desgana, se concentró en Raziel. Iluminado ahora casi en su totalidad, parecía un rostro flotante sin cuerpo que lo acompañara.

—Quiero que seas mi prometida. Pero no una prometida como se entiende a día de hoy en nuestra comunidad, sino con las implicaciones que tenía antaño, cuando se inventó la institución de La Promesa.

Darda'il perdió sensibilidad en la cara y las piernas. Se quedó allí en medio, como una estatua de sal, esperando que su silencio y su falta de movimiento convencieran a Raziel de que se había evaporado.

—Pero... —tartamudeó—. Pero eso es imposible. Para prometerme a un regente, tendría que romper mi promesa con el anterior, y dado que Aladiah ha desaparecido, es...

—Eso es indiferente. La diosa Magna nos daría su bendición.

¿Ya había hablado con ella?

Darda'il miró a su alrededor en busca de alguien que la rescatara, pero desgraciadamente no había nadie peleando por convertirse en su héroe.

—Yo no sé a qué os referís con eso de... de «implicaciones de antaño». Llevo en La Sociedad diez minutos.

—Estaré encantado de explicártelo.

»Antes de que la inclusión de los áureos en nuestra amada organización —comenzó Raziel, acariciando el borde de la mesa redonda con el dedo—, La Promesa tenía otro significado. Por supuesto, el miembro más poderoso otorgaría en herencia sus privilegios y su sabiduría a su prometido, que alternativamente sería instruido en los principios que habría de defender, pero eso no era lo único que caracterizaba la unión. Con La Promesa, el miembro débil (siempre de sexo femenino), se comprometía a engendrar hijos.

Darda'il dejó de sentir el resto del cuerpo. Abrió la boca para hacer las preguntas más obvias —«¿qué?», «¿cómo?»—, pero no emitió ni un sonido. Imágenes íntimas de Raziel circularon por su cabeza, helándole la sangre. Raziel encima de ella, el aliento de Raziel la cara; sus ojos vacíos siendo lo primero que viera al despertarse.

Darda'il ni siquiera había dado aún su primer beso. Y aunque estaba desesperada por experimentar en ese aspecto, Raziel sería la última persona a la que le concedería el dudoso privilegio.

—Habéis perdido el juicio —balbuceó, retrocediendo. Intentando no hacer ruido, palpó a su espalda en busca del pomo de la puerta—. ¿Por qué me querríais como prometida a mí? ¿*A mí*, que no he demostrado merecer siquiera un asiento en La Sociedad, no digamos ya en el Consejo? ¿A mí, que soy...? ¡Soy inútil! —exclamó,

envalentonada. Rescató los graves ataques de Aladiah para defender su insignificancia—. ¡Y, además, era la prometida de un traidor! ¡Vuestra reputación sufrirá un fuerte revés!

—Lo dudo bastante, Darda'il. —La muchacha intentó traspasar la pared al ver que volvía a acercarse a ella—. Lo considero una buena inversión a largo plazo. No solo para ahorrarme una ejecución de la que no deseo encargarme o para poner de mi parte a alguien que se encuentra en tierra de nadie, como en este caso eres tú...

—Para ponerme de vuestra parte no hace falta que me recompenséis con... con tal honor...

¿Por qué diantres la puerta no cedía? Raziel seguía avanzando, y en su expresión veía aflorar la determinación de un hombre capaz de hacer cualquier cosa por lo que quería.

—Sé lo que se dice por ahí, Darda'il. Se comenta que los albos anhelamos la pureza de la sangre, que somos excluyentes. Incluso racistas. Nada más que prejuicios, vanos intentos por echar por tierra el valor de los albos y sus numerosas aportaciones a la comunidad. Ya ves cuánto se equivocan, porque eres tú quien me interesa.

—¿Estáis seguro? ¿Estáis seguro de que no preferís arrebatarle la prometida a otro miembro del Consejo? ¡A Asaliah, por ejemplo! ¡Dahlia es mucho más poderosa! ¡Y los niños saldrán preciosos porque ella es... Bueno, qué guapa es! ¡Guapísima! ¡Menudo pelo, menudos ojos verdes, es... es...! ¡Es una modelo! ¡Un escándalo de mujer!

El miedo la paralizó cuando Raziel le acarició la cara. Era la primera vez que establecían contacto físico, y esperaba que fuera la última. Un acceso de bilis estuvo a punto de enfermarla, pero no pudo retirarse.

¿Cómo podía una caricia sentirse como una bofetada?

—No. Te quiero a ti.

Darda'il se estremeció de asco.

—Ya, bueno, pues hay un pequeño problemilla con eso, porque... —Darda'il se rio, histérica. La alternativa era morderle la mano para apartarlo, y no le pareció lo mejor, dadas las circunstancias—. Regente Raziel, me siento muy honrada por vuestra petición, pero...

—No es una petición. Si quieres conservar tu vida, aceptarás.

Darda'il se encogió sobre sí misma al verlo con la intención de besarla.

No fue lo bastante rápida.

Raziel sostuvo su cabeza entre las manos, impidiéndole girar la cara, y tomó sus labios con rudeza. Darda'il se agachaba para escabullirse por uno de sus costados, para solo huir del beso que no quería, pero el agarre de Raziel era de acero.

Las piernas le empezaron a temblar. Ese estómago que se había agitado para advertirla de lo que *no* quería, volvió a reclamar su

atención. Tenía que escapar de allí como fuera, pero ¿para qué gritar, si nadie acudiría en su rescate? El seráfico que la apresaba no era cualquiera. Y si se atrevía a negarle sus atenciones, la mataría.

Mientras Raziel seguía intentando separarle los labios, que Darda'il presionaba haciendo notable su descontento, una imagen acudió a su cabeza.

Aladiah intentando quitarse la vida. Aladiah decretando, con la calma de los condenados, su deseo de morir.

«Si me quieres, mátame».

El recuerdo estremecía su corazón, pero también le dio fuerzas para elegir entre la humillación y la muerte. Si agredir a Raziel le costaba la vida, en ese caso podría decir que se había sacrificado por algo que merecía la pena: su integridad física y sus principios.

Esa era una de las numerosas enseñanzas que su regente le había enseñado.

Morir de pie.

Tal y como había visto hacer en sus películas de referencia, Darda'il le propinó un rodillazo en la entrepierna. Los albos no se caracterizaban por su pasión hacia lo carnal, pero, por lo que vio, era una zona que afectaba a todo aquel con vergüenzas. Raziel retrocedió varios pasos, aullando como un loco.

Darda'il no se pudo mover por un segundo, incapaz de creer que le hubiera herido de ese modo.

Estaba llorando.

—Pues parece que mis rodillas huesudas sirven para algo —murmuró por lo bajo.

Al oírla, Raziel elevó la barbilla en su dirección. «Hora de irse», se dijo. E irse a toda velocidad, porque los berridos de Raziel alertarían a los seráficos de los dormitorios más próximos. Y los dormitorios más próximos estaban a un *sprint* de distancia.

Raziel la aferró por la cintura cuando ella lo rodeó al trote. Deshacerse de él le resultó muy sencillo. Él estaba débil, y ella era presa de un subidón de adrenalina.

Sin pensar en las consecuencias, Darda'il se encaramó a la ventana y se arrojó. La altura era de un piso y sabía que aterrizaría en los matorrales.

No había confiado en vano.

Ni siquiera se entretuvo sacudiéndose el polvo o poniendo a salvo los pequeños insectos que habrían saltado sobre sus hombros. Echó a correr en cualquier dirección con el pelo lleno de hojas y la túnica desgarrada, sintiendo el viento helado en la cara. Como cada vez que desatendía sus pensamientos, y pese a saberse perseguida por los esbirros de Raziel, su mente voló hacia Aladiah.

El Séptimo Círculo se había autocompadecido por no haber podido

alcanzarlo durante su primer intento de huida. Ahora entendía cómo se sintió cuando lo persiguieron.

Libre. Todopoderoso. *Valiente*. Capaz de tomar las riendas de su vida.

Darda'il sonrió despacio y apretó el paso, sorteando los árboles y los bultos de la oscuridad como si llevara toda la vida entregada al atletismo. Pero cuando fue a reírse de ella misma, de sus perseguidores, de todo lo acontecido en los últimos días, no pudo. Solo un jadeo escapó de su garganta, el primero del llanto aterrado que la dominó y provocó que perdiera el equilibrio.

Antes de poder redirigir sus pasos, Darda'il chocó con lo que intuyó una pared de cemento. Pero las paredes de cemento no tenían brazos con los que rodear su cintura, ni tampoco una voz con el poder de rescatarla del inframundo... o de enviarla allí de una certera palabra.

Por fortuna, decidió apiadarse de ella y susurrar:

—Ya sabía yo que no me podía fiar de que te quedaras calladita en tu dormitorio.

Capítulo XX

Aladiah eligió a Darda'il como su prometida debido a una corazonada, y había sido un presentimiento de ese mismo calibre el que le había impulsado a buscarla. El instinto le dijo que ella sola se pondría en peligro y no había dudado en emprender la marcha.

Aún desconocía la causa y no se había parado a pensarla.

¿Qué pasaría si algo le sucediera? ¿Qué sería de él? Quedaba por descubrir, porque no hubo preocupación en su salida por piernas. Estas se movieron solas, igual que lo habrían hecho por su supervivencia si él mismo hubiera corrido algún riesgo.

—¡No es el momento de decirme que soy imbécil! —le soltó ella, sorbiendo por la nariz.

Sus lágrimas le causaron una impresión distinta a la primera vez. Con solo un parpadeo, Aladiah alejó la turbación y se concentró en sus opciones.

Eran bastante limitadas. Debían salir corriendo en el sentido contrario.

—Ven.

Solo tuvo que agacharse unos centímetros y rodear su cintura con un brazo. Luego estuvo listo para salir corriendo, sin lastre pero con una carga en brazos: la propia Darda'il, que espabiló enseguida y se aferró a sus hombros.

Lamentó que no se quejara por no haberla avisado de que la cogería en brazos. Balbuceando incoherencias o sus habituales improperios, habría estado demasiado ocupada para seguir llorando. Y ese llanto empezaba a desquiciarle los nervios.

Aladiah oía de fondo el griterío de los perseguidores. Los seráficos eran rápidos, pero Aladiah contaba con una ventaja indiscutible: sabía cómo solían distribuir los escuadrones para peinar las zonas. Bastaba con evitar determinados frentes y apoyarse en la oscuridad del bosque para regresar con El Séptimo Círculo.

Fuera lo que fuese que Darda'il hubiera provocado, dudaba que se atrevieran a profanar la vivienda de los penitentes. Había límites que La Sociedad nunca cruzaba.

Esperaba que eso no hubiera cambiado tras su marcha.

Más que el viento cuarteándole los labios, más que las pisadas de sus enemigos, más que sus pasos abriéndose camino entre los frondosos senderos del bosque; más que todo eso, sentía las uñas de

Darda'il hundidas en la base del cuello. Sus jadeos intermitentes lo distraían de pronto y olvidaba a dónde debía dirigirse. La nube de pelo cobrizo le hacía caricias en la mejilla, caricias que incitaban a la risa. Todas esas cosquillas iban a parar a su estómago, que notó algo revuelto en cuanto pudo detener la marcha.

Antes de eso tuvo que saltar la tapia que daba al jardín trasero de la casa, precariamente iluminado por unos cuantos farolillos. Arrojaban luz suficiente para ver dónde ponía el pie y dónde tenía las manos: aferrando con fuerza el costado de Darda'il y envolviendo sus piernas cuidadosamente.

La dejó en el suelo y casi tropezó, atontado por quién sabía qué. No estaba cansado, pero jadeaba; no había corrido tanto como para enrojecer, pero tenía las mejillas coloradas.

Darda'il limpió las lágrimas de sus ojos con un pestañeo y luchó por ubicarse escudriñando el entorno. Aladiah nunca había visto a nadie tan perdido, tan vulnerable.

De pronto, clavó en él una mirada de espanto y retomó el llanto con fuerza. Fue como si al poner los pies en tierra firme, asimilara como real lo que hasta entonces había tenido por una pesadilla.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Aladiah.

Los hombros de Darda'il temblaban violentamente.

—No... no... no te lo vas a creer. Casi me... No sé qué habría pasado si no hubiera huido.

—Estoy en un punto en el que me creeré cualquier cosa que me digas sobre La Sociedad. Algo grave debe haber ocurrido, porque los seráficos no pierden las formas por cualquier minucia, y se supone que para ellos tú no eres más que un pro...

Aladiah se calló al advertir el estado de su ropa. La túnica presentaba un desgarrón a la altura del hombro, exhibido de forma escandalosa hasta casi revelar la forma de uno de sus pechos. La suciedad del borde de la falda tenía su razón de ser si había corrido unos cuantos metros por el bosque, pero los harapos que apenas cubrían su escote prendieron la alarma en él.

—Un problema, ¿no? No soy más que un problema. Eso es lo que ibas a decir —espetó Darda'il—. ¡Lo llevas claro si crees que te voy a contar algo cuando me tratas como el culo! ¡No hay manera de hablar contigo, joder! ¡Estás hecho un energúmeno!

—Yo no soy el que está chillando.

—Para tu información —lo apuntó con el dedo—, no soy ni «un problema» ni «una minucia». Me han perseguido porque me quieren. Al menos, el regente Raziel me quiere para él, y eso me convierte en alguien muy importante. MUY IMPORTANTE. No tanto como el aquí presente, el Gran Traidor, el Enemigo De La Sociedad, El Cínico De Las Narices, Puto Cabrón, pero cierta relevancia política sí tendría si

pariese a los ciegos de Raziel.

»¡No sé qué se ha creído ese tío! ¡Cómo se nota que nació en la época antigua! —Alzó los brazos, con los que casi pareció abrir dos agujeros en el firmamento—. Aunque claro, no es como si los hombres de hoy en día supieran encajar un rechazo. Uno solo tiene que echar un vistazo a las noticias para confirmar que no hace falta ser un albo con mil años recién cumplidos para tratar a las hembras como vacas. ¡Por Dios! ¡Ser la madre de sus hijos! ¿Siquiera le funcionarán los testículos a estas alturas? Las mujeres ya no pueden engendrar a partir de los cuarenta. ¿Y se supone que yo tengo que parir a niños con severas malformaciones porque el material genético de este capullo está caducado?

Se dio la vuelta, escandalizada, y siguió despotricando. Pero Aladiah no había conseguido concentrarse. La luna se reflejaba en su piel pálida y la hacía brillar como la plata. No debía haberse dado cuenta de que el desgarrón se abría en su pecho. De lo contrario, se habría cubierto de inmediato para ocultar unas formas mujeriles que le alteraron profundamente.

Solo cuando logró reponerse a la turbadora sensación, asimiló lo que había dicho.

—¿Que te quiere para él? —repitió—. ¿Cómo que te quiere para él?

Darda'il no lo miró. Seguía dando vueltas de un lado a otro, como si hubiera consumido algún tipo de droga activadora y tuviera que gastar las pilas.

—Pues eso le dije yo, porque no tiene sentido. Si lo único que tengo es que soy pelirroja, algo que por lo visto da mucho morbo a los hombres, pero dudo que me haya elegido por eso. Al final, todos los seráficos acaban con el pelo decolorado. Y mira, no traería a un niño pecoso al mundo para que me lo marginen por carecer de los rasgos de la raza aria. Es escalofriante, si lo piensas: todos en La Sociedad han heredado las características fetiche de Adolf Hitler, son algo así como su sueño húmedo de nación... ¡Por favor! —exclamó de nuevo, haciendo aspavientos—. ¿Desde cuándo a los albos les interesa reproducirse? A ver, acaba de ser nombrado regente y eso le obliga a tener churumbeles a la de ya. Pero vamos, yo pensaba que antes debía hacer una selección...

—No tiene sentido —murmuró Aladiah.

—¿Qué sentido va a tener? Poca selección ha debido llevar a cabo si yo soy la conclusión final. ¡Yo, por la diosa! ¡Yo, que no sé ni hacer un huevo frito! ¡Yo, que estoy mal de la chaveta!

—Tú —repitió él, abandonado a la conmoción—, que eres mía.

Darda'il puso fin a su desahogo para dirigirle una mirada de asombro.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Que eres mi prometida, con lo cual no puedes ser la suya.

—Ah, bueno, *ahora* quieres que sea tu prometida. —Puso una mano en la cintura, con lo que el fino tirante que mantenía en su sitio la túnica se deslizó un poco más abajo. Aladiah se envaró ante la inminencia del destape—. Los hombres sois la peor raza conocida. No es que lo sepa por experiencia, porque yo no tengo ni idea de nada, pero qué casualidad que ahora me reclames. Ahora, cuando Raziel me exige que camine a su lado. ¡Sois el perro del hortelano! ¡Ni coméis ni dejáis comer! ¿O era «ni coméis ni dejáis de comer»? Lo que sea. La cosa es que a mí nadie me ha preguntado si quiero prometerme con alguien, o qué les quiero prometer en tal caso, o si estoy en condiciones de abordar lo que se me pide. ¿Tú te puedes creer que me dijera que sea la madre de sus hijos?

Aladiah parpadeó. No solían hacerle preguntas cuya respuesta no conociera... o no quisiera enunciar en voz alta. En lugar de hablar, dio un paso al frente y alargó una mano titubeante para colocarle la túnica en su sitio.

Ella no se dio ni cuenta.

—¡Pero si yo no sé nada del amor! —seguía balbuceando, ahora con un hilo de voz—. No sé cómo se hace, ni qué se tiene que decir, ni la manera en que se siente. Nunca he visto desnudo a un hombre. Nunca he abrazado a un hombre de un modo... amoroso. Ni siquiera había besado a nadie hasta ahora. Bueno, sigo sin haberlo besado, porque he sido besada contra mi voluntad, pero...

—¿Cómo?

La interrupción de Aladiah cortó el aire, pero también podría haber detenido el universo. Darda'il, que había estado sumida en su exposición de los hechos, se percató en ese momento de que estaba acompañada.

Al mirar a Aladiah y verlo de verdad, se ruborizó.

—Nada.

—No me ha parecido oír «nada». —El tinte de violencia en su tono era innegable. Unido al modo en que cruzó los brazos y endureció la expresión, fue comprensible que Darda'il se estremeciera.

—¿Y qué te ha parecido oír? Porque yo no podría repetir lo que he dicho. He dicho un montón de cosas.

—Me ha parecido oír algo que podría cabrearme bastante.

—Entonces oirías algo sobre el calentamiento global y su impacto en el medioambiente, o lo mal que están los adictos a los opiáceos de Filadelfia, o...

Darda'il se calló, advertida por el modo en que Aladiah la tomó de la barbilla.

—¿Qué te ha hecho? —repitió, esta vez con falsa amabilidad. Por dentro se sentía a punto de eclosionar.

Ella agachó la mirada. Su barbilla tembló, anunciando el tercer acto de lágrimas incontrolables.

—Tampoco es para tanto. Él se ha quedado peor. Le he dado un rodillazo en los testículos. Se ha puesto a llorar, ¿sabes? Ha sido más o menos divertido. Digo más o menos porque un poco asustada sí he estado, pero luego me he repuesto, porque el poder de mis articulaciones supera el del regente de La Sociedad. Mira mis codos. —Le enseñó uno—. No me digas que no podría diseccionar una rana. Esto está más afilado que una navaja suiza. Si quería tener hijos, ya no va a poder, porque lo que le he incrustado en las vergüenzas es un bisturí de cirugía cardiovascular.

Verla tan concentrada en encontrar las comparaciones perfectas consiguió apaciguarlo. Más que eso: Aladiah la miraba a los ojos, sus ojos inclinados hacia abajo, como si hubieran visto algo terriblemente triste, y una garra le oprimía las entrañas. No para incomodarlo, como en previas ocasiones, sino para...

¿Cuál era esa sensación? ¿Qué era lo que estaba pasando?

Aladiah lo entendió cuando escuchó el sonido que salió de sus labios.

Se estaba riendo.

—¿Te hace mucha gracia mi miseria? ¡Me han forzado! —le reprochó Darda'il. De paso, le soltó un manotazo—. ¡Eso, honra a los de tu especie! ¡Búrlate del sufrimiento de las mujeres! Para ti será una tontería, pero yo no pretendía darle mi primer beso a un nazi con los ojos de Gollum. Claro que tampoco se me habría presentado nunca la oportunidad de dárselo a quien yo quería...

La risa de Aladiah se fue apagando al sobreentender lo que acababa de insinuar. La propia Darda'il se había callado, cohibida, y lo miraba de soslayo temiendo un nuevo rechazo.

Una parte dentro de él, la que había sido pulida a base de disciplina, se rebeló contra el deseo de acercarse. Pero ese deseo le nubló la razón.

—¿A quién querías dárselo?

—¿A quién quería darle qué?

—Tu primer beso.

—¿Mi primer beso? Nadie ha hablado de un primer beso. He dicho mi primer *peso*.

—Tu primer peso. Ya. Aquí se paga con coronas checas.

Darda'il soltó todo el aire en un suspiro abismal.

—Bueno, ¡pues arréstame por ser una romántica! —Volvió a agobiarse, y, como cada vez que eso sucedía, sus ojos se anegaron en lágrimas—. Puedes quedarte con la parte de la historia que te interesa, pero eso no cambiará ni una palabra. No es que yo me crea digna de los besos más tiernos y los amores más entregados, pero nunca pensé

que me merecería un mal recuerdo como este. *Nadie* se merece un mal recuerdo como este.

»Si pudiera retroceder solo media hora en el tiempo, yo... —Cerró los ojos. Una lágrima corrió por su mejilla—. Te parecerá una tontería, pero habría preferido que me hubieran pegado. Sí, que me hubiera abofeteado, o que me hubiese pegado una paliza. Porque los moratones se borran, pero cuando vuelva a besar a alguien... me acordaré... me acordaré de esto, y...

Aladiah no pudo moverse de donde estaba. A ella la sacudía lo calamitoso de lo ocurrido, y era tan expresiva al intentar borrar las lágrimas, al frotarse los labios con desprecio, que creyó entender perfectamente lo que estaba diciendo.

Se acercó, notando un corazón henchido donde en teoría no debería haber nada, y le acarició el pelo del único modo que sabía.

—Si te sirve de consuelo, un beso mío no habría sido más agradable.

Darda'il le castigó con una mirada herida.

—¿Cómo puedes decir eso, idiota? ¡Un beso de mi padre habría sido más agradable! Bueno, a lo mejor me he excedido. Lo de mi padre sería muy sórdido. Además, ¿quién te ha dicho que quiero un beso tuyo?

—Es lo que he sobreentendido que habrías preferido. Puedes retirarlo, si quieres... —Aladiah se mordió la lengua, pero las palabras salieron de todos modos—. O puedes usar lo que te queda más cerca para borrar ese mal recuerdo.

Darda'il pareció temporalmente aturdida. Estaba seguro de que abría la boca para preguntar a qué se refería cuando el entendimiento iluminó su mirada.

—Ya. Ahora me vas a besar por pena. Si resulta que tienes corazón, y todo...

—Si se llama «corazón» a lo que estoy sintiendo ahora... —musitó, retirándole el pelo de la cara— entonces sí, sí que lo tengo.

—Veo que algo de piedad ha sobrevivido al hechizo. —Lo miraba sin pestañear, como tanto le irritaba y le embelesaba a la vez. Le obligó a desviar la atención a sus labios cuando se relamió—. Yo también soy piadosa, así que no te forzaría a hacer nada. Aunque si tú quieres...

—¿Tú quieres?

—¿Quieres tú?

—Eres tú a la que acaban de besar a traición. No me gustaría ni ser el segundo ni empeorar el recuerdo.

—Si lo haces porque quieres, no podrías empeorarlo.

—Nunca he besado a nadie —la advirtió.

La boca de ella formó una «o» perfecta.

—¿De verdad de la buena? ¿Nunca, nunca? ¿Jamás de los jamases?

—Jamás de los jamases.

—¿Y no quieres esperar a alguien especial?

—No quiero ni seguir esperando para besarte ahora.

—Oh. —Asimiló lo que acababa de decir—. ¡Oh!

—No voy a ser piadoso mucho rato —insistió, malhumorado—. Dime qué quieres que haga.

—No lo sé. Hazlo como... como creas que... debe ser. Como sientas que... Como... No sé. ¡No sé, estoy nerviosa!

—¡Pues no me pongas nervioso a mí!

—No puedes ponerte nervioso. No tienes corazón.

—Eso habría que verlo. Está físicamente presente, porque lo estoy sintiendo latir.

No supo por qué le estremeció que ella desviara la vista a su pecho. Saberse observado por Darda'il provocaba en él la misma y extrema reacción que el riesgo de la muerte.

Sus miradas se encontraron. Él pensó en sus creadores, en los que habían diseñado a Darda'il; en cómo habían logrado una belleza capaz de robar el aliento a base de colocarle rasgos que no le pertenecían. Darda'il no debería tener unos ojos tan tristes, curvados como las paredes de un triángulo, porque era un remolino de alegría. Darda'il no debería despedir esa sensualidad arrebatadora al pestañear, porque era inocente como una niña. Darda'il no debería tener esos labios...

Qué poco entendía él de labios, y cuánto deseó aprender a través de ella.

Se inclinó con decisión sobre su rostro pecoso, pero en el último momento reculó y echó la cabeza hacia atrás. Demasiado rápido. ¿Debía ser tan rápido? ¿Qué estaría viendo ella al mirarlo, a un hombre desesperado que no se tomaba su tiempo o a un tipo tímido sin control sobre sus emociones?

Las posibles respuestas a esa pregunta le trastornaron.

Aladiah le acarició la mejilla con la yema de los dedos.

Ojalá hubiera tenido el valor para pedirle que cerrara los ojos, que lo desconcentraba, tentaba y aturdía, todo a la vez, cuando lo miraba fijamente.

De la mejilla descendió a los labios de la discordia. Los delineó con el borde de las uñas, comprobó su textura y se concentró en el vaivén de su aliento como si fuera a escribir sobre ello. Sin saber cómo interpretar que estuviera a punto de partirse por la tensión, se inclinó sobre Darda'il. Iba a alejarse de nuevo, alertado por su rigidez, pero entonces ella cerró los ojos. Y Aladiah había visto suficientes películas durante su juventud para saber lo que procedía en esos casos.

Posó los labios delicadamente sobre los suyos, desconcertado por su propia reacción. Apenas entró en contacto con ella, una emoción

abismal estalló dentro de él. Se asustó tanto, creyendo que se moriría, que pensó en retirarse, pero decidió que no valdría la pena. Separó los labios despacio y los encajó en los espacios que ella, con el rostro alzado, había dejado para él.

El tacto de su boca contra la propia era electrizante. Un escalofrío placentero le atenazó la columna, pero nada ni nadie lo detendría. Lo supo cuando ella emitió un suspiro de alivio que encerraba los desvelos de un amor imposible. Un suspiro capaz de doblar y partir la voluntad de un hombre.

Instintivamente, la acercó por la nuca y recorrió su boca. Primero con los mismos labios, que jugaba a presionar y a rozar, y luego con la lengua. La sintió estremecerse y la abrazó para protegerla del frío, pero ella siguió temblando como un potrillo recién nacido. Aladiah quería separarse y preguntarle si había algún problema, pero Darda'il lo abrazaba por la cintura como si le fuera la vida en ello... y a él se le estaba yendo la vida por el mismo desagüe.

El beso pasó de ser una tentativa a convertirse en un asalto, y, del asalto, al delito flagrante. Cuántas veces no le habían advertido que las actividades sexuales estaban prohibidas. No sabía ni le importaba si aquello que estaban haciendo entraba en la modalidad, pero al ver su cuerpo comprometido y su deseo creciendo a pasos agigantados, entendió por qué era tan peligroso. Por qué no se podía jugar con la lujuria.

Porque no se la podía vencer.

Qué le importaba a él perder, pensó. Y eso fue lo último que atinó a formular mentalmente, porque entonces ella usó las manos para hacerle un reconocimiento corporal y se quedó en blanco. Sus ansias le llegaban en oleadas de calor y en caricias desesperadas. La notaba en los hombros, arañándole el pecho, intentando abrazarle de formas que aún no existían pero necesitaba inventar para sofocar su deseo. Aladiah sintió que la piel le empezaba a quemar, que tenía la entrepierna en carne viva, y la pegó todavía más a él.

—Oh... —balbuceó ella contra su barbilla, ruborizada hasta las puntas de las orejas. Miraba hacia abajo—. Estás... estás... Qué bien. Me alegro. Me alegro un montón.

Aladiah pensó que se desmayaría cuando ella llevó la mano más allá de su ombligo. Rozó con los dedos la prominente erección, que él mismo sentía dura como una roca. Darda'il la tocó con ternura, casi con agradecimiento. Esto solo acentuó sus ganas y no pudo permitirle que la retirara.

Darda'il le dio a entender con una mirada que esperaba órdenes. Se ahogaba en su propia vergüenza, tímida como era para lo que escapaba a su control, pero eso solo le excitó más. Sobre todo cuando demostró su disposición acariciándolo arriba y abajo, en la parte del

pantalón donde se concentraba la temperatura más elevada.

Aladiah echó la cabeza hacia atrás para coger aire. Tuvo una pequeña epifanía al ver las estrellas borrosas: se iba a volver loco. Iba a volverse loco por completo si no ponía freno... pero no podía detenerse.

Su mano no iba lo bastante rápido. Nada, ni siquiera el sonido o la luz, iba a la velocidad a la que él necesitaba que se sucedieran los besos para quedarse tranquilo. No podía besarla mil veces en un segundo. No tenía mil años que rellenar con besos. Y eso le frustró tanto que tuvo que soltarla.

Aladiah retrocedió como si acabara de descubrir que era corrosiva. Respiraba igual que si acabara de romper un récord de buceo. Ella se tambaleó y estuvo a punto de caerse, de pronto desprovista de sujeción.

Fue consciente de que le rogó con la mirada que le impidiera volver a sus brazos, y Darda'il lo comprendió, porque asintió con la cabeza.

—Gra... Gracias por besarme.

Aladiah cogió una bocanada de aire, no sabía si aliviado o más desesperado aún. Debería haber dicho «de nada» y haberse retirado enseguida, pero no fue eso lo que salió de su boca.

—Cuando quieras.

Capítulo XXI

Aladiah pasaba las páginas del cuaderno que había compartido con su hermana. No se detenía a leer ninguna de ellas. Desde que lo había encontrado, y cada vez que se quedaba a solas, sus manos se dirigían indefectiblemente a la desgastada encuadernación. Aquella tendencia que apuntaba a convertirse en costumbre, lejos de apaciguarlo, ensombrecía su ánimo. Pero se repetía —y llegaba a creérselo— que revisarlo le ayudaba a pensar. Y necesitaba pensar para adivinar de dónde había salido.

Contaban con que Levanah, una vez leyera las letras secretas que Reyyan había trazado en el papel entregado, hiciera sus investigaciones en La Sociedad. Aun así, y conociendo las dimensiones del apartado de poesía, la densidad de los volúmenes y los pocos ratos que, como miembro del Consejo, podría rascar a sus responsabilidades diarias, podría demorar años.

Quizá no significara nada. Algún que otro penitente había desdeñado el descubrimiento con una excusa simplona, pero también muy lógica, y es que no tenía por qué pertenecer a ningún libro. Pero Aladiah rehusaba creerlo, porque conocía a su hermana.

En el momento en que se escindió de La Sociedad, Lea dejó de mencionar a la institución para algo distinto a referir sus quejas. No le importaba en absoluto lo que sucediera más allá de su adorable casita de campo. Dudaba que hubiera indagado en textos sagrados, a los cuales no tenía acceso ya, si no fuera importante.

Unos toques en la puerta lo distrajeron de las páginas.

—Estamos listos —le dijo Valthessar. Posó la mirada en el cuaderno y luego en la expresión indolente de quien lo sostenía. Con tiento, añadió—: ¿Nos acompañas?

—¿Me lo estás preguntando por cortesía, o de verdad tengo derecho a elegir?

—Por cortesía, naturalmente. Y no me considero muy cortés, así que deberías dar las gracias por las molestias que me tomo contigo.

Aladiah dejó a un lado el cuaderno y acompañó a Valthessar a la planta baja. Este lo vigilaba por el rabillo del ojo. Sabía lo que esperaban de él: como mínimo, una actitud huraña o combativa frente a la comparecencia que estaba por llegar. Aladiah había especificado hasta el aburrimiento que evitaría la confrontación con La Magna a toda costa.

Allí se dirigía, aun así.

De un tiempo a esa parte, morir lejos de su ala había dejado de ser tan importante como averiguar la verdad. Quizá quedara algo del viejo Aladiah en él, después de todo.

El Séptimo Círculo al completo esperaba en el salón. De forma deliberada, Aladiah ignoró la presencia de Darda'il, todavía aturdido por lo ocurrido la noche anterior. Sin embargo, la necesidad de comprobar su estado anímico le superó y acabó confirmando que estaba nerviosa. La Magna tenía ese efecto en todos los novatos y en muchos de los veteranos, pero en ella se acentuaba hasta lo ridículo. A fin de cuentas, ¿qué significaba La Magna para ella?

Valthessar se acercó a intercambiar unas palabras con Xaphan. Guardaba la daga que había pertenecido a Aladiah I en el bolsillo interior de su cazadora de cuero negra, así como la copia escrita de la presunta profecía: dos pruebas irrefutables de la inocencia del condenado.

Tan solo unos segundos después, la conjura del transporte que los llevaría al Autem los envolvió en una nube de polvo.

Como regente de La Sociedad, Aladiah había mantenido una relación estrecha con la diosa. Todo lo estrecha que podía ser teniendo en cuenta que era su súbdito, su servidor. Había paseado por los jardines que rodeaban su palacio y se había citado con ella en el anfiteatro donde se celebraban los juicios más veces de las que podía recordar.

Todos esos recuerdos se desvanecieron en cuanto se impuso la realidad.

Aladiah ya no pertenecía a La Sociedad, y La Magna ya no era ni su aliada ni una figura digna de veneración. Esto hizo que el paseo hasta el lugar de la citación se le hiciera desconocido; que se sintiera como si fuera la primera vez que ponía los pies sobre los peldaños de mármol y el suelo de porcelana transparente en el que desembocaba.

La Magna era el ser más poderoso del universo, y, como tal, vivía en una realidad creada exclusivamente para su disfrute. En esa dimensión superior, se distribuían distintas áreas de recreo; entre ellas, el palacio de inspiración griega que había levantado tras una temporada en la Atenas que dominó el mundo mortal. El colosalismo de sus dimensiones dejaba en paños menores las estructuras ideadas por la mente humana.

Aladiah pensó que se le quedaba pequeño. Un ego tan grande seguía necesitando algo más espacioso.

Localizó la cola etérea del vestido de La Magna. Se movía entre el patio de columnas para llegar a ellos sin hacer uso de sus poderes. No se había preparado para recibirlos: no vestía la túnica ceremonial, pero tampoco pareció que fuera a cortarlos rápido.

Para subir la escalinata que la llevaría a su asiento presidencial, La Magna cruzó el pasillo que los penitentes abrieron para su comodidad. Aladiah, posicionado en el extremo final, la vio posar su inquietante mirada en cada uno de los presentes. Daba la impresión de andar en busca de algo, pero no se turbaba por la tardanza porque sabía que tarde o temprano llegaría.

Y llegó.

La Magna se detuvo ante Aladiah, que la observó a su vez con los brazos cruzados. Aun entumecido por el hechizo, no pudo negar que la contemplación de su diosa suscitara un torrente de emociones. Por desgracia para ella, ninguna era la devoción de antaño. Pero la merecería solo por el implacable poderío que emanaba, por la inconmensurable belleza que hacía enmudecer a los mortales.

La cercanía con su melena de fuego le calentó las puntas de los dedos, que Aladiah había dejado de sentir por el frío checo, y sus ojos podrían haberlo hipnotizado si aún conservara la capacidad de concentrarse. En el rostro de La Magna había brillado y siempre brillarían dos ojos sin pupila; unos ojos en los que el iris se enroscaba sobre sí mismo como un remolino.

Lo miró de arriba abajo. No necesitaba curvar la boca, asqueada, para que todo el peso de su desdén cayera implacablemente sobre Aladiah.

Un violento ramalazo de aire sopló sobre su rostro como si hubiera asomado la cabeza por la ventanilla de un vehículo en marcha. En esa brisa que cortaba la piel, La Magna había insertado su mensaje.

«Eres mi gran decepción».

Aladiah solo agachó la barbilla para hacerle una reverencia burlona.

—El sentimiento es mutuo, Santidad.

Los ojos de La Magna se convirtieron en una furiosa tormenta de arena. Con la parsimonia de quien sabía que el mundo entero esperaba su señal para moverse, la diosa alzó la mano y lo abofeteó con el dorso de la mano. Aladiah oyó la exclamación ahogada de Darda'il; luego, un intenso pitido en el oído afectado. Dejó la cabeza ahí donde La Magna se la había girado, notando el sabor metálico de la sangre en la boca.

Le había saltado los puntos del corte de la mejilla.

«Quedas señalado para la eternidad», determinó, mirándolo a través de las infinitas pestañas rojas. Esos eran los hilos que las nornas tejían para predecir el futuro. «Todo el que te mire verá la marca del traidor en tu rostro».

Aladiah se recompuso despacio. Se palpó la raja abierta y comprobó que el hormigueo que notaba, produciéndole un dolor apenas tolerable, se debía a su cicatrización. La sangre que empapaba

sus dedos se secó hasta desaparecer. Al volver a acariciarse la zona afectada, pudo reseguir la marca con relieve: la letra «t» de «traidor» del alfabeto arcaico, una línea recta con un trazado irregular en el centro.

Volvió a sonreír.

—Todo el que os mire a vos verá a un...

—Antes de seguir tomando medidas —interrumpió Valthessar, dando un paso hacia delante—, quizá queráis escuchar lo que hemos venido a informar, Santidad. Aunque lo haya parecido, no era nuestra intención entregaros a Aladiah.

La Magna no apartó la vista del juzgado.

«¿Acaso es mentira que Aladiah confraternizara con una creación del enemigo y, durante su juicio, mintiera acerca de los pecados cometidos con este para defender su vida? Si puedes demostrarme que Aladiah no antepuso los intereses de La Criatura a los de La Sociedad, retiraré cada insulto proferido hacia el traidor».

—Pensaba que «El Traidor» era uno de los nombres con los que os referíais al Gran Grimorio. Es un honor que ahora lo haya heredado yo.

Valthessar no habría podido adelantarse a la reacción de La Magna. Aladiah lo percibió compungido por las actitudes de ambos cuando se repuso de la segunda bofetada, que le inflamó aún más el lado afectado.

«Tu comportamiento blasfemo no te llevará muy lejos».

—¿Quién ha dicho que quiera llegar lejos? Por mí podéis seguir abofeteándome hasta quedaros a gusto. Es un placer sentir por fin algo distinto al agujero que dejasteis en mi cuerpo.

«Tus desacatos no quedan ni de lejos justificados por el resultado del conjuro. Ahora te aguarda un destino incluso más cruel que la muerte que tanto buscas. Vas a servirme a modo de penitencia hasta que recuerdes quién te dio la vida y lo agradezcas como es debido. No te van a salvar los alegatos de buen comportamiento que puedan enunciar tus nuevos defensores».

Y señaló con la cabeza al *rex*.

Había estado aguardando la ocasión de intervenir. Aladiah dudaba que esa fuera la indicada, pero Valthessar consiguió hacerse oír con el debido respeto.

—No negaremos el carácter conflictivo de las últimas decisiones que Aladiah ha tomado y que le han convertido en un enemigo de las razas..., pero a nuestro parecer, Santidad, urge más desenmascarar a los que lo apuñalaron por la espalda. Aladiah ya no es una amenaza, puesto que no puede ir muy lejos. Sus traidores, en cambio, cuentan con plena libertad para hacer y deshacer a su antojo.

»Eso es lo que hemos venido a demostrar. —Valthessar introdujo la

mano en el bolsillo de la chaqueta para extraer las pruebas—. Aladiah...

«Aladiah fue víctima de una conspiración», concluyó La Magna. Miraba al *rex* con gesto sombrío. «No eres el primero que viene aquí a denunciar la corrupción de La Sociedad, *rex* Valthessar. Charlaba con una visita inesperada cuando os habéis presentado... espero que con pruebas suficientes para legitimar vuestras acusaciones».

Valthessar fue a asentir y exponer sin más dilación los detalles que se conocían con seguridad, pero los murmullos que se levantaron entre los penitentes lo impidieron. El propio Aladiah tuvo que reconocer su sorpresa.

¿Quién podría haber acudido allí a defender su inocencia?

No tuvo que esperar mucho tiempo para averiguarlo.

Un sacerdote hizo acto de presencia. Las manos entrelazadas quedaban escondidas debido a los anchos extremos de la túnica, del rojo escarlata que vestía a la Orden. Aunque intentaba mantener la cabeza alta, su palidez delataba la inquietud que le generaba la situación.

—¿Noveno? —Luvart puso voz al asombro de todos—. Entre todos los miembros del Consejo... ¿es Noveno el que ha venido a defender a Aladiah?

Capítulo XXII

Algo que siempre caracterizaría a Noveno era su carácter más bien impulsivo, motivo por el que se le había asignado uno de los últimos lugares de honor entre los diez sacerdotes de referencia. En la Orden, Noveno no era nada, sobre todo si se le comparaba con el legendario Primero o con Cuarto.

Aladiah recordaba haberlo compadecido por los miedos e inseguridades que reflejaba con su comportamiento errático. Sentía que era mucho lo que debía demostrar para hacerse respetar, de ahí su soberano asombro al verlo arrugar el ceño. Yendo contra La Sociedad estaría ganándose lo contrario a lo que buscaba: el reconocimiento público.

—¿Qué es lo que tanto te sorprende, príncipe de los ángeles? —le espetó con su habitual falta de mesura—. Yo nunca me pronuncié en contra de Aladiah. Solo lo señalé como traidor cuando las pruebas me parecieron obvias, como considero que un miembro del Consejo ha de hacer en cuanto comprende que el bienestar de la comunidad corre peligro.

—Ya entiendo. De pronto, las pruebas que lo acusaban han dejado de parecerte obvias —resumió Luvart con retintín.

—Las pruebas siguen siendo irrefutables... Al menos, lo eran hasta que encontré la daga de Aladiah en la armería de La Sociedad —reconoció con la boca pequeña. Apartó la vista de Luvart, hacia el que no sentía simpatía alguna, y se dirigió a la diosa en un tono completamente distinto—. Cuando los enemigos engendrados a través de los súcubos y los seráficos empuñan una daga de acero azul, el material sufre una ligera degradación. La daga que encontré estaba impecable, y un sacerdote como yo, conocedor de la magia, advierte a simple vista cuándo ha sido usada por última vez. Si a eso se suma que estaba escondida...

—¿Y por qué andabas tú rebuscando en la armería de La Sociedad? —quiso saber Luvart, cruzado de brazos—. ¿Ahora quieres aprender a luchar?

—Me mandó el regente Raziel para... ¡Eso no es importante, y yo a ti no te debo explicaciones, impertinente!

Luvart torció la boca para aguantar las carcajadas.

—Lo que quiero decir es que existen dos dagas con el nombre de Aladiah. Lo quise comprobar en *Tratado por la Memoria*, un

recopilatorio de los seráficos más eminentes. No lo encontré directamente, pero al ver un párrafo manchado de tinta negra en la leyenda de Faladiel, empecé a sospechar con más razón. Me inclinaba por que la daga de la acusación no pertenecía a Aladiah. —Miró al aludido, compungido por la culpa—. Entre otras cosas, porque los juicios se dieron de forma rápida, sin fisuras en la acusación, y desde el nombramiento de Raziel como regente se han sucedido una serie de cambios drásticos que nos devuelven al tradicionalismo más casposo.

—¡El tradicionalismo más casposo! —exclamó Luvart de buen humor—. No sabía yo que de pronto te hubieras convertido en un progresista acérrimo, Noveno. Me quiere sonar que te quejabas como el que más de las nuevas ideas de gobierno que Aladiah quería implantar.

Noveno alzó la nariz con insolencia.

—Soy un sacerdote de la Orden de Hechicería. Uno de mis deberes es condenar la lujuria. Por supuesto que me resistiría a que el regente de La Sociedad promulgara leyes que promovieran los pecados de carne.

—Te joden los pecados de la carne porque no los has conocido —se regodeó Samael—. Una vez te animes, Noveno, estarás deseando que la ley entre en vigencia.

La Magna asistía a la conversación con desinterés. Por eso no se había molestado en prepararse para la audiencia, entonces. Noveno había llegado antes, cazándola con la guardia baja, y se había entretenido escuchando el estreno del relato que ahora repetía por segunda vez.

Aladiah, por su parte, no había apartado la vista del sacerdote. Sintió una chispa de orgullo hacia sus decisiones del pasado, la primera vez desde que hubiera sido brutalmente expulsado de su asiento en La Regencia. Hasta Darda'il había cuestionado la presencia de Noveno en el Consejo, alegando que no era más que un inútil con ínfulas de majestad. Aladiah no podía ahora sino alegrarse de haber confiado en su instinto y haberlo elegido en su día para representar a La Sociedad.

Puesto que salvar la piel no era su prioridad, su relato le era indiferente, pero la buena intención de sus actos le honraba.

—Sospecho que se trató de una encerrona por parte de Raziel para ocupar La Regencia —seguía diciendo. Su tono era acelerado, y se le atragantaban las graves acusaciones como «traidor», «golpe de estado» y «conspiración». No estaba feliz de haberse convertido en el chivato; Aladiah apostaba por que nunca se habría imaginado trapicheando a espaldas de La Sociedad para salvar a un regente con el que nunca congenió—. Comprendo que Raziel deplorase la gestión de Aladiah. Siempre ha tenido un talante más bien conservador, y que Aladiah no

emprendiera una cruzada contra El Séptimo Círculo después de la masacre que tuvo lugar en el mismo complejo, terminó de enfurecerlo. Con mucha razón, si me pedís opinión.

—No lo hemos hecho —dijeron Luvart y Samael a la vez.

Intercambiaron una mirada rápida, sorprendidos por haber estado de acuerdo, y chocaron los nudillos con disimulo.

—Si, para colmo, el regente comienza a atentar contra la clara corriente tradicional que ha caracterizado La Sociedad desde el origen de los tiempos... —proseguía Noveno—, asumo que sintió la necesidad de intervenir. Y lo hizo de un modo deleznable, como ya lo habéis visto. Apenas ocupó el asiento de Aladiah, abrió la *Sagrada Crónica* y se fue a las primeras páginas para señalar antiguos principios de La Sociedad que hace años quedaron obsoletos. Quiere recrudecer las penas y castigos por traición, entre otros delitos; quiere reimplantar el concepto clásico del prometido, adjudicándole obligaciones reproductivas, y para detener el avance del Enclave, armado ahora con acero azul robado de nuestros miembros, ha requisado las dagas a los áureos.

—¿Qué? —Valthessar pestañeó una vez—. ¿Ha requisado las armas en plena amenaza global?

—Solo a los áureos —recalcó Noveno, avergonzado—. Defiende que es porque el mayor porcentaje de armas robadas por los súcubos pertenecían a este linaje, lo que denota una debilidad carnal superior a la de los albos... y porque quiere suprimir el sistema de gratificaciones que entregaba una daga de honor al seráfico que llevara a cabo una obra crucial.

»Estos cambios me han llevado a pensar que, tal vez... Raziel fuera el traidor en primer lugar. —Tragó saliva—. Solo tengo el volumen de *Tratado por la Memoria* para sustentar mi teoría, pero sé que constituye una defensa muy débil. Solo es una mancha de tinta. A lo mejor alguien estaba recabando información y haciendo anotaciones en un cuaderno al margen y se le derramó.

—¿Te importaría que le echara un vistazo? —intervino Xaphan, extendiendo una mano amable en su dirección. Noveno señaló el escalón donde había dejado el tomo. La encuadernación dorada brillaba en contraposición con la escalinata de mármol.

Xaphan se aproximó para ojear el contenido. Todos allí esperaron a que llegara a la correspondiente página y confirmara con un asentimiento de cabeza lo que, en el fondo, Aladiah ya sabía.

—La mancha oculta el párrafo en el que se narra la intervención del primer Aladiah de la historia, así como el momento en que se ganó la daga de acero azul.

—Llevo conmigo la falsificación —dijo Valthessar—. Aladiah puede resolver todo este asunto con solo empuñarla, aunque le aconsejo que

lo haga con guantes.

Aladiah no prestó atención al debate que se formó entre los penitentes, ese al que La Magna asistía en calidad de oyente. Su expresión era impenetrable, pero nunca mantendría la esperanza de adivinar lo que estaba pensando.

Se concentró en su lugar en Noveno, una criatura transparente.

—¿Por qué te tomas tantas molestias? —Su pregunta acalló los murmullos. Aladiah y Noveno quedaron enfrentados en la distancia, el segundo demostrando serias dificultades para sostenerle la mirada. La vergüenza le pesaba demasiado—. Sabes que, si Raziel descubre que has estado cuestionando sus decisiones, para colmo tildándolas de sospechosas, te faltará tierra en la que esconderte. En el mejor de los casos, solicitará tu expulsión de La Sociedad y la Orden de Hechicería, lo que te convertirá en un repudiado. En el peor, te partirá el cuello ante tus hermanos de la Orden y frente a los seráficos que has servido, y serás retratado en las crónicas como un traidor. ¿Te merece la pena, Noveno? Porque me parece un elevado precio a pagar, y todo ¿para qué? ¿Para salvar a un exiliado que ya tiene todo el pescado vendido? Nunca estuviste de acuerdo con una sola de las decisiones que tomé mientras serví a la organización.

Noveno se esforzó por mantener la compostura, pero se notaba a leguas que sus palabras le habían afectado. Una vez más, le resultaba curioso ver rostros ajenos arrasados por la emoción; esa que él no terminaba de reaprender a exteriorizar. Ni siquiera a detectar.

La voz le tembló al contestar.

—Yo solo hago lo que siento que he de hacer para proteger los intereses de la divinidad. Puede que no fueras santo de mi devoción, pero sin duda eras un santo a secas. Tu reformismo revolucionario nacía del deseo de mejorar lo presente, y creo que podrías haberlo conseguido si no... si no hubieran hecho esto contigo. Me estremece el punto al que se ha llegado por culpa de la ambición de terceros. De estar en mi mano la solución, intentaré alcanzarla por todos los medios.

La devoción de Noveno hacia La Magna removió algo dentro de él. Había cierta familiaridad en la solemnidad con la que se pronunciaba acerca de sus deberes, en cómo se levantaba contra las injusticias, en el temor que le embargaba al pensar en cuán lejos podría llegar el enemigo. Le costó averiguar el porqué, pero al fin Aladiah comprendió que veía al fantasma de sí mismo en Noveno. En lugar de despreciarlo por su parecido con un pasado que ansiaba olvidar, experimentó una suerte de agradecimiento que le llevó a aceptar su respuesta.

En algún momento de la conversación, La Magna se había cansado de sostener el peso del mundo y había tomado asiento. No se había molestado en recrear un clásico trono de la antigüedad para satisfacer

su vanidad, entre otros motivos porque era escaso el tiempo que pasaba descansando. La Magna reposaba en un sillón cuyo respaldo recreaba las ramas del árbol de la vida. Se extendía sobre su cabeza y de este pendían esquirlas de rubíes, un guiño a su cabello y a la sangre que allí se había derramado.

«Atisbo un compromiso en tus palabras que podría sernos muy útil de cara al futuro, Noveno», se pronunció entonces Ella. «Si es cierto que el regente Raziel organizó una pantomima para deponer a Aladiah, debe haber cometido errores en el camino. Errores que vosotros, como herederos de mi fuerza que sois, habréis de localizar y denunciar para su posterior detención».

»Por lo pronto, Noveno será el señuelo. Convives en La Sociedad, te codeas con los prefectos; incluso deberías contar la confianza del sacerdote Quinto, uno de tantos que deberás vigilar de cerca para resolver la duda más acuciante. Si Raziel es un traidor, ha debido contar con apoyos, y Quinto es el primero que testificó en contra de Aladiah.

—Pero... —balbuceó Noveno. Sus ojos saltones parecían más grandes cuando el miedo lo dominaba—. ¿Y si me descubren? ¡Lo harán si informo periódicamente a El Séptimo Círculo de mis avances! Correré peligro, y yo ni siquiera conozco la lucha cuerpo a cuerpo. ¡Y tengo prohibido usar la magia contra los prefectos! ¡Es un poder al que renuncié cuando hice mi voto!

«No estarás solo», lo apaciguó La Magna. «Por cortesía de Reyyan, hay otra infiltrada en La Sociedad. A la augur Levanah le ha sido encomendada una tarea de búsqueda que podría contrariar los deseos de La Regencia».

Aladiah se fijó en cómo fruncían el ceño algunos de los penitentes. No debían estar acostumbrados a que La Magna alegara conocer los pasos que habían dado, en qué dirección y con qué propósito. Él, como regente que fue, había estado familiarizado con sus métodos para seguir de cerca a los clanes protectores de la tierra. Los miembros de El Séptimo Círculo, en cambio, se miraban en busca del chivato que la habría informado.

Nunca lo descubrirían.

«En cuanto a Aladiah...», prosiguió, espabilando de inmediato a los más despistados. La atención de La Magna cayó sobre él con la misma violencia que una catástrofe natural. «Ocultar su paradero es insostenible en el tiempo. Tarde o temprano, La Sociedad lo descubrirá y querrá que se cumplan las medidas que yo misma avalé en su momento: convertirlo en un miembro activo de El Séptimo Círculo».

—No tengo pruebas que avalen lo que voy a decir —intervino el *rex*—, pero sospecho que Raziel quiere a Aladiah formando parte de

los nuestros para declararnos la guerra abierta. De un solo golpe, tumbará a todos sus enemigos: al regente en el que aún creen, su opositor, y el clan que diezmó su ejército.

«En ese caso, nos adelantaremos a él y evitaremos riesgos de la siguiente manera: El Séptimo Círculo interceptó a Aladiah antes que La Sociedad y lo entregó a La Magna en su nombre para aplicar el castigo determinado por Raziel. De este modo, no tendrá motivos para emprenderla contra El Séptimo Círculo, puesto que colaboró para localizar al traidor y hacerle cumplir la condena que se le impuso. Entenderá que estáis de su parte, y si abre fuego pese a esto, lo cual dudo, intervendré personalmente».

—¿Significa eso que vais a convertir a Aladiah en un penitente? —inquirió Samael.

«No. Los seráficos son sacrificados en todos los casos cuando incumplen las normas. No existe uno solo en la historia que recibiera la oportunidad de expiar sus pecados, en parte porque pocos fueron acusados de alta traición. Si ha sido víctima de un complot y esto es demostrable, si puede desmontar todos los desacatos que se le han atribuido y salvar a La Sociedad de un regente que se cree corrupto, vivirá. Si no, será ajusticiado».

»Como es lógico, no se le puede atribuir la condición de penitente por un tiempo tan limitado..., pero para no levantar sospechas, tan solo ampollas, le haremos pensar a los prefectos que así ha sido. Que Aladiah es el primer seráfico al que se le ha concedido la oportunidad de enmendarse.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Darda'il—. Fingir que uno es un penitente, digo. Supongo que tendrá que ir de tipo duro, cosa que no le costará demasiado... ¿Tendrá que hacerse el tatuaje identificativo, el del puñal clavado en la calavera y la serpiente enroscada alrededor?

«Esa es una excelente idea, Darda'il».

Moviendo el dedo índice en el aire, La Magna acercó a Aladiah a la escalinata. Este no tuvo otro remedio que dejarse arrastrar a donde la nube de polvo dorado indicó. Por más que intentó disimular su contrariedad, el recuerdo de la última vez que estuvo a merced de La Magna cobraba fuerza. Volvía a quedar a disposición de sus deseos.

Cuánto lo odiaba.

«Percibo cierta resistencia por tu parte». La Magna lo estaba mirando con interés. «¿Hay algo que quieras decirme? ¿No estás satisfecho con el subterfugio que te he ofrecido para esquivar la muerte una vez más?».

El fin de esas preguntas no era otro que traerlo a su terreno para que se sincerase y luego asestarle un golpe fatal. La Magna no estaba interesada en la opinión ajena. Si la pedía, era buscando la excusa que

le permitiría ejercer su fuerza.

Aladiah le sonrió de oreja a oreja.

—No, mi diosa. Es solo que me dan un poco de miedo las agujas.

La carcajada que se le escapó al *rex* estuvo a punto de costarle la vida. Nadie en la historia se calló tan rápido como él al recibir la mirada perdonavidas de La Magna.

Sin moverse de donde estaba, valoró a Aladiah con una mirada pensativa. Resultaba del todo turbador verla repiquetear con suavidad las yemas de sus dedos, causantes de la bella creación y de la devastación más absoluta, contra su rostro perfecto.

«Veamos, veamos... ¿Dónde podríamos insertar un tatuaje que los prefectos vieran sin necesidad de desnudarte?».

Había muy pocas alternativas. Sin más dilación, acarició el aire con un floreo para elevar a Aladiah del suelo y acercarlo hasta donde ella descansaba. Entonces, esa mano relajada adquirió la tensión de una garra. Le crecieron unas uñas como el pico de un cuervo. Uñas que utilizó para rasgar la tierna piel de Aladiah en el lateral de la garganta. Abrió una dolorosa incisión en el punto en que se unían la mandíbula y el lóbulo hasta la clavícula. Y, entonces, la piel le empezó a arder como si lo estuvieran quemando vivo.

La Magna disfrutó del espectáculo con una sonrisa macabra. Aunque no quiso darle el gusto de verlo sisear, estaba tan poco acostumbrado al sufrimiento físico que aquella experiencia le hizo perder la compostura. Apretó la mandíbula, reprimiendo un grito de auxilio, y movió la cabeza a un lado y al otro, intentando huir del hierro candente con el que parecía que estaba marcándolo. Al palparse, buscando proteger la zona afectada, notó el disimulado relieve del tatuaje, que afloraba demasiado despacio para lo que su cuerpo podía soportar.

Para cuando La Magna hubo finalizado su tortura, no le quedaban fuerzas para tenerse en pie.

Aladiah cayó sobre sus rodillas, exhausto y con la cabeza colgando.

«Sea o no una transición a penitente, hoy habrás de renunciar al nombre que se te otorgó al formar parte de La Sociedad», retomó la diosa. Sonreía, orgullosa de su obra, al verlo demasiado vencido para siquiera mirarla a la cara. «Aladiah es un mal recuerdo de la historia de las razas. Tú, a partir de este momento, eres Audric».

Aladiah alzó la cabeza como si lo hubieran apuñalado por la espalda, y no iba muy lejos la comparación. La odió por atreverse a pronunciar aquel nombre, tan empolvado que no se veía en él; asociado siempre a recuerdos prohibidos. Recuerdos amados hasta lo inconfesable, como aquellos que lo pronunciaban.

«¿Te gusta tu nuevo nombre?», se regodeó.

La Magna le sostenía la mirada, satisfecha con su elección. Le hizo

saber mediante su expresión triunfante, tal vez soberbia, que sabía en lo que estaba inmerso. Lo que Aladiah no atinó a descubrir fue si condenaba que hubiera traído a la hermana olvidada a la vida o, por el contrario, lo castigaba por no haberlo hecho antes.

Capítulo XXIII

¿Qué tenían los hombres con tatuajes? ¿Era ese aire de peligrosidad que automáticamente empezaba a definirlos? ¿El carácter rebelde y, por ende, tan atractivo como endiablado que se relacionaba con ellos? Darda'il no lo sabía, pero no podía dejar de mirar a Aladiah desde que habían regresado de la comparecencia.

¿O debería decir... *Audric*?

Mara se había empeñado en cortarle el pelo. Estaba obcecada en que un greñudo desaliñado no podía formar parte de El Séptimo Círculo, pues para ella —Darda'il estaba de acuerdo—, la única condición que se imponía a sus miembros era la de ser irresistibles. A base de perseguirlo para convencerlo de sus habilidades como peluquero, había logrado sentarlo en una de las sillas de la cocina.

Nadie había confiado en el talento de Mara para modificar las melenas, así que todos se sorprendieron al ver el resultado.

Mara sacó bíceps e hizo un floreo para abarcar su obra maestra.

—Se lo dedico a aquellos que creyeron en mí. —Lanzó un beso a Dagon, que el susodicho fingió atrapar al vuelo y se llevó al corazón —. Ahora sí eres un digno penitente.

Darda'il tenía que darle la razón. Había intentado no ser muy evidente, para lo que se había retirado a uno de los sillones de cuero del salón, pero desde allí pudo asistir al proceso sin perder detalle. No solo le había fascinado el resultado, un corte al estilo DiCaprio en su época juvenil, sino los buenos modales que Aladiah había demostrado. Incluso la extraña tensión entre su peluquera y él, a la que Mara parecía inmune pero que al cliente le sacaba de sus casillas.

Darda'il se preguntó por qué se comportaba de forma tan extraña cuando Mara estaba cerca. No había violencia en su expresión, sino un sentimiento tremendamente complejo: una mezcla entre el rechazo y la necesidad, como si anhelara su cercanía pero supiera que era nociva para su salud.

¿Se debería a su relación de parentesco?

Aladiah se levantó de la silla y examinó su aspecto en el reflejo del microondas. Hundió los dedos en el único mechón blanco, que caía sobre uno de sus ojos, y lo alborotó antes de dejar caer la mano con resignación.

—Menudo guaperas estás hecho —se mofó Valthessar. Apoyaba la cadera, relajado, en la encimera de la cocina; era su postura para

rebañar un bol de cereales—. A ver si no le vas a robar el título de rompecorazones a Luvart.

—Ser guapo no es mi único talento —se quejó el aludido, levantando la vista del libro que estaba leyendo.

—Es verdad. También tiene el talento de recitar *Las flores del mal* de memoria —intervino Dagon. Más que burlón, sonó admirado.

—Os veo a todos muy cómodos donde estáis —habló Aladiah. A Darda'il se le puso la piel de gallina al verlo aparecer en el salón con paso tranquilo—. Tenemos un documento que desentrañar, en el caso de que se os haya olvidado.

—Poco podemos hacer sin una biblioteca de diez mil volúmenes. —Dagon se encogió de hombros y se repantigó en el sillón reclinable—. Relájate y disfruta, Aladiah.

—Audric —corrigió el *rex* con sorna.

—Eso. —Dagon cabeceó—. Ponte cómodo y paladea tu nueva condición, *Audric*. Esto de ser penitente no es como ser un cornudo. Solo pasa una vez en la vida.

—Basta con echaros un vistazo para comprobar lo divertido que es ser penitente.

—Puedes hacer multitud de cosas, si lo comparas con la restringida lista de actividades ociosas que tenías disponible en La Sociedad —le replicó Valthessar.

—¿Sí? —Aladiah colgó los pulgares de las trabillas del vaquero, expectante—. ¿Como qué? No creo que una de esas cosas sea aprender defensa personal. Ahora que veo vuestra desgana vital entiendo por qué no me costó burlarme de vosotros el día que me trajisteis aquí. Para atraparme fue más efectivo un todoterreno que cuatro penitentes.

El *rex* dejó a un lado el bol y le sonrió, divertido por la provocación.

—Si tan seguro estás de que tenemos mucho que aprender, ¿por qué no aprovechas y nos enseñas?

—Para enseñaros, necesitaría algo más que una distendida tarde en el salón. Sois de la escuela de la brutalidad. Yo prefiero jugar al despiste y al desarme. Te cansas menos y eres igual de eficaz.

—¿Que el despiste y el desarme son eficaces? —intervino Samael. Sus ojos verdes habían brillado, interesados, al oír la invitación de Valthessar a iniciar una clase de lucha—. ¿Desde cuándo? Sin espada, un hombre sigue teniendo sus manos.

—Sin espada, los hombres que no saben usar sus manos son inútiles. Lo demostrasteis siendo incapaces de pillarme con las manos desnudas. Insisto en que tuvisteis que usar un coche. Y pistolas.

—Ese sería yo. —Dagon hizo un gesto militar a desgana—. No me escondo, amigo. Me gustan los trapos y los juguetitos. Cuantos más,

mejor.

—Pues aprende a desprenderte de ellos si quieres ser un buen guerrero. Ante la muerte, un hombre solo se tiene a sí mismo.

—Gracias, maestro Miyagi. —El *rex* juntó las manos en un rezo e hizo una reverencia jocosa.

—Si crees que es mejor luchar sin manos, deja que vaya por mi hacha y me lo demuestras. Pero no me responsabilizo si acabas sin cabeza —advirtió Samael.

—No he dicho que las manos sean mejor, solo que son imprescindibles. Si no sabes desarmar al enemigo usando lo que eres, no podrás hacerlo con lo que tienes. Y otra cosa que salta a mi atención...

Darda'il se fijó en que Luvart cerraba el libro y cambiaba de postura en el sillón. «Esto se pone interesante», murmuró para sí. O para Reyyan, que con el sol de la tarde tiñendo de rojo el horizonte debía estar dando tumbos por su cabeza, ansiosa por ver la luz.

—No se trata de matar y torturar. Ni de abalanzarse sobre el enemigo a la primera de cambio. Se pierde un tiempo muy valioso que se puede dedicar a estudiar su postura, las armas que pueda llevar escondidas y, lo más importante, el punto débil.

Samael no se movió de donde estaba al preguntar:

—No es tan fácil reconocer a simple vista el punto débil del enemigo.

Darda'il no pudo mirar a otro lado cuando Aladiah esbozó una sonrisa ladina.

—¿No? ¿Estás seguro?

Samael alzó la barbilla con soberbia, instándolo a llevarle la contraria. Aladiah encogió un hombro y se acercó a él. Samael estaba apoyado en el marco de la puerta en posición totalmente perpendicular. Tenía los brazos y los tobillos cruzados.

Aladiah miró de arriba abajo, y sin mediar palabra, usó el pie para arrastrar de una patada el tobillo que aguantaba todo su peso. El resultado fue fulminante: Samael cayó de lado con estrépito.

—Así de fácil —resolvió Aladiah—. Este es un error que Dagon no va a cometer nunca, el de descuidar la distribución de pesos: todos los pistoleros que se precien se apoyan en las dos plantas de los pies. Ni en el talón ni en los metatarsos, sino en *toda* la base.

—Lo confirmo, jefe —dijo el aludido.

Samael se incorporó sacudiéndose los hombros y los pantalones, como si allí no hubiera pasado nada. Darda'il lo vio con intención de atacar a quien lo había ridiculizado, pero tuvo que darse cuenta de que ese no había sido el objetivo de Aladiah —o eso o temía represalias—, porque al final lo dejó estar.

—Otro de los trucos está en asestar el golpe fatal en el momento

justo —prosiguió Aladiah.

—¿Y si no se da el momento justo?

—Lo creas. Por ejemplo... —Darda'il no movió ni una pestaña cuando Aladiah se dirigió hacia ella con determinación. Le tendió la mano en un gesto principesco—. ¿Me das tu mano?

Darda'il le habría dado lo que le hubiera pedido. Un segundo después, Aladiah tiraba de su brazo, la hacía dar media vuelta y apretaba su pecho contra la espalda de ella.

Darda'il jadeó.

—Qué demostración tan tonta —rezongó—. No creo que si te cruzas al Gran Grimorio y le pides que te dé la mano, vaya a ofrecértela sin más.

—No, pero podría hacer que un esbirro me ofreciera lo que necesito para llevar a cabo mi ataque. —La hizo girar sobre sí misma antes de soltarla y rehacer sus pasos para mirar a un miembro de su público. A su señal, Samael se acercó con recelos—. Si te lanzo un puñetazo a la cara, ¿qué haces, vikingo?

—Agacharme.

—Exacto. Por eso te lanzo el puñetazo pensando en usar la rodilla inmediatamente después. Si, por casualidad, torcieras la cabeza a un lado, redirigiría el puñetazo en forma de ataque lateral usando el codo. O con un golpe en la sien con el pulgar por fuera. —Mostró el modo de cerrar la mano para convertirla en un arma letal—. Nunca uséis la muñeca, por cierto. Es un punto flaco.

»Ven a atacarme.

—Este no será otro de tus intentos de suicidio, ¿no?

—No, Samael. No cuento con que me hagas el menor daño.

Samael reaccionó con la rabia que Aladiah había criticado minutos antes. Se lanzó a agarrarlo por la cintura. Cuando lo tuvo contra el suelo —y todos observaban con el aliento contenido— y Samael alzaba el puño para golpearle, Aladiah lo detuvo levantando el dedo índice.

—Podría haber evitado caer al suelo golpeándote el canto de la cabeza así. —Hizo el gesto que correspondía con la mano—. O haber redirigido tu fuerza lineal dando un giro hacia la centrípeta. Habríamos dado una vuelta juntos, lo que no habrías previsto, te habría mareado y te habría hecho caer a ti. Conmigo encima, por cierto.

Samael frunció el ceño.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque no le gustas, Sam —se rio el *rex*.

—Porque quería crear el momento de acabar la pelea lo antes posible. Si me enzarzo en movimientos y movimientos, la lucha se alarga de forma innecesaria: se convierte en un despliegue de

habilidades cuestionables, una fiesta de fuerza bruta, y yo lo que quiero es acabar contigo y pasar al siguiente. Por lo que me dejo derribar para agarrar el mango de mi daga... —Empuñó el arma con su verdadero nombre—, te abrazo con la mano que la sujeta y te rajo la espalda de arriba abajo con la hoja.

—¿Y por qué no rajarle la cara? —propuso Abraxas.

—Por tres razones: la primera es que la sangre me salpicaría a mí, cegándome en un momento crucial, y en pleno combate no se puede prescindir de un solo sentido. La segunda es por motivos estéticos que repercuten en la psicología del enemigo. Ver a un combatiente que apenas suda, apenas se mancha y no se frustra, tiene un impacto negativo en el que va a arremeter contra él. Lo desanima.

—¿Y el tercer motivo? —inquirió Luvart.

Aladiah sonrió y le dio un par de palmaditas en la cara a Samael.

—Ya sabemos cómo se pone este tipo cuando le tocan su gran encanto. Si el combatiente ve que su enemigo renuncia a la sangre cuando puede derramarla a gusto, cree que ha desperdiciado una oportunidad de oro. Y cuando uno se confía..., está perdido.

Retiró a Samael metiendo un brazo entre los dos que lo acorralaban y empujándolo a un lado desde el costado contrario.

Samael se quedó tendido boca arriba en la alfombra, reflexionando.

—¿Puedo ofreceros algún consejo más, o preferís una clase práctica? Quizá para las mujeres de la casa, a las que no les vendría mal un poco de defensa personal —dijo, girando sobre los talones para clavar su mirada en Darda'il—. Especialmente a aquellas que casi son secuestradas.

Capítulo XXIV

Darda'il no podría no haberse dado por aludida. Sobre todo porque lo estaba deseando.

Había visto a Samael encima de Aladiah, sus cuerpos completamente acoplados, y un estremecimiento de envidia malsana la había sacudido. Se ruborizaba ante la lujuria que de pronto se adueñaba de sus pensamientos, pero no había nada que pudiera hacer para controlarla.

No le cabía la menor duda de que lo que estalló en ella durante el beso fue la versión más descarnada del deseo.

Claro que había ansiado un beso de Aladiah antes de recibirlo, pero en su cabeza los besos se daban de otra forma. Desencadenaban un sentimiento muy distinto al que todavía perduraba en su cuerpo. Para ella, un beso estaba hecho para satisfacer y aliviar, no para despertarla entre sudores en medio de la noche. No para encadenarla al anhelo de que volviera a suceder hasta el punto de impedirle pensar en otra cosa.

Viendo que Mara se negaba a pelear con su tío, Darda'il se levantó del sillón y se dirigió hacia Aladiah con falsa seguridad. Él parecía tranquilo, cómodo en su propio cuerpo. No le daría el gusto —o el *disgusto*— de hacerle saber que no conseguía sobreponerse a lo sucedido. Aunque la hubiera sorprendido con una muestra afectuosa esa noche, temía que volviera a vejarla para que no se confiara.

Darda'il puso los brazos en jarras.

—Vale, aquí estoy. Chica inútil se presenta para la lección. ¿Qué tengo que hacer?

«¿...para que me beses de nuevo?».

Darda'il sacudió la cabeza para ahuyentar el pensamiento intrusivo. Pero en cuanto su mirada entró en contacto con la de Aladiah, ideas de la misma familia regresaron para quedarse. Se repetía una y otra vez cuánto echaba de menos al antiguo regente, y sin embargo, el hombre que tenía ante sí, con esos ojos que delataban su condición de híbrido, el tatuaje en el fuerte cuello y la mirada de un depredador era el único causante de su desesperación.

¡Ella no tenía pensamientos lujuriosos hacia su regente, por favor! ¿Qué demonios estaba pasando?

—Ven aquí.

Se acercó con la timidez de una colegiala, las manos entrelazadas a

la espalda. Se fijó en que Aladiah tragaba saliva, vacilante, cuando se detuvo a un paso de distancia. Incluso se rascó el lateral del cuello, ahí donde el tatuaje se tomaba su tiempo para cicatrizar.

—¿Te duele? —le preguntó ella—. Tengo ibuprofenos en el dormitorio, si quieres. Es un antiinflamatorio. En teoría, debería ayudarte a rebajar la inflamación de esa zona, como su propio nombre indica. Aunque me quiere sonar que, cuando la gente se hace un tatuaje, no recomiendan tomar analgésicos. Claro que ese no es un tatuaje al uso... En los estudios no se hacen tatuajes con las uñas de gel de La Magna, sino con aguja, como toda la vida...

Se calló antes de que él la cortara con uno de sus exabruptos.

—No, pero gracias —dijo en su lugar. El corazón le dio un brinco de alegría: *había sido educado*. Educado como su regente. Ese hacia el que no experimentaba ninguna clase de deseo febril—. Necesito que me ayudes a recrear el modo en que Raziel te acorraló.

—Vaya, y yo que pensaba que esto era una clase de defensa personal y no de revivir traumas.

—Si vuelven a ponerte en esa posición, quiero que sepas cómo reaccionar.

—Yo creo que reaccioné muy bien. Si no, no estaría aquí. —Hizo una mueca—. Estaría embarazada, supongo.

No supo quién de los dos reaccionó peor ante esa posibilidad, si Aladiah o ella. Queriendo ahuyentar el malestar que le había generado el recordatorio, el recientemente nombrado penitente le instó con un par de aspavientos a obedecer.

—¿Cómo te inmovilizó? ¿Usó las manos?

—No. Yo estaba entre la espada y la pared casi de forma literal. —Rodeó a Aladiah para imitar la postura. Vigiló que no había cerca utensilios que pudiera arrojar al suelo de un movimiento torpe y pegó el coxis a la pared—. Hasta que no se abalanzó sobre mí, supongo que podría haberme escabullido. No me sujetaba por las muñecas ni nada por el estilo. Me paralizó más el miedo que ningún puñetazo. Ya sabes cómo tiene los ojos. Que no es que a mí los ojos de un ciego me molesten, ¿eh? Faltaría más. ¿Qué clase de persona sería? Ni que el pobre tuviera culpa de eso. Tendrá culpa de haberte tendido una trampa y de ser tan sumamente *creepy*, pero que no vea no es una de las razones por las que me cae fatal. Si será por ciegos simpáticos en la historia. A muchos de ellos los admiro. Ray Charles, por ejemplo. ¿*Georgia On My Mind*? ¿No?

Ella misma se calló cuando Aladiah avanzó, tranquilo y seguro, y apoyó una mano a cada lado de su cabeza. Aún corría el aire entre los dos, lo que fue de agradecer.

—¿Se puso así?

—Ni siquiera puso las manos en la pared. Ya, ya sé lo que estás

pensando: «Menuda idiota, no la estaba agarrando, no tenía el pie metido en una zanja o en una trampa para osos, no la había dejado inconsciente de un bofetón»... Pero es que sé cómo se las gasta, ¿sabes? A veces una no reacciona porque sabe que será peor defenderse.

—No iba a decirte nada de lo que has sugerido. Como he dicho antes, es sabio esperar al momento indicado para atacar o huir. Justo lo que hiciste. De todas maneras, tampoco deberías esperar tanto como para darle a pie a besarte —agregó con aspereza.

Darda'il se preguntó si estaba celoso. Inmediatamente después, se preguntó por qué era tan estúpida.

¿Cómo iba a estar celoso? ¡Si ni siquiera estaba del todo vivo!

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando Aladiah interpuso la rodilla entre sus dos piernas.

—Él no puso la pierna ahí —balbuceó Darda'il, ruborizada—. Si no, ¿cómo le habría dado el rodillazo?

—¿Le diste un rodillazo? —preguntó Dagon—. ¿En los huevos?

—Sí. Lo he visto en las pelis.

Dagon se echó a reír.

—Eres maravillosa.

—Raziel no es idiota. —El aliento de Aladiah le acarició la punta de la nariz y la devolvió de inmediato a la lección—. No te consideraba un contrincante serio...

—Qué novedad.

—...pero la próxima vez que te vea, si es que vuelve por ti, sabrá que conoces algunos movimientos y pondrá algo más de empeño en reducirte. Y no dudes que te reducirá, porque casi todo lo que sé lo aprendí de él.

—No lo parecía cuando lloraba porque le dolían los huevos.

Más risas.

—Concéntrate —la regañó, aunque con la paciencia que recordaba al antiguo Aladiah—. ¿Qué harías en esta situación, Darda'il?

Ni siquiera pronunciaba su nombre como antes. Cuando aún tenía corazón, Aladiah empleaba un tono amable; ahora la llamaba como si asociara su nombre a un recuerdo que todavía no sabía si quería olvidar o repetir.

—Pues... —Sus ojos seguían cada movimiento. No la dejaban respirar—. ¿Escupirte en la cara?

—¿Se supone que eso es algo malo? —Samael suspiró, soñador.

Aladiah lo ignoró, pero el comentario de Samael inició un debate al margen que sumergió a los dos presuntos contrincantes en una burbuja íntima.

—No. Estarías tan nerviosa que se te habría secado la garganta. Perderías tiempo reuniendo saliva, y no es una defensa lo bastante

contundente para hacer que te suelten. Tienes dos manos —le recordó.

—Pero eres más rápido que yo. ¿Y si al moverlas, me las agarras?

Aladiah sonrió. Ella tuvo que esforzarse por mantener la pose.

«¿Y cómo se supone que se protege una de esa sonrisa?», quiso gritar. «¡Estás haciendo trampas! ¡Me estás distrayendo!».

—Si eres lo suficientemente veloz, no podré agarrártelas.

Darda'il fue a abofetearle.

Mala idea. Atrapó su mano en el acto.

—No. Una bofetada no sirve. Un puño cerrado sería más efectivo, por ejemplo.

—¿Por qué no me dices lo que quieres y acabamos antes?

—Porque en esta situación no podrás pensar lo bastante rápido para traer a tu mente lo que *yo* quiero. Tiene que ser un movimiento que te veas reproduciendo sin meditarlo.

—Entonces le habría escupido.

—Entonces él te habría agarrado, dificultándote la huida.

—Pues me escabullo por debajo. —Fue a hacerlo, pero Aladiah la abrazó por la cintura antes de que diera un paso más y la pegó a su pecho.

Darda'il agradeció que no le viera la cara, o se habría dado cuenta de que estaba disfrutando.

—Mal, muy mal. Eres demasiado alta para huir haciéndote pequeña. ¿Ahora qué?

—*Game over?*

—No, porque no quiero matarte. Raziel te necesita, recuérdalo, y mientras el cabeza de clan no exija tu sangre, nadie más intentará hacerte daño.

—Vale, pues... ¿Un cabezazo hacia atrás?

—Me gusta cómo piensas. —El halago le hizo cosquillas en el estómago—. Como he dicho antes, eres muy alta; de sobra para que eso pueda funcionar. Yo te soltaría y tú podrías salir corriendo, pero eso en el remoto caso de que, tras el escupitajo, el enemigo no te agarrase de las muñecas o, llevado por la rabia, te dejara inconsciente de una bofetada. No me convence que elijas el camino de la humillación. Es innecesario y solo empeora las cosas.

»Dame otra alternativa inicial.

Aladiah la invitó a recrear la escena de nuevo.

Volver al punto de partida no le molestó. De hecho, se pegó a la pared con más alegría de la debida. Había algo increíblemente erótico en aquella escena. Quizá saber que él se estaba divirtiendo tanto como ella.

—Vamos, usa tu cabeza. Eres muy creativa, y eso siempre vale más que ser habilidoso.

Darda'il se estrujó los sesos. Se moría por demostrarle que, aparte

de «creativa», lo que le sonó como el premio de consolación aunque lo hubiera pronunciado sin retintín, era sagaz e intuitiva. Pero teniéndolo tan cerca no lograba concentrarse... Hasta que se hizo la luz.

—Teniendo en cuenta que Raziel quiere que sea su prometida «a la tradicional», quizá... Quizá mi mejor defensa sea rendirme.

—Menuda gilipollez —bufó Samael.

Un chispazo de interés prendió los ojos de Aladiah.

—Te escucho.

—Supongo que tendría que darle la impresión de estar a su merced. Me relajo, dejo las manos muertas, intento cambiar la cara de miedo por una más agradable...

—¿Como cuál? El teatro es una buena defensa cuando se es más débil que el atacante, pero hay que saber actuar.

Darda'il se humedeció los labios y lo miró a los ojos un segundo antes de volver a desviarlos al suelo. Hizo ademán de apoyar la mano en su pecho, pero enseguida la retiró, no muy convencida, y hasta fingió un tímido temblor en las puntas de los dedos.

—Sublimidad... —murmuró—. Debéis perdonar mi exabrupto de la otra vez. Llevaba días encerrada en mi dormitorio, todavía me duraba el estrés de lo ocurrido con el que fuera mi mentor y regente, y... y vuestra propuesta me descolocó por completo. Solo quería respirar aire fresco, y temo que os ofendí con el modo en que... Oh, estoy tan avergonzada.

Se cubrió la cara con las manos.

Aladiah se las retiró enseguida.

—No lo pierdas de vista ni un momento —le advirtió, mirándola con gravedad—. Mientras hablas, tienes que fijarte en cada detalle de su expresión, por nimio que parezca. Porque si no se lo está creyendo, deberás abortar la misión de inmediato.

Darda'il asintió y volvió a dejar caer las manos. Se zambulló de llenó en los ojos de Aladiah, la lucha entre el oro y el cielo, y las palabras empezaron a manar con la facilidad de siempre.

—La verdad es que me das miedo —le confesó. Intentaba evocar el rostro de Raziel, lo que en teoría no debía ser complicado puesto que esa misma noche había tenido una pesadilla con él; sin embargo, la presencia de Aladiah era tan real y la tenía tan alerta que no le permitía soñar despierta—. Hui porque el regente me hizo creer que no erais de fiar. Yo solo actué como él me enseñó, confiando a ciegas en las que eran sus opiniones sobre vos. Ahora veo que se equivocaba, que era el traidor que le acusasteis de ser, que yo nunca le importé ni luchó por mí como vos os preocupáis de convertirme en vuestra prometida... Pero ¿qué podía hacer? Estaba enamorada. Me habría ido al fin del mundo con él si me lo hubiera pedido.

Darda'il no supo quién se quedó más descolocado al escucharla, si Aladiah o ella misma al comprobar que le sorprendía su confesión. A un lado que aquello fuera puro teatro, se suponía que él ya estaba al corriente, ¿no? Incluso se había burlado de sus sentimientos.

—Es por eso por lo que me queréis a vuestro lado, ¿verdad? —prosiguió Darda'il—. Porque demostré una lealtad acérrima hacia mi regente incluso cuando no se lo merecía, por traidor y por desentendido. Queréis que yo os admire, os defienda y os siga con la misma fe ciega. Si eso es así, me siento halagada...

Aladiah ladeó la cabeza hacia donde ella la giró con disimulo, como si no quisiera perderse ni uno de sus pestañeos. Darda'il se había metido tanto en el papel que se le había puesto la piel de gallina.

Con cuidado de no alertarlo con su brusquedad, se acercó a él y le rodeó la nuca con la mano. Habló en su oído:

—Si me queréis, Sublimidad, ahora y no antes me tendréis, puesto que ese es el don que puedo ofrecer. Mi amor entregado y mi sacrificio a quien creo que lo merece... y creo que vos lo merecéis.

Guiada por la intuición, sopló con disimulo en el oído de Aladiah. El choque de su aliento en esa zona tan sensible consiguió desestabilizarlo, momento que Darda'il aprovechó para rodearlo a toda velocidad y separarse cinco pasos. Para cuando Aladiah reaccionó, turbado, ella ya estaba orgullosa de su actuación.

Sobre todo por la mirada oscura que él le dirigió.

—Nada mal. —Fue todo lo que dijo. Por poco no lo escuchó a causa de los aplausos en los que el público estalló.

Darda'il se había olvidado de ellos, y juzgando por la reacción de Aladiah, parecía que él también.

Los efectos del subidón de adrenalina mermaron a la vez que los vitoreos. Insegura de pronto, Darda'il se abrazó los hombros.

—Qué montón de tonterías he dicho. —Apartó la mirada, sofocada —. Eso no funcionaría, estoy convencida. Raziel no me desea, así que no le afectaría mi actitud juguetona. Y ya sabemos que, tratándose de un desalmado, no le conmoverían mis sentimientos.

—Te equivocas. —La voz de Aladiah sonó más grave de lo habitual —. Si tus sentimientos se presentan con coherencia, si cree que el modo en que los enlazas es creíble y tienen una base racional, te lo comprará. Además de que no le sorprendería nada de lo que le has dicho porque lo vio con sus propios ojos. Estaba allí cuando dabas la cara por mí.

No le pasó desapercibida la nota de emoción contenida que transformó la frase en un agradecimiento. Tal vez en algo más.

Darda'il se había inclinado por pensar que a Aladiah le molestaba su deseo de protegerlo. Quizá le pareciera innecesario o humillante, porque ¿quién querría que fuera *ella* la defensora? Ahora veía que se

equivocaba. Aladiah la miraba como si quisiera hacerle saber del único modo que podía —las palabras aún le venían grandes— que lo valoraba. O que estaba en el proceso de valorarlas.

Darda'il se sorprendió aguantando la respiración. Temía echarse a llorar allí mismo, por lo que el alivio la embargó cuando Abraxas acaparó la atención irrumpiendo en el salón... y no solo.

Le acompañaba un intruso.

Capítulo XXV

Llevaba agarrado del cuello de la túnica a un personaje que le sonó muy familiar, pese a que tuviera el rostro desfigurado por el pánico.

Abraxas soltó a Noveno sobre la alfombra. No calculó bien el aterrizaje y cayó sobre las rodillas.

Temblaba como un pollo recién salido del cascarón.

—Lo he pillado haciéndole brujería a la puerta trasera —anunció Abraxas sin entonación.

—¡No es lo que parece! —aulló.

Darda'il se fijó en que Luvart y Valthessar intercambiaban una mirada divertida.

—¿No? —El *rex* se levantó, hasta el momento acomodado en el escalón que subía a la cocina—. Porque tiene toda la pinta de que te estabas infiltrando en nuestro territorio como los ladrones, Noveno.

—Seguro que con fines deshonestos —especificó Luvart.

—Eso, en mi barrio, se puede acusar de ataque —agregó Dagon, mirándose las uñas con desdén.

—Y se paga con sangre —concluyó Samael. Sonreía de un modo estremecedor.

A Darda'il no le sorprendió que Noveno los mirase espantado.

—¡Temía que me estuvieran siguiendo! Si un seráfico me hubiera visto llamando a la puerta, se habría dado cuenta de que venía en son de paz y habría sospechado.

—¿Y qué si sospecha que te has pasado a saludar? —El *rex* se cruzó de brazos—. Sé que a Raziel no le caemos muy bien, pero tampoco está tan mal la situación como para que tengas que cavar túneles subterráneos... ¿o sí?

Noveno tragó saliva.

—No os menciona con cariño. Creo que, si supiera de mi ubicación, mandaría una tropa de sicarios.

—¿Estamos en guerra declarada y no me he enterado? —Valthessar enarcó una ceja oscura.

—En el caso de estarlo, ¿no deberíamos sacrificar a este infiltrado? —inquirió Luvart, dándose unos golpecitos pensativos en la barbilla.

Mara rompió a reír.

—Sois crueles de cojones. —Negaba con la cabeza al acercarse al pobre sacerdote. Fue la que tendió una mano amiga a Noveno, a la

que este se aferró con desesperación y agradecimiento—. No les hagas ningún caso. Están jugando contigo. ¿No ves que les encanta ir de tíos chungos?

Noveno pasó del pavor a la indignación en cuestión de segundos. A Darda'il siempre le había costado contener la risa al verle la calva por completo ruborizada.

—¡Esto es una vergüenza! ¡Todos vosotros deberíais valorar los esfuerzos y riesgos que he tenido que tomar para estar aquí! ¡Para mí sería mucho más fácil rodearme de los prefectos, asentir cuando hicieran cualquier propuesta y mantenerme alejado de El Séptimo Círculo!

—No creo que sea lo más fácil desde que te has comprometido a colaborar con La Magna —intervino Aladiah pausadamente—. Digo yo que lo que la diosa comande es prioritario respecto a las órdenes que te dé Raziel.

Noveno elevó la barbilla.

—¡Por supuesto! ¡Es el único motivo por el que estoy aquí! ¡Porque es donde mi diosa me quiere! Pero que os quede claro, pandilla de bribones... Sin mí, nunca en la vida habríais descifrado la profecía que mandasteis a Levanah.

Algunos penitentes habían empezado a acecharle, burlones, para hacerle reformular el modo en que se había dirigido a ellos. Pero el *rex* dejó de sonreír como un camorrista ante la mención de la profecía.

—¿La has descifrado? Ese no era tu trabajo. Se le encomendó a la augur.

—Levanah jamás habría dado tan rápido con el volumen que la contenía. Ni mucho menos haber sacado conclusiones. —Noveno hizo una pausa para respirar hondo. No era para menos, dado el cariz de lo que tenía que decir—: He descubierto por qué Raziel arremetió contra Aladiah. Y los motivos no tienen nada que ver con el modo en que gobernaba La Sociedad.

Por fortuna para Noveno, que necesitaría tranquilizar sus agitados nervios para hilar tres palabras seguidas, Valthessar cortó de lleno las burlas. Lo invitó a ponerse cómodo en el *chaise longue* del salón.

Noveno se sentó en el borde, todavía mirando de reojo a sus anfitriones. Los que habían faltado en la reunión hasta el momento, Abraxas, Xaphan y Renyi, se unieron en cuanto fueron informados de la visita.

A Darda'il le pareció muy curioso que, con un gesto, Valthessar le pidiera al conocido como X que se posicionara al lado de Noveno.

Aladiah ya sabía por qué: apenas Xaphan le invitó a explicarse, relajó los hombros, hasta el momento formulando una línea rígida.

Xaphan provocaba un efecto contrario al del penitente promedio. Lejos de intimidar, apaciguaba los ánimos tensos e inspiraba tanta confianza en su interlocutor que a menudo se sorprendía confesando sus íntimos anhelos. Era una presencia de lo más curiosa. Incluso cuando el cargo le impedía entretenerse meditando sobre asuntos ajenos a La Sociedad, Aladiah se había preguntado de dónde habría salido. Porque no lo había engendrado una desgracia ni su carácter fue moldeado por la guerra, de eso estaba seguro.

Aladiah se sentó en el borde de la mesilla baja en la que se solían apoyar los pies. No quería perderse ni uno de los gestos de Noveno cuando se animara a hablar.

Viendo que se tomaba su tiempo, Aladiah usurpó el deber del *rex* y tomó la palabra.

—¿Dónde está Levanah?

—Con La Sociedad. Aunque La Magna insinuó algo sobre otros topos en el Consejo, no lo relacioné inmediatamente con ella...

—Ya sabemos que no eres el más avispado del lugar —murmuró Samael.

—...pero no me cupo la menor duda de quién se trataba cuando anoche la encontré en la biblioteca. Estaba rodeada de volúmenes antiquísimos. A priori no parecía que estuviera haciendo nada malo. Los mencionados tomos narraban fábulas, recopilaban poesías..., pero percibí cierto nerviosismo en ella cuando me acerqué. Fue entonces cuando, gracias a la sombra de los cirios utilizados para los rezos, vi las palabras que tenía anotadas en un papel doblado. Asocié el mencionado papel con el que se le cayó a Reyyan... o Reyyan tiró en su visita.

—¿Y ahora trabajáis conjuntamente?

—No tuvimos que trabajar conjuntamente para que reconociera a simple vista el inicio de la profecía. Son unos versos muy sonados entre algunos círculos de La Sociedad. Entre los sacerdotes, si quieres concreción. A algunos les ha obsesionado siempre lo que dan a entender —le dijo a Xaphan, que asentía respetuosamente—. Otros dan por hecho que fueron un delirio de su escritor, cuyo nombre se desconoce.

—Y tú eres de los primeros, ¿no? —se metió Luvart—. El obsesionado. De lo contrario, no me explico cómo podrías sabértela de memoria.

Noveno lo fulminó con la mirada.

—¿Qué tendría eso de malo? Por una vez, no os ha venido nada mal que me lea los mismos libros antes de irme a dormir.

—Eso sí es cierto. Pero si fuera tan conocido entre los sacerdotes,

Reyyan lo habría conocido.

Xaphan resolvió con rapidez la duda de Luvart.

—Reyyan ha leído un único libro en su vida: el *Libro de la Sehara*. No se le permitía indagar más allá, y te recuerdo que vivió en una torre hasta hace quince minutos. No tenía contacto con los sacerdotes, sus creencias individuales o los rumores de la comunidad.

Luvart se dio por satisfecho con un cabeceo resignado.

—Como iba diciendo —prosiguió Noveno, esta vez mirando al *rex*. Pronunció el nombre de la augur como si fuera un ser de segunda clase—: Levanah nunca habría encontrado los párrafos que faltaban. Se encuentran en un libro escrito en el idioma de los albos, y los áureos no conocen esta lengua.

—Se me pasó por la cabeza que podrían haberse escrito en otro idioma —admitió Xaphan—. Los libros en los que los sacerdotes plasman sus visiones están escritos en lenguas antiguas.

—Pero rechazaste la posibilidad porque el fragmento que encontramos estaba escrito en checo, ¿no? —Dagon meneó la cabeza —. Me has decepcionado, Xaphan.

—No. Rechacé la posibilidad porque la persona que escribió el fragmento, una seráfica áurea que se exilió de La Sociedad, no conocía el idioma, por lo que habría sido imposible que lo hubiese traducido.

Dagon chasqueó la lengua.

—Sigo decepcionado.

—Pues continúa estándolo, porque eso fue mucho suponer, Xaphan —murmuró Aladiah, con la vista clavada en el papel doblado que Noveno acababa de extraer de la túnica—. Mi hermana era la prometida de un albo. Galadiel nunca le enseñó su idioma, como es lógico. Era una ventaja que no se le iba a conceder a una mestiza. Pero Lea siempre tuvo la mano muy larga. Le robaba los libros y se estudiaba los símbolos por la noche. Aprendió a hablarlo y a escribirlo con fluidez.

—Esa es mi madre —musitó Mara, con una media sonrisa acongojada. El *rex* le puso una mano en el muslo y se lo apretó cariñosamente.

Xaphan sonrió también.

—Debería habérseme ocurrido que nuestra traductora no era una seráfica corriente.

—Nadie te echa la culpa —aclaró Luvart. Devolvió de inmediato su mirada púrpura a Noveno—. ¿Y bien? ¿Vas a contarnos a qué libro pertenece, o tenemos que ir haciéndote preguntas de sí o no como en «adivina al personaje»?

—No es un libro al uso. Es un calendario de posibles eventos futuros que va cambiando de manos. Los pocos sacerdotes que han sido bendecidos con el don de la clarividencia tienen el deber de

poner por escrito lo que ven.

—Y tienen que ponerlo en forma de poema, para que no se pueda enterar nadie más que el leído del grupo. —Samael hizo un gesto despectivo hacia Luvart.

—Tranquilo, por una vez estamos en la misma página. Leído o ignorante, no tengo ni idea de qué va todo eso. Pero claro, es solo un párrafo... —Luvart se inclinó hacia Samael para sonreírle retador—. Te apuesto lo que quieras a que lo descifro antes que tú cuando lo tengamos entero.

—Una profecía está abierta a miles de interpretaciones, pero yo ya sabía lo que conllevaba esta en concreto, porque se ha debatido bastante en la Orden. No ha salido de allí porque, al tratarse de un futuro incierto, se prohíbe comunicarlo a aquellos a los que pueda afectar.

—Conocer en qué condiciones y cuándo se dará un apocalipsis puede desencadenar el caos —meditó Valthessar.

—Así es, *rex*. Pero el Consejo ha debido enterarse, seguramente a través de Quinto, que es otro miembro de la Orden, porque han tomado medidas para evitar ese apocalipsis concreto.

—Entonces es un final lo que narra —murmuró Aladiah, con la mirada perdida—. Mi hermana quería advertirme de un peligro categórico.

—*En los albores del régimen último, cuando el futuro parezca perdido, la caída en desgracia del mundo arcaico dará comienzo al orden definitivo* —recitó Valthessar de corrido—. A lo mejor es mucho suponer, pero a mí no me suena a final. Me suena a resurgir.

—A mí también —admitió Mara.

Valthessar emuló una mueca de asombro.

—Por la diosa, ¿qué es eso que interceptan mis oídos? ¿Me has dado la razón en algo?

—No te pongas tonto, que igual que te la doy, te la quito.

—¿Has traído el resto de la profecía? —quiso saber Aladiah.

—No, pero la tengo aquí grabada. —Noveno se dio un toquecito en la sien.

No fue él quien comenzó a recitarla, sino la otra criatura presente en el salón que sabía acceder a la memoria activa de todos los involucrados.

El despertar del joven heredero,
el alma de Asherah en cuerpo femenino;
harán sacrificio del antiguo abolengo
por la salvación del pueblo mestizo

El salvador, idealista entronizado,
prójimo de ingratos y pecadores;

Ella, encanto de Fenicia legado
corresponderá en amor y pasiones

En la comunión de dos almas nobles
debutará la suprema dinastía
la carne y sangre de sus descendientes
contra las felonías harán justicia

Capítulo XXVI

Noveno asintió frenéticamente, dando a entender que esa era la profecía completa. Todos se sumieron en sus pensamientos para sacar conclusiones. Aladiah en concreto se frotaba la barbilla con ímpetu. De pronto, estaba tan nervioso que le costaba permanecer sentado.

La primera en intervenir fue Mara.

—Si habla de «joven heredero» en masculino y luego menciona el alma de Asherah en cuerpo de mujer, tenemos dos figuras de sexo opuesto en la historia.

—Extinción de los albos y áureos como raza superviviente —se arriesgó Xaphan—. Los albos son la alta alcurnia que se menciona, ese el elevado abolengo indudablemente antiguo que habrá de sacrificarse. Los áureos se conocen como la comunidad de los mestizos, ergo, los que serán salvados.

—Y habrán de ser salvados porque están en peligro desde la traición de Aladiah —agregó Dagon—. Recordad lo que dijo Noveno sobre arrebatarles las armas que se les entregó por méritos propios. Sea para evitar que los súcubos las roben o sea para masacrarlos, los áureos están en situación de inferioridad.

Luvart, reclinado en el asiento y cruzado de brazos, sonrió ladino.

—Idealistas laureados conozco a muy pocos —intervino, despacio —, pero que estén relacionados con ingratos y pecadores... solamente a uno. Los pecadores estamos todos en esta habitación, y ¿no apodaron a tu hermana «La Ingrata» a raíz de la deserción?

Aladiah asintió con la cabeza, aturdido.

—Pues ya sabemos quién es nuestro joven heredero, el que con la ayuda de una mujer y su descendencia sacrificará al «antiguo abolengo». —Valthessar se frotó las manos—. Si yo fuera Raziel y hubiera oído hablar de esta profecía, también me quitaría del medio al regente que se dice que extinguirá mi raza. Porque no se conoce a otro idealista con trono, corona o autoridad indiscutible, ¿no?

—Solo tú, pero idealista... no lo eres mucho —aportó Mara. Lo miraba pensativa, como si quisiera sacarle un defecto—. Eres más bien de la corriente del pesimismo.

—Yo pensé en Aladiah de inmediato —balbuceó Noveno. Había estado esperando su momento para participar—, pero si tuve alguna duda, la resolví en cuanto hace alusión a la descendencia de las dos almas nobles. Solo los albos y el regente, independientemente de su

linaje, han de reproducirse. Arrebatándole La Regencia estarían impidiendo que tuviera lugar esa «carne y sangre» que acabará con las herejías.

—Entre las acusaciones hacia Aladiah figuraba su esterilidad —meditaba Samael—. Quizá los prefectos querían asegurarse de que, incluso si La Magna le perdonaba la vida y lo dejaba como regente, Aladiah no crearía la nueva dinastía.

—No le quito validez a vuestras hipótesis —interrumpió Aladiah, incorporándose despacio. Hasta el momento, había estado encorvado sobre las rodillas, frotándose las manos—, pero antes de nada deberíamos averiguar a qué momento del tiempo hace referencia la profecía. Seráficos idealistas han debido existir durante toda la historia.

—¿Tú has visto una «suprema dinastía» por alguna parte? —Samael extendió los brazos y echó un vistazo alrededor—. Porque yo no. Eso es algo que está por llegar, que aún no se ha cumplido. Y tú tienes todas las papeletas para encargarte de la faena, sobre todo porque felonías como las que se mencionan en la profecía están ocurriendo *ahora*. Ahora y no antes.

—Eso crees tú —murmuró Aladiah—. Felonías se han dado en todas las regencias de La Sociedad. Distinto es que se conocieran.

—Eres tú —resolvió Xaphan con una sonrisa resignada. Como siempre que hablaba, todos se pusieron firmes en sus asientos y lo miraron—. Eres tú por una razón muy simple, Aladiah, y es que tu hermana guardó la profecía *para ti*. No le importaba La Sociedad: tú mismo te asombraste de que conservara algo relacionado con su pasado. Pero sí le importaba tu vida, lo que fuera de ti. No se tomó la molestia de traducir y esconderlo bajo una biografía de Thatcher porque quisiera evitar el fin de los albos. Quería advertirte.

Aladiah se quedó mirando el gesto triste de Xaphan. Parecía entender a la perfección cómo se sentía: cansado y molesto porque lo hubieran elegido a él. Pero la versión beta de una emoción violenta empezaba a acecharle, una que derribaría todas las demás.

¿Y si su hermana había muerto por haberle advertido?

«Prométeme que te harás con La Regencia y cumplirás con tu deber. Solo convirtiéndote en el regente encontrarás tu verdadero destino», recordó.

Ya había leído la profecía, entonces. Lo tenía por un idealista, el prójimo de la ingrata que era ella, y quería asegurarse de que le ponían la corona para encajar del todo con la descripción.

«Si me buscan para hacerme daño, Aladiah, no es porque me casara con un hombre humano y tuviera dos hijas».

Siempre sonó tan segura de lo que decía...

«Galadiel no tiene sentimientos. No querrá vengarse porque le

rompiera el corazón. Querrá cerrarme la boca».

Cerrarle la boca porque podría poner al corriente al que podría hacer algo al respecto.

Aladiah se levantó de repente. El suelo temblaba a sus pies.

—Pudo ser casualidad. —La voz le salió insegura.

No había nadie allí que no hubiera dado por hecho su papel en la profecía. Habían cerrado ese asunto, y ahora abrían otro no muy diferente.

—Si Aladiah es la fuerza masculina, ¿quién es la mujer? —inquirió Dagon, mirándolos a todos de forma alternativa—. ¿Podría ser Bel?

—Por favor. —Luvart torció la boca—. Tuve el honor de ser medio asesinado por uno de los bichos que los súcubos como «Bel» engendran con los seráficos. Te aseguro que esos babosos con tres o cuatro días de vida útil no van a inaugurar «la suprema dinastía».

—Además, se menciona la región de Fenicia y a la princesa Asherah. ¿Cómo iba a ser un súcubo el heredero de un personaje tan poderoso, siempre vinculado a La Sociedad? —Valthessar negó con la cabeza.

—Bueno, tanto Asherah como Bel causaron una escisión en La Sociedad —insistió Dagon—. Sus parejas se enamoraron cuando menos correspondía y ambas son mal vistas...

—No compares a una princesa fenicia con poderes mágicos con un engendro que solo existe por la noche. —Luvart torció la boca. Enseguida añadió—: Lo siento, pequeña. Tú no eres ningún engendro, por supuesto.

—¿Se os ocurre algo mejor? —se quejó Dagon—. Yo al menos doy ideas.

—Mirad, esto se resuelve fácil. —Mara se giró hacia Aladiah con una enorme sonrisa—. ¿Hay alguna chica que te guste?

Valthessar soltó una carcajada.

—Tiene que ser una mujer relacionada con Aladiah, un «alma noble» que corresponda sus sentimientos —seguía rumiando Luvart.

—No puede haber muchas criaturas que cumplan esas características —esclareció Samael—. Estamos hablando de un tío que no se ha relacionado con una mujer en la vida.

—Pues como tú —se mofó Dagon.

—Solo con una —recordó Mara, que enseguida desvió la mirada a uno de los sillones apartados.

Con lentitud y obvios recelos, los penitentes fueron uno a uno posando la vista en Darda'il. Se había disculpado unos minutos antes para ir a la cocina. Había regresado con una chocolatina que mordisqueaba con ansiedad, tan atenta a la conversación que parecía que se le iban a salir los ojos.

—¿Entonces? —preguntó Darda'il, bajando el plástico de la

chocolatina—. ¿Tenéis a la chica, o no?

Valthessar le sonrió.

—Yo diría que sí.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es?

¿Qué otra reacción cabía entre los presentes que sonreír, conmovidos por su inocencia? Era, sin ningún género de dudas, el alma noble con el encanto de Fenicia, porque hasta un rey todopoderoso y asentado en su reino volaría a sus brazos. Al menos Aladiah habría ido hacia ella para protegerla de la responsabilidad que estaba a punto de caer sobre ella.

Notó una fuerte presión en el pecho cuando se encontró con su mirada aturdida. Por fin, Darda'il empezaba a entender. Y, muy lejos de compadecerla, Aladiah notó unas cosquillas impacientes en el estómago. Eso le ayudó a confirmar lo que el resto ya sabía; lo que los penitentes defenderían a capa y espada.

Era ella.

Aladiah lo supo porque, fuera para extinguir a los albos o fuese para rescatar a los áureos, quería ser el único receptor de sus pasiones y amores.

Y parecía que lo sería.

Capítulo XXVII

El asombro de Darda'il al entender las miradas de sus acompañantes fue tal que dejó caer la chocolatina al suelo. Temblando por la impresión, se apuntó el pecho con el dedo. No hizo falta que pronunciara la pregunta obvia —«¿Yo?»—; Valthessar se lo confirmó con un asentimiento.

Más aturdida que impresionada, Darda'il soltó una carcajada incrédula.

—¿Estáis locos? —balbuceó atropelladamente—. ¿Cómo voy a ser yo?

—Eres su prometida. O lo eras —se corrigió Valthessar—. Lo que está claro es que has sido y eres la única presencia femenina en su vida.

—¿Y solo por eso me vinculáis a la profecía? ¡Si yo no soy tan importante!

—No es solo por eso. En el fondo tú misma debes haberlo sospechado, Darda'il —intervino Xaphan. Esta vez, su extraña energía no consiguió tranquilizar los nervios de la muchacha—. Aun habiendo defendido a Aladiah, considerado un traidor, el regente Raziel se mostró dispuesto a perdonarte la vida y convertirte en su prometida.

—En una prometida con derecho a roce —especificó Samael—. Blanco y en botella.

—¡Tonterías! ¡No es tan obvio! Por ejemplo, hay muchas cosas que pueden ser blancas y estar embotelladas. La horchata. O un arroz con leche muy líquido. O un *crazy* banana mama, que es un cóctel caribeño estupendo. O un anís paloma. ¡O un Jim Beam!

—¿Tú cómo sabes tanto de alcoholes? —preguntó Samael, boquiabierto.

—Lo que quiero decir es que nada es lo que parece —se apresuró a explicar.

—En algunos casos, las cosas son exactamente lo que parecen —expresó Valthessar—. Aunque nos quedaría averiguar dónde está la conexión entre la princesa fenicia y tú.

—Yo lo sé —murmuró Dagon, que se miraba los dedos entrelazados con el ceño fruncido—. Hace poco me contó que, cuando era una adolescente, fue de viaje a la antigua Fenicia con sus padres y se cayó en un pozo de la región de Biblos.

—Asherah era de Biblos —confirmó Noveno, envalentonado—, y

dicen por ahí que todos los espacios que frecuentó quedaron impregnados de su esencia.

—¿Me estás diciendo que, de todos los sitios en los que Asherah, la *gran* Asherah, pudo haber dejado su impronta, eligió un pozo? —Darda'il no daba crédito—. ¡Venga ya! ¡Es inverosímil! Además, aunque fuera cierto... No se trata de ser o no ser la mujer de la profecía, sino de que él lo sienta así. De que él sienta que yo soy con quien... Dudo que él me viera como tal.

Darda'il lanzó una mirada histérica a Aladiah. Él ni se inmutaba. A diferencia de los demás, que de pronto la observaban como si acabara de nacer, Aladiah ocupaba el espacio con la misma fría serenidad.

—Que no te concibiera como una posible... madre de su descendencia en el pasado no quiere decir que no lo vaya a hacer en el futuro. La profecía está escrita para ocurrir, no como algo que ya ha sucedido —apuntó Luvart.

—Mira, no.

Darda'il se levantó con precipitación. Ignoraba que la chocolatina reposara a sus pies; se resbaló con la cobertura grasienta y estuvo a punto de caerse. Se aferró a tiempo a los reposabrazos del sillón más cercano, desde donde Dagon le dirigió la primera mirada compasiva. Fue gracias a esa compasión que Darda'il entendió que aquello no era una broma de cámara oculta.

—¡Que no! ¡Que no soy yo! Y en el caso de que lo fuera —agregó con temor—, ¿qué tendría que hacer?

—Lo que tenías previsto en La Sociedad. Ser la prometida de Aladiah... —Valthessar vaciló— con todo lo que Raziel quería que involucrara. Reproducirte, en definitiva.

Un mareo le sobrevino. Intentó reponerse como buenamente se lo permitieron los nervios, pero sabía que, hasta que no se marchara de allí, no estaría en paz.

—Hijo, qué poco tacto —le regañó Mara—. Luego te quejas de que no te contaba que iba a la casa de mi madre. Si es que tienes la sensibilidad donde yo me sé.

—Lo siento, ¿cómo debería decirlo? «Reproducirte» me sonaba mejor que «parir suficientes seráficos para formar un ejército que derroque al actual».

Darda'il alzó las manos, advirtiendo que había llegado a su límite. Se dio la vuelta en redondo y abandonó el salón a todo gas. La dirección la improvisó en el momento.

Quizá debería haber desaparecido por las afueras de Praga, ahí donde estaba la casa de El Séptimo Círculo. Les habría sido más difícil encontrarla. Pero lo que hizo fue subir las escaleras y encerrarse en el dormitorio que le correspondía.

Echó la llave y la escondió en los vaqueros, unos con tachuelas en

el borde de los bolsillos y con parches decorativos. Dagon se los había prestado porque no tenía ropa propia: renunció a toda para entrar en La Sociedad.

Del mismo modo que tendría que renunciar a sus expectativas románticas para cumplir el orden divino, según parecía.

Estaba tan fuera de sí que, en el momento en que paró, fue como si echara raíces. No pudo moverse de donde estaba, apoyada en la puerta. Allí mismo cerró los ojos y se abandonó a las emociones que llevaban un rato hostigándola.

«En la comunión de dos almas nobles debutará la suprema dinastía».

Le dio un escalofrío. El escalofrío se convirtió en un temblor continuado cuando oyó que alguien llamaba a la puerta con los nudillos.

—No estoy visible —espetó—. Además, si quieres mis óvulos, tendrás que esperar unos días. Ahora mismo estoy en mi sangrado lunar, o como demonios lo llaméis en el mundo de las razas.

—Soy yo.

Darda'il se cubrió la cara al oír su voz. Su calma le ponía el vello de punta.

—¡Ah, solo eres tú, el padre de mis hijos! ¡Qué fortuna la mía!

—Darda'il, abre la puerta.

—¿Y luego abro las piernas? Que te zurzan. —Se arrepintió de sus palabras—. *Que os zurzan, Sublimidad*.

—Hace un rato que no soy el regente, Darda'il. No hace falta que uses ese tratamiento.

—Ya no sois el regente, no, pero sois algo superior. ¡Sois el joven heredero! ¡Sois el idealista entronizado! ¿Qué trato recibe el seráfico que inaugura el linaje superior?

—No lo sé, pero ya que lo voy a inaugurar contigo, supongo que tú puedes llamarme «cariño».

Darda'il titubeó al escucharlo.

—¿Estás bromeando conmigo?

—Depende. —Pausa—. ¿Funciona?

Darda'il suspiró.

—Un poco.

—Abre la puerta. Por favor. Te prometo que no te haré abrir nada más. Solo la boca.

—Eso no ha sonado muy bien.

—No entiendo a lo que te refieres.

Darda'il estuvo a punto de volver a suspirar, aliviada. Nunca había captado las bromas sexuales. Le alegraba que aún conservara aquel aspecto que tan adorable le parecía viniendo de él, una criatura poderosa.

En recompensa por su inocencia, Darda'il abrió una finísima rendija. Solo asomó un ojo. Le conmovió verlo apoyado contra el marco, las manos ocultas en los bolsillos y la mirada pendiente de un punto en la pared.

—Sé que no tienes la culpa de todo esto —le dijo Darda'il—, pero yo menos aún.

Aladiah ladeó la cabeza sin cambiar de postura. Le hizo una caída de ojos desganada que inexplicablemente la ruborizó.

—¿Tú de verdad crees que yo quiero empezar una nueva dinastía?

—No, claro que no —ironizó Darda'il—. Tú lo que quieres es morirte.

«Estúpida», se dijo enseguida. «¿Cómo le dices eso?».

Aladiah no se molestó.

—Lo que quiero es llegar al fondo de esta cuestión. Y, si tal y como sospecho, confirmo que mataron a mi hermana porque sabía lo de la profecía e iba a destaparlo... quiero hacérselo pagar a quien corresponda.

Darda'il se desesperó.

—¿Y para eso tenemos que tener hijos? Porque voy a cumplir veintiún años y soy virgen.

—No tenemos que tener hijos, Darda'il, pero si eres el señuelo de la historia... voy a necesitar que me ayudes.

—Entonces... ¿no quieres tener hijos conmigo?

—No.

Darda'il abrió la puerta de sopetón, ceñuda.

—¿Y por qué no? ¿Qué tengo de malo?

Aladiah le echó un vistazo como si no se lo hubiera planteado.

—Tienes de malo que la profecía no te interesa, y, como podrás imaginar, no te voy a violar.

—Pero si quisiera..., ¿te parecería bien?

Aladiah entrecerró los párpados.

—¿A dónde quieres llegar? —Suspiró, cansado.

«¿No es evidente?», estuvo a punto de preguntar. Quería descubrir si sentía por ella lo que la profecía auguraba. No se la había aprendido aún de memoria, pero se le había quedado grabada aquella parte que hacía mención a la correspondencia de pasión y amores.

Si estaba destinado a quererla, no debería serle indiferente.

—Entiendo que esto no es lo que esperabas —retomó Aladiah, ajeno a sus dudas—, pero pensaba que te alegraría saber de una vez por todas cuál es tu papel en La Sociedad. Lamentabas que te tildaran de inútil y que tu vida fuera prescindible. Ahora ya sabes que eres una pieza clave para el destino de los linajes seráficos. Me atrevería a decir que no «una», sino *la* pieza clave. Que Raziel haya intentado seducirte debe significar que solo en ti reside el poder de crear la raza superior.

—Si eso fuera así, si cualquier progenitor valiera, ¿en qué lugar quedarías tú?

Aladiah la atravesó con su mirada.

Ya no sentía vértigo o pánico al ver el vacío al que lo habían abocado, pero porque poco a poco iba curándose de la apatía. En los últimos días, Darda'il había atisbado algo parecido a la cautela... y mucha curiosidad. Aladiah estaba alerta por si los detalles se le escapaban, pero ¿qué detalles?

—Supongo que sería tu mejor opción —zanjó con voz queda.

Darda'il tenía sus dudas. Su mejor opción habría sido el Aladiah original, esa magnífica criatura con una moral incuestionable e incomparable al trato... o eso pensaba. Pero desde que enfrentara a Aladiah a solas en primer día, una duda había rondado su cabeza.

¿El Aladiah original era el verdadero Aladiah? Porque por cómo se describió él a sí mismo, furioso porque intentara devolverle sus principios, parecía que no hubiera sido libre en ningún momento. Que no hubiera tenido la oportunidad de expresarse tal y como lo sentía jamás.

Independientemente de cuál fuera la respuesta a la pregunta, Darda'il echaba de menos al regente que solía ser.

Ahora bien... No sabía si lo quería de vuelta.

—¿Qué se supone que tengo que hacer si voy a ayudarte? —preguntó al fin—. Te lo aviso: no voy a correr a los brazos de Raziel. Ya hay suficientes topos en La Sociedad. Y tampoco voy a parir con veintiún años. Respeto a quien lo haga, por supuesto, porque ser madre joven tiene su sentido. Así no corres el riesgo de desviarte la cadera jugando con tus retoños. Pero yo no estoy preparada. Hay un proceso, ¿sabes? La gente se muda a un pisito pequeño, aprende a cocinar para una persona y se compra un coche de segunda mano que paga a plazos. Luego conoce a alguien, se enamora, se marcha a una vivienda de dos habitaciones, pierde la vergüenza con él o con ella y, cuando ya están los dos asentados en su trabajo y tienen una relación consolidada, se plantean lo de los hijos.

»Como ya habrás podido ver, yo no cumplo ni una de esas condiciones. Que, a ver, hay madres solteras. Y existe el paro, que es horrible, vamos, una lacra social. Y hay familias desestructuradas, de esas con más hijos de los que se pueden mantener y sin padres que los atiendan. Y ahora se lleva más el *leasing* o el *renting* que la compra de vehículo. Pero la cosa es que incluso si tienes un coche de prestado, vives todavía en casa de tus padres o no te ayuda nadie con la crianza, puedes estar mentalmente listo. Yo no estoy mentalmente lista. Todavía no estoy mentalmente lista para ver *La tumba de las luciérnagas* de nuevo. ¿Qué te dice eso sobre mi nivel de preparación? A mí me dice que soy una ameba. Hasta reproducirme por esporas

podría ser peligroso.

Aladiah cerró los ojos un instante, sonriendo a medias. Cuando volvió a mirarla, Darda'il quiso creer que era simpatía lo que atribuía un aire arrebatadoramente atractivo a su expresión.

—No tienes que reproducirte de ninguna manera. Solo hacerles pensar que *sí* que está en camino el primogénito que habrá de inaugurar el linaje superior. Cuando se corra la voz, con un poco de suerte, Raziel actuará... y dependiendo de cómo actúe, yo sabré lo que quiero saber.

Darda'il tragó saliva.

—Que es... por qué mataron a tu hermana. A Ledah.

—Ella prefería Lea —corrigió con aspereza, aunque no dirigió a ella su ira incipiente. Ni siquiera era ira como tal, entendió Darda'il; era un tipo de dolor disfrazado de algo más—, pero sí. Eso es.

—¿Y cómo piensas hacer que se corra la voz?

—Hay ocho criaturas muy cercanas a La Sociedad en esta casa. Nueve, si contamos a Reyyan; diez si implicamos a Noveno. Podríamos pedirles que formaran parte del engaño, pero no confío en que todos sean unos mentirosos muy hábiles. A Dagon o a Samael, incluso a Mara, se les podría escapar que es un montaje. Así que sería cuestión de hacerles pensar a ellos que vamos a ponernos manos a la obra.

»Tampoco quiero involucrarlos en la búsqueda de la verdad de mi hermana. Es algo que no les interesa, y, de llegar a descubrirse lo que me temo... no querría que Mara se enterase. O Valthessar, lo que viene a ser lo mismo.

—¿Por qué? Mara es fuerte. Podría reponerse igual que se repuso de lo de su hermana, su padre y su madre.

—Que se repusiera una vez no quiere decir que lo hiciera una segunda. ¿Estás de acuerdo?

Darda'il no las tenía todas consigo. Engañar miserablemente a El Séptimo Círculo no le parecía loable, entre otras cosas porque algunos eran más listos que el hambre y las cazaban al vuelo. Pero por otro lado, había una parte de ella, una que ahora entendía por qué se sentía del modo en lo que hacía, que ansiaba estar a su lado. Que estaba preparada para luchar de su parte. Y tal y como él había mencionado, por fin sabía cuál era su destino.

No era cualquier destino, reconocía con cierta vanidad. De ella dependería el futuro de La Sociedad y el descubrimiento de un pasado que aún no había quedado enterrado. Bastaba con ver la inquietud en los ojos de Aladiah para confirmarlo.

Ella tenía su propia agenda secreta, además. Aunque hubiera jurado y perjurado que abandonaba toda pretensión después de su deplorable comportamiento, Darda'il quería recuperar al viejo

Aladiah. Al menos, una pequeña parte por la que su alma volviera a merecer la pena. Y si su hermana Lea era lo único que lo anclaba a la vida sensible, entonces se implicaría con todas sus ganas en descubrir la verdad.

Se tomó su tiempo para meditarlo, pero cuando le tendió la mano, lo hizo con seguridad.

—Hecho.

Aladiah posó la mirada en su mano ofrecida. Como si quisiera vengarse por haberle dejado el alma en vilo, también tardó un rato en estrechársela con la diplomacia de un ejecutivo.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice. Cómplice de verdad.

Cómplice como auguraba la profecía.

Capítulo XXVIII

Valthessar había insistido en que lo acompañara de nuevo a la casa de Telč. Ahora formaba parte de El Séptimo Círculo, aunque fuera como miembro temporal. No le quedaba otro remedio que obedecer. Tampoco pudieron negarse el resto de los penitentes que fueron seleccionados para la obra, porque estaba claro lo que Valthessar se proponía. Esa mañana había llenado el amplio maletero del siete plazas de abonos, productos de limpieza y herramientas.

Aladiah no puso resistencia porque a él también le interesaba ese viaje. Quería registrar la casa en profundidad. Sentía que debía estar más fino que la última vez, ser imaginativo, si quería seguir las huellas de su hermana. No existía otro sitio donde encontrar pistas. Quizá el archivo de La Sociedad, donde iban a parar las pocas pertenencias que un seráfico finado pudiera haber acumulado. No así las de una exiliada, sin embargo. Aladiah estuvo allí cuando quemaron hasta la última de sus túnicas, los pocos libros que, tras un examen de contenido —no debía contener violencia gratuita, erotismo; no podía pertenecer a la rama de la Filosofía o la política—, le dejaban llevarse a su dormitorio.

En cuanto se apeó del coche y echó un vistazo a la casa, vulnerable y más abandonada que nunca al aparecer recortada entre la bruma, Aladiah volvió a experimentar una sensación de impotencia y familiaridad. Suerte que Valthessar le invitó a acompañarle, como también a los cuatro penitentes que había elegido para que colaborasen.

—No te he traído porque quiera provocarte daños psicológicos —aclaró Valthessar, de pie frente al patio delantero. Observaba los alrededores de la vivienda con la misma mueca torcida que en las previas ocasiones.

Al *rex* no le gustaban las ruinas, eso estaba claro.

—Es un alivio.

—Por desgracia, voy a tener que ponerte a pensar en un pasado que seguramente preferirías olvidar. Eres el único que sabe cómo era esta casa cuando alguien vivía aquí. —Valthessar puso los brazos en jarras después de abarcar la parcela con un aspaviento—. Esos rosales de allí se pueden salvar. Por lo demás... ¿De qué color era el buzón? ¿Y la valla? ¿Qué tipo de flores había en los maceteros de los alféizares?

Aladiah lo miró sin expresión.

—¿En qué ayuda esto a nuestra misión de desenmascarar a La Sociedad?

—En nada. No todo va a ser guerrear, Aladiah. Tú lo sabes muy bien, que lo que te pide la profecía es que eches pasión en una cama.

—¿Te has puesto ya manos a la obra? —inquirió Luvart.

Aladiah se frotó las palmas, que habían empezado a sudar con la mención de su futura descendencia. No temía defraudar las visiones de un sacerdote con el don de la clarividencia, ni mucho menos contrariar a La Magna. Lo que le turbaba era el deseo que le atenazaba el cuerpo al pensar en cumplir con su deber.

—Aún no.

—Pues no sé a qué esperas. —Luvart pasó por el hueco que la puerta desvencijada de la valla había dejado—. Bastante pacientes vamos a tener que ser durante los nueve meses que tarde en gestar al primogénito del linaje supremo. Lo mínimo que puedes hacer es engendrarlo ya.

—No sabía que estuvieras a favor de la violación.

Luvart había arrancado una de las flores de un arbusto más muerto que vivo. Miró a Aladiah implacablemente. Con solo arrugar entre los dedos la frágil corola, se convirtió en polvo.

—¿Estás de coña? Esa muchacha se muere por tus huesos. Si fueras algo más espabilado, te daría su consentimiento en bandeja de plata.

—Es una gran responsabilidad —defendió Xaphan, adentrándose también en la propiedad para valorar lo salvable. Cargaba una caja de herramientas—. Es lógico que tanto ella como él tengan sus recelos.

Aladiah prefirió no moverse de donde estaba. Los demás se pusieron a trabajar de inmediato: Luvart se encargaría de la carpintería, Xaphan de chapa y pintura, y Abraxas ayudaría con la jardinería, un detalle que le pareció curioso. Con una mano, Valthessar comprobaba que la valla de madera que bordeaba la propiedad estaba podrida.

Se llevó en la mano la puertecilla, que llevaba un tiempo desencajada.

Torció el gesto.

—Todo está hecho una mierda. ¿Cómo puede Mara venir aquí con tanta frecuencia? Un día se le va a caer la casa encima. Hay que empezar por el techo...

—¿Vas a arreglar la casa para ella? —preguntó Aladiah.

Valthessar se giró hacia él con cierta hosquedad.

—¿Y qué, si así fuera? No me voy a quebrar por ser un «buen novio» de vez en cuando.

Aladiah se sorprendió al ver que Luvart y Xaphan se reían entre dientes.

—¿Qué es eso tan gracioso que ha dicho?

—Es lo del noviazgo —explicó Luvart con gesto jocoso. Ya había empezado a cargar las sillas de exterior, inutilizable—. Mara insiste en tratar esto de la predestinación sobrenatural de las almas inmortales como un *match* de Tinder. Y a Valthe le da bastante por culo, pese a no haberle dicho en ningún momento que la quiera más que al sol y las estrellas.

Valthessar gruñó a modo de respuesta. En lugar de seguir la conversación, meditó:

—Necesitamos un cortacésped.

—Y a otro de los nuestros para que me sustituya, por cierto —apuntó Luvart, que ya se había encaramado al techo para arreglar las tejas. El viento soplaba con fuerza y agitaba su media melena rubia, el cuello de su camisa—. No pienso venir por aquí en todo el fin de semana, y hace falta alguien con mano para la carpintería.

—¿Cómo que no piensas venir?

—Me voy a París unos días. Quiero enseñarle a Reyyan la ciudad.

Valthessar se quedó perplejo. Tuvo que retirar la mano antes de apoyar el peso por completo en la valla, tan podrida desde los cimientos que se tambaleaba.

—¿Estás de coña? Vamos a enfrentarnos a La Sociedad dentro de poco. No hemos vivido una situación tan tensa contra el Enclave en años, quizá siglos, ¿y tú te vas a París?

—Exacto. —Lo señaló con el índice, feliz por lo avispado que había resultado ser—. Eso mismo.

—Y una mierda.

Luvart extrajo el martillo de un estuche que cargaba consigo y se lo echó sobre el hombro para mirar a Valthessar con una sonrisa tranquila.

—No soy uno de tus penitentes, *rex*. Ni siquiera eres mi *rex*. Estoy aquí porque me caéis bien y hasta hace poco no tenía nada mejor que hacer que prestaros mi ayuda. Si me quiero largar de vacaciones, ten por seguro que lo haré.

—¿La Magna lo sabe?

—Claro que lo sabe. Se lo dije cuando fuimos a hacerle una visita.

Aladiah casi se rio al ver a Valthessar mascullando imprecaciones por lo bajini. Al pasar por el lado de Aladiah, expresó:

—Más te vale entonces cumplir con tu parte. Sin la ayuda de Luvart y de la gran hechicera, todo dependerá de nuestras habilidades de lucha y de tu esperma. Espero que tengas buena puntería.

—Lo desconozco —admitió sin tapujos—. Nunca he tenido una experiencia sexual.

Todos dejaron lo que estaban haciendo —Luvart se disponía a amartillar, Xaphan raspaba la pintura de la fachada con una paleta, Abraxas iba arrancando el vallado y arrojándolo a la camioneta,

Valthessar examinaba el crecimiento del césped— para mirarlo asombrados.

—¿Cómo es eso posible? —murmuró el *rex*—. ¿Es que no experimentaste antes de que te reclutaran?

—Tenía once años cuando vinieron a buscarme para que me uniera a La Sociedad. En ese entonces no sentía deseo sexual, y, más tarde, tampoco.

—Y si nunca has tenido ninguna experiencia, ¿cómo demonios supieron los prefectos que te acusaron que eras estéril? —inquirió Abraxas—. Debían tener una teoría sobre la que sustentarse por si La Magna les exigía demostrarlo. No creo que se arriesgaran a dar palos de ciego o confiaran en que Aladiah no se defendiese contando su verdad. No son tan imbéciles.

—De hecho, si fueran tan imbéciles, no estaríamos en un problema —acordó Luvart.

—Tenían algo más que una teoría. Tenían una verdad a la que referirse: el joven heredero de la profecía solo puede reproducirse con una mujer. La mujer con la que se le vincula en las escrituras —resumió Xaphan—. Si Aladiah no estaba al tanto de la existencia de la profecía y no sabía que la elegida era Darda'il, podrían haber demostrado de forma rápida y fácil la supuesta esterilidad. Con hacer desfilar a cinco mujeres humanas distintas por su dormitorio habría bastado para confirmarlo.

Luvart se rio alegremente, tan asombrado de su sabiduría como los demás.

—¿En qué mente has leído tú eso, Míster Omnisciente?

—En ninguna. Noveno me lo dijo. Teniendo en cuenta que, según la profecía, Darda'il ha heredado el encanto de Asherah y él provocará la caída del antiguo régimen y la implantación del nuevo, tal y como hiciera el albo Mithrael en sus tiempos, cabe pensar que el asunto reproductivo se dará entre ellos como entre la pareja de aquel entonces. Mithrael no podía tener hijos con ninguna mujer distinta a Asherah. Se creía estéril hasta que ella apareció.

—¿Puedo saber por qué Noveno te dio información tan crucial en privado y no a todos los que estábamos allí reunidos? —se quejó el *rex*.

—Quizá porque fui el único que no bromeó con arrancarle la cabeza.

—Tiene sentido —aceptó Luvart, en absoluto arrepentido por su comportamiento—. Menos mal que Aladiah no tuvo experiencias, pues, o se habría creído la patraña.

Los penitentes volvieron a posar su mirada en el aludido, sobre el que cayó de nuevo la compasión por saberlo ajeno a las cuestiones amorosas. Fue Abraxas el que, tras exhalar bruscamente y partir dos

piezas de madera mohosa, se apiadó de él y dijo:

—¿Necesitas consejo, chico?

—No me vendría mal, supongo. Podríais hacerme una demostración de cómo funciona. —Aladiah miró a Valthessar con intención.

Este enarcó las cejas.

—Mara no tiene ningún problema con el estilo voyerista. Me lo ha dejado claro unas cuantas veces. Pero, como podrás imaginarte, no me sale de las pelotas que nadie la vea desnuda. Ni mucho menos su tío.

—¿Y Reyyan y tú? —le preguntó Aladiah a Luvart.

Este chasqueó la lengua.

—Reyy es muy tímida, y no quiero que le pierdas el respeto a la Sehara. Pero a lo mejor Samael y Dagon están dispuestos a besuquearse por el futuro de las razas.

—El sexo no tiene ninguna ciencia —interrumpió Abraxas, entretenido en su labor: tirar a la basura la valla podrida—. Si sabes luchar, sabes follar.

Luvart rompió a reír.

—Si follas como luchas, Abraxas, temo por la vida de tu *partenaire*. Yo diría que, si sabes *bailar*, sabes complacer a una mujer. No se trata de llevar la voz cantante, sino de acoplarse siempre al ritmo marcado por los dos. —Miró a Aladiah con una media sonrisa—. Solo tienes que ser generoso y estar dispuesto a mancharte.

—Eso no me dice nada sobre la técnica —apuntó Aladiah. Al hacer su petición, no había tenido la menor intención de aplicarse los consejos. Sin embargo, las comparaciones tan visuales le hicieron imaginarse bailando con Darda'il, ambos desnudos.

La imagen le erizó la piel.

—No hay técnica que valga —repuso Valthessar—. Se trata de ir probando hasta dar con lo que a ella le guste. Cada mujer es un mundo. Familiarízate con la tuya, porque si lo de la profecía se parece en algo a la figura de la *anandha*, no vas a tener otra en lo que te quede de vida.

Xaphan había estado atendiendo la conversación con curiosidad y regocijo. Su actitud prudente saltó a la vista de Aladiah.

—¿Y tú? ¿No tienes ningún consejo que darme?

Él se encogió de hombros. Se había pasado la mano mojada de pintura nueva por la mejilla. Ahora lucía una mancha blanca en el mentón, lo que le dio un aire juvenil e inocente que convenció a Aladiah de que no era más experimentado.

—¿Has oído hablar de la Triple Maldición de los penitentes? —Esperó a que Aladiah asintiera—. Se arrebata el nombre propio, se prohíbe mirar al sol directamente y se aplica un castigo personalizado para el individuo. Digamos que mi maldición personal me impide

tener contacto físico con las mujeres si no es para curar sus heridas.

Todos volvieron a detener de golpe la actividad.

—¿Qué? —masculló Valthessar—. Hija de... ¿Cómo puede ser tan jodidamente cruel? No ver el sol es aceptable; algunos ya somos morenos de nacimiento y no necesitamos vitamina D para vivir. Pero ¿prohibir el sexo?

—¿Se puede saber qué hiciste para que te quitara eso? —inquirió Luvart—. ¿Te pasaste de vicioso allí arriba, en el Autem?

—Esa es una pregunta muy personal, Luvart —le reprendió Xaphan con paciencia—. Esto no iba sobre mí, de todos modos. Teníamos que inspirar en Aladiah la confianza necesaria para desempeñar su papel.

—Qué espanto —murmuraba el *rex*—. ¿Qué es lo peor que puede pasar si desobedeces?

—No lo sé y tampoco pienso descubrirlo. Cuando no sientes ese deseo, no puedes echarlo de menos.

Aladiah se fijaba con sorna en el modo en que todos allí miraban a Xaphan. Lo compadecían, sin duda, pero no había lástima en sus expresiones.

Por el contrario, estaban maravillados.

—Ahora entiendo por qué eres todopoderoso —meditaba Luvart—. Te has quitado uno de los peores defectos del hombre.

—Si no piensas con la polla, es normal que no cometas un solo error —confirmó Abraxas.

—Pero ¿eso significa que, cuando llegue tu *anandha*, no podrás...? —El *rex* no daba crédito—. Porque sé lo que es eso y no se lo deseo a nadie.

Xaphan esbozó una sonrisa etérea y les dio la espalda para ponerse a pintar la fachada. No le gustaba hablar de ese asunto más de lo que Aladiah quería retomarlo. Decidió imitar su conducta esquiva y entró en la casa, prometiendo darle detalles luego al *rex* de lo que haría falta sustituir para recrear los exteriores de la vivienda. No olvidaba que estaba allí en busca de más pistas, de señales de violencia, de mensajes amenazadores escritos del puño y letra de algún prefecto de La Sociedad.

Si bien hizo un barrido concienzudo de las zonas comunes, que no había revisado con especial atención en días anteriores, no logró apartar del todo de su mente la cuestión reproductiva.

No había mentido al decir que no era su intención inaugurar un linaje superior. Aún le importaban un comino La Regencia y todo lo demás. Pero fuera porque así estaba destinado a ser —lo avalaba una profecía— o porque simplemente era encantadora, no había una sola fibra de su ser que no anhelara fundirse con Darda'il. No tener ni idea de cómo, cuándo o si se le presentaría la oportunidad solo lo hacía más intrigante. Se estaba convirtiendo en una obsesión morbosa que

no se veía en condiciones de superar.

Cuando regresó al patio delantero con las manos vacías, Luvart ya había arreglado las tejas afectadas y se dedicaba a proporcionarles una capa de pintura. Xaphan hacía lo propio con los bordes exteriores de las ventanas, que Aladiah ya había indicado que solían ser verdes.

Abraxas y Valthessar amontonaban las ramas arrancadas de arbustos muertos en una carretilla.

—Ponte porno, a ver si te inspiras —le sugirió Valthessar—. No es lo más indicativo del sexo real, pero algo es algo. Si llegaste a La Sociedad con once años, no tienes que tener ni idea de cómo masturbarte o qué es una felación.

—¿Qué es una felación? —inquirió Aladiah con desinterés.

—Pobre chaval —murmuró Abraxas, negando con la cabeza. Cuando pasó por su lado, tuvo con él un gesto compasivo: le dio una palmada en el hombro.

Solo por eso, supo que estaba cometiendo un grave error al negarse la experiencia. Al negarse todas las experiencias humanas que le correspondían por la sangre mortal que corría por sus venas, en realidad.

—Antes de llegar a la felación, podrías invitarla a salir —propuso Xaphan—. Sería un inicio de cortejo algo menos agresivo, y sospecho que Darda'il lo agradecería. Tiene mucho más de humana que de criatura sobrenatural, y se crio hasta mayor en el ambiente de los mortales.

—No es mala idea —admitió Valthessar—. Si tenemos tiempo para reformar una casa mientras Levanah y Noveno hacen sus averiguaciones en La Sociedad, tú tienes tiempo para pedirle una cita.

Aladiah se mostró tentado por la posibilidad.

—¿Qué se hace en las citas?

—Depende. Si eres Luvart, seguro que hablas mucho. Si eres Abraxas, probablemente irte a un baño público y hacer guarrerías.

—Puedo tener una conversación —se defendió el segundo aludido —. Lo que pasa es que hablar no es mi actividad preferida, y con vosotros no tengo mucho que comentar.

—Llévala por Praga, ahora que la conoces de tus semanitas de indigencia —sugirió Luvart—. Puedo recomendarte algunas cafeterías, restaurantes o lugares turísticos no tan frecuentados.

Aladiah se sorprendió asintiendo.

Le había prometido a Darda'il que no la forzaría al embarazo, pero su juramento no contrariaba la posibilidad de conocerse... *¿O sí?* Lo único que Aladiah sabía era que, al recorrer el salón de la casa de su hermana, al ver todos esos libros y revistas, esas vistosas prendas que le gustaba ponerse para salir a tomar unas copas o al cine, sentía que estaba más lejos de Lea que nunca. No conseguía perdonarse que

llevar vidas tan distintas los hubiera separado. Cuando aún ostentaba su puesto de regente, pensaba que perdió a su hermana en el momento en que no eligió huir con ella, porque después nada volvió a ser como antes.

El amor que sentía por Lea nunca se fue. Jamás se iría. Ni siquiera con el alma arrasada. Pero había desperdiciado la oportunidad de demostrárselo al elegir La Sociedad, como también había ignorado la posibilidad de explorar su humanidad, con todos los beneficios que esta reportaba.

El mundo mortal, la Subrealidad, siempre le había suscitado una gran curiosidad. Una curiosidad que debía sofocar para concentrarse en los objetivos de su regencia. Pero ahora la vida le daba una segunda oportunidad para explotarlo. Y quería explotarlo para entender, como nunca llegó a entender del todo, por qué su hermana eligió esa vida antes que a él o a La Magna. Por qué amaba tanto a los humanos, la normalidad, como para exponerse a la muerte.

Tal vez ahí, en esa humanidad que siempre compartió con ella aunque Aladiah no quisiera escucharla, estuviera la respuesta a sus preguntas.

Capítulo XXIX

—¿Te pasa algo conmigo? —preguntó Darda'il al fin.

Llevaba un buen rato compartiendo el sofá con Dagon. Ella fingía mirar el televisor aun cuando la película de sobremesa que estaban emitiendo no era de su interés, y todo porque él se había empeñado en aparentar que leía. Sabía cuándo pasar la página, y su cara de concentración estaba muy lograda, pero Darda'il sospechaba que solo quería una excusa para no hablar con ella.

Dagon alzó la vista de la novela de fantasía épica.

—¿Contigo? ¿Por qué me iba a pasar algo contigo?

—Pues con alguien en general. Lo que está claro es que te pasa algo. A lo mejor yo solo estoy en medio de ese algo e interfiero en tu tarea de estar enfadado, pero aunque sea por educación, deberías mirarme de vez en cuando. Tampoco soy tan fea, y te estoy haciendo compañía. O eso intento.

Dagon suspiró.

Si algo le había gustado de él a primera vista, era su facilidad para afrontar situaciones rocambolescas. Tendía a utilizar el sentido del humor como escudo y era parlanchín e irreverente a más no poder, lo que le convertía en carne de cañón para formar parte de la lista de personas preferidas de Darda'il. Otras dos cualidades que tenían en común eran que no sabía mentir y que los enfados no le duraban mucho tiempo.

Por eso no le extrañó que cediera tan rápido.

Dagon cerró el libro y ladeó la cabeza hacia ella. Su actitud derrotada, unida a la sonrisa desvalida que esbozó, mellaron su estado de ánimo.

—No, no eres nada fea. Pero eres la mujer que está destinada a Aladiah. Por eso evito y evitaré mirarte en el futuro.

—¿Por qué? —Darda'il se enfurruñó. Retiró la montaña de cojines que había en medio de los dos. El acercamiento no hizo feliz a Dagon —. ¿Tienes miedo de que sufra un arrebato celoso y te dé una paliza? Es verdad que Aladiah ha cambiado mucho, pero lo de posesivo y *machoman* no lo tiene. No te abriría la cabeza porque me prestaras atención.

—No lo digo por el daño que él pudiera causarme. Ese presunto daño habría que verlo, por cierto. Está más relacionado con el daño que podría hacerme a mí mismo.

—¿Se supone que te hago daño a la vista?

—No te enteras de nada, ¿verdad? Eres tan inocente que ni siquiera has pensado que pudiera estar interesado en ti. O que incluso pudiera haberte confundido con... —Dagon apartó la mirada. Un músculo palpitó en su mandíbula apretada—. No importa, Darda'il. No es tu culpa.

Darda'il se quedó de una sola pieza, pero ni siquiera el asombro conseguía acallar sus monólogos.

—¿Tú? ¿Interesado en mí? ¿Va en serio? ¿Por qué?

Dagon la miró como si le hubiera salido otra cabeza.

—¿Y por qué no? Me gustaste en cuanto hablamos aquella noche en La Sociedad.

—Querrás decir *cuando me secuestraste*.

—Para que fuera un secuestro tendría que haberte retenido contra tu voluntad un ratito más. Solo fueron unos minutos.

—Unos minutos que llené con mi verborrea infernal.

—Yo también hablo por los codos si me dejan. Y soy muy curioso, al igual que tú. También soy más o menos pelirrojo, no se valoran demasiado mis habilidades por estos lares, y hasta nuestros nombres empiezan por la misma letra. Y siguen por la «a». Y si tu nombre no tuviera un apóstrofe, tendrían las mismas sílabas: dos.

Aunque quizá debería haberla mortificado su confesión, Darda'il se echó a reír de buena gana.

—Han degenerado muy rápido los motivos por los que podríamos estar hechos el uno para el otro.

—Venga, no me digas que no nos habríamos llevado de maravilla.

—Ya nos llevamos de maravilla —se quejó. De pronto la invadió un miedo irracional—. ¿O no? ¿Era todo mentira? ¿Solo eras amable y cercano conmigo porque te gustaba? Oye, eso de gustar está muy bien, pero ¿no se supone que tú, como penitente, debes reconocer a primera *olida* a tu mujer eterna? O sea, tengo entendido que, como animales que sois a ratos, lo primero que os hace espabilar es el aroma corporal.

—¿Qué tendría eso que ver con nada? Tú no hueles a pies, precisamente. —Dagon desplazó su mirada topacio por el rostro y el cuello femeninos—. Hueles muy bien.

Como si su mirada fuera un arma y debiera protegerse de los estragos que pudiera causar, Darda'il se cubrió la garganta. No llegaba a ponerse nerviosa en compañía de Dagon, por atractivo que fuera. Y era una lástima, porque si bien Darda'il no se tenía por una romántica, le habría gustado disfrutar de una relación amorosa al estilo tradicional. Es decir: sin profecías por medio ni obligaciones reproductivas.

Él parecía un buen partido. Era tan guapo que haría que las

mujeres más conservadoras, las que no conseguían congraciarse con la imagen de hombre con clara energía femenina, se postraran a sus pies. Se había divertido en su compañía. No solo por comparación, que también —el resto de penitentes no tenían su sentido del humor—, sino porque Dagon valía por sí solo.

—¡Si a mí me gustas mucho! No tendría ningún problema en salir contigo si no fuéramos... seres sobrenaturales. Es solo que hay una profecía por ahí que...

—Que declara a viva voz que no eres para mí, ya. A lo mejor estoy tan desesperado por encontrar a la persona indicada que la veo en todas partes. No te ofendas —corrió a añadir—. El enamoramiento tonto que me ha dado contigo parecía muy real. No me importaría seguir alimentándolo si pudiera tener una oportunidad. A fin de cuentas, la profecía no dice nada de casaros y comer perdices, ¿no? Y tú no estás enamorada de... Audric, sino de Aladiah.

Había dado en un punto débil.

—A ver, es que eso de «amor» son palabras mayores. Yo... yo le tenía mucho cariño, ¿sabes? Y luego pasó lo que pasó, y, quieras que no, no es el mismo. Que no es su culpa, ojo. De todas maneras, la profecía no dice nada de que tenga que amarlo ferviente y desinteresadamente.

—Perfecto. Así puedes amarme a mí —rio Dagon.

A Darda'il no le quedó otro remedio que unirse.

—Pues no estaría mal. Haríamos buena pareja, ¿no crees? Si saliéramos en parejas de dos, nuestros acompañantes nos odiarían porque monopolizaríamos la conversación. Y seríamos los mejores vestidos, sobre todo porque sigo poniéndome tu ropa.

—Puedes echar mano de mi armario todo cuanto quieras. —Dagon atrapó uno de los flecos de su chaqueta estilo vaquero—. Te queda bien todo lo que te pongas. Y luego dejas tu adorable perfume a pies...

Darda'il volvió a echarse a reír. Se dijo que no pasaba nada si zanjaba la cuestión con un abrazo amistoso y pasó la mano por sus hombros. Dagon la correspondió enseguida.

—¿Por qué tuviste que caerte en ese pozo? —se quejó.

Su aliento le hizo cosquillas en la oreja.

—Si no me hubiera caído en el pozo, no te gustaría tanto. Mi torpeza forma parte de mi encanto, ¿a que sí?

—Ni que lo digas. Fue lo que me hizo verte y decir: «Caray, esa debe ser la mía».

—Menuda decepción tuviste que llevarte después, entonces —irrumpió una voz de barítono.

Aunque el recién llegado habló con calma, a ninguno de los dos le pasó desapercibido el restallido de látigo que dejó resonando en el salón. Darda'il se separó de inmediato, como si hubiera sido cazada en

flagrante delito. Dagon se resistió algo más y dirigió una mirada no tan amable ahí donde Aladiah se había parado.

El estómago le dio un vuelco al toparse con sus ojos, que recorrían implacablemente las arrugas de su chaqueta. Parecía buscar alguna señal de forcejeo sexual entre los dos..., ¿o era Darda'il la que fantaseaba con tonterías?

—Ni que lo digas, amigo —le contestó Dagon—. Eres un tipo muy afortunado.

—Tener obligaciones para con el azar, la única fuerza que puede estar por encima de la diosa Magna, no es nada de lo que enorgullecerse. A no ser que a uno le encante vivir bajo presión. Pero no nos queda otro remedio que jugar con las cartas que nos han tocado.

Darda'il arrugó el ceño. Si se había alegrado e incluso estremecido de placer al verlo sudoroso y con el sol pegado a la nariz, envuelto en el olor a campo y tierra mojada, ahora reprendía para sus adentros lo que daba a entender con su tono.

¿Uno jugaba con las cartas que le habían dado? Se las había apañado para hacerle saber que se resignaba ante su destino, uno que se le antojaba cruel y desesperante.

Y ella formaba parte de ese destino.

—Parece que has vuelto de buen humor —ironizó Darda'il.

—No me lo he pasado tan bien como tú —replicó con los párpados entornados—. Se te ve más que cómoda. Me va a dar mucha pena tener que arrastrarte conmigo.

—¿Arrastrarme contigo? ¿A dónde? ¿Por qué?

—A donde sea, y el porqué ya deberías saberlo: porque estamos juntos en esto.

Había sonado como si prefiriese estar involucrado en una profecía con el mismísimo Gran Grimorio. Su actitud molestó a Darda'il. No se dio cuenta de que, al separarse de Dagon, Aladiah tomaba una gran bocanada de aire y cambiaba el peso de pierna, como si hasta el momento hubiera estado atrapado en una película en pausa.

—Será mejor que me largue —meditó Dagon por lo bajo, aunque se le notaba que era lo último que le apetecía. A Darda'il no le habría extrañado que se quedase para presenciar la disputa que ya enrarecía el aire, pero para su desgracia (sospechaba que su presencia la habría evitado), Dagon desapareció escaleras arriba.

Solo entonces, Aladiah se deshizo de su máscara de indiferencia para expresar su contrariedad. Fue como si hubiera sacado el cuchillo que llevaba escondido a la espalda.

—Si no me dices a dónde quieres ir, yo no voy —le advirtió Darda'il, temiendo lo que él pudiera decir—. Entre otras cosas, porque no sé si iría vestida apropiadamente.

—No vas vestida apropiadamente —determinó—. Quizá ese debería ser nuestro primer destino. Algún sitio donde puedas adquirir tu propia ropa, y no tengas que estar racaneándosela a un hombre que, cuando te la quites, intentará esnifársela.

—¿Esnifársela? ¿De dónde has sacado tú ese vocabulario?

—Viví en la calle un par de semanas, tiempo suficiente para entender cierta terminología. Y llevo unos días conviviendo con Dagon, también tiempo de sobra para saber que tiene la esperanza de que lo salves de su penitencia.

—Ojalá tuviera el poder de salvar a un penitente de su castigo, pero por desgracia solo soy la portadora de los óvulos mágicos. ¿A qué se debe tu actitud? Te estás portando como un estúpido. Si crees que voy a soportar que me hables como lo hiciste cuando nos reencontramos tras tu huida de La Sociedad, estás muy equivocado.

—¿Cómo preferirías que te hable? —Aladiah se cruzó de brazos. El gesto, tan impropio de él hasta hacía poco, descuadró a Darda'il. Tenía que reconocer que, con ese aire pendenciero, resultaba turbadoramente atrayente—. ¿Quieres que te ruegue que me ames? ¿O que te diga que tu perfume es encantador?

Darda'il enrojeció. ¡Había estado escuchando su conversación privada!

Se levantó de un salto y se sacudió las pelusillas invisibles de la falda vaquera.

—Por ahora me conformaría con que cerraras el pico. —Intentó pasar por su lado para dirigirse a... su dormitorio, por ejemplo, pero Aladiah la agarró del brazo—. ¿Qué haces? No pienso quedarme aquí a escuchar cómo te burlas de Dagon.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza, lo que arrancó un destello cruel a sus ojos bicolor—. Ah, ya... Porque cuando no soy amable contigo, trastoco la bella imagen de Aladiah que aún conservas, y no quieres que el desgraciado que tienes delante reemplace su recuerdo.

Aun habiendo detectado al vuelo la rabia que esa verdad le producía, Darda'il no temió contestar con sinceridad.

—Pues no, no voy a renunciar ni a olvidar a mi regente para meterte a ti en mi corazón.

—No tienes que meterme en tu corazón, Darda'il. Solo tienes que meterme en tu...

—No digas lo que ibas a decir. —Lo advirtió alzando el dedo índice.

Pero Aladiah la desobedeció, y lo hizo con una media sonrisa que le puso el vello de punta.

Por desgracia para Darda'il, aquella versión era irresistible.

—En tu cama.

—Eres un capullo. —Alzó la nariz con insolencia—. Y no me da

miedo decírtelo porque ahora se supone que tu condición es la de penitente, por lo que no debo guardarte ningún respeto. ¿Has hablado con Reyyan sobre las consecuencias de tu hechizo? Decía que iba a peor, pero yo no veo que vaya a peor de forma paulatina. Tu humor funciona por ráfagas. A lo mejor te levantas con el pie izquierdo o a lo mejor nos deleitas con un poco del tacto que te caracterizaba. Pareces ese enemigo de Batman, el tal *Two-Faced*. O simplemente un bipolar.

Darda'il habría seguido lanzando acusaciones si Aladiah no hubiera tirado de su brazo. La pegó a su cuerpo, concretamente a su costado, y le habló a su oído con un desprecio que la dejó helada.

—Y tú pareces una mosquita muerta, pero te aseguras el cariño de un segundo pretendiente por si el primero no te saca a bailar. Qué ritmo tienes, cariño. Cómo te gusta ser la sensación del bloque, la estrella del momento.

En lugar de enfurecerse por el insulto que le había dirigido, Darda'il lo enfrentó boquiabierta. Habría estado dispuesta a abofetearlo sin compasión, abandonado ya ese fervoroso respeto con el que se había postrado ante él en el pasado, si no lo hubiera visto torcer la boca. Una sombra de vergüenza oscureció su semblante, delatando lo que el propio Aladiah opinaba sobre su comentario.

Darda'il se convenció de que estaba soñando cuando, durante solo un instante, el suficiente para devolver su gesto torcido a la mansa calma del regente Aladiah, sus ojos acogieron un relampagueo azul.

Aladiah retrocedió un paso, sujetándose la cabeza con las manos.

—¿Qué acabo de decir? ¿Qué he...?

—Pues me has llamado «mosquita muerta».

Él no dio señales de haberla entendido. Parecía que acabara de volver en sí mismo después de haber perdido el conocimiento.

—Creo que te has puesto celoso. ¡Pero no pasa nada! —se apresuró a aclarar, alzando las manos—. Debe ser por la profecía, que te vuelve un poco posesivo sobre mí.

Verlo anonadado por su propio comportamiento, pronto también confundido y vulnerable, la ablandó irremediablemente. Al menos pudo controlarse y no pasarle un brazo por los hombros con el fin de reconfortarlo.

No se lo merecía. *Por borde.*

Aladiah se pasó las manos por la cara. Se tomó un segundo para analizar lo sucedido, para apaciguar también los nervios que le atoraban el cuerpo, por momentos convertido en piedra caliza. Tras un buen rato, cuando parecía haber recuperado el dominio sobre sí mismo, miró a Darda'il con desconfianza.

Desconfianza hacia él y sus modales.

—¿Puedo... ofrecerte un helado de disculpa?

Capítulo XXX

—¿Te suelen dar jamacucos de ese estilo? —preguntaba Darda'il, admirando el cucurucho de helado que acababan de obsequiarle. Era el primero que tomaba en más o menos un mes, lo que había pasado encerrada en La Sociedad, sujeta a normas tan crueles como no consumir ninguna clase de dulce.

Miró de soslayo a su acompañante. La costumbre seráfica había ganado la batalla a la gula, porque Aladiah había renunciado a su propio cucurucho. Juzgando por cómo observaba su manera de dar buena cuenta de la bola de helado, no tardaría en arrepentirse.

Si es que no se había arrepentido ya.

—A ratos me sobrevienen ramalazos de rabia incontrolable —reconoció, guardando las manos en los bolsillos—. Los he sufrido en un par de ocasiones, no muchas más, desde el hechizo, pero he sabido canalizarlos. Alterno ratos de indiferencia absoluta con una emoción tan intensa que me es imposible de gestionar. Es como estar sumido en uno de esos sueños en los que solo hay vacío y que de pronto te despierten con una bocina.

Darda'il torció la boca.

—Un ejemplo muy visual. Creo que ahora te entiendo mejor. De todas maneras, si vas a regalarme un helado cada vez que te dé un volunto de esos, bienvenidos sean los gritos. Creo que esto es lo que más echaba de menos de mi vida mortal. Es una crueldad que no nos permitieran disfrutar de este tipo de cosas.

—¿En serio? ¿Que te prohibieran el helado era lo que más te molestaba de La Sociedad? —Lo vio sacudir la cabeza, sonriendo—. Se nota que no te quedaste el tiempo suficiente para darte cuenta de lo que había por allí.

—¿Por qué? ¿Qué era lo que menos te gustaba a ti?

—Que mataran a mi hermana. —Al darse cuenta de que Darda'il había frenado de golpe, pálida como el papel, Aladiah detuvo también sus pasos y la miró por encima del hombro. La compadeció con una media sonrisilla—. Tampoco me gustaba tener solo dos pares de calcetines. En invierno me daba frío en los pies.

Darda'il no desaprovechó la elegante salida para exclamar:

—¡A mí también! ¡Qué injusto! Por la diosa, vivíamos en el régimen soviético, ¿eh? Con cartillas de racionamiento. Era lamentable ir tachando los días en el calendario hasta el miércoles de

albóndigas.

—¿Preferías las albóndigas al tartar de los jueves o el kulajda de los domingos? A uno que yo conozco se le pasaban todas las irritaciones que le daba el Consejo sorbiendo una sopa bohemia.

—¡Qué dices! El kulajda era asqueroso. Aunque mira, al menos esos días no volvía a mi dormitorio hecha polvo porque no me dejaran repetir. Me alegraba de las pequeñas porciones.

—La Sociedad no quiere seráficos con sobrepeso en sus filas. ¿No ves que la raza superior, el Linaje de los Albos, se caracteriza por su altura tanto moral como física y sus fibrosas extremidades?

—Otra cosa igual que me molestaba a rabiar. Eso de levantarse todos los días a hacer ejercicio. Si hubiera querido dar vueltas por un campo de atletismo a las cinco de la mañana, me habría alistado al ejército.

—Me cansaba más hablar en tercera persona todo el santo día que correr diez kilómetros.

—¡Es verdad! Tenía que ser horrible.

Sin darse ni cuenta, acabaron tomando el camino que llevaba al puente de Carlos, una de las atracciones turísticas más llamativas de la ciudad de Praga. A esas horas de la noche estaba casi desierto, en parte por las fechas del año —temporada baja— y la brisa helada que mordía la piel.

—¿Tienes frío? —preguntó Aladiah, revisándola de arriba abajo. Luego sonrió de un modo que estuvo a punto de hacerla entrar en combustión—. Claro que no lo tienes. Tú debes entrar en calor solo hablando.

—Pues más o menos. Normal que no encajara en un sitio donde me obligaban a callarme todo el rato.

—Tranquila, no era personal. —Aladiah se arrebujó en su bufanda —. Ni siquiera yo tenía derecho a hablar todo cuanto quería... o necesitaba.

Darda'il lo atendía sin disimular su curiosidad.

—Resulta extraño oírte hablar en esos términos de La Sociedad. Fuiste tú quien me inculcó el amor hacia los seráficos como comunidad y hacia el Consejo como institución. Me creía todo lo que me contabas. No se me habría ocurrido cuestionar las normas ni contradecirte.

Aladiah la miró de soslayo. El viento soplaba a su espalda, casi diríase que empujándolo a la desembocadura de la calle Karlova. Los mechones más largos, incluido ese blanco como el alba, intentaron ocultar su perfil para protegerlo de decir una verdad indeseable.

—A veces es más importante lo que no se dice que lo que sí. Tienes que aprender a sobreentender las llamadas de socorro en el silencio de tus allegados.

—¿Algún consejo para convertirme en una experta del lenguaje no verbal?

—Hablar menos y escuchar más podría ser un buen comienzo.

Fue Aladiah quien decidió dónde levantar el campamento. Había dejado atrás los emblemáticos cafés y tiendas de Praga, incluida la Karlova Cristal donde el padre de Darda'il compraba los regalos de su madre para Navidad, para acomodarse en el puente de Carlos.

Darda'il sabía que fue levantado en la época medieval para unir la Ciudad Vieja con la Ciudad Pequeña. Un puente que conectaba dos barrios de ese interés no merecía menos que lucir al menos treinta estatuas, quince a cada uno de sus lados.

Se fijó en que Aladiah observaba las tres torres góticas orilladas a las puertas de la Ciudad Vieja y luego posaba su mirada cansada en el patrón de Bohemia, un san Juan de mármol.

—Dicen que si apoyas la mano en su cruz de latón, con un dedo en cada estrella, se te concede un deseo —narró Aladiah—. Se lo oí decir a un guía turístico cuando deambulé por la zona.

—Y yo te lo confirmo. De niña me paraba siempre a pedir el mío. También de mayor —admitió, avergonzada—. Siempre he sido bastante espiritual.

Aladiah se encaramó al borde del puente, de espaldas al río, y la miró con curiosidad.

—¿Qué pedirías ahora?

—Volver a La Sociedad no, desde luego. Y sospecho que tú tampoco. —Darda'il vaciló, dudando sobre si soltarlo o no—. Que maten a tu hermana no tiene que ser el colmo de la diversión. Supongo que por eso te has dejado obsesionar por ello para salir a flote... y por lo que pedirías descubrir la verdad, ¿no?

Aladiah le sonrió al viento, perdido en la contemplación de la ciudad que se extendía ante él. Las luces del paisaje, blancas y amarillas, titilaban en la distancia igual que estrellas borrosas y se reflejaban en el río. Daba la impresión de que provinieran de una ciudad submarina.

—No me he dejado obsesionar porque *siempre* me ha obsesionado. Peleé por La Regencia como un perro para hacer pagar a quienes lo perpetraron y para evitar que volviera a suceder.

—No lo conseguiste, ¿no? Hacerles pagar.

Aladiah posó la mirada en Darda'il, sorprendido porque lo cuestionara.

—Galadiel se entregó a la muerte en cuanto lo eché del Consejo de la forma más diplomática que se me ocurrió. No le quité la vida, pero fue una manera de arrebatarle todo lo que le importaba. Para sustituirlo, tuve que demostrar mi lealtad hacia La Sociedad como nunca nadie lo había hecho antes: condenando y despreciando

públicamente a mi hermana.

Darda'il se olvidó del helado, que empezaba a derretirse en su mano.

—No te creo. Te lo estás inventando ahora. Tú siempre te has referido a Ledah... Perdón, *a Lea*, como una traidora. Le diste la espalda. No moviste un dedo para que le perdonaran la vida. Tú... —Su voz se fue apagando, consciente de que acababa de acusarlo—. He hablado demasiado, ¿verdad?

—No has hablado demasiado. Simplemente no has escuchado. Peleé por La Regencia como un perro —repitió, despacio—. No merece otro adjetivo todo lo que tuve que hacer y decir para asegurarme el control. No obstante, no conspiré para matarla ni miré a otro lado. Podría haber hecho más en su momento, como exponerme a ser ajusticiado también, pero intenté... salvarla.

—¿Cómo?

—Advirtiéndola. Pero ya conoces a Mara, que es increíblemente mansa en comparación con mi hermana. Yo sé que, gracias al cielo, Mara no morirá por su libertad, pero Lea estaba hecha de otra pasta.

—Pensaba que no tenías corazón, pero hablas como si lo tuvieras.

Aladiah la sondeó con una mirada inexpugnable.

—No consigo ver del todo lo que era antes, lo que sentía, lo que me movía..., pero sé que detrás de ese velo que me impuso el hechizo para liquidarme, está ella. Y mientras esté ella, estaré yo.

—Entonces lo que te mantuvo unido a la humanidad no fue el objetivo, sino la pena abismal.

—¿Cómo?

Darda'il inspiró hondo.

—Reyyan dijo que las voluntades inquebrantables, ajenas en mayor medida a las consecuencias de hechizos tan agresivos, estaban determinadas por un objetivo vital no cumplido, una gran pasión o una pena muy honda. Una de estas tres debía ser tu excusa para no sucumbir y convertirte en un desalmado. Parece que era la última.

—Es posible.

Darda'il esperó que añadiera algo más, pero no ocurrió. Aladiah se quedó prendado del reflejo de las luces en el agua, un río de lava seca cuando la noche se cernía sobre el paisaje. Y ella se quedó prendada de él. Una parte de sí, la inocente, se inclinaba por despreciarlo por haber fingido su perfección con el fin de vengarse. Pero otra, una débil que había empezado a descubrir a raíz de su condena y exilio, se estremecía de amor por su vulnerabilidad.

De esta había hecho su fuerza.

—Mi amor por mi hermana era inconfesable —murmuró de pronto. Darda'il alzó la barbilla, encogida por lo vacía que sonaba una confesión de esa vehemencia—. Lo he callado tanto que, hasta que no

me han barrido las falsas lealtades del corazón, toda esa capa de mierda que la tapaba, no ha salido a la luz.

—¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta de eso? Hay... augures, clarividentes, hechiceros, lectores de auras; gente capaz de ver quién eres debajo de la máscara, en definitiva. De ver lo que de verdad te afectaba y amabas.

—Algunos sí se daban cuenta de mis motivaciones. Se daban cuenta los humanos como Levanah, por sorprendente que parezca. No porque lo presintiera, sino porque los mortales que han vivido en sociedad saben que es imposible aceptar el asesinato de un ser amado sin más. Los humanos nunca, *jamás* lo dejamos estar. Y por mucho que yo mismo deplorase esa parte de mí, siempre he sido un poco mortal.

»Se te está derramando el helado. —Estiró la mano hacia ella y la tomó por la muñeca. La acercó a él, a sus labios, y examinó sus nudillos manchados antes de dar un lametón al poco helado que quedaba en el cucurucho.

Darda'il se quedó colorada al coincidir con su mirada.

—Coño, no probaba uno desde los diez años.

—¿Acabas de decir «coño»?

—Por primera vez desde los diez años también.

—¿Decías palabrotas siendo pequeño?

Aladiah sonrió como si acabara de acordarse de una travesura.

—Era un cabronazo. Digno hermano de mi hermana. Pero me hizo más ilusión ser un mago, que es lo que creía que iba a ser, que gastarle bromas pesadas a los demás.

—A mí también me hizo ilusión formar parte de algo tan exclusivo como La Sociedad. Parece que nos engañaron —musitó Darda'il.

—No del todo. Hay seres con dones que se sienten bichos raros en el mundo real y agradecen su entrada en un sistema donde se les comprende y se les estimula.

—Eso ha sonado al regente que conocí.

Aladiah no contestó enseguida. Se quedó mirando la sonrisa trémula que Darda'il había esbozado como si esta fuera un rompecabezas incomprensible. Un instante después, una sombra se apoderaba de la mirada transparente de Aladiah.

—¿De verdad quieres que vuelva ese Aladiah? —preguntó en voz baja, como animándola a contestar en un tono aún más secreto para no escucharla ni él.

Era obvio que temía la respuesta.

Darda'il se mordió el labio.

—Sí. Bueno, a veces.

El gesto de Aladiah se endureció como el granito con solo imaginarlo.

—Yo preferiría la muerte.

Darda'il se estremeció por la fiereza de su confesión, pero no dio un paso atrás. Aceptó su mirada retadora para hacerle saber que estaba de acuerdo.

—Vale. Aprenderé a quererte así. O sea, digo que... que... —se desdijo de inmediato— que aprenderé a respetarte y a admirarte siendo medio sicario y estando loco. Yo tampoco soy la más cabal del mundo, vaya, estoy muy lejos de ser perfecta. ¿Quién soy para juzgar, a fin de cuentas, que no he dado un palo al agua en la vida? Además, querer a alguien... O sea, admirar a alguien cuando no ha cometido un error jamás es lo más fácil del mundo. El amor es más puro al conocerse las caras ocultas, cuando llega la aceptación del lado oscuro. Por supuesto, hablo de amor meramente frat...

Su tartamudeo se acentuó más conforme Aladiah se fue inclinando sobre ella. Se calló a tiempo para cerrar los ojos y aceptar el tierno roce de labios que le regaló.

Ternura.

¿Cómo era posible que la sintiera y fuera capaz de canalizarla cuando todo sentimentalismo le venía grande, admitido por él?

El poder de la profecía era inescrutable.

Cuando se separó, Darda'il temblaba como si su vida estuviera en peligro.

Nadie decía que no fuera así.

—Al antiguo Aladiah también le parecía que hablabas demasiado —la sorprendió diciendo—, solo que tenía la delicadeza o la hipocresía de no mencionarlo. La diferencia es que solo al de ahora le gusta eso de ti.

—Pues eso será ahora, porque el primer día te burlaste de mí todo lo que pudiste y más.

—El primer día me aterraba tu idealismo. Las esperanzas que depositabas en lo imposible. Me recordabas a mí, y ya ves cómo pueden acabar los que son o eran como yo. Ahora... creo que me gusta que seas incorruptible. Me demuestras que existen la lealtad pura, el amor y la bondad.

Darda'il no se movió. Seguía con las manos apretadas contra el pecho, encogida como un animalillo asustadizo, mirándolo como si él pudiera salvarle la vida.

—¿Y qué más te gusta de mí?

—Tampoco tenses la cuerda —la advirtió, aunque divertido—. Estoy empezando a descifrar lo que siento, pero todavía me queda un rato para hacerte una lista de qué virtudes y qué defectos me pueden conquistar.

—¿Puedo conquistarte, acaso? Porque a ratos pienso que solo el Aladiah de antes podría haberme adorado. O, al menos, habría sentido algo al besarme. Se supone que tú no puedes experimentar nada físico.

Aladiah lanzó una mirada risueña al cielo.

—Esa ley no aplica a la mujer de la profecía, parece.

—Entonces... —Pestañeó, atolondrada—. Si te beso, ¿sientes... algo? Si te...

Darda'il posó la mano sobre su rodilla, enfundada en unos pantalones que le quedaban algo estrechos. Eso solo acentuaba el aire macarra que le llevaba acompañando desde su exilio.

—Si te toco aquí... —No sabía lo que estaba haciendo. Un deseo repentino de estar cerca de él la había poseído en cuanto empezó a hablarle con cariño, como si hubiera esperado esas palabras toda la vida. Subió la mano por su muslo, por su cintura, y la apoyó al fin sobre su pecho. Sus miradas se encontraron—, ¿sientes algo?

—No siento «algo». Te siento a ti. Tienes una forma especial de comunicarte con mi piel.

Lo había dicho con los párpados entrecerrados, cada vez más encorvado sobre sí mismo para quedar cerca de los labios femeninos. Darda'il notó que la apresaba entre sus rodillas, lo que los acercó de forma inevitable.

Darda'il exhaló, nerviosa. Una nube de vaho ocultó por un instante la mirada inyectada de deseo de él. No la vio por mucho tiempo. Aladiah ahuecó su rostro entre las manos, tierno como antes, pero el modo en que la besó no podría haberle recordado a nadie más que al demonio angelical, al hombre maldito que era ahora.

Darda'il lo abrazó por el cuello y se dejó arrasar por las emociones. Con una familiaridad inesperada, se enroscó en su cuerpo, obligándolo a permanecer a su merced. No quería estar en ningún otro lugar. Había un poder sanador y un componente adictivo en sus besos, que primero le regalaba con ansias, como si los estuviera contando, como si quisiera imprimir su huella en sus labios. Luego entreabría la boca y Darda'il se sentía morir por lo que la pasión provocaba en ella. Se perdía por completo en los labios que la acariciaban, en la lengua que la saboreaba con descaro. Darda'il ardía de deseo, de vergüenza, un poco de todo a la vez.

Su mano vacilante descendió pecho abajo para posarse donde sobresalía su excitación. Darda'il acarició superficialmente el miembro endurecido.

Notó la piel de gallina, los pezones tensos al oír su gemido.

—Esto lo sientes también. Respondes a mí... ¡La profecía es mágica!

—A lo mejor no es la profecía. A lo mejor eres tú, ángel viajero.

La sugerencia, pronunciada con una voz robada de las cavernas y acompañada de una mirada abrasadora, consiguió escandalizarla del todo. Pero en el escándalo halló el valor de desabrocharle el cinturón, confiando en el silencio de la calle, y comprobar con sus propios ojos lo que era capaz de hacer.

Un milagro. Un deseo cumplido.

Provocar en aquel hombre emociones tan intensas, en un hombre que no sabía lo que era el amor o la pasión, era una victoria que estaba desesperada por atribuirse.

—Darda'il... —murmuró, indeciso—. ¿Qué haces?

—Solo quiero descubrir hasta dónde puedes llegar. Hasta dónde podemos llegar *los dos*, yo con mis limitados conocimientos y tú con tu poca sensibilidad.

Pero no habría dicho que era insensible cuando, tras hundir la mano en el interior de la bragueta, tocó el miembro excitado. Darda'il lo ayudó a emerger con la boca abierta, asombrada por el suave tacto, por la elevada temperatura que había en esa zona de su anatomía.

Por el tamaño.

La sobrecogió observar el tallo venoso de cerca, más o menos iluminado por las farolas. Por si la expresión azorada de Aladiah no hubiera bastado, su erección de caballo la habría convencido de que no le era indiferente. Saberse la causante de su estado la envalentonó más de lo que jamás habría creído posible, porque le otorgó un valor del que pensó que carecía para agarrarlo firmemente y acariciarlo.

—Darda'il... —Esta vez sonó como un ruego.

Darda'il lo miró a través de las pestañas. Lo que vio la fascinó y terminó de prenderla. El ansia de amor había desfigurado el rostro de Aladiah, en el que ya no quedaba ni un atisbo de inocencia. Había bajado a los avernos, regresado a lo primitivo, y esa dureza en su semblante la enloqueció.

La profecía no solo era mágica, sino también real. O quizá le dio la excusa perfecta para dejarse arrastrar por la oleada de pasión, porque de ningún otro modo se le habría ocurrido ocultar el miembro entre sus manos y, inmediatamente después, cubrirlo con la boca.

Darda'il succionó la cabeza. Un sabor salado y adictivo inundó sus papilas gustativas. Quiso más y se empujó hacia abajo, introduciéndolo más en su cavidad. Le parecía que palpitaba, que crecía en tamaño en el interior de la boca. Él gemía y mascullaba imprecaciones por lo bajo, malas palabras en el idioma nacional y en el arcaico que no le había oído nunca... y que le resultaban incomprensiblemente atractivas. Como todo él. Como lo que estaba haciendo ahí abajo: darle placer con succiones rítmicas, cada vez más ambiciosas, y lametones que le hacían temblar.

Darda'il disfrutó sabiéndose poseedora del poder. Lo apretaba entre las paredes de su garganta hasta que le dolía y los ojos le escocían, pero en ese esfuerzo estaba su propio placer, porque notaba el vientre apretado, la entrepierna húmeda. ¿Qué estaba pasando? Nada que no pudiera esperar. Lo que no podía esperar era la creciente ansiedad por abarcarlo entero, por llevarlo a la locura. Y lo estaba consiguiendo,

porque Aladiah comenzó a removerse cuando Darda'il le acarició los testículos con los labios entreabiertos y lamió el contorno del prepucio, jugando a ver qué le satisfacía más.

Algo explotó dentro de ella cuando él la agarró del pelo y, más por instinto que por experiencia, empujó las caderas para tocar su campanilla. Darda'il tragó con orgullo y escupió sobre él al separarse, algo que pensó que sería asqueroso pero que Aladiah admiró con los ojos húmedos de placer. Unos segundos después, cuando Darda'il se aferraba a la erección para seguir llenándose de ella, Aladiah gruñó desde lo más hondo. Un líquido caliente le inundó la boca, y al intentar separarse para evitar el ahogo, le salpicó en los labios, la barbilla y el resto del rostro.

Aladiah no soltó su melena. Se inclinó sobre ella y tiró hacia atrás de la melena para besarla en los labios con la lengua por delante. Darda'il se ruborizó, pensando que aquello debía estar prohibido. O estar mal visto. Pero no le importó. La necesidad de estar con él la aturdía.

Aladiah la espabiló limpiándole la cara con el pañuelo que había usado para los restos del helado. Cuando acabó, volvió a besarla desesperadamente, como si sus esfuerzos por sofocarlo no hubieran servido; como si fuera imposible agotar su deseo por ella.

—No sé si es por la profecía o porque eres irresistible para mí —masculló él, respirando con irregularidad—, pero necesito entrar en tu cuerpo. Necesito verte desnuda. Necesito... morderte, lamerte, besarte por todas partes. —Ilustró su agonía mordiéndole el labio inferior, chupándolo luego con ímpetu—. Necesito cosas a las que no sé poner nombre. Por favor, necesito que me dejes, porque siento que, si no lo haces, si me vetas, yo...

»Solo dime que sí. Algún día, ángel viajero... Algún día.

Darda'il solo pudo asentir, muda.

—Algún día.

Capítulo XXXI

—¿Crees que hay algo entre ellos? —susurró Valthessar.

Mara habría respingado si su cuerpo no avistara, ya de lejos, cada movimiento que el *rex* realizaba. Lo sintió acercándose subrepticiamente hasta el lugar que ella ocupaba, desde donde había estado dominando la estancia y gracias al que había podido vigilar la interacción entre Aladiah y Darda'il. Mezclado con el aroma corporal que lo caracterizaba, había detectado una esencia a canela.

Confirmó por el rabillo del ojo que Valthessar se estaba comiendo unas natillas.

Mara ladeó la cabeza hacia él. Sus narices habrían chocado si no fuera más alto que ella.

—¿Te refieres a algo aparte de una profecía que les obliga a procrear como monos? Claro que lo hay. —Entrecerró los ojos para fijarse en los detalles de su conversación silenciosa. Aladiah y Darda'il estaban sentados en lugares opuestos del salón, pero se miraban a ratos fugaces. Creían estar disimulando. Nada más lejos de la realidad —. Todavía no se han acostado, de todos modos.

Valthessar dejó de masticar y se apretó más contra su costado.

Mara tuvo que ahogar una carcajada. Aprovechaba la menor oportunidad para rozarse con ella.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Segura al cien por ciento.

—¿Por qué?

—Porque lo que vibra en el aire, cariño mío, es tensión sexual no resuelta. Deberías reconocerlo a simple vista. Tú mismo lo has sufrido en tus carnes.

—Tengo que tener ojos para ti, para avistar posibles traidores y para acabar con las amenazas del mundo, *cariño mío*. No me pidas que también sea observador en el ámbito sentimental de los penitentes de mentira, porque no me da el reloj, y la gana menos aún.

»Tampoco es que me dé igual, claro —agregó, refunfuñando—. Tienen un maldito deber que cumplir, y no parece que vayan a sufrirlo si se atraen mutuamente. ¿Por qué no se ponen a ello?

Mara puso los brazos en jarras y lo enfrentó.

—¿Tú tendrías hijos ahora mismo? —Valthessar palideció como si alguien hubiera accionado un botón, a lo que Mara sonrió satisfecha —. Pues eso, *rex*. ¿No has oído hablar del refrán «no hagas lo que no

te gustaría que te hicieran»?

—Le estoy deseando una noche de sexo inolvidable, justamente lo que a mí me gustaría que me desearan. ¿Qué tiene de malo? —se quejó, batiendo las pestañas con inocencia. Se pegó aún más a ella, todavía con las natillas a medio acabar en la mano, y a Mara no le quedó otro remedio que reírse.

—Voy a hablar con Darda'il.

—¿Por? ¿No estás a gusto hablando conmigo?

—A ti te tengo muy visto.

Mara se rio de nuevo al ver que Valthessar encogía un hombro y hundía la cucharilla sobre la cobertura de la galleta. Hacía soberanos esfuerzos por demostrar que era un tipo duro, y nadie podía decir que no tuviera carácter o autoridad para intimidar, pero Mara sentía que en el fondo tenía mucha dulzura. Todavía no la había visto, y era lógico: tantos años —siglos— sujeto a un generalizado entumecimiento emocional por culpa de la Triple Maldición habían causado estragos en él. Pero se iba recuperando poco a poco, inclinándose cada vez más hacia la mansedumbre. Aprendía a ceder y a respetar al prójimo cuando ni un mes atrás se dedicaba a dar órdenes a diestro y siniestro. Mara se habría cansado de un hombre con ese temperamento, del mismo modo que él se habría hartado de la irreverencia de ella, pero parecía que la convivencia iba limando las asperezas del carácter de ambos.

Le robó un beso en la mejilla, ahí donde asomaba la sombra de una barba negra que nunca vería crecer. Valthessar no se dio por satisfecho y la convenció de quedarse lo suficiente para que le enseñara cómo se besaba de verdad.

Cuando Mara rompió el beso —ya se había acostumbrado a las consecuencias: un par de piernas gelatinosas—, se percató de que habían llamado la atención de los sujetos de estudio.

Darda'il se había ruborizado al verlos, incluso.

—Exhibicionista —le regañó Mara en voz baja.

—Prefiero cuando me llamas «cariño mío».

Mara lo dio por perdido sacudiendo la cabeza y aprovechó que tenía la atención de Darda'il para hacerle un gesto. Le pidió que se acercara allí donde se dirigió: al pie de la imponente escalera de mansión georgiana que llevaba al piso superior. Darda'il acudió a ella como si hubiera estado toda la vida esperando una señal.

Sabiendo que el desarrollado sentido auditivo de los penitentes se entrometería en su propósito, Mara la guio a su dormitorio. Sentía a nivel físico la curiosidad de Darda'il, que, por fortuna, no hizo ninguna de sus interminables apreciaciones. La joven le caía simpática. En su irreverencia residían las agallas que habían permitido que la tomaran en serio. En eso le recordaba a ella y cómo había

afrontado el encierro en aquella casa.

Mara lo tuvo más complicado, claro estaba. Era un rehén y los penitentes más peligrosos eran los que no tenían reparos en expresar su desprecio. Pero, al igual que Darda'il, se había armado con su naturalidad y su sentido del humor para hacerse respetar. Mara se alegraba de que los miembros de El Séptimo Círculo respondieran de forma positiva a esa clase de personalidades.

En La Sociedad, ambas habrían acabado muertas por ser ellas mismas.

—¿Me vas a dar una mala noticia? —preguntó Darda'il, retorciéndose las manos en el regazo.

—¿Yo? ¿Tú me has visto, cielo? Yo solo aparezco para alegrar el día de la gente. Las malas noticias siempre corren a cuenta de Valthe.

—¿Entonces? ¿Por qué este secretismo? Van a pensar que nos hemos unido para dar un golpe de estado.

—No necesito dar un golpe de estado para hacerme con el poder. Yo ya opero en la sombra, ¿sabes? Ventajas de tirarte al jefe. —Le guiñó un ojo. La animó a sentarse a su lado en el borde de la cama. Comprendió que Darda'il observaba la California King con reticencias. No debería tener derecho a un hueco en la cama del *rex*—. Venga, mujer. Te prometo que he cambiado las sábanas.

Darda'il se decidió al fin y apoyó las palmas de las manos sobre su faldita de pana rosa. Había tenido que usar un cinturón porque tenía, como mínimo, dos tallas menos que Mara, quien le había cedido la ropa esta vez.

—Veo que las cosas no van como tienen que ir entre mi tío y tú.

—Ah, eso. —Darda'il se ruborizó tanto que sus pecas desaparecieron—. Vamos poco a poco. No queremos precipitarnos. Pero claro que cumpliremos la profecía, solo necesitamos...

—Darda'il, a mí no me tienes que contar milongas. Sinceramente, le tengo el mismo cariño a La Sociedad que le solía guardar mi madre. Tanto si arde como si se extingue porque no hay linaje que lo sustituya, me importa una mierda.

Había esperado un tanto de resistencia por parte de Darda'il, pero esta le lanzó una mirada de desesperación antes incluso de que acabara sus persuasivos argumentos.

—No estoy preparada, Mara. ¡No estoy preparada! Lo siento muchísimo, pero es que eso de ser madre me viene muy grande. Enorme. ¡Es colosal! Creo que haría mejor de regente de La Sociedad, de *rex* de El Séptimo Círculo o incluso de la propia Magna que de madre. A fin de cuentas, estaría rodeada de gente muy hábil que podría aconsejarme. Pero ¿quién de mi entorno me aconsejaría sobre la crianza de un bebé? ¡Y un bebé mágico, para colmo! ¿De verdad quiero traer al mundo a una criatura que crecerá con ese peso sobre

sus hombros? ¿Con la obligación de ser el más grande, de instaurar un nuevo régimen, de inaugurar el componente sanguíneo más poderoso del mundo? ¡No podría! ¡No podría decirle a mi hijo que dejara de jugar a la pelota y se pusiera a estudiarse la *Sagrada Crónica*, Mara! Se me caería la cara de vergüenza. Me sentiría una maltratadora psicológica. Puedo contarle las fábulas de Dahavauron para dormir, y, cuando sea mayor, regalarle esos soldaditos que imitan a las tropas del héroe Dantalion, pero ¿forzarle a ostentar un cargo de esa magnitud? Me pondría a llorar como Magdalena.

—Lo entiendo.

—Además, es que yo no... —Se cortó cuando asimiló que Mara decía la verdad. La miró con sus enormes ojos claros, perpleja—. ¿Lo entiendes? ¿En serio? ¿Me entiendes?

—Pues claro que te entiendo. A mí ni se me ocurriría hacer semejante sacrificio por un mundo birracial al que llegué antes de ayer. ¿Es que estamos locos?

—¡Totalmente! —Darda'il sorbió por la nariz. Había empezado a llorar, pero no de lástima hacia sí misma, entendió Mara, sino por la vergüenza que agolpaba la sangre en su rostro y por miedo al futuro... o a las represalias—. Yo no sé qué será de mí si ignoro la profecía. A lo mejor sale otra que dice algo como «Darda'il, te mataremos con un puñal de marfil, por inútil», o como sea que hagan las rimas. Pero si es que yo sigo sosteniendo que no soy la persona indicada. Mara, yo no había visto un pene hasta anoche. No sé cómo funciona, y no es por arruinarte la imagen que tienes de él ni nada de eso, pero es que Aladiah tampoco es el más avezado en estos temas. ¿No será que el que escribió la profecía estaba bajo el efecto de las drogas? ¿Qué se bebe allí arriba que te deja medio tonto? ¿Hidromiel?

Mara se echó a reír.

—El hidromiel lo beben los dioses escandinavos, creo. Y ya te he dicho que no te he traído aquí para hablar de los bebés todopoderosos. Solo quería cerciorarme de algo. Restando la conclusión inevitable del sexo si no se usa protección, ¿a ti te gustaría entenderte con Aladiah en estos términos?

—¿Que si me gustaría acostarme con él? Pues ya ves —resopló. Enseguida se dio cuenta de lo que acababa de decir y carraspeó—. Quiero decir que... que no estaría mal. No creo que lo hayas notado, y preferiría que no se lo dijeras a nadie, pero me gusta un poco. Físicamente un montón, y su forma de ser pues... pues bueno, solía ser más simpático antes, pero ahora tiene algo...

Mara le sonrió con ternura.

«Cariño, nos dimos cuenta de que "te gustaba" en el preciso momento en que saliste a escena», se cuidó de decir.

—Si yo creo que por eso estamos los dos tan nerviosos. Nos

gustaría hacer lo de... Tú me entiendes. Él quiere explorar los placeres de la humanidad, creo, y yo le pillo cerca, ¿sabes? Y encima estoy dispuesta, porque yo tampoco es que haya experimentado durante mi adolescencia todo lo que se suele experimentar y me apetece alocarme. Vamos, que yo soy pura, ¿entiendes? Por eso no me convence nada pasar de ser casta y pura hasta la sepultura a comprarme un delantal de «besa al cocinero» y preparar papilla y gachas para cuatro críos.

—Es que no tienes por qué sufrir esa transición. Puedes pasar de ser casta y pura a ser una mujer que se divierte viviendo su sexualidad con libertad. Lo único que tienes que hacer es tomar precauciones.

—¿Te refieres a usar un condón? Mara, la finalidad de acostarme con Don Elegido es la que es, no puedo aparecer con un globito y decirle que vamos a pasarlo bien —la regañó.

—No tiene por qué saber que te cuidas. —Mara se encogió de hombros. Se estiró sobre el costado para alcanzar el cajón de la mesita de noche, de donde extrajo una tableta de pastillas sin empezar—. Esto que tengo aquí son las famosas y temidas anticonceptivas. Son temidas entre las humanas porque tienen efectos adversos, pero a ti, a mí y a otras mujeres con cierto componente sobrenatural nos resbalan esas complicaciones posteriores. Sirven para lo que sirven: evitar que te quedes preñada. Te tomas una al día y tan contenta.

La cogió de la mano y le plantó la tableta sobre la palma.

—Pero... —Darda'il la miraba con los ojos desorbitados—. Estaría engañándolo.

—¿Y qué es peor? ¿Engañarlo o quedarte embarazada cuando no quieres? Preñarse no es ninguna tontería, y tú lo sabes muy bien. En el momento en que consideres que puedes afrontarlo, deja de tomarlas y se acabó.

—Lo pones como si fuera muy sencillo, pero yo... —Darda'il se mordió el labio—. No estoy segura. ¿Y si Aladiah se enterase? Aunque me ha dicho que ser padre no es su prioridad, seguro que se enfadaría.

—A mí me parece que ni la profecía, ni El Séptimo Círculo, ni La Sociedad, ni la mismísima Magna en persona tienen derecho a decirte lo que debes o no debes hacer con tu cuerpo. Si quieres conservarlo tal y como está (y esto es, sin una criatura gestándose en tus entrañas) y disfrutar de tu juventud y tu deseo sexual, ya sabes lo que tienes que hacer.

Darda'il se frotó los ojos, enrojecidos por las lágrimas de frustración que había derramado. Estuvo un buen rato dudando, pero Mara sabía que acabaría cediendo. La había estado observando y había transcurrido bastante tiempo desde la última vez que Darda'il obedeció a Aladiah. Ya tenía asumido que no era su regente, que no le debía rendir pleitesía y que tampoco era su obligación dar

explicaciones sobre sus actos. Eso simplificaba las cosas, y menos mal. Mara era la primera que no concebía a Darda'il con un bebé en brazos.

Tal y como había previsto, Darda'il acabó extrayendo una de las pastillas. Le tembló la mano mientras la observó, tan pequeña en la palma, pero se la tragó sin agua y con muy buena voluntad.

Luego miró a Mara, dudosa.

—¿Por qué me has ofrecido esto?

—Porque el mundo se ha vuelto loco y esa profecía lo demuestra. Y porque creo que Aladiah tiene que poner unos cuantos asuntos en regla antes de traer al mundo ningún niño. Tal y como se le ve ahora, obsesionado con la muerte y tremendamente inestable, ¿tú crees que está en condiciones de ser padre?

—No. Desde luego que no.

—Estás haciendo lo correcto. —Mara le palmeó la mano—. Confía en mí.

A continuación, se levantó satisfecha con su buena acción del día.

No contaba con que Aladiah se quedara entre El Séptimo Círculo para siempre. No pertenecía allí mucho más de lo que pertenecería a La Sociedad con su hieratismo actual. Aun así, quería estrechar lazos con Darda'il como querría hacerlo con cualquier mujer que pasara por allí.

Era desesperante vivir rodeada de hombres, y encima hombres como esos, que se peleaban por ver quién meaba más lejos.

Pretendía invitarla a desvalijar su armario en una segunda ocasión, o quizá salir de compras como si el futuro del mundo no reposara sobre sus hombros. Sin embargo, antes de poder darse la vuelta hacia Darda'il con una propuesta, una presencia brillante la cegó.

Atraída por una poderosa fuerza, Mara buscó el origen del estallido de luz. El estómago le dio un vuelco, sabiendo que solo lo estaba viendo ella. El poder de recibir a los muertos era exclusivo de los ocultistas con su don, como también la responsabilidad de acompañarlos al otro lado. Y la transparente humareda blanca que envolvía una silueta indicaba que alguien acababa de morir.

Aun sabiéndolo de buena tinta, pues estaba acostumbrada al proceso —los reconocía, hablaba con ellos, los calmaba y ejercía de portal al Autem, donde se reencontrarían con La Magna—, Mara se mostró reacia a aceptar su propio talento al reconocer a la mujer que la estaba mirando. Estaba cubierta de sangre por culpa de una incisión en el centro de la garganta, lo que indicaba que, pese a su condición mortal, no había muerto por causas naturales.

Había sido asesinada.

—¿Qué te han hecho? —musitó Mara.

El espíritu sonrió, resignado. Ya no podía tener miedo, pues además de la vida, eso también se lo habían arrebatado. El pánico y la tristeza

se iba junto con la vida y con las esperanzas.

Todo ardía a la vez.

—Pronto lo sabrás.

Capítulo XXXII

Aladiah vio bajar las escaleras a Mara precipitadamente. No fueron sus prisas lo que lo habría levantado del asiento en el acto, sino la palidez de su semblante. Había llegado decidida a dar una pésima noticia y todos los penitentes lo sabían, por eso alzaron la barbilla, inquietos, y esperaron a que Mara reuniera las fuerzas para no atropellarse al hablar.

El timbre de la casa se adelantó a ella. Fue Luvart quien dejó lo que estaba haciendo, un libro a medio leer y, con parsimonia, atendió la visita.

Un par de chicos jóvenes con gorrilla de repartidor admiraban la imponente vivienda cuando Luvart les preguntó en qué podía ayudarles. Entonces dejaron de valorar los jardines que bordeaban la mansión para proyectar toda su admiración en él.

—Tenemos un paquete para un tal... —Uno de los chicos tuvo que flexionar las rodillas para que el paquete no se le escurriera de las manos. Quebró la cabeza en un ángulo doloroso para leer la etiqueta —. Eh... ¿El Séptimo Círculo? ¿Qué es eso? ¿Un club de lectura?

—Algo parecido.

Luvart examinó el embalaje: resistente y sin ornamentos, preparado para envíos de peso superior al estándar. Si los muchachos ya estaban anonadados por la impresionante mansión y por su presunto propietario, cuando lo vieron alzar sin dificultad al menos sesenta kilos de paquete, se quedaron boquiabiertos.

—¿Quién es el remitente?

Uno de los repartidores habló con valor.

—No lo sé, señor. Somos una empresa privada que facilita los envíos con la mínima información. Si un hombre quiere hacerle un regalo sorpresa a su novia, puede contar con nosotros. Llevamos el paquete a la puerta de la casa a tan solo dos euros el kilo del... regalo. O lo que sea.

Luvart los cortó con un vago agradecimiento y cerró la puerta de un puntapié. Uno de los chicos intentó ver más allá del recibidor haciendo otro quiebro imposible con el cuello. No tuvo suerte, y menos mal; nada le habría impresionado más que el grupo de hombres que aguardaba con el alma en vilo a descubrir el contenido del paquete sorpresa.

—Supongo que no es una de las gilipolleces que te gusta comprar

por Amazon —dedujo Luvart, mirando de soslayo a Dagon.

Este se ofendió.

—¿Qué gilipolleces compro yo por Amazon?

—La última vez fue un sombrero digno de lucir en Ascot... si fueras una mujer. Los hombres no se ponen esa clase de tocados.

—Lo cual me parece rotundamente sexista —zanjó Dagon.

Fue Aladiah quien le dio al paquete la importancia necesaria. Aprovechó que Luvart seguía aguantándolo entre los brazos para intentar desembalarlo. Estaba tan bien cerrado que no bastaba con tirar y tirar de las gruesas tiras de precinto. Mientras Luvart y Dagon mantenían una discusión que diferenciaba gastos necesarios de gastos en estupideces que nunca usaría, la ansiedad de Aladiah iba creciendo.

Al final, con ayuda de Valthessar, logró abrir uno de los lados del paquete.

El contenido cayó sobre la alfombra con un estrépito tal que todos enmudecieron. Luvart arrojó la caja vacía a un lado, curioso. La sangre huyó de su rostro al contemplar lo mismo que había hecho que el *rex* diera un paso atrás.

Aladiah fue el único que se quedó paralizado.

A sus pies descansaba el cuerpo inerte de una mujer a la que conocía. La herida de arma blanca que le había procurado la muerte había sido limpiada con mimo, tanto así que ahora la incisión parecía una especie de collar macabro. Nada tan macabro, aun así, como haberla desnudado para humillarla incluso muerta y haberle desfigurado el cráneo pelado para tallarle una palabra.

«TRAIDORA».

Aladiah no veía lo que sucedía a su alrededor. No podía apartar la vista del cadáver. Pero el *rex* había empezado a pasarse las manos por la cara, en busca de una calma que necesitaría para decidir qué paso dar a continuación. Algunos lanzaban maldiciones al aire. Otros no encontraban palabras para describirlo.

Renyi, que supo mantener la sangre fría, preguntó si habían dejado algún mensaje.

«Este es el mensaje», habría dicho Aladiah si hubiera encontrado la voz.

Una mujer había yacido antes en idénticas circunstancias no hacía demasiado tiempo. Ninguno de los presentes podía saberlo. Él sí, porque esa mujer asesinada por traidora, con el cuello rajado y el cráneo destrozado, había sido su hermana. La Sociedad fechó el día de la venganza por su rebeldía y procuró que Aladiah se enterase de hasta el más escabroso detalle. Así pusieron a prueba su lealtad hacia la organización.

Aladiah recordaba haber pensado en matarse mientras los asesinos

ponían rumbo a Telč, pero en lugar de eso se resistió y visitó la casa cuando supo que ya estaba hecho. Su hermana había sido degollada y marcada por su delito, pero nadie se ocupó entonces de eliminar sus rastros de sangre.

Aladiah fue quien lo hizo.

Los ojos sin vida de Levanah le trasladaron automáticamente a ese recuerdo. El peso que empezó a acumularse sobre sus pulmones no le permitió ni moverse ni respirar. Esperaba refugiarse en la indiferencia que el hechizo había creado para él, pero por primera vez desde que le fuera arrebatada la sensibilidad, Aladiah reaccionó al espectáculo.

Un cúmulo de emociones suficientemente penetrantes para arrebatarle la cordura se agolparon en él. Aladiah perdió el equilibrio, pero fue incapaz de apartar la vista del cadáver de Levanah.

—La he ayudado a cruzar hace tan solo unos minutos —explicaba Mara con voz temblorosa—. Supongo que La Sociedad no ha dejado una nota porque contaban con que Levanah me informaría.

—Descubrieron que estaba colaborando con nosotros —murmuró Dagon. Se agachó para acomodarle la cabeza, que al caer se había torcido en un ángulo doloroso. Abraxas se arrodillaba también en completo silencio para cubrir su cuerpo con una manta—. ¿Cómo?

Todos dirigieron una mirada turbada a Mara.

—Por lo visto, no se destruyen todas las pertenencias de los seráficos que se entregan a la muerte o bien son ajusticiados. Algunas se archivan en un almacén de La Sociedad. Levanah había sido interceptada por Quinto en el mencionado almacén. Buscaba objetos que hubieran pertenecido a mi madre, por si hubiese dejado alguna pista allí también. Los había, según me ha dicho... —Mara no podía ni mirar el cuerpo—. No es tan raro que los prefectos conserven pruebas de que una vez existieron los traidores. De hecho, necesitan sus cosas para investigar si podrían haberlo previsto, si había pruebas de sus planes ocultas en sus efectos personales, y así prevenir otro ataque.

—¿Y encontró algo?

—Quinto la encontró antes a ella. —Mara miró al *rex* con turbación —. Ahora saben que tenemos a Aladiah y que conocemos la verdad de la profecía. Quinto torturó a Levanah para sonsacárselo con uno de sus trucos de magia. Quería que supierais... quería haceros saber que lo siente. Que siente no haber estado a la altura.

—*Yo* lo siento —murmuró Valthessar, apretando la mandíbula—. No la ha matado porque supiera demasiado. Conocen el don de Mara. Habríamos averiguado qué se traen entre manos a través de ella. Solo quieren declararnos la guerra.

—Mucho habían tardado —masculló Samael.

—Míralos... Se suponía que ellos eran los corderos mansos, los que no entran en disputas. Los virtuosos y diplomáticos que dejan a la

altura del betún los métodos sangrientos de El Séptimo Círculo. —Luvart torció la boca. Miró a Valthessar—. Da la orden y saldré a cazar a ese hijo de puta y a todos los que pille por delante.

—No, no podemos precipitarnos. Tenemos que ser prudentes. Recordad que tenemos a La Magna de nuestra parte. Aunque esto haya sido una tragedia, confirma que La Sociedad está podrida y que seguirá degenerándose mientras Raziel ostente el lugar de regente.

»Lo primero que hay que hacer es sacar a Noveno de allí, o mucho me temo que correrá el mismo destino.

—¿Cómo pueden haberla matado? —se preguntaba Dagon, aún agachado junto a ella. Incluso sin vida, Levanah conservaba el brillo especial de los mortales con talentos sobrenaturales—. ¿Cuántas augures creen que hay en el mundo? ¿No se supone que La Sociedad valora los dones que a veces regala la humanidad? Levanah era...

—Era una áurea —se oyó decir Aladiah. No se había movido en toda la conversación, demasiado abrumado por los sentimientos que comenzaban a agrietar su coraza. Temblaba como si la temperatura hubiera descendido diez grados de golpe—. Los albos no quieren áureos ni humanos en sus filas. Solo quieren albos y a los hijos del linaje superior que describe la profecía. Nunca respetaron los dones de Levanah, del mismo modo que no respetan la vida con fecha de caducidad. Matarla solo es un modo de recalcar lo poco que les servía, y todo porque era vulnerable. Porque era mortal.

¿Habrían matado a su hermana por ese mismo motivo? ¿O la habían matado porque ella *sí* sabía demasiado? Las dudas que habían estado circulando en su mente se hicieron sólidas. Se encarnaron en una presencia física que lo apuñaló por la espalda. El dolor de la imagen de Levanah se iba extendiendo por su sistema como una metástasis.

Aladiah se asombraba ante la intensidad de las emociones, pero hubo un momento en que lo abrumaron y no pudo seguir allí de pie. Se habría derrumbado si no hubiera tenido la ira como sostén. No se daba cuenta de que todos allí lo miraban con temor; de que su rostro, indiferente durante días, se había desfigurado por culpa de una mueca de sufrimiento inhumano.

Aladiah abandonó la estancia con el alma en llamas. También la frente le ardía. Los sentimientos lo estaban agrietando por dentro y enfermaba de gravedad. Pero sobre todo le quemaban los ojos. Se dirigía con seguridad al final del pasillo, donde le constaba que los penitentes guardaban sus armas en vitrinas inaccesibles. Él las haría accesibles. Cualquier acero le serviría para descuartizar a Quinto, para darles el final macabro de su hermana mayor.

Su nombre se repetía en su mente una y otra vez, de la mano de la culpabilidad y una intensa amargura. Sentía cómo iba perdiendo el

juicio. Sentía que se estaba volviendo loco una vez más. Y estaba convencido de que, en esta ocasión, no lo superaría.

Una voz femenina se filtró entre sus tinieblas para obligarle a parar en el acto de romper una de las vitrinas.

—¿Aladiah? ¿Qué pasa? ¿A qué viene todo este revuelo?

Se dio la vuelta y clavó en Darda'il sus ojos inyectados en sangre. Ella, nerviosa de por sí, palideció por la impresión.

—¿Qué... te ha pasado? Tu cara...

Aladiah no contestó. Si su rostro reflejaba la revolución de sentimientos que lo estaba enfermando, entendía el miedo de la muchacha. Pero no estaba allí para tranquilizarla. Estaba allí para vengarse. Al marcharse la salvadora indolencia, había perdido también la poca prudencia que le caracterizaba. Lo veía todo rojo.

Quería matar, y si para ello debía inmolarse, bienvenido fuera.

Si tan solo hubiera sido consciente de algo distinto a su rabia, se habría alegrado de volver a experimentar emociones complejas. Emociones en su más pura dimensión; emociones capaces de matarlo. Estaba tan desacostumbrado a experimentarlas que desconocía el modo de gestionarlas. Se había alejado tanto de su humanidad que ahora, a causa de la fuerza con la que hacían acto de presencia, sentía más que nunca. Sentía todo el dolor que su cuerpo había ignorado o sido incapaz de reproducir. Sentía toda la rabia que le había acompañado desde el asesinato de Lea.

Sentía...

Por fin sentía.

Pero ¿a qué precio?

Capítulo XXXIII

Darda'il ni se lo pensó a la hora de seguir a Aladiah a la sala de armas, incluso temiendo que en su estado rompiera la vitrina, sacara el hacha que pertenecía a Samael y le rebanara el pescuezo. Consideraba más que justificado arriesgar su vida de esa forma tan aparentemente ridícula. Nunca había visto a Aladiah de esa manera.

Pensó que bloqueando la puerta le evitaría salir a dondequiera que deseara ir a sembrar el terror. Debía haber almorzado lo mismo que el temible Abraxas, porque su errático comportamiento era idéntico.

O eso, o le habían dado una noticia estremecedora.

Una noticia a la altura del asesinato de un ser amado.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba sin obtener respuesta. Aladiah abría cajones y seleccionaba entre las vitrinas los puñales que le parecían más apropiados. Darda'il, aprensiva de las armas, tuvo que hacer de tripas corazón para acercarse—. Aladiah...

Le puso una mano en el hombro y aguardó, esperanzada, a que reaccionase. Pero la ignoraba. Enseguida comprendió por qué. Sus miradas habrían coincidido si Aladiah hubiera enfocado la vista, pero no podía. Estaba perdido en un recuerdo terrible, sumido en la desesperación más devastadora. Se estremeció hasta el alma al verlo de ese modo, destrozado como el humano que no se había dejado ser.

Darda'il interpuso su cuerpo entre Aladiah y el armario de armas más peligrosas. Tomó su rostro entre las manos. No dejó de temer por su vida ni un instante. Aladiah parecía capaz de aplastarla con un solo dedo por atreverse a importunarlo en pleno arrebato irascible. Pero en cuanto entró en contacto con su piel, Aladiah fue presa de un escalofrío. Reaccionó con tal violencia a un roce tan simple que Darda'il lo entendió: su sensibilidad había vuelto. Pero había vuelto de forma tan repentina que Aladiah estaba a su servicio y no al revés.

La sensibilidad ante todo lo que había sucedido en su vida lo estaba aplastando.

—Oye... —Darda'il le dio una suave palmadita en la mejilla. La acarició para que se concentrara en ella—. Mírame. Vamos, mírame a los ojos. No te comportes como un perro sarnoso, ¿vale? Deja de fingir que te has vuelto loco, porque no me lo creo. Espabila, venga. Te aseguro que no quieres actuar como un kamikaze.

Aladiah no daba signos de estar escuchándola, pero no se movía.

En el mar turbulento que eran ahora sus emociones, las caricias de Darda'il apenas representaban la piedrecita que rebotaba contra la superficie del agua. Aladiah intentaba deshacerse de ella, pero no tenía fuerzas. Solo podía mover la cabeza de un lado a otro, como si hubiera estallado una bomba y no supiera en qué dirección echar a correr.

—Aladiah, no estás en tus cabales. Por favor..., cálmate.

Darda'il lo abrazó por el cuello. Quizá, reteniéndolo obrara algún resultado.

Aladiah seguía sin moverse más que para redistribuir los pesos de su cuerpo. Hasta eso parecía pesarle. Le pesaba él mismo. Darda'il supo que le devastaba ser incapaz de moverse a causa del shock, que primero lo había impulsado violentamente hasta allí y ahora lo paralizaba. Había terror, rabia y también lástima en su expresión. Y aunque aquello era doloroso a simple vista, Darda'il se descubrió maravillada porque Aladiah desplegara su humanidad.

El ramalazo de ternura hacia su vulnerabilidad la impulsó a besarle la mejilla. El contacto despertó por fin a Aladiah, que clavó en ella una mirada confusa. Parecía preguntarse quién era y por qué estaba allí. Pero había enmudecido, así que no pudo pronunciar sus dudas.

Darda'il sacudió la cabeza con dulzura, dando a entender que no importaba, y volvió a besarlo. Esta vez, en la barbilla. En la extensión de la mandíbula, definida por la tensión que allí se agrupaba.

Le habría gustado decir algo, pero no entendía nada de lo que estaba pasando. Quizá solo hubiera recuperado su sensibilidad y se le estuvieran juntando los horrores del pasado con los del presente. Pero entonces recordó lo que Aladiah le había dicho.

«A veces es más importante lo que no se dice que lo que sí. Tienes que aprender a sobreentender las llamadas de socorro en el silencio de tus allegados».

Sentía que él le estaba pidiendo auxilio. Y lo único que ella podía hacer, por una vez, era escuchar las sensaciones que lo iban arrasando y calmarlas a su manera, repartiendo tiernos besos por su rostro.

En algún momento, Aladiah tuvo una revelación y no pudo esperar para compartirla. Su voz emergió de lo más hondo de sus entrañas como el lamento de un animal.

—La mataron por mi culpa.

Darda'il pestañeó.

—¿Cómo? ¿A quién?

No obtuvo respuesta, pero supo que esa conclusión fue el detonante; lo que desencadenó el fin del hechizo y provocó en él un estallido emocional insoportable. La mirada perdida de Aladiah se cristalizó. Un segundo después, se encogía sobre su vientre, como si lo hubieran apuñalado en el centro del cuerpo. Un aullido de rabia le

quebró la garganta.

Darda'il juró que había hecho temblar la sala.

Aladiah rompió a llorar. Pero no lloraba como ella o como había visto llorar a otros. La impotencia le hacía maldecir, vomitar las palabras como si lo necesitara para sacar el veneno de una herida podrida. Darda'il pensaba que sería bueno para él, que era un modo de purificarse, pero entendió, al verlo cada vez más encogido, que si no hacía algo sufriría hasta caer inconsciente.

—No... no, no, no... Ven... —tartamudeó ella, intentando arroparlo con sus brazos—. Ven conmigo. Abrázate a mí. Puedes hacerlo. Soy tu sostén.

Darda'il pensó que, de un momento a otro, Aladiah expulsaría un demonio de dentro. Tenía tanto miedo de lo que estaba ocurriendo que se le saltaron las lágrimas, las mismas que empapaban el rostro que tanto había amado, primero de forma platónica y, ahora, con menos devoción pero total entrega. Darda'il lo estrechó contra su pecho con toda la fuerza que pudo reunir. Le acarició el pelo, la espalda rígida. Sentía sus músculos tensándose y destensándose a causa de los hipidos, las contracciones y los gritos que seguían amenazando con echar la casa abajo.

Estaba segura de que Aladiah moriría allí, en sus brazos, y a causa de una rabiosa agonía. Pero cuando estaba toda la esperanza perdida, sintió que Aladiah la rodeaba con el brazo y hundía la cara en su hombro. Notó que se agarraba a ella como quien se aferraba a la vida. Segundos después, Aladiah se separaba lo suficiente para pegar su mejilla a la de Darda'il, luego acariciar su nariz con la propia y, por último, fundirse con sus labios en un beso que le supo a súplica.

¿Qué le suplicaba con exactitud? ¿Que lo alejara de sus pensamientos? ¿Que lo llevara a un lugar mejor, donde estuviera a salvo? ¿Cómo, si la hecatombe se daba dentro de él?

Darda'il le impidió alejarse enseguida. Separó los labios y, acoplada a su ritmo apremiante, lo besó de vuelta. No dejó de recorrer su rostro húmedo con los dedos, unos dedos ansiosos por concentrarlo en algo distinto a su dolor. Quizá, si se hacía presente en su turbación, Aladiah pudiera regresar de los infiernos; aferrarse a una realidad algo más agradable. Pero para eso debía aceptar su mano tendida... y la aceptó.

Aladiah la abrazó tan fuerte que la levantó del suelo. Ella le rodeó el cuello con los brazos, todavía besándolo como si luego los esperase el apocalipsis. Las manos de Aladiah estaban apretadas en puños, seguramente a fin de reprimir los espasmos que aún lo sacudían. Pero tras una ristra de besos, algunos más despiadados y otros más dulces, consiguió estirar los dedos y usar las manos para recorrer su figura.

Darda'il jadeó. La urgencia de sus caricias la prendió de un modo

que se le antojó un pecado. Delineaba la poco pronunciada curva de la cintura, la línea de los hombros; incluso se aferró a sus pechos y hundió las uñas en las nalgas, enfundadas aún en la falda de pana rosa. Aladiah decidió que le molestaba y metió las manos por debajo. Concluyó que no le tenía ningún aprecio a las medias, porque las rasgó de un tirón para acariciarle la piel desnuda de los muslos.

—No sé... —jadeó él en su oído. Sus pezones respondieron a la calidez de su aliento poniéndose firmes de pronto—. No sé qué estoy haciendo.

Darda'il juntó las piernas para atrapar su mano, prodigiosa incluso en su adorable torpeza. Con solo rozarla, le había puesto el vello como escarpias. Darda'il temía hablar demasiado y acabar con el momento. ¿Y si desaparecía con la misma precipitación con la que se había dado?

—Creo que quieres... Creo que quieres tener sexo conmigo.

—Ah, ¿sí? —balbuceó con voz estrangulada. Seguía recorriéndola con dedos nerviosos, tanto que parecía que tuviera miedo de que Darda'il desapareciera—. No sé cómo funciona eso. Solo quiero... olvidar.

Darda'il tragó saliva, conmovida por su honestidad. Se decidió a tomarlo de la mano y explicarle sin hablar lo que debía hacer. Sus saberes en la materia eran igual de reducidos, pero sabía interpretar lo que su propio cuerpo le pedía. Y le pedía que la acariciara en su intimidad. Aladiah lo entendió, y, sin dejar de aferrarse a sus besos como un salvavidas, retiró la fina tela de la ropa interior y la tocó.

Darda'il pensó que se desmayaría. Se debatía entre cerrar los muslos y separarlos para que se sirviera a manos llenas. Buscaba, vacilante pero sin detenerse, un punto que la hiciera suspirar. En cuanto dio con él, lo acarició hasta que se le nubló la vista y empezó a jadear de un modo que podría haberla avergonzado. Pero no la avergonzaba porque no podía pensar. Estaba a merced de sus sensaciones, que se iban multiplicando conforme él torturaba su entrepierna. Con la otra mano, notó que le retiraba la chaqueta con flecos. Jugó con el cierre de su blusa con volantes hasta que Darda'il alzó los brazos, sacudiendo las caderas al mismo ritmo al que él hundía los dedos, y permitió que la desnudara.

Sentía que debía mostrar pudor. Exhibir la piel estaba mal visto en todas las culturas a las que había pertenecido. Entendió por qué cuando la mirada de Aladiah recorrió ávidamente su torso y se oscureció varios tonos. Las emociones que disparó dentro de ella la enloquecieron, y supo que haría cualquier cosa para mantener esa pasión en su rostro.

Darda'il seguía sacudiendo las caderas, cada vez más débil al envite de sus dedos. Empezaba a sudar...

—Te noto mojada —musitó Aladiah—. ¿Eso es bueno?

—Eso es...

Un sonoro gemido interrumpió su respuesta. Un orgasmo devastador se hizo con su cuerpo. La sacudió de arriba abajo y tuvo que confiar en los brazos de Aladiah como apoyo. Necesitó que la sostuviera por la cintura con una sola mano para no caer rendida.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—No... no... Todo lo contrario.

Darda'il sintió que se deshacía en amores por la gloriosa criatura que tenía delante, de la que surgía la ternura más genuina en momentos insospechados y de la que también cabía esperar un comportamiento turbadoramente sensual. Aladiah retiró los dedos de entre sus muslos, húmedos de sudor y fluidos, y comprobó que estaban manchados.

Para asombro de Darda'il los lamió con los ojos cerrados.

—¡Qué haces!

—No lo sé. Estoy improvisando.

A continuación, volvió a besarla. La ira no había dejado de latir en él ni un solo instante; solo la redirigía para hacer de ella algo hermoso, algo bueno, como siempre había sido la prioridad del Aladiah que amaba. La criatura que buscaba ansiosamente en sus labios la salvación del mundo, las verdades absolutas, no era con exactitud ese Aladiah. Pero descubría, estupefacta, que era mucho mejor.

Guiada por la emoción que suscitaba esa revelación, Darda'il le sacó la chaqueta, la camiseta y batalló con el cinturón. Los besos habían dejado de concentrarse en los labios del otro; ahora, Darda'il recorría el nuevo tatuaje con la lengua y besaba el centro de su cuello, ese hueco sensual en el que ya como prometida solía perder la mirada.

Quizá su obsesión nunca hubiera sido tan inocente, después de todo.

Aladiah le dio la vuelta bruscamente y le pegó el torso a la pared. No ver lo que estaba haciendo, lejos de asustarla, acrecentó su deseo hasta volverla una descarada. Darda'il sacudió las caderas y entendió que era eso lo que Aladiah quería hacer: quitarle el cinturón y subirle la falda para admirar la curvatura de sus nalgas.

Darda'il clamó al cielo entre gemidos al sentir la caricia de sus manos, las uñas que la marcaban.

—¿Qué hago ahora? —Su voz le llegó como en un sueño.

Ella apoyó las palmas de las manos en la pared y se apretó contra esta.

—No lo sé. Creo que tienes que hacer lo que... lo que te apetezca. Lo que sientas. Creo que debes seguir tu instinto.

—¿Y si el instinto me pide algo con lo que no estás de acuerdo?

—Te lo diré para que pares —le aseguró, dirigiéndole por encima del hombro una mirada ahogada de deseo—. Pero quiero que... que hagas conmigo lo que quieras. —Tuvo la decencia de sonrojarme—. Siempre he querido que me... que me...

—¿Que te...?

—Eras el único amable conmigo y tu beatitud me hacía admirarte, pero tanta cortesía dirigida a mí a veces me frustraba, porque sabía que entrañaba indiferencia, así que... Yo... Soñaba con que me trataras mal.

Aladiah no contestó. No podía verle la cara —había clavado la mirada en la pared para hacer su confesión—, pero supo lo que le había parecido cuando oyó el sonido del cinturón cayendo al suelo y el siseo de la cremallera del pantalón negro.

Darda'il sudaba de impaciencia. No sabía cómo se desenvolvería ella, pero no se le escapaba la mecánica del sexo y era consciente de lo que quería. Quería que la llenara. Resultaba sin duda curioso, porque las pocas veces que había visto alguna sesión de porno, Darda'il se había horrorizado. Ahora solo pensaba en hacer todas esas infamias con él.

Perdió el hilo de sus pensamientos al sentir el roce de su miembro. Aladiah acariciaba con el prepucio la longitud de su hendidura, los dos orificios vírgenes. Los nervios le secaron la garganta cuando escogió el inferior y se empujó un centímetro dentro de ella.

Darda'il arqueó la espalda. Notó que Aladiah apoyaba una de sus manos, considerablemente más grande, sobre la de ella. Notaba también la caricia de su piel resbalosa contra la suya.

—Quiero metértela de golpe —susurró.

Darda'il cerró los ojos, demasiado excitada para responderle.

—Hazlo.

Darda'il estaba convencida de que se arrepentiría, pero cuando Aladiah se insertó de un empellón, todo cuanto la sobrevino fue una oleada de placer indescriptible. ¿Tendría que darle las gracias a la profecía por ahorrarle dolor? No fue más que un vago pensamiento que quedó enterrado en cuanto Aladiah se separó para volver a penetrarla.

Darda'il se agarró bien a la pared. Aunque el ritmo al que comenzó a moverse parecía impuesto por el diablo, Aladiah había cerrado los dedos en torno a los de ella en un gesto dulce que la conmovió. Adoró el contraste entre la mano que le apretaba uno de los pechos y los besos tiernos que repartía por sus hombros. Pero sus furiosas embestidas se imponían, y cuando Darda'il quería disfrutar del tacto de sus labios, un nuevo embate se hacía con el protagonismo.

La sensación no podía describirse. Se sentía colmada hasta la

garganta, que se le había secado y cerrado. Estaba poseída. Lo único que podía hacer era gemir y suplicar sin orden ni concierto. Nada de lo que sollozaba —«por favor, por favor, sí, Dios, Dios»— tenía el menor sentido. Se notaba ardiendo por donde estaban unidos, pero no había dolor alguno. El modo en que estimulaba su pezón o recorría su espalda, o incluso le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, concentraba más y más calor en la zona del vientre.

Una parte de ella, la única que no estaba sumida en el descocado vaivén de sus caderas, aún no podía creer que estuviera ocurriendo.

El último ruego salió de su garganta a medias. Un nuevo orgasmo: uno aún más poderoso, capaz de derrumbar las cuatro paredes o el mundo entero. Darda'il jadeó sin importarle que la escucharan. Sintió su erección creciéndose dentro de ella, hinchándose para estallar.

Los dos rompieron el silencio con gemidos de liberación.

Darda'il no tuvo que rogarle que la sujetara. Aladiah la hizo por la cintura y la embistió una última vez, completamente pegado a ella, para vaciarse en su interior.

Disfrutó de la sensación de sentirse llena, aún con la mente en blanco. Estaba demasiado atolondrada por lo que acababa de ocurrir, pero quizá más tarde la invadiera la culpabilidad por la consecuencia que había evitado.

Si Aladiah quería dejarla embarazada, esa vez no lo habría conseguido.

¿O sí?

Capítulo XXXIV

Darda'il despertó sobreexcitada de un sueño profundo. Le resultaba incomprensible cómo había podido pegar ojo después del despliegue de emociones. Pero allí estaba ella, incorporándose con los párpados pesados.

Le desorientó saberse bajo unas sábanas que no eran las de su dormitorio.

¿La habían llevado a cuestas hasta allí?

La habitación estaba sumida en la penumbra salvo por un candelabro con cuatro velas. El detalle decimonónico la hizo sonreír. En aquella casa estaban muy anticuados o bien eran unos nostálgicos... O quizá no querían pagar la factura de la luz. En cualquier caso, lo que captó su atención fue la figura masculina encorvada sobre el escritorio.

De un tiempo a esa parte, Valthessar había accedido a devolver los muebles que pertenecían al dormitorio de Aladiah. Tampoco le había parecido necesario maniatarlo para que no se hiciera daño, de ahí que le hubieran provisto de una mesa en condiciones y una cama para dos. En ese momento, Aladiah hacía uso de una estilográfica y un taco de papeles. Estaba tan concentrado escribiendo que no se había dado cuenta de que Darda'il no solo acababa de despertar en un sentido físico, sino también el sexual.

Aladiah llevaba el torso desnudo, y la luz ambarina arrancaba destellos dorados a su alborotado pelo castaño.

Darda'il dedicó un rato a admirarlo con el corazón encogido. No había sido un sueño, entonces. De verdad habían... *consumado*. Se ruborizaba al recordar los detalles: su propia intrepidez y el talento nato de Aladiah para complacer a una mujer. No se arrepentía de nada... a excepción del pequeño detalle que la estaba atormentando.

Tenía que decirle, en el caso de que se hubiera hecho ilusiones, que no se quedaría embarazada. Aunque, a juzgar por el ceño fruncido que dirigía a sus escritos, ese no parecía el momento indicado. Ni tampoco para revivir sus fantasías sexuales, que, una vez avivadas, necesitarían atención cada cierto tiempo.

Por fin se levantó de la cama. Abrazaba con torpeza la sábana y la colocaba de manera que pareciese una diosa griega, como había visto en las películas. Por desgracia, lo más probable era que tuviera muy malas pintas.

Le daba igual. Aladiah la había deseado siendo como era, y Darda'il no se disgustaba a sí misma en el plano físico.

A veces era más importante ser resultón que verdaderamente atractivo.

—¿Qué haces? —le preguntó con timidez.

Aladiah despegó la vista de su hermosa caligrafía. Había preparado su mirada para concentrarla un instante, despistada, en quienquiera que le hubiera interrumpido. Pero al posar la vista en ella tuvo que ver algo arrebatador, porque su expresión cambió.

Darda'il se ruborizó ante su mirada fija.

—¿Por qué no lo observas tú misma?

Aladiah se despegó del escritorio y esperó a que Darda'il se sentara en su regazo. Eso fue lo que hizo, rauda, antes de que cambiara de opinión. Le costó concentrarse en la lectura de sus elegantes garabatos cuando él empezó a besar su hombro desnudo.

—Esto... ¡Oh! —Darda'il se olvidó de lo que estaba sintiendo cuando asimiló la información descrita en el texto—. ¿Estás escribiendo las normas que te habría gustado implantar en La Sociedad?

—Estoy escribiendo las normas que *voy* a implantar en La Sociedad.

La corrigió con suavidad, aunque no hubo una pizca de paciencia o amabilidad en su expresión, dura como el cerrojo de un fusil.

El reflejo de la luz hacía aún más siniestra su determinación.

—¿Que vas a...? Pero me dijiste que preferirías morir a regresar a La Sociedad. ¿Por qué has cambiado de opinión? ¿Es que has...? —Darda'il recordó cómo lo había encontrado en la sala de armas. En un estado de devastación absoluta—. ¿Es que has vuelto? ¿Tu corazón, tus lealtades...?

—¿Te refieres a si el hechizo se ha ido? No sabría decirte. He sentido cosas todo este tiempo. De forma selectiva, sí; solo tus caricias... —empezó, siguiendo con el dedo índice la curva del hombro femenino—, aparte del miedo a Reyyan por su papel de perpetradora y una leve molestia al pensar en mi hermana. No es que estuviera del todo perdido. Pero lo de Levanah...

Darda'il tembló en sus brazos al pensar en lo que había ocurrido.

Después de vestirse en el salón de armas para subir al dormitorio, donde repitieron la experiencia con el fin de descubrirse mutuamente en mayor profundidad, ambos habían cruzado por el salón. Allí se encontraban algunos penitentes debatiendo aún sobre lo ocurrido y cómo habrían de proceder. Darda'il había sido puesta al tanto de la forma más cruel. Había reconocido a Levanah en la mujer de cabeza rapada y aspecto frágil que reposaba en la alfombra. Ninguno de los miembros de El Séptimo Círculo estuvo de humor para hacer comentarios sobre los ruidos que les habían llegado de la sala de

armas, si es que los escucharon. Fueron rápidos al poner en común las tres primeras conclusiones.

Darían al cuerpo de Levanah un entierro digno en el Autem la próxima vez que reunieran con la diosa, se infiltrarían en La Sociedad para rescatar a Noveno de un destino parecido y se tomarían esa noche para pensar en una estrategia para devolver el golpe.

—Lo de Levanah lo ha desencadenado todo —dijo Aladiah.

—¿El qué ha desencadenado?

—Todo lo que había callado. No desde el hechizo, sino desde siempre. Nunca he podido desahogarme. Desde que recuerdo, ha habido una barrera entre mi humanidad y yo. Creí haberme convencido de ser ajeno al dolor, pero ahora veo que solo lo ignoraba. Lo escondía. —La miró en busca de comprensión—. ¿Tiene algún sentido lo que digo?

—Pues supongo que sí. Yo es que no me callo nada. Si me apetece llorar, lloro, y si me enfado, pues le grito a quien corresponda, así que no entiendo exactamente lo que puedas haber sufrido... pero sí sé que la gente reservada las pasa canutas. La cosa es (y espero no sonar insensible)... ¿qué tiene que ver el asesinato de Levanah con tu reformismo? ¿No deberías estar dibujando siete puntitos, ocho si te cuentas a ti, distribuidos por los alrededores del complejo de La Sociedad para masacrarlos a todos? ¿No es así como funcionan los asaltos, marcando por dónde entrará cada uno?

Aladiah enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Una masacre?

—¡No, claro que no! La mayoría de los pobrecitos que viven allí no tendrán ni idea de nada. Imagínate: enfrentarte a una muerte sangrienta a manos de ese loco despiadado de Abraxas solo porque tu regente ha estado jugando a ser Jack El Destripador y alguien debe darle una lección. —Torció la boca ante sus propias palabras—. Perdón, no he tenido mucho tacto. Levanah no era mi amiga, pero me caía bien. Me duele pensar en lo mal que lo habrá pasado.

Aladiah le retiró el pelo de la cara.

—Tranquila. Te voy a decir lo que tiene que ver: si no se quita del medio a Raziel y se pone en su lugar a un regente que redefina el concepto de «traición», se seguirán matando inocentes que intentan hacer lo correcto. Inocentes como Levanah, como mi hermana... o como yo mismo. El asunto de la matanza se lo dejo a El Séptimo Círculo. Confío en las estrategias de ataque del *rex*. Pero una vez arda la élite, ardan los albos y arda todo el sistema con ellos, alguien tendrá que ayudar a La Sociedad a resurgir de sus cenizas.

—¿Y tú quieres ser ese alguien? Pensaba que todo cuanto deseabas era desentenderte.

Aladiah la miró, pensativo.

—Sin que los albos la corrompan con su superioridad moral y su ambición, La Sociedad es una respetable organización con ningún propósito distinto a proteger a la humanidad, salvaguardar la tradición escrita y promover la idea de comunidad. Así fue concebida, pero los seres imperfectos estamos hechos para trastocar sea la que sea la institución que gobernemos. Alguien debe girar el timón del barco y devolverla a su punto de inicio, tan solo agregando cambios basados en la igualdad y la libertad individual. Y no me parece mal ser yo quien lo imponga. Por primera vez, estaría haciendo lo que quiero y como lo quiero.

—Entonces vas a dar un golpe de estado porque... —Darda'il ojeó lo que había escrito—. Porque crees que es falacioso asumir que, aboliendo el derecho a una vida individual, se está fomentando el espíritu de comunidad.

—No lo creo, sino que lo confirmo. Un individuo debe tener derecho a vivir experiencias personales. De lo contrario, se estaría limitando su aprendizaje, su desarrollo personal, y eso afecta directamente a la comunidad de la que forme parte. Siempre habrá pequeños detalles del carácter que nos diferencien los unos de los otros. Una vez asumido esto, no será tan complicado convencer a La Magna o a quien corresponda de que en la pluralidad de opiniones y vivencias está la riqueza del pueblo.

—Has rescatado algunas de las que yo te recordé —murmuró Darda'il. No había apartado la mirada de su preciosa letra. Siempre había sido un placer verlo escribir—. Derogar la Ley de No Reproducción, ofrecer la posibilidad de desertar sin que haya consecuencias... Esta última es por tu hermana, ¿verdad?

Hubo un tenso silencio.

—A mi hermana no la mataron por irse. Todos sabían que era inofensiva y no le hablaría a nadie de La Sociedad. La mataron para que no me hiciera llegar la profecía.

—¿En qué te basas?

—En el cadáver de Levanah. A Lea la asesinaron siguiendo el mismo proceso.

Darda'il dejó pasar un segundo para asegurarse de que no estaba sobrepasado por la emoción. Había sonado sorprendentemente calmado.

—Uno pensaría que es así como se les da muerte a los traidores, que es un protocolo establecido para estos casos...

—Nada más lejos de la realidad. Piensa en nuestros principios como comunidad: el pudor y la benignidad, entre otros. Independientemente de la gravedad de la ofensa, el cuerpo inerte de un seráfico nunca será exhibido tal cual fue. El cuerpo es un instrumento del que avergonzarnos, a fin de cuentas, y no hay nada de

benigno en arrancar una túnica para humillarlo después de muerto. Tampoco hay nada de benigno en degollar a un ser vivo y marcar su cuerpo con una hoja afilada, ni mucho menos para escribir una palabra que apenas se pronuncia. Y, por último, un seráfico no puede tomar decisiones sobre la vida o la muerte de un seráfico sin consultar a La Magna.

—¿Y lo de... el pelo? ¿Por qué se lo quitaban?

—Eso podría ser lo único comprensible. Cuando uno hace la transición a seráfico desde su humanidad, ya sabes que su pelo pierde color. Es una seña distintiva de los pertenecientes a La Sociedad. Quitándosela estás determinando que ya no pertenece allí.

»A mi hermana la asesinaron de forma brutal porque estaban operando al margen de La Sociedad. Estaban siguiendo intereses particulares. Yo, en mi ingenuidad, lo asocié al carácter sanguinario del regente de entonces, para el que mi hermana significaba algo más que una simple prometida. Galadiel debió dejarla entrar a sus dependencias privadas, porque ninguna otra cosa explica que pudiera robar la profecía y transcribirla. Pero ahora es innegable. Han matado a Levanah de la misma condenada manera para retarme. Para hacerme llegar un mensaje. No la habrían mandado metida en una caja si no supieran que yo estaba aquí para verlo.

Darda'il se arrebujó en la sábana para huir del frío.

—Y si mi hermana murió por la profecía —concluyó Aladiah en voz baja—, entonces yo también lo haré. Regresaré a La Sociedad y haré cuanto esté en mi mano para cumplir su última voluntad, que es, asimismo, la mía.

Darda'il tragó saliva, acobardada por su repentina decisión. Debería sentirse avergonzada porque todo cuanto le importara en ese momento fueran sus propios sentimientos, pero ¿qué podía hacer? Aladiah le había abierto los brazos. Habían podido disfrutar de ciertas intimidades, catar una chispa de verdadera libertad, y todo porque no estaban en La Sociedad.

Si él volvía, ¿qué iba a ser de ella? Y cuando se refería a «cumplir la profecía»... ¿pretendía forzarla a hacer lo mismo? ¿A engendrar sus hijos?

—Si vuelves a ser el regente, supongo que yo ocuparé mi lugar como prometida —murmuró, intentando que no se notara cuán reacia era a regresar.

—Claro que no. Ocuparás un lugar preferente a mi lado, si es que la comunidad seráfica nos elige a ambos para ostentar La Regencia. Quiero implantar un modelo de gobierno compartido. Además del Consejo, dos personas habrán de ponerse de acuerdo para las decisiones finales, y habrán de ser dos personas de diferentes estratos para dificultar algo más la corrupción.

—¿Quieres que yo sea... regente contigo? ¿Estás loco? ¡Yo no sé nada de nada! ¡Y no quiero esa responsabilidad!

—Entonces no te postules. Pero ese sistema de promesas y chorradas se acabará por mi parte. Por supuesto que los prefectos formarán en talentos y estrategia a los miembros de la comunidad, pero sin hacer distinciones. Y ser talentoso en un aspecto sobrenatural no le garantizará un lugar en el Consejo. Quiero que los miembros se elijan democráticamente y por valores diferentes a los mágicos, como la inteligencia estratégica.

La cabeza de Darda'il daba vueltas.

—No sé dónde encajo yo en todo esto.

—Sé que La Sociedad tal cual está ahora no es el lugar más atractivo del mundo. Yo jamás te obligaría a volver. Como ya ves, pretendo que un áureo o humano pueda colgar la túnica y marcharse sin mirar atrás. No habría represalias.

—¿Me estás echando de tu vida?

—¿Qué? ¡No!

—Pues es lo que parece.

—Déjame acabar. Yo... A ver... Aunque me hayas acompañado en los momentos más traumáticos de mi vida y tú seas un libro abierto, no nos conocemos demasiado —prosiguió, titubeando—, por lo que no puedo prometerte que... que no pueda vivir sin ti si me abandonas. Pero existe un vínculo entre nosotros que me ayuda a enfrentar con optimismo un futuro en el que...

—¿En el que cumplimos la profecía?

—Sí, es una forma de decirlo.

Darda'il agradeció estar más o menos de espaldas a él y que la iluminación fuera escasa. De lo contrario, se habría dado cuenta de que palidecía a una velocidad alarmante.

Pero ¿acaso no la había escuchado cuando dijo que no estaba preparada para los bebés?

—Entonces quieres implantar ese linaje... superior.

—Es lo que estaba empezando a hacer mientras dormías. —Señaló las páginas escritas con la mano—. Describir las características del régimen que habrá de acabar con el anterior. Algo de legitimidad tendrá lo que digo si lo avala una profecía, ¿no? Al principio me pareció una locura, pero ahora es lo que me permite albergar la esperanza de que saldrá bien.

Darda'il no podía evitar que le conmoviera su idealismo. Poco a poco estaba regresando ese regente al que, más allá de querer, había respetado profunda y sinceramente. Más que eso: lo había venerado. Habría muerto por él. Pero ahora que sentía que su amor se transformaba en algo distinto, que se alejaba de lo platónico para hacerse tangible, no estaba segura de querer sacrificar algunos

ámbitos de su vida.

Sin embargo, Darda'il no tenía otro remedio que rendirse a una poco halagadora evidencia. Si tenía que elegir entre Aladiah y ella, escogería a Aladiah sin pensárselo dos veces.

—Además, no es como si pudiéramos dar marcha atrás —agregó él, dudoso—. Se supone que ahora mismo podrías estar embarazada, ¿no? Es la consecuencia inevitable.

«Evitable sí es», fue a responder. Pero le había parecido entrever un amago de ilusión en sus palabras, y la posibilidad de hacerle daño, de humillarlo con su mentira, la paralizó en el acto.

—Eh... sí —tartamudeó—. Es decir... A ver... Hay algo que me gustaría...

—Si no quieres volver conmigo a La Sociedad, lo comprenderé. Entiendo tus reticencias. Yo tampoco regresaría si no tuviera la plena conciencia de que voy a remodelarla de arriba abajo. Solo te pido que... que confíes en mí. No ciegamente como hacías antes, sino con conocimiento de causa. Lee todo lo que he anotado, y, si te parece loable...

—¡Me parece loable! ¡Claro que sí! ¡Y muy admirable! Pero aun así hay algo que tengo que decirte y que tal vez no te haga...

Tuvo que quedarse con las ganas de confesar su pecado. La puerta se abrió de sopetón para que se asomara un Samael con aire impaciente. Con la hosquedad que emanaba, no habría sorprendido que hubiera dicho algo parecido a «mala suerte» si los hubiera encontrado enredados.

—Noveno está en el salón —anunció con voz queda—. Venid si queréis ver sangre.

Capítulo XXXV

La ambigüedad del aviso de Samael daba a entender dos cosas, y Aladiah se había inclinado por pensar que los penitentes habían cumplido sus jocosas amenazas. No le habría sorprendido bajar al salón y toparse con un espectáculo sangriento perpetrado por Abraxas, Luvart o cualquiera de los que se morían por ponerle la mano encima al sacerdote. Sin embargo, y gracias al cielo, El Séptimo Círculo se había desplegado en torno a él para asistirlo.

Por lo visto, había estado cerca de correr un destino parecido a Levanah. El *rex* lo había rescatado a tiempo, aunque estaba en una situación delicada.

Una situación *muy* delicada, teniendo en cuenta que se dedicaba a la magia.

Noveno lloraba amargamente mientras Xaphan trataba de detener la hemorragia de la muñeca. Ninguno de los presentes se atrevió —ni se les pasó por la cabeza— a burlarse de su susceptibilidad.

Le habían cortado una de las manos, y un sacerdote de la Orden dedicada a la hechicera Sehara necesitaba las dos para operar.

Todos los penitentes, incluidas Mara y Reyyan, miraban a Noveno entre consternados y llenos de rabia. Reinaba un silencio sepulcral solo alterado por el llanto del herido.

—Sé que no es el mejor momento —empezó Xaphan con calma—, pero vamos a necesitar que nos digas qué ha ocurrido.

—Han debido pillarte con las manos en la masa si se han puesto tan violentos —murmuró Samael.

Enseguida recibió una mirada irónica del *rex*.

—Supongo que no había otra manera de formular lo que acabas de decir.

—O se han puesto muy violentos o es que los seráficos son así, y no tan perfectos como nos venden en los cuentos —meditó Dagon—. No me sorprendería. A las sirenas también las venden como mujeres atractivas y son unos bichos marinos de lo más asqueroso.

Xaphan llamó a la calma con un «shh» que los silenció a todos. A todos menos a Noveno, que gimoteaba incoherencias mientras se toqueteaba la túnica manchada de sangre.

Le habían provisto de un cubo en el que había vomitado hasta las agallas. A Aladiah no le sorprendía. El espectáculo era exageradamente sangriento, y un sacerdote no estaba habituado a los

campos de batalla.

—M-me m-matarán —balbuceaba, en shock. No lograba enfocar la vista—. Yo lo s-sabía, s-sabía q-que me... q-que vendrían a por mí, p-pero no tan pronto, n-no tan... Ahora n-no tengo salvación, m-moriré como un p-perro. M-moriré como la pobre Levanah, m-moriré... moriré... Seré asesinado...

—No mientras tu seguridad dependa de mí —intervino Xaphan con calma—. En cuanto haya detenido la hemorragia y te haya curado las heridas superficiales, te llevaré con la diosa. La Magna no se opondrá a hacerte un hueco entre los empíreos mientras nos encargamos de tus torturadores. Hasta que la amenaza no haya pasado, no tendrás que recuperar tu lugar en el Consejo.

Noveno clavó en Xaphan una mirada inyectada en sangre. De un impulso inesperado, se incorporó del diván. Xaphan tuvo que impedir que se moviera poniendo una mano amable sobre su pecho.

—¡La amenaza no pasará! —aulló—. La amenaza solo irá a p-peor. La amenaza es más grande que t-tú, q-que yo, q-que el *rex* o Aladiah. Todo va más allá de nosotros. Todo... todo saltará por los aires y ni la mismísima diosa podrá hacer nada para salvarnos.

Luvart arqueó las cejas.

—Haberte quedado manco no te libra de acusaciones como la blasfemia, Noveno. Insinuar que La Magna no podría hacerse cargo de ti es cuanto menos descarado, ¿no te parece?

—Raziel no es más que un hijo de puta con un puñado de aliados, además —intervino el *rex*—. Y todo el mundo sabe que, cuando liquidas a los adeptos de un hijo de puta, el hijo de puta mencionado está acabado. Quinto será el primero en morder el polvo. Tienes mi palabra.

«Ha sido Quinto», pensó Aladiah. Aquel detalle solo lo hacía más sórdido. Un sacerdote debía empatizar más con otro. Aunque, visto desde otro ángulo, solo un sacerdote conocedor del que sería su peor destino podría ser tan sádico con un miembro de la Orden.

—Raziel no es más que un hijo de puta, p-pero su líder... El ser... ese ser al que sirve...

Noveno sufrió un espasmo generalizado. Se dobló por la mitad y vomitó de nuevo en el cubo. Aladiah se fijó en que escupía un espeso líquido negro y se preocupó.

¿Qué demonios le habían hecho?

Valthessar dio un paso al frente, de pronto inquieto.

—¿A qué ser sirve? Porque tengo entendido que lo único que Raziel quiere es asentarse en el poder. A sí mismo y al resto de los albos. Quizá crear una nueva raza superior que le garantice la supremacía...

Noveno estaba tan débil que era una crueldad obligarle a hablar. Xaphan lo sabía, y por eso intentaba devolverle la fuerza con

infusiones de sangre.

Noveno alzó la cabeza como si le pesara un quintal. Hilillos del vómito oscuro colgaban de su barbilla y oscurecían las comisuras de su boca. En el vacío de sus ojos se superponía la clase de miedo que podría paralizar un corazón.

—A Aladiah se le acusó de relacionarse con el Gran Grimorio —consiguió articular, en voz tan baja que todos echaron la cabeza hacia delante para escuchar—, y nosotros nos lo creímos porque alguien tuvo que poner en sus manos las runas que creaban a los súcubos. ¿Quién... quién creéis que se las dio? Raziel sabe que es un... un hijo de puta, un peón más, pero no depende de sus adeptos seráficos para conseguir lo que quiere. Depende de ese engendro maligno. Es el Gran Grimorio el que le pidió las runas a cambio de poner La Regencia en sus manos... para siempre.

Aladiah intercambió una mirada con Darda'il. Al verla atemorizada, su primer impulso fue entrelazar los dedos con los suyos.

—¿El Gran Grimorio en persona? —indagó el *rex* en tono grave—. ¿Cómo lo sabes?

—No, el Gran Grimorio en persona no. Hay intermediarios entre ellos.

—¿Metraton? —probó Samael.

—No. El general Metraton dirige el Enclave. Es un estratega bélico —murmuró Valthessar—. ¿Tiene otra mano derecha?

Noveno apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Sí. Se hace llamar... se hace llamar Leviathan.

—Apuesto a que nuestro amigo se educó en la religión cristiana —meditó Luvart en tono jocoso, aunque su mirada estaba oculta en las sombras—. ¿Cómo sabes todo esto?

Noveno le devolvió la mirada, ahogado en su propio dolor.

—Hechicé a Quinto para descubrir la verdad. Estaba dormido, así que pensaba que no lo descubriría, pero cuando un sacerdote atenta contra un miembro de la Orden de rango superior, las consecuencias son... devastadoras. N-no voy a sobrevivir, p-pero ha merecido la pena —decía con un hilo de voz—. Al menos ya sabéis... sabéis el alcance que t-tiene todo esto. Solo Quinto está metido en el ajo, p-pero porque los verdaderos perpetradores no residen en La Sociedad.

Xaphan rogó al *rex* con la mirada, impaciente.

—Me lo tengo que llevar, Valthessar. Si no, no puedo prometer que pueda salvarle la vida.

Se tomó unos segundos —todo el mundo funcionaba con lentitud desde la llegada de Noveno—, pero al final le dio permiso para marcharse con un gesto de mano.

—Espera —intervino Aladiah, dando un paso al frente—. ¿Cómo se comunicaban Leviathan y Raziel? Leviathan no podía permitirse

aparecer de repente, o de lo contrario habríamos sospechado antes. Debía existir algún código secreto para citarse a espaldas de todos.

Noveno tuvo que hacer un esfuerzo de memoria. Un esfuerzo por seguir respirando.

—Escribía sus coordenadas con su sangre fresca. Así Raziel sabía cuánto tiempo había transcurrido desde el envío de la nota... y así se evitaban que alguien pudiera hacer una encerrona. Las criaturas que sirven al Gran Grimorio tienen una sangre diferente, más espesa, más oscura, más... —Su voz se apagó. Todo él lo hizo.

Se derrumbó, exhausto, y por un momento nadie movió una pestaña.

—Está vivo —los apaciguó Xaphan—, pero no por mucho tiempo.

Valthessar lo apremió.

—Ve, ve.

Aladiah se puso a pensar como si le fuera la vida en ello.

No sabía qué opciones estaría barajando Valthessar, pero si fuera merecedor del respeto que le tenía como estratega, no habría barajado ni por un momento una visita directa. Tal y como se estaban manejando las traiciones en La Sociedad, era poco probable que les dejaran entrar por la puerta y fueran solo fríos al trato mientras discutían sobre los asesinatos.

Había transcurrido un tiempo desde la última vez que las disputas se resolvían así.

Tampoco podían infiltrarse en La Sociedad como si nada. Les triplicaban en número, como mínimo, y ya sabían que la sed de sangre de Quinto y sus habilidades poco tenían que envidiar a las del penitente más feroz.

Había otro punto importante a considerar.

Aladiah no estaba dispuesto a compartir a Raziel con nadie. Quería paladear la venganza él solo. Raziel no era Galadiel, a quien querría devolver a la vida para destruir otra vez, pero serviría para lo que se proponía.

Mientras los penitentes barajaban posibles ofensivas, cada uno desde el que consideraba el punto débil, Aladiah terminaba de perfilar sus ideas. Cuando estuvo convencido de sus posibilidades de éxito, se dirigió a Luvart.

—Tú eres una creación del Gran Grimorio.

Luvart alzó las cejas.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Como regente, tenía a mi disposición bastante información confidencial. Lo que quiero decir es que tu sangre puede servir para falsificar la dirección. Lo citaremos en terreno neutral, ni muy cerca de La Sociedad para que pida refuerzos ni muy cerca de esta casa para que no sospeche. Solo tres o cuatro hombres de los aquí presentes, ni

uno más; de lo contrario, os percibiría con olisquear el aire. Uno de ellos ha de ser Luvart por sus conexiones con el Gran Grimorio. Yo seré el que se encargue de Raziel.

—¿A qué te refieres con «encargarte de él»? —inquirió Samael, dudoso—. ¿Te lo quieres cepillar?

—Depende de lo que responda a mis preguntas. Si no las responde, esperemos que, acorralado por los cinco, se inspire un poco más.

—Por mucho que seamos cinco contra uno, ese uno vale millones. Raziel tiene nociones de magia blanca —le recordó Valthessar.

—Reyyan tiene todas las nociones de magia que existen y existirán —replicó Aladiah.

Luvart se rio alegremente.

—Estás como una cabra si crees que voy a poner a Reyyan en el ojo del huracán.

La aludida alzó la barbilla para mirarlo como si hubiera dicho una barbaridad.

—Tú estás como una cabra si crees que me voy a quedar en casa, de brazos cruzados.

—No se está tan mal en casa y de brazos cruzados —intervino Mara, encogiendo un hombro.

—Exacto —suspiró Valthessar, aliviado—. Tú en concreto estás que ni pintada en esa postura. Nada te sienta mejor.

—Me necesitáis —le dijo Reyyan a Luvart en voz baja—. Al menos, puedo crearos un hechizo de protección que os haga inmunes a los ataques.

—Eso sí puedo permitirlo.

Reyyan entrecerró los ojos.

—Oye, que no te estaba pidiendo permiso.

Mara lanzó un silbido admirativo.

—¡Eso es, Reyy! ¡Acaba con él!

—Ya hablaremos de eso luego —susurró Luvart, incómodo.

—No, no hablaremos de eso «luego» porque no va a haber «luego». Voy a ir como que yo me llamo Reyyan. Ahora.

—Eso mismo. Nos corre bastante prisa —intervino Aladiah.

—Es gracioso que digas que irás como que tú te llamas Reyyan, porque ese no fue el nombre con el que naciste...

—Es el nombre que me doy —le cortó ella—, igual que esta es la vida que me doy. Estoy en la Subrealidad para cumplir con mis responsabilidades como hechicera. Me destinaron para eso, aunque por el camino me dejara distraer. No pienso sentirme tan inútil como cuando me estudiaba un libro en la Torre de Coriander.

—No quiero que te sientas inútil, Reyy, pero tienes un cuerpo humano, frágil y...

No sirvió de nada que Luvart intentara persuadirla, porque esa fue

su última palabra. A continuación, Reyyan se posicionó al lado del *rex* y le indicó que esperaría su elección de tropa para proporcionarles el hechizo protector.

Valthessar, divertido por la demostración de arrojo, seleccionó en el acto a los indicados. Le acompañarían tan solo Luvart y Reyyan.

Posó la mirada en Aladiah.

—Lo de que te encargues tú del asunto no lo tengo del todo claro.

—¿Porque te gusta ser el protagonista en todos los casos?

—Ah, ¿vamos a volver a los sarcasmos? No los estaba echando de menos.

—Los juicios se celebraron contra mí, fui yo al que depusieron y tildaron de traidor, soy el que se buscaba para captura y posterior ajusticiamiento. Podría haber sido asesinado ante todos, porque humillado ya fui. Es de justicia que me encargue yo acabar con la amenaza de La Sociedad, porque, por si no lo has notado, *rex*, todo esto es un asunto que atañe a los seráficos. Y yo, aunque no se note, sigo siendo un seráfico.

Valthessar le sostuvo la mirada. No pretendía usar la intimidación para convencerlo de tirar la toalla, tan solo medir hasta dónde estaría dispuesto a llegar para hacer valer su palabra y su vida.

—No hace mucho te importaba muy poco lo que eras. Solo querías dejar de ser.

—¿Y no tiene una criatura derecho a cambiar de opinión?

—Por supuesto que la tiene, pero quiero saber el motivo del cambio. Si no es lo bastante convincente, podrías meternos en un problema al vacilar en el último momento.

El silencio se hizo en el salón. Era una prueba muy legítima, pero Aladiah no tenía nada que demostrar. Se limitó a barrer la estancia en busca de una cabeza rubia. Cuando localizó a Mara sentada de piernas cruzadas en el sillón, dejó descansar sus huesos y su alma atormentada en su parecido con Lea.

No había apenas rasgos similares. Mara había sido adoptada. Pero su forma de estar allí, de existir, de ver la vida; el modo en que sonreía y se expresaba... Ahí estaba la verdadera herencia de su hermana.

Cuando Aladiah devolvió la vista a Valthessar, este se había ablandado visiblemente.

—Es muy parecido al motivo de *tu* cambio —acotó Aladiah.

Valthessar asintió una sola vez.

—En ese caso, no puedo decir que no te comprenda.

»Cuenta con nosotros.

Capítulo XXXVI

Aladiah tenía la sensación de que aquel sería el primer día del resto de su vida.

Mientras esperaba entre las sombras a que Raziel apareciese en el claro citado, invitaba a su memoria a recordar los últimos acontecimientos.

Él siempre supo que, algún día, llevaría a cabo su venganza. Ni un solo paso dado en esa vida que todos habían creído perfecta había tenido otro objetivo que honrar a su hermana. Era cuestión de tiempo y de oportunidad, y nunca había dudado que sacrificaría su vida si fuera necesario.

A fin de cuentas, jamás tuvo un valor digno de ser defendido.

Sin embargo, cuando se ponía en el peor de los supuestos y se veía perdiendo la vida a manos de Raziel, un rostro tierno acudía a su cabeza.

Le asombraba la fuerza con que la predestinación irrumpía en la vida de una criatura magnánima. Darda'il siempre había poseído algo especial, pero ese algo se volvió irresistible a partir de cierto punto.

No sabía a dónde le llevaría su reciente obsesión con ella. Solo sabía que le daba una razón para volver a casa. No el amor ni la pasión; era muy pronto para hablar de lo primero, y lo segundo, aunque poderoso, no era determinante. Lo que empujaba a Aladiah a regresar era la certeza de que lo que fuera que tenían se convertiría pronto en algo maravilloso. Algo por lo que merecería la pena vivir.

El crujido de la maleza le alertó. Los penitentes se habían distribuido entre los matorrales del bosque para cubrir todos los flancos. Aladiah estaba solo en su escondite cuando vio a Raziel.

Una sonrisa apareció en su cara. El truco había surtido efecto. Ya lo tenía donde quería, a solas y alejado de La Sociedad.

Lamentaba que la fiesta fuera a celebrarse de noche. Era el momento del día en que Raziel, habituado a las sombras por su condición, se movía con mayor agilidad.

Aladiah retiró los ramajes que lo protegían y salió al claro con la mano sobre el mango de su daga.

Aunque el manto de hojas neutralizaba el sonido de sus pasos, Raziel tenía los oídos más finos de la naturaleza. Estiró el cuello, puesto al tanto de la visita, y enarcó una ceja. La luna brillaba intensamente sobre sus cabezas. Proyectaba su sombra plateada en el

espacio que separaba al regente y a su predecesor, veteando de gris el rostro de los dos.

Solo uno podía ver los efectos del astro. El otro podía sentirlos.

A Aladiah no le extrañó que rompiera el silencio con un contrito:

—Eres extremadamente predecible.

No sonó burlón o despectivo. Raziel se limitaba a constatar información sin dar su opinión al respecto.

—¿Quieres decir con eso que sabías que vendría yo a saludarte?

—No, pero tampoco me extraña. Aunque seas, como digo, predecible, sé que subestimarte sería un error; mira por dónde has conseguido sangre de traidor para tenerme donde querías.

—¿Traidor? —Aladiah sonrió—. Me extraña que llames así a tu nuevo amigo. No creo que ese término pueda correspondernos a mí y al Gran Grimorio por igual. Y, por favor... no intentes defender tu inocencia. Conozco tus motivaciones y todos los pasos que has dado para llegar a mí.

—Entonces sabrás que estás acabado, y que el único paso inteligente que puedes dar es el de la retirada.

—Yo no diría que estoy acabado cuando tengo lo que tú más deseas. —Aladiah lamentó tener que usar a Darda'il como cepo. Intentó sonar como si no le importara—. Todo esto no ha sido más que una estratagema para conseguir a mi prometida, a fin de cuentas. Y tengo entendido que ella no es tan ambiciosa como tú, así que no le tentó la idea de quedarse a tu lado. Un duro golpe para tu ego.

Raziel no se inmutó. Permaneció donde estaba, en pie como una hermosa estatua de marfil. Lo único que delataba su presencia como viva era la brisa que agitaba su túnica.

—Su negativa a mi negociación no me turba en lo más mínimo. Existen miles de maneras distintas de conseguir su vientre. *Solo su vientre*, lo que deja fuera su consentimiento o su corazón, lo único obtuso que hay en ella.

Aladiah aferró el mango de la daga para reprimir un acceso de ira. Tuvo que recordarse que un paso en falso le costaría la vida. La vida en paz, la vida justa; la posible vida con Darda'il.

—Menos mal que no quieres su consentimiento o su corazón, porque eso es algo que me pertenece a mí. Aunque, ahora que lo pienso, su vientre también está ya ocupado. —Hizo una pausa solo para disfrutar de la repentina inquietud que se apoderó de Raziel—. Está embarazada, *Sublimidad*. La profecía no tardará en cumplirse.

Todos los seráficos se caracterizaban por su impecable templanza, pero los albos que ocupaban La Regencia iban un paso más allá. Ahí donde otro seráfico la habría emprendido a gritos y golpes, Raziel solo se tomó un segundo para apaciguar sus emociones. Emociones que nunca, *jamás* había puesto en conocimiento de ninguno de sus

interlocutores.

—Yo no estaría tan seguro de esto, Aladiah —repuso en tono misterioso—. Todo puede pasar.

—Entonces no lo niegas —apuntó, no tan asombrado como asqueado—. No vas a negar nada de lo que te acuso.

—¿Por qué habría de hacerlo? No hay ningún estúpido en este rincón de La Tierra. Al menos, no os tengo ni a ti, ni al *rex* Valthessar ni al príncipe de los ángeles como tales. —La única sonrisa que sabía esbozar, una levísima elevación de comisuras, incomodó a Aladiah. Los había sentido. Sabía que estaban allí—. Ha sido un tanto ingenuo por tu parte pensar que podría teneros miedo. No sois conscientes de que el poder que me protege es superior a todos nosotros.

—Ah, ¿sí? ¿De pronto el Gran Grimorio te parece más poderoso que La Magna?

—La Magna no puede asegurarme la perpetuidad. Sabía de la existencia de la profecía, de los recelos que había levantado entre la comunidad de los albos, y nunca hizo nada para protegernos. Según Ella, el destino sabe lo que se hace. El Gran Grimorio, en cambio, nos ofreció una alternativa de supervivencia que, hasta ahora, no ha dado un solo fallo.

—¿No ha dado un solo fallo? ¿Contabas con que Darda'il se quedara embarazada, acaso? ¿Contabas con que me rebelara contra ti y sobreviviera a tus acusaciones para darte caza?

—Contaba con toda clase de complicaciones. Todas ellas serán resueltas, ya sea por mí o por Mi Señor.

—Tu señor —se burló—. Así llamas ahora al enemigo de tu raza; el engendro que se encargará de destruirte en cuanto no le sirvas porque, por si no te has dado cuenta, no permitiría que nadie que no fuera él dominara La Sociedad o cualquier organización protectora. Estos han sido sus primeros pasos hacia tu destrucción, Raziel, y tú lo has seguido como un perro faldero para llegar al mismo sitio. En cuanto dejes de ser útil, se dará la vuelta y te apuñalará de frente. No eres tan importante como crees. Más bien eres patético.

Aquella palabra pareció calarle hondo. La serena indiferencia de Raziel se vio trastocada por un ramalazo de soberbia.

—Tendrías que haber permanecido oculto en los basureros de Praga, Aladiah. Habría sido tu única oportunidad de sobrevivir —lamentó, en tono lúgubre—. Por desgracia, eres tan imprudente como tu hermana, y solo por eso vas a padecer los mil males de un final igual de trágico.

—Ni siquiera te refieras a ella.

—Te prepares o no, el poder del Gran Grimorio caerá sobre ti. Igual que hicimos con ella, tendrás que ver cómo te arrebatamos lo que más amas. Al final solo quedaréis tú y tu locura. Desearás estar muerto de

tal manera que acabar con tu vida será un acto de misericordia por nuestra parte.

Su insistencia por mencionar a Lea lo sacó de sus cabales. Aladiah avanzó hacia él, apretando el mango de la daga con los nudillos blancos.

—¿Qué dices de mi hermana, hijo de puta?

—Nada que no supieras o sospecharas ya. Del mismo modo que tú, tu hermana no sabía cuándo dejar de meter las narices en asuntos ajenos. Se la advirtió una y mil veces para que no jugara con fuego, pero ni siquiera después del «accidente» que involucró a su marido y a su hija supo abandonar el barco. Si hubieras visto cómo aceptó su destino... Cuando llegamos a su casa, forcejeó sin fuerzas durante apenas un minuto antes de rendirse.

Aladiah se quedó en blanco. La forma en que había pronunciado «accidente» lo desestabilizó.

—Hijo de puta —se oyó murmurar, una y otra vez—. Hijo de puta... Hijo de puta. Tú participaste.

—En esta vida, no se deja nada al azar. Los albos no estamos a favor de quitar del medio a quienes pueden sernos útiles; la joven Rebecca, tu querida sobrina mayor, habría sido una gran incorporación a La Sociedad. Pero tu hermana nos molestaba mucho más que el provecho que podríamos haberle sacado a la niña. Además... el don no se ha desperdiciado. Mara lo heredó, ¿no es así?

»Mara... —Paladeó el nombre de un modo que le puso la piel de gallina—. Una criatura excepcional, ¿verdad? No dudes que será nuestro primer objetivo si sigues interponiéndote en nuestro camino.

—Dudo que fuera vuestro primer objetivo, porque antes tendrías que pasar por encima de mi cadáver —bramó una voz masculina.

Aladiah no podía moverse de donde estaba, sacudido por el shock. Agradeció para sus adentros que Valthessar hubiera escogido ese momento para intervenir, acompañado de un igualmente solemne Luvart.

—*Rex* Valthessar. —Raziel habló con regocijo—. No creas que eso nos supondrá algún problema. No sois conscientes aún de que la amenaza que se cierne sobre vosotros supera toda convención. Uníos al Gran Grimorio o pereced.

Valthessar desenvainó su khopesh, una espada egipcia con la hoja curva ideal para decapitaciones.

Aladiah sintió su sonrisa macabra.

—El Gran Grimorio me puede comer los huevos.

Todo sucedió muy deprisa.

Aladiah se obligó a espabilar y extrajo también la daga que llevaba pegada a la cadera. En cuestión de nanosegundos, los tres estuvieron armados y listos para atacar a Raziel, que no hizo el menor gesto para

protegerse.

No iba armado porque no le hacía falta. Los albos podían invocar con sus manos hechizos de magnitud superior. Sin embargo, en el momento en que iban a cernirse sobre él, Aladiah observó con un muy mal presentimiento que de los dedos de Raziel no salían chispas plateadas. El humo negro que lo envolvió logró desconcertarlos a los tres, que detuvieron sus pasos en el acto y se miraron sin entender.

Raziel sonreía.

—Es adorable que pensarais que un hechizo que repele la magia blanca podría detenerme. Hace un tiempo desde que mis poderes superan los límites de mi linaje. —Los ojos de Raziel, cubiertos por una lámina transparente que le impedía ver, fueron paulatinamente oscureciéndose hasta convertirse en pozos oscuros. Al tiempo que extendía los brazos, la humareda negra trepaba por su túnica y lo elevaba a varios metros del suelo—. Soy el heredero de toda la magia, y mi sangre es la del elegido. Mis herederos dominarán La Sociedad y la Subrealidad porque nadie podrá hacer la competencia a sus dones. Los que se arrodillen ante ellos, sobrevivirán; los que rehúsen a presentar sus respetos, le verán la cara a la muerte.

Aladiah se cubrió el rostro con el antebrazo cuando Raziel terminó de alzar las manos y arrojó un rayo de esa extraña magia oscura contra ellos. Aladiah esperaba desintegrarse en el acto, pero al ver que nada sucedía, bajó la mano y supo a qué se debía su supuesta inmunidad.

Reyyan se había posicionado entre los tres con las manos en alto. Verla en acción lo estremeció, pero ya no por el pánico inicial a lo que podían obrar sus manos, sino en señal de temeroso respeto.

La magia de Reyyan, la magia de la hechicera Sehara, abarcaba posibilidades que no se podían equiparar a ninguna otra corriente. La magia de los albos palidecía en comparación, y la magia de la que Raziel hacía uso en ese momento, aunque se lo puso más difícil, no conseguiría derrocarla.

Chispas púrpura saltaban de los dedos de una concentrada Reyyan. La polvareda color malva que la envolvía entraría pronto en contacto con Raziel.

Por primera vez, Aladiah vislumbró el miedo en los ojos del enemigo. Empezaba a sudar, incapaz de contener la intensidad con la que Reyyan le dirigía un hechizo desconocido. En los ojos de Reyyan, en cambio, se había aposentado la calma del vencedor. Había dejado de parecer frágil y diminuta para convertirse en la temible hechicera de la que Aladiah había querido huir.

Ya no. Su deuda para con él estaba salvada, porque lo rescató de una muerte segura cuando Raziel bajó por fin los brazos y el hechizo lo desvaneció en el aire.

Aladiah pestañeó, perplejo. Miró a un lado y a otro. No había rastro del seráfico, pero dudaba que hubiera desaparecido por obra de Reyyan. Solo unas partículas violáceas flotaban el aire, como una raza distinta de luciérnagas.

—Qué tío más plasta —murmuró Reyyan, aún elevada sobre su nube de humo—. «Los que rehúsen a presentar sus respetos, le verán la cara a la muerte». ¿Quién se ha creído que es?

Los que aguardaban de pie sobre la hierba aún intentaban asimilar lo ocurrido.

—¿Lo has matado? —preguntó Luvart, asombrado.

Reyyan bajó las manos, aparentemente frustrada por no haber podido acabar con él. El campo de fuerza que la había elevado por los aires fue gentil al devolverla a la tierra, donde posó sus pequeños pies como una bailarina de ballet.

—No. Ha utilizado la fuerza de mi hechizo en cuanto ha entrado en contacto con él para teletransportarse. Ha huido como un cobarde... —Reyyan sacudió la cabeza—. ¿Queréis que lo rastree? Podría intentar adivinar su ubicación.

—Yo he tenido suficiente Raziel para el resto de la noche —admitió Luvart, mirándola con orgullo—. Y seguro que tú también.

—¡Qué va! —exclamó ella, envalentonada. Estaba ruborizada por el esfuerzo o bien por la ilusión—. Podría seguir haciéndolo el resto del día.

Luvart sonrió. La diferencia de altura le permitió posar la palma de la mano sobre su cabeza.

—Veo que te ha llenado de energía.

—¡Ha sido genial!

—¿Y no prefieres usar esa energía con otros fines? Solo es una sugerencia.

Aladiah y Valthessar se encontraban a millas de la pareja; al menos, muy alejados del buen humor con que se habían tomado la encerrona.

Como si de pronto hubieran sentido que podrían apoyarse en su mudez, el antiguo regente y el *rex* compartieron una mirada. En la del primero brillaban las lágrimas que no derramaría. La del segundo había sido dominada por la turbación.

Los dos pensaban lo mismo.

«Aquello no fue un accidente, sino otro asesinato».

La pérdida de la joven Rebecca y de su cuñado habían sido lo suficientemente dolorosas de por sí como para agregar ese sórdido cariz. Aladiah se negaba a encajarlo. Se negaba a aceptar que, poco a poco, le hubieran arrebatado a su hermana todo cuanto amaba. Y se negaba porque, aun sin saberlo, él mismo había sellado su destino al ser el protagonista de la profecía.

—No fue tu culpa —habló el *rex*. Aladiah se había comunicado con él en silencio—. No elegiste tu papel en la historia, Aladiah. Y si en algo se parecía tu hermana a mi *anandha*, la estarías insultando al tratarla como si no supiera lo que hacía. Apuesto mi alma a que Lea sabía dónde se metía. Quizá no imaginó que La Sociedad llegaría tan lejos, pero no habría querido tu protección. Solo deseaba hacer justicia y darte el lugar que te pertenecía.

—Rebecca y su padre no querían ni justicia ni barbarie. No querían nada. Solo vivir. ¿Cómo se supone que he de...? —Aladiah se miró las manos, abrumado. No consiguió verse ni las líneas de las palmas.

Notó que alguien le apretaba el hombro para transmitirle fuerza. Al alzar de nuevo la barbilla, se topó con el gesto solemne del *rex*. Sus ojos brillaban en la noche como la luna azul.

—Los mataremos a todos. Empezando por ese cabrón. No le devolverá la vida a quienes se quedaron por el camino, pero evitaremos que otros sufran lo que padeciste tú. Lo que padeció tu hermana... —Hizo una pausa— y lo que espero que no padezca Mara.

Aladiah se encontró con su mirada decidida.

—Quieres que guarde silencio —comprendió.

—Sé que es una injusticia pedirte que no compartas este luto con la única persona que podría entenderlo. Pero Mara... Mara se vuelve muy frágil cuando se trata de su familia. Es una herida que no sabe cómo sanar y solo aborda a ratos breves por la parte que menos duele. Si descubre esto, si descubre que a su padre y a su hermana también los mataron, perderá la cabeza.

»¿Puedo confiar en que guardes el secreto?

Aladiah levantó la mirada al cielo, como si quisiera pedirle permiso a las almas que supuestamente iban a parar allí. Cerró los ojos y se empapó del aire húmedo que flotaba en el bosque, de su olor a corteza y frondosa vegetación; de los murmullos cariñosos que se dedicaban Luvart y Reyyan unos pasos más alejados.

Invocó recuerdos borrosos de Rebecca y su pasión por las estrellas, por la estética vampírica de sus libros para adolescentes, por los cómics. Acudía la primera a la librería y hacía cola para adquirir un ejemplar de la primera tanda, lo que la obligaba a cultivar su paciencia. Ella sí era paciente, nunca se arriesgaba, vivía en el mismo silencio que su padre.

Ambos eran tranquilos, evitaban el conflicto y siempre extendían una mano al necesitado.

Habían pagado justos por pecadores.

El dolor lo inundó como un veneno capaz de obstruirle las arterias y mandarlo directo a la tumba. Era un dolor paralizante y despiadado. Un dolor como casi no había experimentado otro.

Miró al *rex* desde su parcela de tristeza y abandono.

No tuvo ni que hacerle la promesa. Si podía evitarle a Mara esa desesperación, ese rugir de entrañas, lo haría.

Capítulo XXXVII

Darda'il daba vueltas de un lado a otro. Por más que lo había intentado, no conseguía calmar su frustración. Y hasta que no lograra apaciguar sus alocadas emociones, le sería imposible pensar en una solución. Porque debía aclarar la situación antes de que se le fuera de las manos, si es que no se le había ido ya. Pero ¿cómo exclamaba alto y claro que no estaba ni estaría embarazada cuando ese era el señuelo para atraer a los villanos? ¿Cómo, sin herir los sentimientos de Aladiah?

—Si sigues caminando de allá para acá, vas a erosionar tanto la alfombra que vas a abrir una zanja. Y si esa es tu intención, con una pala te sería más fácil y más rápido.

Darda'il frenó de golpe al oír la voz de Dagon. Vio el cielo abierto al advertir una sonrisilla simpática en su rostro, que de todos modos se torcía inevitablemente a la resignación cada vez que la miraba.

Desde su conversación hacía un par de días, Dagon había procurado mantener las distancias. Darda'il estaría siendo justa con él y consigo misma si imitara su cautela, pero en ese momento no pensó y se aferró a las solapas de su chaqueta estampada al estilo Versace.

—He hecho algo muy malo, Dagon.

—Todos aquí hemos hecho algo muy malo. Por eso estamos en este sitio y nos hacemos llamar penitentes.

—No... no me refiero a eso. He... mentido. He engañado a... Os he engañado a todos.

Dagon enarcó una ceja.

—¿De qué estás hablando?

—De mi supuesto embarazo. Es imposible que... que se haya dado el «milagro» porque... porque... —Vaciló un instante. ¿Era sabio confesar su pecado? Al mirar a Dagon a los ojos, supo que tal vez se equivocara contándoselo a otro miembro de El Séptimo Círculo, pero no a él—. Mara me ofreció unos métodos anticonceptivos por si acaso se daba la ocasión, y yo, aunque al principio dudé, no creas que no, me tragué la pastilla. ¡Me la tragué, Dagon! ¡Y Aladiah no lo sabe! —Lo sacudió por la chaqueta, desesperada—. ¿Qué crees que pasará si le digo que le he mentido? Yo ya le dejé muy claro que no quiero ser madre, que yo lo único que quiero es seguir con vida, lo que ya es bastante complicado, sobre todo ahora que la he cagado mintiéndole a Aladiah y al *rex* y a todos los seres poderosos que habitan esta casa. Y

él me dijo al principio que no pasaba nada, que si yo no tenía el horno para bollos, y nunca mejor dicho, no había problema, que no era su intención convertirse en el patriarca de La Sociedad ni enseñar a sus hijos a jugar al bádminton ni nada por el estilo.

—¿Bádminton? —Dagon no entendía.

—Bueno, o a la petanca, o a conducir una bicicleta. Lo que sea que los padres enseñen a sus hijos. Yo no lo sé, porque mi padre solo se dirigía a mí para pedirme que le pasara el mando de la televisión o para regañarme por mis pésimas calificaciones. La verdad es que no tengo una experiencia genial en ese aspecto. Habiendo tenido unos padres más bien ausentes y despectivos, unos padres que no me querían ni para hacer las tareas domésticas porque me costaba hasta escurrir la fregona, ¿cómo voy yo a convertirme en una madre ejemplar? ¡Si yo no sé lo que es una madre ejemplar! ¿Acaso existen? En todas las películas que he visto y todos los libros que he leído, las madres eran causantes de la degeneración de sus hijos. Yo no quiero causar la degeneración de mis hijos, por eso me tomé la pastilla, pero Aladiah no tiene ni idea y va por ahí diciéndole a la gente que le feliciten porque ha concebido a su primogénito.

—Hombre, yo no lo vi muy entusiasmado. Puede ser porque el hechizo le dejó secuelas de tipo sentimental, no lo descarto, pero yo diría que puedes confesárselo sin que haya problemas.

—Pero ¿cómo lo voy a confesar? ¿Te imaginas? Si yo ahora me levanto y admito que una pastilla me ha dejado estéril, todos me odiarán. Me odiarán porque estoy aquí por y para eso. No sirvo para nada más. Es mi deber, mi destino definitivo, y yo voy y me tomo una puñetera pastilla para pudrirme los ovarios.

Dagon soltó una carcajada cariñosa.

—Nena, no es así como funcionan las pastillas anticonceptivas. Si dejas de tomártelas, te quedarás embarazada.

—Pero yo no quiero quedarme embarazada. Ni tampoco *no quiero* quedarme embarazada, porque por fin he descubierto mi don y desaprovecharlo sería muy descortés para quien lo decidiera así. También te digo que me molesta bastante que me hayan encomendado esto de parir. ¿No podían darme el don de la invisibilidad, por ejemplo? O la teletransportación, así voy de vacaciones a Bali sin coger aviones, que a mí los aviones me dan miedo. O el poder sobre el fuego, el hielo... Sobre los elementos, vamos. ¡O ser Elasti-Girl! Si se me cae algo al suelo, no me tengo que agachar, y si me olvido de cerrar la puerta, no hace falta que me levante, estiro el brazo y se acabó. ¡Por favor, si hasta habría preferido ser La Cosa! No es lo más estético, pero oye, mejor ser una mole de lava reseca más fea que una blasfemia que ser infeliz.

La sonrisa que Dagon esbozaba se tambaleó al oír la última palabra.

Se apiadó de ella acariciándole el pelo despacio, atenciones tiernas y pacificadoras que consiguieron que Darda'il se calmara.

Se sorprendió tan cómoda que no dudó en arrojarse a sus brazos y dejarse envolver por su cálida esencia.

Olía tan bien que cerró los ojos.

—Si vas a estar toda la vida con Aladiah, lo mejor sería que empezaras a confiar en él. —Oyó su voz muy cerca; tanto que parecía que estuviera dentro de ella—. Tienes que decirle lo que piensas, lo que sientes y lo que quieres. Y en función de cómo reaccione, elegir la clase de relación que quieres mantener.

—La profecía no dice nada de estar toda la vida con él —replicó con amargura—. Solo que habré de traer sus hijos al mundo, y ¿acaso tengo elección?

Dagon se separó para mirarla a los ojos.

—Siempre tenemos elección. Lo que pasa es que suele haber algo o alguien intentando decirnos lo que hacer, y si consideramos ese algo o alguien más importante que nuestra propia opinión, luego pasa lo que pasa: que elegimos en función a lo que les conviene a ellos y no a nosotros.

Como cada vez que hablaba con él, una curiosa sensación de familiaridad se instaló entre los dos. Darda'il lo miraba y sentía que estaban en sintonía. Por su parte, dudaba que existiera una conexión de tipo sexual, pero era innegable que entre los dos había un vínculo especial.

—Suena como si entendieras muy bien lo que es la presión.

—Yo no me he sentido presionado en mi vida, pero cuando uno tiene buen corazón, desgraciadamente está destinado a escoger lo que beneficia a los demás. Siempre —recalcó, retirándole el pelo de la cara —. No deberías avergonzarte de ser buena. Ese es tu don, no lo que pueda salir de tu vientre.

«Ese es tu don».

Los ojos se le humedecieron de puro agradecimiento.

—Nadie me ha dicho nada tan bonito. ¡Nunca!

—Pues acostúmbrate si te quedas por aquí cerca. Soy muy cariñoso. —Le guiñó un ojo.

—Ya... Gracias por el cumplido. Pero dime tú a mí para qué sirve ser bueno, aparte de para que te pasen por encima todo el rato.

—No puedo hablar por los demás, pero a ti te ha servido para que me obsesione contigo. Estar todo el día en mi cabeza tampoco es la gran cosa, lo sé. No deberías sentirte halagada...

—Claro que me siento halagada —balbuceó Darda'il, tomando su rostro entre las manos. La barba le hizo cosquillas en las palmas—. Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, estoy segura de que me habría enamorado de ti.

—Caray —irrumpió una voz gélida—. En cuanto uno se da la vuelta, corréis a los brazos del otro como si estuvierais imantados. No podéis evitarlo, ¿eh? Es superior a vosotros.

Darda'il esperaba toparse con la expresión vacía de Aladiah, pero había una emoción clara e intensa desfigurando su rostro en una mueca. Estaba tan furioso que ni podía moverse. La ira creaba un campo de fuerza en torno a su cuerpo.

Había aparecido escoltado por Valthessar, Luvart y Reyyan. Los tres observaban la escena con cierta aprensión, como si allí estuviera teniendo lugar una situación desagradable.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Dagon, que era tan ajeno a la tensión como Darda'il.

—No nos lo hemos pasado tan bien como os lo habréis pasado vosotros —bramó Aladiah.

Segundos después, cruzaba el salón a paso ligero para agarrar a Darda'il del brazo y sacarla de allí. Ella, sorprendida por la demostración de fuerza, se dejó llevar con la mente en blanco. Solo reaccionó cuando la hubo sacado de la casa.

El viento fresco que se levantaba a medianoche la ayudó a espabilar, pero no intervino a tiempo para inaugurar la discusión.

Él se adelantó.

—Supongo que no has estado meditando la propuesta que te he hecho. Lo entiendo: con tantos frentes abiertos, ni siquiera soy tu primera opción.

—¿De qué hablas?

Aladiah acaparó su espacio dando un único paso adelante.

—¿Quieres estar con él? —Sonó amenazante.

—¿Con quién?

—No te hagas la estúpida. Os oía hablar desde la calle. Privilegios de un seráfico y sus sentidos hiperdesarrollados. —Se señaló la oreja con ironía.

—¿Con Dagon? —Pestañeó, perpleja—. ¿Crees que siento algo por Dagon?

—No tengo ni idea de lo que sientes, Darda'il. Lo único que tengo claro es que aprovechas cualquier momento para arrojarte a sus brazos. No entendía por qué hasta ahora. Como muy bien has dicho, la profecía no dice nada de quererme o quedarte conmigo. Solo dice que tienes que quedarte embarazada. Podemos enfocarlo todo de otra manera, si quieres; una que «no te haga infeliz». Yo solo necesito tu cuerpo. Acordemos ahora que a él puedes darle todo lo demás y sabré a lo que atenerme.

Darda'il desencajó la mandíbula.

—¿Me estás diciendo que me líe con él?

—¿No es lo que quieres? —Extendió los brazos—. Con él tienes una

complicidad que no existe conmigo. A lo mejor, si te acostaras con él, no te preocuparía tanto tener un hijo. Como te sobra la confianza para hablar de las pastillas que tomas, tarde o temprano confiarías lo suficiente para dejar de consumirlas y quedarte embarazada de él.

Lo había oído todo, comprendió Darda'il.

Aunque se estaba cumpliendo lo que llevaba horas temiendo, no le puso la debida atención a su vergüenza. Por encima de todas las cosas estaba indignada por el modo en que la trataba, en que despreciaba los momentos que habían vivido y que ella atesoraba en su corazón.

—Te dije que no quería tener un hijo.

—Tampoco me dijiste que estabas tomando medidas para no tenerlo.

—¿Y por qué iba a tener que informarte? ¡Tú dijiste que no querías iniciar ninguna dinastía!

—También te dije que confiaba en ti. No ha sido el primer error que he cometido, pero sí el único que me ha pillado con la guardia baja. Querías tener elección, ¿no? Muy bien. Antes de que te vuelvas loca entre sentirte útil conmigo y quedar libre de mí, te eximo de tu obligación.

Darda'il se asustó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ya no tendrás que esperar a que me largue para ponerte cariñosa con Dagon. Puedes hacerlo durante las veinticuatro horas del día.

Dicho aquello, se dio la vuelta con la intención de dejarla con la palabra en la boca. Allí, sola y en medio de la nada, a unos pasos a la derecha de la casa y a otros tantos a la izquierda del corazón del bosque, oscuro como la muerte.

Apenas asimiló lo que acababa de soltar, se llenó de rabia y gritó:

—¡Eres un imbécil!

Aladiah detuvo la marcha de golpe, pero no se dio la vuelta. Eso le facilitó la confesión a Darda'il, que, aun así, empezó a vomitar palabras sin orden ni concierto.

—No sé si es que no te enteras de nada porque Reyyan te dejó medio idiota o es que no quieres ver lo que tienes delante. O a lo mejor eres un psicópata y sabes lo que siento y lo único que pretendes es oírmelo decir. Pues ¿sabes qué? Te has salido con la tuya.

Darda'il le hundió el dedo en el centro de la espalda, como lo habría hecho en el esternón si se hubiera dado la vuelta. Viendo que no iba a girarse, Darda'il lo rodeó y lo enfrentó con los ojos echando chispas.

—¿Qué es lo que te ha molestado? ¿Que le dijera a Dagon que, si pudiera, lo elegiría a él? ¿Y qué quieres que diga, tonto del nabo? Él no era un regente indiferente a toda emoción humana y totalmente

inmune a mis encantos, ni fue luego un pirado que prefería la muerte a ponerme un dedo encima, ni es ahora una criatura obsesionada con la venganza y la justicia que no ve más allá. Dagon es, dentro de lo que cabe, un penitente normal y corriente que habría estado dispuesto a cuidarme. ¿Tú estás dispuesto a cuidarme? ¡Si tu vida gira en torno a desquitarte por lo que le hicieron a Lea! Y no me malinterpretes, porque me puedo imaginar que no tiene ninguna gracia que te arrebaten lo que más quieres y encima descubrir luego que lo hicieron por algo relacionado contigo. Pero ¿qué puedes hacer? ¡No vas a devolverle la vida por más que pienses en ello, te sientas culpable o des todos tus pasos hacia la vendetta!

»¿Y puedes culparme por no querer tener un hijo con alguien así? Por favor, no soy tan estúpida. Ya sé que la profecía no me pinta como una madre con una Thermomix y una nevera llena de pines de viajes veraniegos que se hacen a centros de recreo para niños. Pero incluso si solo voy a proporcionar un heredero que luego La Magna acogerá bajo su ala para entrenarlo, seguirá siendo un hijo tuyo y mío. Y yo, por alguna razón que no atino a entender, te quiero y no me da la gana de tener tus hijos en estas circunstancias. ¡Igual que no quiero acostarme contigo en estas circunstancias!

»Yo tenía esperanzas puestas en ti, ¿sabes? Yo tenía y tengo muy claro lo que quiero hacer y ser contigo, y no se aleja mucho de eso, pero eres impredecible y a ratos me das miedo. ¡Pues claro que elegiría a Dagon! ¡Lo siento si te molesta! ¡Más me molesta a mí que seas el único bicho que quiero que me abrace, porque no me has abrazado en tu vida!

La voz se le quebró y no pudo seguir hablando.

Se negó a mirar a los ojos a Aladiah. Había verbalizado su verdad, los miedos que señalarían su vulnerabilidad, y no podría soportar ver la confirmación de todos estos en su expresión.

En su lugar, Darda'il dio un paso atrás con la cabeza gacha.

—Olvídate de esa estupidez de quedarte mi cuerpo y Dagon todo lo demás, porque yo no me voy a repartir según le convenga a nadie. No soy una dicotomía, no pienso fragmentarme para que me podáis usar como exige el destino. El destino que se ubique en la vida y rehaga sus profecías, porque yo soy un cuerpo, un alma, un raciocinio (más o menos): Darda'il es el conjunto de todo eso, y me tenga quien me tenga, va a tener que aceptarme al completo. Con lo bueno y con lo malo. Con mi metro ochenta, mis codos puntiagudos, mi verborrea y mis veinte años humanos.

Una vez se hubo desahogado, Darda'il se dio la vuelta y salió de allí como alma que llevaba el diablo.

Había conseguido reunir el valor necesario para expresarse, pero tampoco tenía tanto coraje como para quedarse a esperar una

respuesta. Entre todos los rechazos del mundo, el de Aladiah sería, por mucho, el único del que no se veía capaz de reponerse.

Dejó atrás el jardín, la casa; el solar donde se había levantado la maravillosa fortaleza de El Séptimo Círculo. Se encontraba muy próxima al bosque, hacia el que se encaminó con decisión.

Sabía que luego tendría que rehacer sus pasos y regresar. Solo estaba posponiendo el momento de enfrentar la decisión de Aladiah, porque ella ya lo había elegido a él mil veces. No obstante, un rato a solas no le vendría mal.

Siempre se había llevado bien con la tierra. Sus olores refrescantes, sus sonidos a veces inquietantes, la compañía que prestaban las criaturas escondidas y los rumores de los árboles eran un bálsamo para el alma de quienes sabían escuchar a la naturaleza.

Pero conforme más se iba adentrando en la oscuridad, más se enfurecía.

—¿Cómo puede ser tan idiota? Cómo se nota que hay un elevado porcentaje de hombre humano en su composición, porque vamos, no tiene nada que envidiar a los adolescentes que me gustaban en el instituto. Bueno, y mejor ni hablar de lo ciego que está. ¡Un cegatón es lo que es! Para que luego digan que solo los albos tienen ese punto débil. Me sé yo de un áureo que aparte de ciego, también está sordo y habla solo cuando le conviene, así que para colmo también es mudo. Estúpido idiota... ¡Vete a la mierda!

Habría seguido despotricando, pero una mano firme la envolvió por detrás. Presionó con tanta fuerza su boca entreabierta que Darda'il se mordió la lengua sin querer. El sabor metálico de la sangre no tardó en inundar su boca.

La sorpresa le robó el aliento, y cuando intentó respirar hondo, no pudo. Tampoco consiguió agitarse. La mano que la aferraba era solo una distracción. Al comprobar que no podía mover los brazos ni las piernas, supo que lo que la estaba paralizando era un hechizo.

Una voz distorsionada habló contra su oído.

—De esta sí que no te escapas, Asherah.

Capítulo XXXVIII

Darda'il despertó sobresaltada. Para una muchacha que necesitaba un par de horas para terminar de espabilar, resultó sorprendente que se ubicara enseguida en tiempo y espacio. El alarmismo que le habían generado las circunstancias bien merecía la rapidez mental.

Todo lo que sabía era que la habían dejado inconsciente de un golpe. Imaginaba que la habrían arrastrado hasta el lugar en el que se hallaba.

Fue incapaz de reconocerlo. Se encontraba en un sótano lo contrario a acondicionado, calado por las humedades, sucio por el abandono. Tiritaba como resultado del frío que se le había metido en los huesos, notaba la lengua hinchada por la mordedura inconsciente y le dolía la nuca.

Ahí debían haberle propinado el golpe, necesario para los que fueran sus propósitos.

Sin embargo, ni la oscuridad que reinaba allí ni el estremecedor silencio eran lo peor. En el aire flotaba un olor desagradable; tan desagradable que Darda'il torció la boca y se esforzó por contener la respiración.

—No huele muy bien, ¿verdad? —se pronunció alguien entre las sombras—. Tranquila, no estaremos aquí mucho tiempo si te portas en condiciones. Que te sientas cómoda no es nuestra prioridad, pero podríamos ser indulgentes si demostraras merecerlo.

—Aun así, lo tienes muy crudo —la advirtió otra voz—. No olvidamos tu comportamiento de la última vez... De las últimas veces, mejor dicho. Eres una rebelde empedernida, Darda'il.

Estaba tan aturdida por el ataque trasero y el repentino cambio de escenario que tardó un buen rato en reconocerlos. Ayudó que se retiraran de la comodidad de las sombras para mostrarse tal cual eran. Quinto y Raziel se acercaban a ella, el primero con cierto regocijo, y el segundo con expresión severa.

Darda'il se removió para huir. Fue ahí cuando se dio cuenta de que no era libre. Percibió el frío latón de la superficie a la que la habían maniatado, una placa vertical en concepto de camilla. La habían desnudado, y su postura en forma de equis ofrecía su entrepierna de un modo no tan vergonzoso como aterrador.

Saberse completamente a su merced la sobrecogió.

—Estoy ansioso por ver cómo te escapas ahora —susurró Raziel.

Fue el que se inclinó sobre ella como si quisiera contemplar su rostro de cerca—. En nuestra primera entrevista jugaste con el factor sorpresa. Nadie esperaba que tuvieras agallas. Pero esta vez hemos tomado todas las medidas imaginables. Si tienes algún as bajo la manga, este es tu momento para sacarlo.

Darda'il no se lo pensó. Acumuló saliva en la boca, mezclada con la sangre seca, y le escupió justo entre los ojos.

No era lo que a Aladiah le habría gustado que hiciera para defenderse, pero al contrario de lo que le advirtió en su día, Raziel no la atacó en respuesta. Solo se limpió el rostro con las yemas de los dedos, tan despacio que Darda'il no pudo decir que lo hubiera ofendido.

Sintió un irrefrenable e inoportuno deseo de ir a contarle a Aladiah que estaba equivocado; que se había quedado a gusto al humillarlo de ese modo. Pero enseguida comprendió que era bastante improbable que saliera de allí con vida.

Esa certeza entró en su cuerpo como una garra espectral.

—Si eso es todo, entonces tenemos motivos para ser optimistas —zanjó Raziel.

—¿Qué motivo vas a tener para ser optimista? —le espetó Darda'il —. Te di un rodillazo en los huevos que te habrá dejado estéril. ¿Cómo pretendes ahora tomarme como tu prometida, si es que eso es lo que quieres?

La fría sonrisa que Raziel esbozó, unida a la carcajada casi tierna de Quinto, le hicieron saber que estaba en una posición inferior a la que había creído al principio.

—No temas por eso, Darda'il. Incluso si yo no pudiera reproducirme, tengo unos cuantos aliados que podrían ocupar mi lugar. Y lo harían con gusto. Si fueras un poco menos conflictiva, te habría dado la oportunidad de elegir al que prefirieses.

—Y una mierda. Tú quieres ser la pieza clave. No le darías a nadie este supuesto honor. Lo que me pregunto es cómo es posible que seas tan imbécil. —Darda'il se oía hablar sin poder creerse lo que estaba diciendo. Ese lado suyo inocente y a ratos cobarde la observaba desde dentro absolutamente espantada—. La profecía habla de la supremacía del linaje que solo Aladiah y yo podemos concebir. Aladiah y yo, no tú y yo, no Quinto y yo. Por preñada que me dejes, no conseguirás lo que te propones porque tu sangre no es la del elegido.

No debería haberle sorprendido que eso alterase más a Raziel que el escupitajo. Que le recordaran su inferioridad respecto a un áureo debía ser la más intolerable de las humillaciones.

—Eso ya lo veremos. Nuestro objetivo de esta noche no tiene que ver con la reproducción. —Un brillo siniestro en sus ojos muertos la alertó—. Tengo entendido que ya estás embarazada. Y del «joven

elegido» que menciona la profecía, ni más ni menos.

Raziel hizo un gesto sutil con la mano. De inmediato, Quinto se personó a su lado empuñando una daga. El reflejo de un elevado grado de malicia oscurecía la expresión de Quinto. Él, que antaño fue considerado el «buen» sacerdote del Consejo. Él, que destacaba por sus bondades y habilidades frente a Noveno, su posible competencia, porque este segundo pecaba de soberbio.

Darda'il se habría reído si no hubiera tenido el estómago encogido de miedo.

—Nos habríamos ahorrado esto si hubieras mantenido las piernas cerradas —lamentó Raziel—. Pero parece que era superior a ti, ¿no es cierto? Igual que era superior a él. Vosotros los humanos sois carne de cañón para los pecados de esta tierra.

—¡Eres tú el pecador! ¡Has traicionado a tu familia! ¡A tu comunidad!

—¿Traicionado? —Pareció de veras sorprendido por la acusación —. Mi objetivo no es otro que garantizar la perpetuidad de mi raza, del linaje que aún hace de La Sociedad una organización poderosa, dueña de toda pureza y distinción. Velo por los albos, y si está escrito que los albos habrán de morir para la instauración de un régimen de burdos mortales, me encargaré personalmente de reescribir el destino.

—Así es —confirmaba Quinto.

El valor de Darda'il para desahogarse gritando había desaparecido. Sintió el miedo en su más puro estado cuando Raziel volvió a inclinarse sobre ella.

No podía moverse, tan solo ladear la cabeza para que no la besara si eso se proponía.

—La debilidad de los humanos me repugna. Solo hay una raza en este mundo capaz de traicionarse a sí misma y dejarse sobornar a cambio de... ¿de qué? ¿De una chispa de placer que se desvanecerá instantes después? He visto a hombres sacrificar sus lealtades por el calor de una mujer.

—Solo los hombres con corazón harían algo así, y tú no tienes uno.

—Y benditos seamos yo y mi linaje por nuestra evidente superioridad.

Darda'il sintió náuseas al notar el roce de los labios de Raziel en su mejilla. Estuvo a punto de llorar cuando notó el tacto rasposo y húmedo de su lengua recorriéndole el mentón. Se revolvió bruscamente con la intención de propinarle un cabezazo, pero Raziel reaccionó de inmediato y la mordió con saña en la carne del moflete.

Darda'il aulló desesperada.

—No eres tierna, no eres dulce, no eres suave... Solo eres una vulgar humana a la que le ha sido concedida la matriz de la princesa Asherah. Pero Asherah, al menos, era bella y majestuosa. Tú no eres

nada.

Darda'il había dejado de escuchar. Se encerró en sí misma para llorar a gusto y no se percató de que Raziel se retiraba, llevándose consigo sus castigadoras palabras.

Casi en el acto, Quinto ocupó su lugar.

Por el rabillo del ojo comprobó, horrorizada, que iba armado con un puñal. No poseía ese destello sobrenatural de los aceros azules, pues no merecía morir por la herida de una hoja milenaria. Era una vulgar humana, como Raziel había dicho, y las vulgares humanas podían morir de tan solo un mal golpe.

Ser consciente de su vulnerabilidad terminó de debilitarla. Enfrentarse a ellos no le serviría de nada; tampoco mostrarse juguetona o dispuesta.

No le quedó otro remedio que humillarse, rogándole a Quinto con los ojos encharcados.

—Eres un sacerdote de la Sehara, un privilegiado. No tienes que manchar tus manos con mi sangre, no tienes que empuñar esa clase de metales... Tú... tú estás hecho para otras cosas, Quinto; seguro que para grandes cosas. Pero La Sociedad te necesita piadoso, entregado a tus dones, no... no convertido en un carnicero.

Quinto entrecerró los ojos, no supo si porque le molestaba su insolencia o que estuviera obligándole a cuestionarse su papel.

—Cállate. Vas a necesitar todas tus fuerzas para sobrevivir a lo que voy a hacerte.

—Por favor, piénsalo —suplicó entre balbuceos—. Esto que está pasando aquí... lo de la profecía... no tiene nada que ver contigo. Involucra a los seráficos y a los áureos, y tú ni siquiera perteneces a La Sociedad como tal. ¿Qué te ha prometido Raziel, eh?

—Grandeza. No quiero ser un sacerdote más de tantos que ocuparon el Consejo de los Doce Prefectos. Quiero ser el sacerdote nigromántico que gestione la hechicería como la Sehara, y eso solo puede concedérmelo Mi Señor.

—¿Tu... Señor?

Quinto asintió, orgulloso.

Le habría gustado indagar más; quizá así, si regresaba con vida al lado de El Séptimo Círculo, pudiera ofrecerles información suculenta que compensara su inutilidad, su negativa a cumplir la profecía.

Quinto no le dio tiempo ni a pensar la respuesta. Desenvainó el puñal y se humedeció los labios mientras buscaba con la mirada el mejor espacio en el que realizar la incisión.

Darda'il abrió los ojos como platos al verlo posar la punta de la hoja bajo su ombligo.

—No, por favor. Por favor, por favor... ¡Por favor!

—Habremos de comprobar más adelante si solo tus hijos con

Aladiah sirven para crear el linaje superior o si, por el contrario, uno mío bastaría. —La voz de Raziel le llegó como en un sueño—. Pero antes de eso nos tenemos que deshacer del que ya tienes dentro.

Darda'il abrió la boca para gritar, aun sabiendo que nadie la rescataría. Sus aullidos reverberaron entre las cuatro paredes cuando Quinto hundió la hoja en su bajo vientre.

Darda'il se impulsó hacia delante involuntariamente. El dolor penetraba hasta la última capa de la piel. El mareo que sufrió al conocer la profundidad de la herida la hizo caer de nuevo contra la placa y golpearse la cabeza.

La había atravesado por entero.

Pero Quinto no se detuvo allí.

Con una sonrisa macabra en los labios, arrastró el puñal con lentitud, disfrutando del modo en que Darda'il convulsionaba. Ya no rogaba ni gritaba. El dolor la había paralizado y solo podía llorar, rendida a la conclusión más evidente.

Iba a morir allí. Iba a morir con el vientre rajado y abierto.

—Esto debería bastar —le pareció que decía Quinto.

Limpió la sangre de la hoja en la cara de Darda'il, acariciando casi con cariño sus mejillas con los laterales empapados.

—Me voy... me voy a morir... —atinó a musitar con los labios agrietados.

—No vas a tener esa suerte. —Quinto arrojó el puñal al suelo y alzó una mano, de la que emergieron las mismas chispas violetas que Darda'il había visto en los dedos de Reyyan—. Te mantendremos viva hasta que dejes de ser útil... para tu gran desgracia.

Darda'il sentía que la vida se le escurría entre los dedos. Nada de túneles de luz, nada de despliegues de recuerdos trascendentales. Estaban ella y un dolor agudo que la iba arrastrando poco a poco a la muerte de los sentidos. Y una vez dejara de sentir, dejaría de ser.

Pero el hechizo de Quinto tuvo el mismo efecto que la descarga eléctrica de un desfibrilador. La invadió un torrente de energía que la obligó a permanecer despierta y con todos los órganos sobreexcitados. Esto solo aumentó la intensidad del dolor y, con ello, la desesperación, porque no podría caer desmayada para salvar la vida. Estaba presa en la consciencia, y consciente de lo que ocurría a su alrededor, vio que Raziel empezaba a desnudarse.

—No —jadeó Darda'il—. No, no...

—Será solo una prueba. Nada definitivo —la tranquilizó Raziel, esbozando algo parecido a una sonrisa—. Tú y yo nos veremos en lo sucesivo para encargarnos del milagro de la vida.

Una alteración del aire lo acalló repentinamente. No solo a él; también Quinto giró la cabeza hacia las tinieblas del fondo del sótano.

Los dos se quedaron inmóviles, atrapados en una cápsula del tiempo. La propia Darda'il dejó de prestar atención a su indescriptible sufrimiento, como si la fuerza oscura que hacía vibrar el ambiente hubiera necesitado apoderarse de hasta el último aliento humano para materializarse.

Porque era innegable que *algo* se había materializado.

Darda'il oyó sus pasos igual que se oía el rebotar de una piedrecilla en el fondo de un pozo. El caminar del recién llegado era idéntico en misterio, abría surcos en la tierra. Se mimetizaba tan bien con la penumbra que Darda'il, con la mirada vidriosa, tardó un rato en reconocer al hombre que tenía domada la noche.

Pero no era un hombre, y ni siquiera tenía la apariencia de uno.

Era un dios.

¿Vendría a rescatarla?

Capítulo XXXIX

—Mi Señor —se apresuró a balbucear Quinto, cayendo sobre sus rodillas. Extendió las manos, preparado para recibir una maldición o una bendición. También Raziel mostró su respeto de aquella manera tan humillante. Pero a Darda'il no se le antojó vergonzosa, sino necesaria. A ella misma la embargó la clase de hondo respeto que se le debía a lo que no podía ser vencido.

Las pequeñas cadenas que pendían de su chaqueta y sus pantalones tintineaban a cada paso que daba. El entrechocar del acero se mezclaba con el chasquido del cuero al acariciarse, con el crujido de la tierra a sus pies. La melena negra de la criatura apenas acompañaba sus movimientos, como si hasta el aire que entraba en contacto con él estuviera a su servicio y él hubiera decidido que se retirara para dejarlo pasar.

Esa fue la primera certeza que invadió a Darda'il: lo que envolvía a la criatura no era oxígeno. Era una combustión química que causaba la muerte.

La criatura se detuvo delante de Darda'il. Su rostro estaba oculto en las sombras. Por el momento, encarnaba una pesadilla con olor a cuero y tormenta. Una pesadilla turbadoramente sensual hacia la que se sintió atraída de un modo vergonzoso.

Sus dedos enguantados delinearon el borde de la herida inflamada. Darda'il emitió un jadeo lastimoso que captó la atención de la criatura. Esta se inclinó entonces lo suficiente para que pudiera retratarlo.

Lo que vio la dejó sin aliento.

Era la cosa más bella que hubiera conocido jamás. Su rostro era el resultado de las caricias de la luna, de un tono plateado que lo hacía brillar como si hubiera salido de un cuadro. Su piel vespertina estaba surcada de cicatrices que parecían remiendos obrados por rayos de sol. No había ni sol ni luna en sus ojos, sin embargo, en los que Darda'il vislumbró un amor puro que la sobrecogió.

No existía el color que teñía la pálida mirada de aquella criatura. No era azul, ni gris, ni verde, ni nada que hubiera visto antes. Pero era perfecto.

Todo el cuerpo de Darda'il se torció dolorosamente en la dirección que tomó su mano enguantada, que dirigió en una bella caricia a su mejilla.

Su voz emergió de las profundidades de la tierra en una explosión de magma, ardiente y sobrecogedora.

—¿Me perdonas?

Darda'il asintió sin pensarlo. No pudo arrepentirse de hacerlo cuando los labios de la criatura se estiraron en una sonrisa de dientes blancos. Dos arrugas en las mejillas la encerraron en un paréntesis, como quisiera pedirle que guardara el secreto.

Cuando la criatura dio un paso atrás, el cuerpo entero de Darda'il se resintió. Sus órganos dejaron de funcionar, como si le hubiera arrebatado el respirador que necesitaba para mantenerse con vida.

Lo vio darse la vuelta y proyectar la grandeza de su tamaño sobre Quinto y Raziel. Fácilmente los doblaría en altura. Doblaría en altura a cualquier hombre que hubiera tratado. Fue la contemplación de sus hombros, sobre los que se derramaba el manto oscuro que era su melena, lo que la ayudó a ponerle nombre.

Era *Él*.

—Voy a tener la delicadeza de preguntaros qué habéis hecho antes de sacar conclusiones.

—Mi Señor —balbuceaba Raziel—. Pensábamos que esto era... Esto era lo que acordamos. Leviathan nos dio su beneplácito. Teníamos que deshacernos del hijo de Aladiah. Luego yo me encargaría de perpetuar...

Él cortó el aire con una sola carcajada.

—El enemigo siempre es más listo que uno mismo, Raziel. Tendrías que haber escuchado a la princesa fenicia, pues te estaba dando respuestas a preguntas que nunca formulaste.

—¿C-cuáles?

—Tú no eres el joven elegido. No puedes poseerla.

Aquella verdad cayó sobre Raziel como una maldición.

—Pero... pero...

—Tendrías que haber escuchado a la princesa —repitió más despacio—. Mis enemigos siempre son más listos que vosotros, almas corruptibles y ambiciosas.

—Mi Señor...

—Tu participación llega hasta aquí.

Darda'il creyó estar soñando cuando la mano del tercero en discordia desapareció en el pecho de Raziel. Atravesó su esternón como si la hubiera hundido en el agua. Sin tensar el brazo ni pestañear en el proceso, arrugó los dedos en una garra para destruir el halo de vida que conectaba a Raziel a la tierra. El rostro de Raziel se amoratá como si lo hubieran asfixiado, y fue pasando por todos los tonos de violeta hasta que toda su piel, teñida de negro, se deshizo igual que si lo hubieran carbonizado.

Darda'il habría pestañeado si hubiera podido solo para cerciorarse

de que aquello estaba ocurriendo. Achacó lo sucedido a un delirio provocado por la herida.

Pensó que, acto seguido, se dirigiría a Quinto y haría lo mismo. Pero Quinto solo sonrió, orgulloso de los poderes de su señor, y permaneció con la cabeza agachada en señal de respeto.

—En pie, Leviathan.

Quinto respondió al nombre levantándose de inmediato.

¿Había oído bien? ¿Lo había llamado *Leviathan*?

Darda'il experimentó un nuevo grado de horror al ser de nuevo el foco de interés de la criatura. Todo lo que quería decir —«no me hagas daño, por favor», «gracias por salvarme», «¿por qué me has salvado?», «¿cómo has podido acabar con la amenaza de Raziel en tan solo un instante?»— se le quedó atascado en la garganta. Su cuerpo experimentó una inconcebible agitación cuando Él deslizó la mirada sinuosamente por su desnudez. Y fue inconcebible porque Darda'il pudo reconocer, a través del dolor que amenazaba con partirla en dos, una excitación poderosa.

Quería que Él la tocara.

Y Él lo sabía.

Se detuvo frente a ella en completo silencio y comenzó a deshacerse de los guantes. Tiró de los extremos de cada dedo hasta que el cuero se deslizó por su piel emitiendo un sugerente susurro. Con la mano desnuda, recorrió el lateral de su cadera. Toda la sangre de su cuerpo se concentró allí y empezó a vibrar.

Quinto recitó unos versos que Darda'il había oído en algún lugar.

El despertar del joven heredero,
el alma de Asherah en cuerpo femenino;
harán sacrificio del antiguo abolengo
por la salvación del pueblo mestizo

El salvador, idealista entronizado,
prójimo de ingratos y pecadores;
Ella, encanto de Fenicia legado
corresponderá en amor y pasiones

En la comunión de dos almas nobles
debutará la suprema dinastía
la carne y sangre de sus descendientes
contra las felonías harán justicia

—Tal vez sea porque me gusta considerarme el centro del mundo —habló él, con esa voz que rajaba la piel—, pero yo también he convivido entre ingratos y pecadores. Una vez estuve cerca de un trono; ahora tengo el mío propio, y una idea muy clara de cómo debería ser el futuro. Se me podría llamar heredero, si también me merezco los títulos de idealista entronizado.

»Lo único que me lleva a pensar que puedo estar equivocado…

El corazón de Darda'il se aceleró cuando Él deslizó los dedos entre sus muslos. Al contacto con su entrepierna, vergonzosamente húmeda, tuvo que retirar la mano a toda velocidad.

Darda'il observó, anonadada, que la yema de índice y corazón estaban en carne viva, como si hubiera hundido la mano en el fuego.

—…es la parte del alma noble. Tal y como sospechaba, solo soy otro aspirante. —Se inclinó sobre Darda'il con esa sonrisa terriblemente atractiva—. Pero bien merecía la pena confirmarlo.

Darda'il se forzó a usar la voz.

—¿Creíais que vos y yo… podríamos… podríamos… iniciar una dinastía nueva?

—Creía que el destino podía demostrar una vez más su retorcido sentido del humor uniéndome a ti. No sería la primera vez que los azares me convierten en su marioneta —corrigió con dulzura. Su mirada se tornó insondable—. Y habría sido interesante unir a mis filas a los herederos de la sangre de Asherah. Pero por bella que seas, no contemplaría la reproducción tradicional.

Darda'il cerró los ojos, complacida, cuando acarició su melena con los dedos. Al abrirlos de nuevo, lo capturó perdido en la contemplación de un mechón rojo.

—Solo hay una criatura en este mundo por la que ardo de pasión.

Deslizó los dedos por la longitud del mechón hasta llegar a la punta. Lo soltó a desgana y volvió a incorporarse, envuelto en otra clase de energía; una más tenebrosa si cabía.

—¿Y por eso vas a dejarme vivir? —atinó a balbucear—. ¿Lo… lo harás? ¿Me dejarás vivir?

Él debía saber que no era una amenaza, porque se dispuso a desatarla lenta y cariñosamente.

—Te voy a dejar vivir porque no estás embarazada. Porque sé que no lo estarás hasta dentro de un largo tiempo. Tan largo que puede que, cuando estés preparada, yo ya haya cumplido mis objetivos… o mis objetivos me hayan destruido a mí. —Sonrió con ironía, como si le divirtiera imaginar su caída—. Pero debe quedarte clara una cosa, princesa.

Aun viéndose libre de las cuerdas, Darda'il no se atrevió a moverse. Tampoco habría podido, dada la gravedad de la herida.

Él prestó atención entonces a la abertura por donde se le iba la vida. Con tan solo deslizar los dedos por encima, ya con el guante encajado, la transformó en una larga cicatriz blanquecina. Darda'il tembló como un animalillo acorralado durante los segundos que sus manos tardaron en recomponer los órganos dañados. Segundos en los que una inmensa gratitud le hizo derramar una lágrima.

Él rescató la lágrima y la deshizo entre el índice y el pulgar.

—Llorarás más que esto si traes al mundo a los herederos del linaje definitivo.

—¿C-cómo?

—Cumple la profecía, Darda'il, y a tu prole le faltará tierra para huir de mí.

Darda'il sacudió la cabeza como si no lo hubiera entendido.

—No desearía tener que ocuparme de una nueva línea de descendientes cuando aún debo deshacerme de seráficos y penitentes. Créeme cuando digo que, se encuentre donde se encuentre tu futuro hijo, lo mataré con mis propias manos.

Otra lágrima corrió por su mejilla al entender la gravedad de la advertencia. Esa lágrima le hizo sonreír, pero esta vez la dejó correr libremente.

—Obedéceme o llorarás mucho más que esto, princesa fenicia. Mucho más.

Capítulo XL

Llevaban tres horas peinando el bosque; cuatro si contaba la que Aladiah había pasado gritando su nombre. Hasta el momento, sin resultados concluyentes.

No había ni rastro de Darda'il.

—Si estaba enfadada, no le verás el pelo hasta dentro de un rato —le había dicho el *rex*, desestimando su inquietud.

Aladiah se había presentado ante los penitentes de la casa para informar de su desaparición, y ninguno excepto Dagon compartió su alarmismo. Por fortuna, Aladiah supo jugar sus cartas y, con solo convencer a Mara de acompañarlo en la búsqueda, logró arrastrar al *rex* y a un par de penitentes más.

Aladiah encabezaba la marcha a paso rápido. Tan rápido que ni siquiera Valthessar podía seguirle el ritmo. No solo le movía la preocupación o el enfado —¿cómo demonios se le ocurría desaparecer en medio de la noche, y dirección ninguna parte?—, sino un fuerte sentimiento de culpa. Las acusaciones que había arrojado contra él daban vueltas en su cabeza, y no parecía que fueran a dejar de atormentarlo pronto.

Al principio se había negado a seguirla, aferrado al orgullo y furioso porque hubiera soltado mentiras tan flagrantes. «¡Más me molesta a mí que seas el único bicho que quiero que me abrace, porque no me has abrazado en tu vida!».

Claro que la había abrazado. ¡En una ocasión! Aladiah lo recordaba como uno de los pocos momentos especiales entre el horror y la desesperación. «Tal vez no me quieras tanto, si lo has olvidado», le habría escupido de vuelta, entre otras muchas lindezas que se le habían ocurrido.

Darda'il había inspirado su rabia al pronunciar el nombre de Lea de aquella manera, como si se estuviera interponiendo entre ellos o tuviera culpa de la complejidad de su carácter. Pero los minutos tras la discusión no pasaron en vano y le ayudaron a entender lo que había querido decir. No le quedó otro remedio que recular y admitir su parte de culpa.

Para ese momento, por desgracia, Darda'il ya no estaba allí.

No estaba en ninguna condenada parte.

Aladiah había tratado de apelar a su prudencia. Sabía que la tenía en alguna parte. La serenidad que lo caracterizó como regente no

había sido solamente obra del manto magnánimo, entre otros privilegios concedidos al que ostentara el cargo. Debía formar parte de él. Pero esa noche, cualidades como la paciencia brillaban por su ausencia.

Aladiah había empezado con un mínimo control de sus emociones. A esas alturas de la búsqueda, sin embargo, retiraba las ramas a manotazos y estaba a punto de tirarse al suelo a gritar hasta desgañitarse.

—Maldita sea, ¿dónde estás? —mascullaba, desesperado—. ¡Si lo que quieres es castigarme, puedes felicitarte: lo has conseguido con creces! Ahora, muéstrate, por favor. Te pediré perdón. Me arrodillaré si es necesario. Darda'il, yo no... Joder, cada vez me parezco más a ti. Ahora incluso hablo solo. Apiádate y vuelve a mí, te lo ruego...

—¡Aladiah! —lo llamó Valthessar—. ¡Aquí!

Él giró en redondo y buscó al *rex* con los ojos inyectados en sangre. Lo maldijo por su costumbre de vestir de negro. Entre el uniforme de luto y la oscura cabellera, se camuflaba con la noche. Gracias al cielo que Dagon, al que no había podido impedirle que saliera —tampoco habría renunciado a su ayuda, dadas las circunstancias—, resaltaba en contraposición con el que fuese el fondo.

Aladiah corrió hasta donde el *rex*, Mara y Dagon se habían agachado. La sangre se le heló en las venas al ver a Darda'il inconsciente, con el rostro cubierto de sangre y la túnica rasgada. Se acordó de cómo la había encontrado en los alrededores del complejo de La Sociedad: presentaba un aspecto similar, y entonces la habían besado contra su voluntad.

¿Qué le habrían hecho esta vez?

La rabia que lo invadió fue tal que se tambaleó. Se tuvo que forzar a mantener el dominio de sus emociones al agacharse. Le retiró el pelo de la cara, pegado a las manchas de sangre reseca. Tuvo que rascar con la uña para comprobar que no había una herida abierta debajo.

—¿Qué le han hecho? —murmuró Mara.

El *rex* se había incorporado para examinar las cercanías en busca de pistas.

—No hay huellas —determinó—. Y si las hay, el que las ha ocultado es un especialista. Tampoco percibo nada raro en el ambiente. Ningún olor...

Aladiah no escuchó. Palpó los brazos de Darda'il, su vientre, sus caderas. De esa manera no se aseguraría de que no hubiera huesos rotos, músculos desgarrados o moretones, pero necesitaba cerciorarse de que era ella y estaba viva.

Por un momento se había temido lo peor.

—¿Tan grave fue la discusión? —inquirió Mara—. No estoy insinuando que lo hayas hecho tú, pero tenía que estar muy enfadada

para alejarse de la casa sabiendo que...

—Darda'il no es la mujer más prudente que conozco —la cortó Aladiah.

—Eso es verdad. Pero así la quieres, ¿no?

En cualquier otro momento, Aladiah se habría preguntado si no estaban compinchadas. En ese, en cambio, solo pudo dirigirle a Mara una mirada que era todo sentimiento.

A continuación, la cargó entre sus brazos y emprendió la marcha a la casa con el alma encogida.

Empezaba a amanecer cuando Darda'il abrió los ojos. Aladiah, que había estado vigilando su sueño desde una butaca alejada, se puso en pie de un salto. Sabía que tendría que esperar un buen rato antes de que le fuera dada la oportunidad de hablar con ella. El *rex* se había puesto en contacto con La Magna para informar de las últimas noticias —el contacto de Raziel con el Gran Grimorio y la cicatriz en el vientre de Darda'il— y esta se había personado en el acto.

Resultaba extraño verla en La Tierra. La Magna nunca descendía a la Subrealidad si no intuía cierta gravedad en los hechos. Se podría decir que se debía a lo mucho que confiaba en sus guerreros, pero Aladiah estaba seguro de que solo quería recalcar quién tenía el poder.

La Magna no se presentaba. *Ellos* debían presentarse ante Ella.

Todos estaban sorprendidos porque La Magna se hubiera tomado las molestias. Vestía la vaporosa túnica escarlata que constituía el uniforme de sus audiencias, a juego con la melena que ondeaba a su espalda. Densos cabellos caoba nacían de la raíz y acariciaban sus hombros para llegar a las caderas como chispas de fuego.

Nadie debía acercarse demasiado si no quería quemarse o ser inmediatamente ejecutado por el atrevimiento.

La diosa se materializó en el acto a un lado de la cama de Darda'il. Sus bellos ojos fueron lo primero que la muchacha vio al espabilarse; ojos enajenados por una emoción turbulenta que Aladiah jamás le había visto.

Pensaba que, igual que había mostrado misericordia bajando a visitarla, sería benévola con la enferma.

Se equivocaba.

Estuvo a punto de interponerse entre las dos cuando La Magna agarró a Darda'il del cuello. Esto la despertó del todo, aunque solo acentuó su estupor.

«¿Quién ha estado contigo?». La pronunciación de las cuatro palabras podría haber partido la casa: las cuatro paredes del

dormitorio temblaron, sacudidas por el leve terremoto.

—Sa... Santidad —tartamudeó Darda'il—. Es un ho...

La mirada de La Magna se estrechó. Sus ojos, que segundos antes eran dos piedras topacio, se convirtieron en pozos negros.

«Quién. Ha. Estado. Contigo», repitió. «Puedo sentirlo en tu piel. Lo huelo en tu carne. Quiero oírtelo decir».

Aladiah dio un paso al frente con toda la intención de intervenir. Sin mirarlo, La Magna supo de sus intenciones. Levantó una mano en su dirección y lo paralizó en el acto; a él y al mundo entero, de modo que cuando Darda'il habló, rompió el primer silencio desde La Creación.

—Quinto y Raziel. —Darda'il pestañeó, confusa—. Sí... Quinto y Raziel. Quinto me encontró en el bosque, me agarró por la espalda y me dejó inconsciente... No sé de qué manera. Me encerraron en lo que parecía... un sótano, o una mazmorra, no me acuerdo. No había nada. No se veía nada. La oscuridad era inmensa, era... Quinto y Raziel me retuvieron allí.

«Hubo alguien más», determinó La Magna. «Había *algo* más».

Darda'il hizo el mayor de los esfuerzos por acordarse, pero por más que se estrujó los sesos, no hubo manera de que le diera la respuesta que anhelaba.

Aladiah se preguntó qué esperaba que le contestara. El relieve de las venas había hecho acto de presencia en su esbelto cuello, y miraba a Darda'il como si esperase una señal para matarla.

—No... No. Raziel me dijo que él instauraría el nuevo linaje, y Quinto me... —Darda'il se llevó una mano instintiva al vientre—. Quinto creía que estaba embarazada e hizo lo que creyó que debía para deshacerse del bebé. Me abrió una...

«¿Y luego te curó?», cortó La Magna. «¿Cómo te curó? No hay magia en la cicatriz. No hay puntos de sutura. No hay nada. *Nada*».

—No me acuerdo. Todo está borroso después de la herida del vientre. Creo que empecé a delirar y...

«Dime qué viste en tu delirio».

Darda'il cerró los ojos para pensar.

«Tuviste que oír algo. Su voz», insistía La Magna.

—Yo... —balbuceaba Darda'il—. No me acuerdo, no...

«¿Alguien te tocó? ¿Te profanó?».

—Creo que no.

«¡No me importa lo que tú creas! ¡Quiero la verdad!».

Darda'il pestañeó deprisa para contener las lágrimas. Se asfixiaba en su propio agobio, y la mano de La Magna empezaba a presionar.

—Yo solo sé que Raziel... Raziel murió. Raziel murió ante mis ojos. No sé cómo, simplemente se desintegró, se... Está muerto.

«Alguien lo mató. Di su nombre».

—No sé quién fue.

«¡Tienes que saberlo! ¡Di su nombre!».

—¡No lo sé! —Rompió a llorar desconsolada.

Aladiah no pudo soportarlo más y redujo el espacio que los separaba. Plantó la mano sobre la muñeca que La Magna usaba para ejercer presión. De inmediato se giró hacia él con una mueca que condenaba su atrevimiento.

Pero él no la retiró.

—No sabe nada —aclaró en tono neutro—. Es humana. Es lógico que, en pleno delirio a causa de una herida mortal, se le escaparan algunos detalles.

«Retira tu mano si no quieres que te la corte».

Aladiah obedeció, pero la apartó muy despacio para dejar claro que no temía su orden.

«Hay algunos detalles que no se olvidan», concluyó con aspereza.

La Magna soltó a Darda'il acto seguido. Cayó, desmadejada, sobre la almohada. Las marcas de los dedos de la diosa se quedaron latiendo en su piel.

Ella se incorporó como si allí no hubiera tenido lugar un agresivo interrogatorio. Había una emoción penetrante bailando en sus ojos, algo que, si no la conociera, Aladiah habría interpretado como... *celos*.

—Raziel ha muerto —dijo Aladiah—. Eso es todo lo que debería importarnos. Con él se van los problemas de La Sociedad.

«¿Y se van los tuyos?», contraatacó, mirándolo con una ceja enarcada. Se inclinó sobre él, alta como era, y le sonrió de forma perturbadora. «Porque los míos siguen entre nosotros».

Aladiah se disponía a contestar cuando alguien irrumpió en el dormitorio. El *rex* esperó bajo el umbral, con la solemnidad necesaria, a que La Magna le hiciera un gesto de acercamiento.

—La seráfica Dahlia ha venido desde el complejo de La Sociedad para confirmarnos que el Consejo se está desmantelando. Por lo visto, ha llegado una vasija con las supuestas cenizas del regente Raziel, y Quinto se ha fugado. No hay rastro de sus efectos personales en el que fuera su dormitorio, y llevaban unos cuantos días sin verlo. Vasiariah está encargándose de forma temporal de que no cunda el pánico.

La Magna lanzó una mirada veloz a Darda'il. Cada célula de su cuerpo, si es que estaba compuesta de ellas y no de polvo de estrellas, indicó al hacerla temblar que no quería que nada ni nadie la movieran de allí.

Algo sobre el secuestro de Darda'il la había perturbado. Gracias al cielo, supo atender sus prioridades y desapareció en pos del *rex*. Aunque el *rex* debió posicionarse inmediatamente detrás, como dictaba su situación de inferioridad.

Se esperaba que Aladiah se involucrara también. Era La Sociedad la

que estaba en crisis. Sin embargo, celebró para sus adentros haberse quedado a solas con Darda'il. Pensaba abordarla sin más, pero al cruzar miradas con ella se dio cuenta de su increíble vulnerabilidad.

Aladiah hizo ademán de acercarse. Darda'il se encogió bajo las sábanas.

—No te acerques —rogó con voz temblorosa—. Quiero... quiero estar sola.

—Necesito hablar contigo. Sé que tal vez no sea el momento, pero no pretendo interrogarte ni...

—Quiero que te vayas —insistió, esta vez con aplomo.

Aladiah vaciló. Tenía un pie adelantado hacia ella y otro a punto de seguir la misma dirección. Se dijo que debía ser paciente. Darda'il había vivido un shock y no dejaba de ser humana. Su naturaleza frágil le impedía sobreponerse en el corto plazo. Y no debía tomárselo como algo personal, insistió en convencerse. Aquello no tenía nada que ver con él...

Aun así, cuando ella lo miraba con los ojos anegados en lágrimas, como si hubiera sido el causante de la desgracia, su argumento se tambaleaba.

—¿Me culpas de lo que ha ocurrido? —preguntó con voz queda.

Darda'il se arrebujó bajo las mantas.

—No... yo... —Cerró los ojos—. Déjame sola, por favor. Tengo... tengo miedo.

—Si tienes miedo, lo último que debes hacer es quedarte sola.

Darda'il le dirigió una mirada desesperada. Y Aladiah, que nunca había tenido del todo claro qué querían decir las mujeres —pese a hablarle con una claridad que deslumbraba—, por fin supo interpretar al pie de la letra lo que le pedía: aunque le hubiera dicho que se marchara, no podría perdonarle jamás que la obedeciera.

Así pues, Aladiah cruzó el dormitorio con solemnidad y no esperó a que ella apartara las sábanas para tenderse a su lado. La abrazó del modo en que Darda'il le había reprochado que no hubiera tenido nunca esa iniciativa. La estrechó con fuerza, como si quisiera exprimir esa verdad que ni La Magna había podido sonsacarle; la verdad que se había quedado atrapada en la maraña de sus pensamientos caóticos.

Aladiah apoyó los labios en su coronilla. Su cabello le provocó esas cosquillas familiares que hacían brincar su corazón.

—Puedes contarme lo que ha pasado —le susurró—. No traicionaría tu confianza ni siquiera ante la diosa.

Darda'il no se movió de donde estaba, hecha un ovillo y pegada a su pecho como si allí dentro quisiera esconderse. ¿Habría sitio para ella en ese lugar que antes había sido inhóspito, en ese vacío donde la magia le había dejado cicatrices, aunque no tantas como el pasado?

—Es que no lo sé —sollozó contra la tela de la chaqueta oscura. Se

aferró a ella con el puño crispado—. Sé que pasó algo, sé que hubo alguien, sé que me hicieron daño y que luego me curaron, y sé... sé que debo obedecer este presentimiento que me ha dejado, pero por más que escarbo, no hay nada. *Nada.* ¿Me han borrado la memoria?

El corazón se le rompió cuando ella alzó la barbilla, los ojos inundados, y le rogó con una mirada que le diera una respuesta.

Ojalá pudiera proporcionársela. Ojalá hubiera estado allí. Ojalá no la hubiera hecho rabiar.

—No lo creo. Sabes quién soy, ¿no es así? —le respondió en voz baja, rozándole la sien con los labios—. Y sabes quién eres tú. Sabes que el verde es tu color favorito, que tienes los pies frioleros y que eres de la escuela del optimismo: crees que hay más gente buena en el mundo de lo que abunda la perversidad. ¿Se te ha olvidado algo de eso?

—No.

—Entonces no te han borrado la memoria. —Le acarició el brazo por encima del pijama que le habían prestado, dos piezas de franela salpicadas de lunares azules. Aladiah decidió claudicar con un suspiro que mezclaba el alivio de tenerla, aún vital, entre sus brazos—. También sabes que te internaste en el bosque, furiosa, porque soy un imbécil redomado, ¿verdad?

Ella bufó.

—Eso es lo más difícil de olvidar de todo.

—Bien. Tal vez te interese entonces oír algunas puntualizaciones, porque lo que no sabes es que lo siento... y que tienes razón en todo lo que dijiste.

Vio los sentimientos encontrados en la expresión dudosa de Darda'il cuando alzó la mirada para comprobar que era sincero.

—Eso no lo sabía, pero porque tú no me lo has dicho hasta ahora, no porque se me haya olvidado. Si lo hubieras admitido, no habría abandonado mi mente jamás, porque, por si no te has dado cuenta, tengo una memoria excelente cuando se trata de almacenar detalles sobre ti. —Darda'il tragó saliva—. Es una pena que tú no puedas decir lo mismo sobre mí. Una auténtica pena.

Aladiah separó los labios para contradecirla, pero Darda'il cerró los ojos, dando por zanjada la disputa. Presionó aún más la mejilla contra el pecho de Aladiah, hundido por los estresantes acontecimientos, y trató de invocar el sueño.

Pensó en despertarla con una necesaria corrección: claro que podía decir lo mismo de ella. Darda'il no acaparaba su mente hasta el punto de hacerle olvidar lo que tenía delante de las narices, no. Aladiah podía respirar tranquilo sabiendo que no le obsesionaba de un modo enfermizo, que no limitaba su actividad y ni le convertía en un desesperado por su atención. Pero eso no quería decir que sus

divagaciones, sus alegres comentarios, su energía de torbellino, no acompañaran cada uno de sus pensamientos o no estuviera presente en sus decisiones. Darda'il era una presencia latente, intrínseca y de importancia vital como lo era la conciencia de uno mismo. Ocupaba el mismo lugar que su nombre, su historia o sus gustos; formaba parte de su ser. Y no se había dado cuenta hasta entonces de que Darda'il se había infiltrado de forma sibilina en su corazón porque su vida era un campo de minas: las traiciones y los recuerdos estallaban y el ruido le había impedido escuchar o ver siquiera la belleza de sus demostraciones de afecto. Pero ahora que el ruido se iba extinguiendo, que la bruma de los hechizos y el dolor se disipaba, atisbaba la silueta de la mujer que había estado allí todo el tiempo. Apoyándolo. Creyendo en su inocencia. Defendiendo su derecho a existir. Queriéndolo por lo que fue, por lo que era... y, con un poco de suerte, tal vez también por lo que sería en el futuro.

Aladiah agachó la barbilla para admirar su nariz chata, las medialunas de sus pestañas como los cálidos rayos de un sol vespertino. Le retiró el pelo de las mejillas, suave como su piel salpicada de pecas, y el corazón se le encogió de pura ternura.

Seguía sin saber lo que eran el amor o el romanticismo, pero Darda'il y su modo de aferrarse a él incluso en sueños le dio una ligera idea. Una idea que arraigó con suficiente fuerza para animarle a resistir a la guerra, tanto la interna como la que estaba por llegar.

Abandonó un beso en la raya del pelo y dejó la mejilla allí apoyada.

—Ángel viajero... —musitó, con los ojos cerrados—. ¿Qué habría hecho yo si no hubieras viajado a mi lado? ¿Y qué haré si no viajas conmigo?

Capítulo XLI

—Pero ¿cómo? —murmuraba Valthessar, impertérrito—. ¿Cómo ha podido pasar? ¿Quién se lo ha cargado?

La misma pregunta vagaba por la mente de todos los presentes.

Darda'il no había querido bajar para unirse a la conversación. No tenía fuerzas para que se le arrojaran encima con interrogatorios que no sabría responder. Pero tampoco podía esperar en su dormitorio a que todo se solucionara. Su solución había sido arrastrarse hasta el inicio de la escalera, desde donde captaba las voces que se entremezclaban, incluido el susurro de La Magna.

Por más que intentaba atraer el recuerdo, por más que se devanaba los sesos, todo cuanto veía en el sótano de su secuestro eran las cenizas de Raziel.

Ni rastro de su asesino.

Había pensado en responderle a La Magna que el perpetrador fue Quinto. Era la única criatura presente en la estancia. Tendría sentido. Pero mentirle a La Magna era un pecado capital, y ella, una muy mala mentirosa.

—¿Por qué nos preocupamos? —preguntaba Samael—. Lo importante es que la ha diñado. Ya no será un problema. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—Si hay un asesino por ahí suelto capaz de desintegrar a un seráfico y desaparecer como bruma en el aire, es primordial que lo identifiquemos —repuso Xaphan. Como estaba estipulado en las normas, no miró a La Magna a los ojos al dirigirse a ella, sino a sus pies—. ¿Cómo habremos de proceder, Santidad?

«Vosotros ya habéis cumplido vuestra cuota de participación. Este es un problema que atañe a los miembros de La Sociedad, y aunque os quiero al pie del cañón para colaborar en la resolución de problemas que se les vayan de las manos, el único presente al que le incumbe es Aladiah».

—Aladiah dejó de formar parte de La Sociedad hace mucho —repuso el *rex*.

«Pero tengo entendido que le sobran ideas para reestructurar el sistema. Hay que desenmascarar en público a los traidores, Raziel y Quinto, e iniciar una limpieza exhaustiva de los seráficos que forman la organización. Puede haber más simpatizantes de La Criatura entre nosotros».

—¿Y se supone que he de hacerlo yo, otro que fue acusado de traición hace poco? —Escuchar la voz de Aladiah le aceleró el corazón —. Mi palabra ya no significa nada para ellos.

«Pero ¿y ellos? ¿Tampoco significan nada para ti?».

Hubo un silencio sepulcral.

Darda'il se empezó a poner nerviosa.

—Si vuelvo a La Sociedad, será bajo mis condiciones —advirtió Aladiah, muy despacio—. Todos habrán de estar preparados para nuevos y grandes cambios, y los seráficos no son conocidos por su rápida adaptación. Suelen ser reacios a que les toquen sus queridas instituciones.

«Yo estaré allí para avalar tus decisiones y nombrarte regente en persona. O, si lo prefieres, para nombrarte a cargo. Tú eliges cómo llamarte de ahí en adelante».

—Cuánta confianza en mí de repente. No sé si sentirme halagado o temer por mi vida.

A Darda'il no le costó imaginárselo de brazos cruzados, enfrentando con sorna a la diosa que le había dado su poder.

«Independientemente de que fueras acusado de traidor de forma injusta, Aladiah, no ostentabas tu lugar predominante en La Regencia por los motivos adecuados. Tu espíritu reformista y tu compasión hacia los demás eran admirables, pero nunca del todo genuinos. Tú y yo lo sabemos bien. Si vas a ocupar de nuevo el cargo, si vas a llevar a cabo modificaciones que beneficien a La Sociedad y, sobre todo, si vas a preocuparte de los tuyos, el asiento estará ahí para ti. No obstante, debes soltar los lastres y olvidarte de lo que te llevó a La Regencia en primer lugar».

—No pienso olvidar a mi hermana jamás. Ya lo hice una vez.

«No has de olvidarla como individuo, como un amor que te devuelve a la infancia o a la vida que tenías antes de ser reclutado para luchar por mí. Solo tienes que dejar de usarla como estandarte».

Darda'il no quiso escuchar su respuesta. Había empezado a marearse.

Se levantó a trompicones del escalón y regresó sobre sus pasos para volver a esconderse bajo las sábanas.

Debería avergonzarla su debilidad, y sin duda odiaba haber puesto trabas a la búsqueda de la verdad olvidando de un plumazo lo ocurrido en aquel sótano. Pero por más que intentaba ver más allá, no podía. Una bruma negra y espesa se extendía sobre su memoria, y el estómago se le agitaba, enfermo, si trataba de retirarla con los dedos.

Sospechaba que había algo detrás de las sombras, pero ese algo misterioso era demasiado grande para caber en una mente humana. Demasiado tenebroso para evocarlo sin morir en el intento.

Solo había una certeza presionando su corazón. Una certeza

rescatada de ese sótano que alguien debía haber compartido con ella. La certeza de que, si se quedaba embarazada, su criatura moriría. De que sería impotente a su destino aun si tratara de protegerlo, porque la amenaza que se cerniría sobre él o ella sería implacable.

Confiaba más en ese futuro pintado, en la advertencia secreta, que en sí misma. Más que en lo que podía ver o tocar. Y cada vez que ese pensamiento inundaba su mente, el miedo la paralizaba.

No podría cumplir la profecía. Si lo hacía, estaría perdida.

—¡No te puedes ir ahora! —exclamaba uno de los penitentes. No supo adivinar a quién pertenecía la voz—. ¿No te das cuenta de que todo va de mal en peor? ¡Necesitamos la fuerza y colaboración de todos y cada uno de nosotros!

—Como muy bien ha mencionado La Magna —en esta ocasión sí reconoció el tono sereno, casi indiferente de Luvart—, lo que ha ocurrido con Raziel y compañía es una desgracia que atañe a La Sociedad en exclusiva. Ahora que Raziel no es más que polvo, ha dejado de afectarnos. Nosotros ya podemos replegarnos y volver a nuestros propios asuntos. Claro que se prestará una mano amiga cuando se la requiera, pero no tiene por qué ser la mía. Veo numerosas manos por aquí.

—Estás loco. No podrías haber elegido peor momento —decía Valthessar.

—Confío a ciegas en vuestras capacidades. Insisto: Raziel está muerto, Quinto está muerto o desaparecido... No hay nadie más en La Sociedad con suficiente poder para doblegar a Aladiah o volver a tramar una conspiración. La única tarea pendiente es la reestructuración del clan seráfico, y en eso no nos podemos meter nosotros.

—Así que tu solución es aprovechar y largarte a Utqiaġvik.

—Pero antes pasaremos por París —puntualizó, relajado.

—¿Qué se te ha perdido en Rjukan?

—En Utqiaġvik no se ve el sol durante meses. Este es el periodo adecuado para ir y disfrutar de veinticuatro horas completas con Reyyan.

—Aquí muchos nos querríamos ir de luna de miel, pero tenemos responsabilidades —gruñó Valthessar.

Darda'il no pudo sino darle la razón.

—Es lo que tiene ser el *rex*. Yo me lo puedo permitir porque no tengo una penitencia que cumplir. De todos modos, y por más que te duela, estaba solicitando el permiso de La Magna, no el tuyo.

Hubo un silencio en el que Darda'il habría jurado que todos contenían la respiración. Ella misma se deslizó una vez más fuera de la cama para escuchar con mayor claridad la respuesta de la diosa.

Un gesto ridículo, porque podía hacerse oír en cualquier rincón del

mundo.

«Aunque las amenazas de La Sociedad hayan mermado, el ejército del Enclave refuerza sus filas y está más preparado para el ataque que nunca. No olvidemos que no pudieron recuperarse todas las dagas de acero azul que robaron, y eso supone una desventaja para nosotros. Mientras Aladiah reorganiza su clan protector desde los cimientos, no se podrá contar del todo con ellos, más que para hacer algunos turnos de guardia. Aun así...».

Darda'il se sorprendió.

¿Iba a ceder? ¿Iba a concederle unas vacaciones?

«Ya estaba pensando en reclutar a algunos empíreos de mi séquito para colaborar aquí abajo. Se necesitan refuerzos con urgencia para enfrentar todo lo que se acerca. Y no, prescindir de vosotros dos, elementos indispensables para la lucha, no es lo idóneo. Pero puedo otorgaros tres semanas de gracia, lo que calculo que las aguas tardarán en volver a su cauce. Durante ese tiempo, El Séptimo Círculo podrá estar tranquilo. Mis mejores empíreos ocuparán un lugar en vuestras filas».

Darda'il sospechaba que, de no haber estado la diosa presente, todos habrían mostrado su desacuerdo a través de bufidos. ¿Quién entendía las decisiones que tomaba La Magna? Debía tener un plan oculto, uno que no involucraba a Luvart y a Reyyan y del que, por supuesto, no les iba a informar. Los caminos de La Magna eran inescrutables, pero siempre llevaban a un mundo mejor, aunque hubiera desvíos incomprensibles, callejones sin salida y trampas durante la marcha. Y, aparte de inescrutables, eran secretos. Así que en secreto permanecerían hasta que llegara el momento de revelar por qué había creído que podrían sobrevivir sin uno de los penitentes más habilidosos.

Aladiah se mostró rotundamente en contra de abandonar la casa y, por ende, a Darda'il en su estado febril. De poco le sirvió alzarse contra el *rex*. Se le había metido entre ceja y ceja aprovechar que aún disponían de unas horas antes de tomar La Sociedad para hacer un rápido viaje a Telč.

Aladiah había memorizado ya el trayecto. No así Mara, a la que Valthessar le había vendado los ojos para darle una sorpresa. Aladiah podía imaginarse cuál era, del mismo modo que podía hacerse una idea de cómo Mara lo recompensaría.

Esto hacía que se preguntara por qué diantres le había obligado a hacer el viaje.

¿No prefería disfrutar de cierta intimidad con su *anandha*? Él,

desde luego, habría preferido permanecer a los pies de la cama de Darda'il. O al otro lado de la puerta, donde se creyó desterrado al no obtener respuestas de la muchacha. En estos puestos habían permanecido ambos desde su regreso: ella bajo las sábanas, y él custodiando su descanso.

Aunque Xaphan le había insistido en que pronto se repondría del shock —era mortal, sí, pero había un componente magnánimo en su genética y esto la salvaría de sufrir el estrés traumático de un humano cualquiera—, Aladiah no se sentía cómodo abandonándola. Temía que no se recuperara.

Al menos sabía que había empezado a hablar con Mara. No había perdido la voz ni las ganas de usarla, solo se la oía cansada.

Las preguntas impertinentes de Mara durante el trayecto lo sacaban de sus pensamientos a cada rato. No dejaba de preguntar a dónde iban, qué pasaba, por qué tanto secretismo. Aladiah habría abierto la puerta para arrojarse al arcén si no lo miraran todavía como si fuera a matarse en cualquier momento. No les daría el gusto de cumplir sus pronósticos, sobre todo porque de un tiempo a esa parte, vivir se le antojaba... *interesante*. Una promesa de diversión.

Tendría que acostumbrarse a la verborrea de Mara, además, aunque le doliera escuchar a su hermana cada vez que despegaba los labios.

Le había tentado hacerle saber sus últimos descubrimientos. Mara era lo bastante fuerte para encajar una verdad de esas dimensiones. Por supuesto, se quebraría y durante un tiempo no podría levantarse de la cama. No era de piedra, aunque a veces su voluntad superase toda convención. Pero se sobrepondría, Aladiah estaba seguro.

El que no lo había tenido tan claro era Valthessar, que le había hecho prometer en una segunda ocasión que mantendría en secreto el porqué del accidente de su padre y hermana.

Aladiah no estaba de acuerdo. Pero lo que sentía por Mara, una especie de aprensión mezclada con cariño incondicional, le impulsaba a ahorrarle el sufrimiento por el que él aún penaba.

Por el que parecía que penaría siempre.

Por fin llegaron a su destino.

Valthessar fue el primero en bajar para ayudar a Mara a descender con cuidado. Le hizo un gesto a Aladiah para que los acompañara. No entendió por qué hasta que subieron una vez más el caminillo de tierra y pudo contemplar, sin aliento, lo que Valthessar quería mostrarle a su *anandha*.

—Intenta no enamorarte de mí cuando lo veas —bromeó el *rex*, deshaciendo el nudo de la venda.

Aladiah no escuchó la respuesta de Mara. Se había quedado prendado de lo mismo que asombró a la muchacha en cuanto pudo mirar alrededor.

Aladiah ya sabía que Valthessar y los demás habían aprovechado cada hora libre para devolver la casa a su esplendor original. Lo que no habría imaginado nunca era que obtendrían un resultado tan logrado en tan poco tiempo.

No debería haber subestimado la fuerza y buen hacer de siete penitentes.

Habían arreglado y barnizado la puerta de entrada, de modo que ya no entraría el frío por las rendijas ni correrían el riesgo de que se asentara una familia de okupas. Habían pintado la fachada, por lo que no había rastro de los desconchones de la pintura; lo mismo con el verde de los alféizares de los ventanales y la valla que bordeaba la propiedad, antes carcomida por humedades y abandono y ahora con un saludable aspecto de revista. El buzón rojo, la hierba recién cortada... Incluso habían seguido las indicaciones de Aladiah, que atesoraba esos detalles en su memoria, para replantar en los tiestos las que eran las flores preferidas de Lea. Las orquídeas requerían tiempo y numerosos cuidados para crecer; debían haberlas adquirido en un vivero ya en flor.

Cuando Aladiah pensó que no podría soportar ni un segundo más la contemplación de la casa, ladeó la cabeza hacia Mara. La vio al borde de las lágrimas, y un fuerte sentimiento de protección se apoderó de él.

Lo había pensado a menudo porque era evidente: Mara era el único recuerdo vivo de su hermana, la familia que le quedaba, pero no lo entendió hasta ese momento porque había estado empecinado en lamentar sus pérdidas eternamente. En aferrarse a lo que ya no estaba cuando Mara estaba allí.

Darda'il estaba allí.

Darda'il.

«No vas a devolverle la vida por más que pienses en ello, te sientas culpable o des todos tus pasos hacia la vendetta», le había dicho. «¿Tú estás dispuesto a cuidarme? ¡Si tu vida gira en torno a desquitarte por lo que le hicieron a Lea!».

No había querido pararse a pensarlo. Darda'il estaba afectada por lo que quiera que le hubiese ocurrido —y él, afectado por el mismo motivo— y no le parecía apropiado perder el tiempo con reproches. Sí, fue increíblemente rastrero que mencionara el asesinato de su hermana en una discusión que solo los involucraba a los dos. Pero allí de pie, conmocionado por la visión de la casa que en otra vida fue su hogar, comprendió que nunca habían estado solos. Nunca habían sido solo Darda'il y Aladiah, porque en medio flotaba un espíritu.

Aladiah había estado acompañado por la sombra de su hermana, y, lejos de apartarla para disfrutar de una nueva oportunidad, se envolvía en ella hasta desaparecer. Todo desaparecía cuando Lea

acudía a su memoria, acompañada del fuerte sentimiento de culpa y el dolor de la pérdida.

Aladiah observó que Mara abría la puertecilla de la valla para admirar los detalles de cerca. Cada tanto, se giraba hacia Valthessar con una sonrisa llorosa y señalaba las orquídeas, el buzón recién pintado, la rosaleda. Todo era idéntico. Solo faltaba lo esencial: la propietaria de la casa. Pero Aladiah no vio que Mara se doliera en ningún momento por esto. No le reprochó a Valthessar que hubiera trastocado lo que quedaba de la casa de su madre para darle una réplica fantasma.

Quizá Aladiah hubiera reaccionado así.

Ella solo rehízo sus pasos para abrazar a Valthessar y susurrarle lo que Aladiah dedujo que serían agradecimientos.

—Quién me iba a decir que tenías corazón. ¡Y que me escuchas cuando hablo!

—Solo a ratos. Hablas demasiado y no puedo concentrarme durante tanto tiempo.

Mara se separó minutos después para mirar a Aladiah. Este no se había atrevido a cruzar la verja. Permanecía allí, inmóvil, observando con una mezcla de impotencia y tristeza lo que podría haber sido.

¿Y si no la hubieran matado? ¿Qué estaría haciendo en ese momento?

¿Y Rebecca y Ryan?

De pronto, sintió la mano de Mara contra la suya. Tuvo que apartar la vista de la casa y enfrentar su mirada arrasada por la emoción. Le sobrecogió la sonrisa que le dedicó. Era de esas sonrisas capaces de penetrar las capas oscuras del sufrimiento, las dimensiones de la realidad y hasta la mismísima muerte que les había visto tan solo una persona antes. Una mujer. Una hermana.

—Ya ves que se pueden hacer maravillas con las ruinas que se quedan en el mundo.

—Parece que Lea vaya a salir por la puerta en cualquier momento.

—La verdad es que yo la habría redecorado de otra manera para evitar esa sensación —reconoció, cabeceando—, pero no tenemos por qué volver aquí hasta que hayas entendido que no va a venir. O que no está dentro.

—¿Tú ya lo has entendido? ¿Lo has asimilado? —Hizo una pausa antes de preguntar con timidez—: ¿Cómo? ¿Cómo se hace?

Mara le apretó la mano.

—Dejando de mirar hacia dentro para observar a tu alrededor. Te prometo que, independientemente de lo que se vaya, siempre se queda algo que merece la pena. O, mejor dicho, que merece tu alegría. Tú lo tienes, Aladiah, solo que no te has dado cuenta o no le has querido dar importancia. Por suerte, estás a tiempo de rectificar. ¿Lo harás?

Aladiah creyó ver la sabiduría de su hermana en Mara.

Mara aún seguía viva. A Mara aún la podía proteger. Podía seguir aprendiendo de Lea a través de ella. Mientras Mara estuviera en el mundo, Lea permanecería entre ellos, vital y rebelde como siempre fue.

Aladiah le devolvió el apretón en la mano, pero se reservó sus pensamientos.

Dejar de sufrir por su hermana para dedicarse por entero a proteger a Mara no era la solución definitiva, pero al menos se iría encaminando hacia la liberación. Y en ese camino, como Mara había insinuado, había alguien más.

Por supuesto que rectificaría.

Sería lo primero que haría en cuanto recuperase su vida.

Capítulo XVLII

Al día siguiente, la obligación de asistir al nombramiento de Aladiah la sacó de la cama.

Todavía nadaba en la confusión. El miedo se había asentado dentro de ella, y parecía tan vital ahora, tan necesario para su supervivencia, que Darda'il empezaba a asumir que tendría que vivir con él.

Se vistió apropiadamente con una túnica que le proporcionó Dahlia, la portadora del mensaje de La Sociedad. No podría haber descrito el viaje hasta La Sociedad. Sentía que no ocupaba del todo su cuerpo. A ratos, unos escalofríos le sobrevenían. Tenía la impresión de que alguien intentaba advertirla, recordarle que ella nunca sería del todo suya.

—¿Estás bien? —le preguntó Mara, poniéndole una mano en la pierna. El contacto con otro ser humano ahuyentó al instante los demonios que la atormentaban.

Darda'il recuperó por un instante la sonrisa.

—Creo que lo estaré pronto.

Notaba cómo, poco a poco, la bruma que la tenía confundida se iba retirando de forma natural. No atisbaba a ver más allá, sin embargo, pero ella tenía la plena conciencia de que existía una verdad que se le había negado. Sabía que estaba olvidando algo importante, algo crucial, y que lo olvidaba porque las mentes humanas no estaban preparadas para albergar una idea de su envergadura. Gracias al cielo, su carácter era el ideal para superar vivencias traumáticas como aquella que no podía narrar en su totalidad. Estaba volviendo en sí misma, y cuando hubiera pasado por aquel incómodo proceso de asimilación, podría mirar atrás y reírse de lo ocurrido.

O, bueno, quizá no reírse, pero sí tener la tranquilidad de que no volvería a suceder. Era otra de las certezas que la embargaban: mientras se portara bien y cumpliera la orden, no correría peligro.

Volver a La Sociedad le supuso una mezcla de rechazo y admiración. La última vez había salido de allí huyendo de las atenciones no pedidas de Raziel. Creyó que no volvería a recorrer sus pasillos embaldosados, que no volvería a asistir a una audiencia en el salón, que no vería a Aladiah ataviado con las prendas distintivas de los áureos y su maquillaje dorado en el lugar de La Regencia.

Le resultaba cuanto menos irónico que todo terminara como había empezado: tal y como ella había sabido desde un primer momento que

concluiría. El poder estaba hecho para los que no lo querían, o de lo contrario lo corromperían con su ambición. Solo él podía dirigir La Sociedad.

Había estado vigilando a Aladiah por el rabillo del ojo y se había dado cuenta de que no era una ilusión recalcitrante lo que le movía hasta La Sociedad. Era su elevado concepto del deber, ese por el que lo había admirado y por el que lo seguiría admirando siempre. Aunque lo hubiera perdido por momentos, poseía un espíritu idealista, el deseo de mejorar lo presente y proteger a sus allegados.

Le aterraba que su regreso a La Regencia pudiera conllevar abandonarla. No sabía si su petición de acompañarlo seguía en pie. Estaba totalmente perdida con la conclusión del anuncio que estaba al caer. Lo único que sabía era que había aprendido a deconstruir su amor platónico para quererlo por lo que era, una criatura más humana que sobrenatural, movida por la venganza pero nunca tan carcomida por ella como para no ver lo que tenía delante.

Darda'il sabía que la veía. Pero ¿la veía como ella quería que la viera? No como una compañera o alguien con quien sacar adelante la nueva regencia, sino como una mujer sin la que no podría vivir.

La aparición de La Magna en el complejo de La Sociedad causó una conmoción generalizada. Todos los seráficos que quedaban en pie, algunos confusos y otros atemorizados, se habían reunido en el salón de audiencias para buscar una solución. Había una inmensa cantidad de seráficos que aún no habían pasado por la transición —todavía no podían considerarse como tal, pues eran humanos con las emociones agitadas—, y estos necesitaban un líder al que obedecer. Los albos presentes estaban tan avergonzados por las noticias de la traición de Raziel que no despegaban los labios. Ninguno se había atrevido a dar un paso adelante y apropiarse de La Regencia. Sentían la alianza de Raziel con el Gran Grimorio como algo personal, algo de lo que avergonzarse como grupo, y no se veían dignos de tal honor.

Aunque el digno caminar de la diosa acalló los murmullos, fue la aparición del nuevo Aladiah lo que provocó el verdadero asombro. Darda'il habría sonreído, regodeándose en la sensación que causaba, si la inminencia de la toma de poder no la tuviera al borde del ataque de pánico.

Aladiah tenía ahora la apariencia de un penitente. El tatuaje de la calavera y la serpiente enroscada en el puñal destacaba sobre el lateral de su cuello blanco, al igual que el grueso mechón blanco en la cabellera castaña y la cicatriz de la mejilla que gritaba su condición de traidor. Ni sus ojos ni su mirada eran los mismos, y no se había puesto la túnica ceremonial. Vestía unos vaqueros con rotos en las rodillas y una chaqueta de cuero con cremalleras. Darda'il temió que los seráficos lo interpretaran como que «se había pasado al lado oscuro»,

pero no había pánico ni rechazo en sus rostros. Más bien... *alivio*.

Aquello sorprendió a Darda'il. Sabía que Aladiah fue un regente muy querido por el groso de la comunidad. Solo sus más cercanos, los prefectos del Consejo, le ponían la zancadilla para arrebatarle el puesto o frenar sus modernas medidas. Pero el pueblo llano... No podía negarse que lo hubieran echado de menos. Algunos incluso lo miraban como un salvador, un condenado a muerte que había resurgido de sus cenizas.

¿Acaso no lo era?

Fue La Magna la que ocupó el trono de La Regencia, ubicado a unos cuantos escalones de distancia del suelo.

Darda'il recordaba la disposición del Consejo: en cada peldaño de los seis se solían ubicar, por importancia de menor a mayor —siendo los menores rangos los que se aposentaban en la base—, los doce prefectos. Ahora que todo estaba en el aire y no era el regente el que se sentaba en el asiento presidencial, la escalinata quedaba vacía.

«En los últimos días, la augur Levanah ha sido asesinada por algunos miembros del recientemente desarticulado Consejo de los Doce Prefectos», comenzó La Magna, clavando una fría mirada en cada uno de los presentes.

No podía decirse que ellos tuvieran la culpa, pues las decisiones del Consejo no eran comunicadas a la comunidad y no participaban en estas más que los elegidos.

Aun así, todos agacharon la cabeza.

«El sacerdote Noveno fue torturado y, por ello, se quedará a resguardo entre los empíreos del Autem hasta nuevo aviso: cuando su vida deje de correr peligro. El regente Raziel ha muerto en circunstancias desconocidas, y Quinto ha huido, rompiendo su voto de lealtad hacia La Sociedad. Todo esto nos lleva a pensar que La Sociedad ha abandonado el camino de la rectitud y ahora se precipita al abismo».

»Esta serie de catástrofes comenzaron el día que el regente Aladiah fue acusado de traición y expulsado de La Sociedad. La gravedad de las decisiones que Raziel tomó en su regencia —entre ellas, aliarse con el enemigo acérrimo de esta comunidad—, los presuntos pecados de Aladiah palidecen.

A continuación, con su hipnotizadora voz, La Magna procedió a exponer todos los motivos por los que Aladiah habría de ser exculpado de los crímenes que se le adjudicaron. Resolvió con brevedad y contundencia la existencia de la daga del primer Aladiah y habló de la profecía. Las menciones a Aladiah como el elegido pusieron a Darda'il en tensión. Temía que en cualquier momento la descubriera a ella como la heredera de Asherah, pero La Magna no debía tener la intención de ponerla en el punto de mira, porque no dio su nombre.

Lo agradeció para sus adentros.

«Las profecías rara vez pueden interpretarse al pie de la letra. La joven promesa de La Sociedad habría de acabar con el antiguo régimen y establecer un nuevo sistema, más ajustado a las necesidades del presente, al lado de un alma noble que para él resultara una inspiración. Aladiah no necesitará engendrar herederos para mantener su lugar en La Regencia. Él creará esa descendencia a través de sus nuevas normativas, haciendo de vosotros, seráficos a su cargo, un ejército digno de servirme».

—¿Cómo? —intervino Darda'il. Había estado oculta detrás de Valthessar y Luvart, intentando pasar desapercibida. Su pregunta la colocó en el punto de mira, pero la única mirada que sintió fue la de Aladiah—. ¿La profecía no habla de reproducción... física?

La Magna apoyó los codos en los reposabrazos del sillón. Sonrió de lado, entre despectiva y piadosa hacia su ignorancia.

«En la profecía hay una referencia hacia la carne y la sangre de sus descendientes, sí, pero según el orden de los versos, la suprema dinastía no daría comienzo con ella. Daría comienzo con la comunión de las dos almas nobles», especificó. «Y en la comunión de dos almas no existe vinculación física, sino un acoplamiento espiritual. Un entendimiento. Una "correspondencia de amor y pasiones"».

La Magna se dirigió de nuevo a los seráficos, tan o más perplejos que la propia Darda'il.

«Aladiah fue un buen regente para vosotros durante el régimen que habremos de dejar atrás, pero no fue el regente que estaba destinado a ser. Estaba reprimido por las leyes que debía seguir y sobrepasado por el desprecio que estas le suscitaban. Necesitaba despertar, saldar sus deudas pendientes y romper con todo; vivir en sus propias carnes la experiencia de guerrero protector, libre de restricciones, que más adelante habría de predicar. Su despertar pasaba por conocer el respeto que tendría que caracterizar la convivencia entre seráficos, y el amor que ha de existir entre dos partes a la hora de engendrar descendencia. Su despertar pasaba por convivir con El Séptimo Círculo, la organización complementaria *con* la que deberíais haber luchado siempre, y no *contra*. Aladiah posee conocimientos y experiencias que La Sociedad, la nueva, necesitará para prosperar. Y por eso lo propongo para reanudar sus labores desde La Regencia».

Mara soltó una risita que llamó la atención de Darda'il.

—Dice que lo propone como si fuera un alumno de instituto postulando a su amigo para delegado de la clase —le explicó por lo bajo—. Como si no fuera a hacerse su voluntad, fuera la que fuese.

Sorprendentemente, el propio Aladiah echó por tierra la decisión de La Magna.

—No puedo aceptar el cargo si no cuento con el apoyo de todos y

cada uno de los presentes. Para todos los cambios que pretendo obrar, necesito consenso popular y la certeza de que las mencionadas modificaciones serán bienvenidas.

Aladiah aguardó con santa paciencia a que su público, después de compartir una mirada intrigada, asintiera con la cabeza. Darda'il sentía que todo el mundo estaba ansioso por descubrir cuáles serían las medidas a partir de ese momento.

Pensó que introduciría la mano en el interior de su chaqueta para extraer un pergamino, pero debería haber imaginado que Aladiah lo tendría todo en la cabeza. Ahí había estado su idea de un mundo perfecto desde el inicio de los tiempos.

—No quiero acabar por completo con la disciplina que ha caracterizado a La Sociedad desde su creación —comenzó, acariciando los remates del reposabrazos con los dedos—, pero sí hacer las normas más flexibles para que formar parte de la religión no sea un castigo o un sacrificio doloroso, sino un placer. Tampoco pretendo convertir La Sociedad en una anarquía donde cada uno haga, se comporte y vista como se le antoje, pero cada uno tendrá la oportunidad de elegir su destino. Independientemente de donde nazca un seráfico, si en el seno de una familia humana o entre nosotros, podrá ejercer el derecho de vivir como un mortal o bien unirse a La Sociedad; si, después de un tiempo de servicio, decidiera que ha llegado el momento de marcharse de nuestras filas, se le permitirá sin tomar ninguna clase de represalias. No obstante, si deseara abandonar La Sociedad, tendría que renunciar asimismo a su paso por ella y, por tanto, a todos los recuerdos que le relacionasen con la organización; así protegeremos los secretos de nuestra lucha.

»Los seráficos podrán forjar vínculos íntimos con sus compañeros y reproducirse si así lo determina su relación. Es de importancia vital que los miembros de una sociedad sepan respetar y amar al prójimo por lo que es, y conozcan el sentimiento, para estar en contacto con la realidad de los seres humanos: debemos comprender e identificarnos con la comunidad a la que protegemos, o de lo contrario correremos el riesgo de desvincularnos de la lucha y perder por completo el norte.

»El Consejo no se disolverá. Seguirá estando formado por doce prefectos: dos sacerdotes, dos empíreos, tres albos, tres áureos y dos ocultistas. No obstante, serán elegidos por la totalidad de la comunidad con la decisión definitiva de la diosa Magna, y habrán de cumplir unos requisitos esenciales que eviten lo ocurrido en estos últimos tiempos. Por tanto, se abolirá la institución de La Promesa para evitar la herencia de puestos, en casi todos los casos injusta, y la consecuente desvirtuación del poder.

»Aunque escasas, creo que son medidas lo bastante aparatosas para dejarlas aquí... por ahora. Nos concentraremos en la reestructuración

jerárquica y más adelante nos meteremos de lleno en lo concreto. Si alguien tiene algo que objetar, este es su momento.

Darda'il barrió al público con una mirada ansiosa, temerosa de que a alguien se le ocurriera rebatirle. No había dicho ninguna locura, ¿quién no estaría de acuerdo con él?

En cuanto se alzó una mano vacilante, Darda'il se estremeció.

Para nada, porque la pregunta del joven seráfico fue:

—¿No volveréis a hablar en tercera persona, Sublimidad?

—No, y preferiría que me fuera revocado ese trato reverente. A partir de ahora soy solo Aladiah. —Posó la mirada en la seráfica ubicada a su derecha, que también estaba ansiosa por hacer su pregunta.

—¿Llevaréis el tatuaje de El Séptimo Círculo, o Su Santidad la diosa Magna os lo borrará?

Pensativo, Aladiah se llevó los dedos a la tinta que dibujaba sobre su cuello el símbolo de la serpiente, la calavera y la daga. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Prefiero conservarlo. El Séptimo Círculo y La Sociedad trabajarán conjuntamente a partir de ahora, sin reproches ni rivalidades, para combatir la amenaza del Gran Grimorio. Ostentar un símbolo en común con sus integrantes nos unirá, y, además, creo que me gusta cómo me queda.

Darda'il tuvo que aguantarse una sonrisa. Debía admitir que le encantaba ese Aladiah socarrón. Sentía que tenía muchas cosas en común con él. Al menos, unas pocas más que antaño.

—¿Entonces... nos tendremos que hacer todos un tatuaje? —Vaciló la seráfica.

—No, claro que no. Yo lo llevaré porque le di la espalda a mi fe y encontré a tiempo el camino de la redención. Quiero que se vea como un símbolo de la compasión de La Magna, que se entienda que nosotros, los seráficos, tampoco estamos libres de pecado y, en caso de incurrir en él, tendremos la posibilidad de ser perdonados.

—Ah... —La seráfica asentía, meditabunda. Al final sonrió—. Mola.

—En cuanto a las primeras medidas bélicas que llevaré a cabo como regente de La Sociedad... —continuó, esta vez serio como un monje—. Quiero proclamar enemigo de las razas al sacerdote Quinto. Se demostró que robó las runas del Libro de la Sehara para confraternizar con el Gran Grimorio, asesinó a la muy querida y valiosa augur Levanah y cometió una auténtica aberración contra el sacerdote Noveno que le impedirá desempeñarse como sacerdote. Además, y como todos podréis imaginaros, su profundo conocimiento de la magia de la Sehara, unido a su larga estadía en La Sociedad como prefecto, le convierte en un rival de temer. Es poderoso, más de lo que cabría imaginar, y como conoce nuestros puntos débiles,

necesitaremos de la ayuda de El Séptimo Círculo para darle caza. Nuestra tarea primordial como organización será localizarlo y someterlo a un juicio justo. No estaremos a salvo hasta que lo encontremos.

—Cuenta conmigo. —El *rex* hizo un asentimiento de cabeza con el que ponía al servicio su espada.

—Aún no he terminado. Todavía deseo poner de manifiesto, y ante todos vosotros, la que para mí es la cuestión más vital —prosiguió, incorporándose del asiento para proyectar toda su grandeza sobre el público. Tomó aliento—. Como seráfico y como hombre, estaría faltando a la fe y a mis principios si no fuera agradecido con quien me salvó de la muerte. Con quien me ayudó a despertar. Mi Regencia no podrá seguir adelante, y, por tanto, tampoco podrán ponerse en práctica mis propuestas, si no tengo a mi lado a la mujer que defendió mi inocencia desde el principio.

Lenta pero gradualmente, Todas las cabezas se giraron hacia Darda'il. Solo le prestó atención a la sonrisa juguetona de Mara, que le dio un pequeño codazo y susurró:

—Esa serías tú, nena.

El corazón de Darda'il bombeó con fuerza.

La mirada de Aladiah cayó sobre ella sin necesidad de buscarla. Los dos fibrosos cuerpos que la protegían se retiraron para dejarla a merced de su intenso escrutinio. Darda'il enrojeció ostensiblemente y dio un paso atrás, a pesar de que la mirada firme de Aladiah la atraía como el fuego a las mariposas.

—Te lo dije una vez, ángel viajero. Quiero que estés a mi lado. No como corregente, sino para hablarme de lo que consideras injusto, como que haya albóndigas una sola vez a la semana o solo tengamos dos pares de calcetines. —Aladiah tragó saliva antes de continuar, aunque no se le notaba nervioso. Su decisión era tal que aplastaba toda emoción que no fuera solemne—. Eres una fuente de inspiración para mí.

Darda'il se abrazó los hombros. Todo el mundo la estaba observando.

No quiso comprobar que había incredulidad en los gestos de los presentes.

—Eh... —balbuceó—. ¿No podríamos hablar esto en privado? Diciéndolo en público me estás obligando a aceptar, sea lo que sea que me estés pidiendo. ¿Que sea tu asesora? ¿Que me encargue del comedor de La Sociedad? Porque no sé freír huevos.

Algunos se echaron a reír.

Aladiah supo controlarse, pero una sonrisa iluminó su rostro.

—Que te encargues de que nunca falte el humor en este lugar, por ejemplo. Ni en La Sociedad ni en mi día a día. Es lo que necesitamos

para hacer atractiva la responsabilidad de la organización; para incitar a los seráficos a quedarse y no a huir por piernas.

—Yo no soy una seráfica —musitó ella. No quería que nadie más la escuchara, pero eso era un sueño imposible—. Ha quedado demostrado que vine aquí con un objetivo muy claro, y no era ni luchar ni aprender a hacer magia. Ni nada por el estilo.

—Por eso puedes marcharte si es lo que deseas. Esa será mi primera norma. Nadie estará obligado a luchar por una causa en la que no cree... Pero me gustaría que tú creyeras en mí.

—¡Yo siempre he creído y siempre creeré en ti! —repuso de inmediato, irritada.

Aladiah dio un paso hacia ella, pero gracias al cielo siguió lo bastante alejado para no alterar la decisión de Darda'il.

—¿Qué es lo que necesitas para quedarte, entonces? ¿Quererme? —adivinó—. ¿Qué puedo hacer para que eso suceda?

«¡Dejar de avergonzarme!», quiso exclamar, pero lo último que sentía era vergüenza. Aladiah tenía el poder de aislarla del público al convertirla en el foco de su atención. Si solo ella existía para él, y eso parecía por la mirada que le dirigía, entonces el mundo entero estaba vacío, desierto, excepto por ellos dos.

Los únicos supervivientes.

«¿Quererme? ¿Qué puedo hacer para que eso suceda?».

Darda'il no se lo pensó. La impulsividad le ganó una vez más.

—Quererme tú a mí. —Sabiendo que le pedía peras al olmo, que aún era demasiado pronto, carraspeó y se desdijo—. O, por lo menos, demostrarme que podrías llegar a quererme algún día. Quererme por encima de lo que te hace odiar al universo, me refiero. Quererme lo bastante para dejar de echar de menos lo que te falta, y lo suficiente para darte por satisfecho conmigo. Si lo hicieras... podrías sentarte ahí arriba con la certeza de que te acompañaré en cada decisión que tomes.

Le sostuvo la mirada a Aladiah, que lo hizo a su vez con energía renovada.

Resultaba tan chocante asistir al surgimiento de emociones tan intensas en unos ojos que antes estaban anclados a la muerte, y tan terriblemente emocionante a la vez.

Darda'il pensó que se desmayaría allí, que la tensión la partiría en dos.

Aladiah no respondió. En su lugar, se dio la vuelta y subió los escalones que lo llevarían al trono de La Regencia. Confundida al principio, Darda'il pensó en perseguirlo y arrearle un golpe por dejarla con la palabra en la boca.

Enseguida entendió lo que significaba que tomara asiento allí una vez La Magna le invitó a sustituirla.

Ya sentado, Aladiah extendió los brazos con las palmas hacia arriba. Con el gesto, parecía preguntar qué les parecía. La inmensa mayoría soltó una risita nerviosa. Todos los áureos sin excepción, conscientes de que había defendido hasta el final el derecho a ser del supuesto linaje inferior, se arrodillaron. Fue una reacción en cadena que continuó con los humanos pendientes de pasar por la transición. Los albos tampoco titubearon. No estaban en posición de mostrarse reacios, y se les veía convencidos. Terminaron agachándose con algo más que la resignación habitual. Hasta el *rex* de El Séptimo Círculo, sonriendo de lado como un canalla, hincó rodilla. Por primera vez, con verdadero placer.

Un placer que Aladiah le reconoció cabeceando en su dirección.

Solo Darda'il se quedó de pie, y no porque quisiera rebelarse contra él, sino porque se había quedado prendada de su aspecto; de lo contradictorio que era que un hombre con un tatuaje de penitente tomara asiento en el sillón presidencial... y lo bien que se mimetizaba con este.

Había nacido para estar allí, eso era innegable.

Aladiah apoyó las palmas de las manos en el borde de los reposabrazos y adoptó una postura que nadie le había visto jamás. Siempre se sentaba sin llegar a acomodarse del todo, consciente de que el poder le había sido temporalmente legado y no debía confiarse ni subestimarlo. Esta vez confiaba; le confiaba su vida, incluso, porque se repantigó y sonrió a sus anchas. Había estado tan preocupado en el pasado por la reputación, por la solemnidad que acompañaba al cargo, que supuso una conmoción general que le dijera a Darda'il:

—La primera orden emprendida en esta nueva regencia va dirigida a la prometida Darda'il.

Ella se tensó. ¿Iba a mandarla ejecutar, o algo así?

—¿Qué hago?

Él sonrió, juguetón.

—Ven aquí y bésame.

Epílogo

Dagon había decidido retirarse del nombramiento informal de Aladiah. Ya asistió al primero, cuando aún llevaba la melena de Légolas y las mismas lentillas azules; no veía cómo la segunda vez podría ser diferente. Solo se perdería la enumeración de las normas que habrían de inaugurar el nuevo régimen. Nada que fuera interesante. Al menos, no tanto como lo que había presenciado: el mal disimulado entusiasmo de los seráficos al ver en su regente a un tipo con un comportamiento más bien inapropiado.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón *vintage*. Paseaba por los desiertos pasillos de La Sociedad en busca de un rincón donde disfrutar a solas de su derrota. Prefería que nadie se enterase nunca de lo que aquellos últimos días habían supuesto: un revés mortal para su esperanza de sobrevivir.

Por supuesto, Dagon no consideraba haber luchado hasta el final por el corazón de Darda'il. Ni siquiera haberlo hecho en un principio. Había confiado a ciegas en los sentimientos que la joven había despertado ya en el primer *tête à tête*, pues suponía que eso era lo que debían hacer las almas destinadas. El poder de la atracción era tal que no necesitaban mover un dedo por su final feliz. Este llegaba a ellos por obra y gracia de la predestinación entre penitente y *anandha*.

Había hecho bien al no tomarse la molestia. No era para él. Fin de la historia.

Dagon se asomó al claustro del Consejo, un modesto patio interior decorado con piedra caliza y maderas nobles que recubrían también las columnas de los extremos. Lo iluminaban un sol de invierno y los gruesos cirios con olor a incienso que se prendían para embellecer el altar a la diosa Magna.

Sabía que no tenía derecho a estar allí, pero entró de todos modos y se sentó frente al altar de las ofrendas. Flores de jazmín, entre otros símbolos representativos de la religión, habían sido colocados allí a cambio de un favor. Nunca había visto un altar tan rico en ofrendas. Claro que La Sociedad había tenido mucho por lo que rogar auxilio en los últimos días.

Él también quería hacer su petición.

Arrancó una de las flores de la planta de jazmín que crecía junto al altar. La giró entre los dedos índice y pulgar, admirando el movimiento de hélice con una sonrisa amarga.

Aunque había huido del salón de audiencias para ahorrarse la crueldad de seguir presenciando una declaración de amor, lo cierto era que tampoco estaba sufriendo. En comparación con la indiferencia que solían causarle las mujeres con las que salía siendo humano, sí, debía admitir que la obsesión por Darda'il le había pasado factura. Pero esperaba que el corazón se le rompiera y nada de esto sucedía.

Y en lugar de alegrarse, se dolía.

—Quizá no fuera mi *anandha*, después de todo —meditó en voz alta, los ojos puestos en la florecilla—. Si lo hubiera sido, no habría estado destinada a otro tío, eso para empezar. Me conozco la teoría, no creáis que no, mi diosa, pero me dejé llevar por el entusiasmo y ahora... Creo que ahora he perdido un poco la esperanza.

Dagon agachó la cabeza y suspiró.

—No es por despreciar a mis compañeros, que, a su manera, hacen todo lo posible por obtener vuestra absolución. Sin duda, merecen encontrar a su pareja eterna. Pero me parece que, entre todos, yo soy el que más logros ha acumulado. El que se ha metido en menos peleas. El que ha hecho muy buenos números en las guardias nocturnas. El que siempre tiene una mano tendida, es amable con los desconocidos, solícito con quien necesita ayuda... ¡Incluso reciclo! ¡El único que recicla en esa casa! He sido fiel y generoso, además. Quizá me haya flaqueado la paciencia, pero eso es todo. ¿Por qué, entonces, mi *anandha* se hace tanto de rogar? ¿Estar ansioso por entregar todo el amor que albergo, que reservo para ella, no es un ejemplo muy representativo de mis virtudes?

»Para mí, el amor que se experimenta hacia la *anandha* supera toda convención. Todo lo puede. He visto lo que hace en los penitentes más escépticos y no puedo evitar desear fervientemente algo similar para mí. Por eso quiero hacer esta humilde ofrenda. Quiero pediros, Santidad, que me concedáis el honor de encontrar a mi mujer...

No llegó a posar la flor sobre el cuenco de madera de las ofrendas más pequeñas. Una brisa fresca le acarició la nuca, poniéndole el vello de punta.

En ese soplo de aire estaban las palabras que La Magna le dirigió.

«Es un tanto irrisorio, incluso insultante por la parte que me toca, que un penitente que acumula posesiones de incalculable valor entregue en ofrenda una simple flor de jazmín. Sobre todo cuando lo que desea a cambio es la mayor de todas las gracias divinas».

Dagon se dio la vuelta enseguida.

La Magna en persona.

No había regresado aún a su palacio entre las nubes, entonces. Lo observaba con las manos entrelazadas en el regazo. Las cejas, a juego con su melena caoba, se enarcaban en una expresión de censura.

Dagon aprovechó que estaba arrodillado para no moverse y solo

agachó la cabeza.

—¿Qué queréis, pues? Puedo entregaros las llaves de mis casas, de mis vehículos; mi armario de prendas de diseño al completo. Puedo cortarme el pelo y regalarlos mis rizos, que hasta ahora son mi posesión más preciada. Yo solo deseo... —Bajó la voz, sabiendo que lo que estaba mencionando era sagrado—. Deseo el amor de un fragmento de vuestra alma. O tan solo su personificación. Ya me encargaré yo de que me ame.

No vio venir la reacción de La Magna.

Primero soltó una carcajada que hizo florecer los tiestos, ubicados en cada esquina del claustro. A continuación le dirigió una mirada gélida en la que nadaba la condescendencia.

«Eres tan ingenuo».

Dagon pestañeó.

—Diría que soy un tanto desastroso, a veces inocentón por gusto, porque me gusta engañarme a mí mismo si la mentira es agradable, pero ¿ingenuo? Claro está que, si Su Santidad así lo considera, seré ingenuo. Todo lo que ella diga.

La Magna se acercó a él con los dedos aún entrelazados. La escueta cola de su túnica y su cabello de fuego ondeaban a la espalda. Las puntas de la melena no chispeaban tanto como sus ojos, en los que nadaba una ofensa cuyo origen Dagon no comprendió.

¿Qué la había molestado tanto?

«Yo te lo diré», le dijo tras leerle el pensamiento. «Parece que has olvidado por completo los pecados que cometiste. O tal vez ni tú mismo supieras desde un principio por qué formas parte de El Séptimo Círculo. Nada en tu carácter indica una tendencia a la insurrección en ninguna de sus manifestaciones, y, aun así, hete aquí». Hizo un gesto con la mano para abarcarlo. Un gesto enormemente despectivo. «No lo sabes, ¿verdad? No sabes por qué estás aquí y no entre mi séquito de empíreos. No sabes por qué haces penitencia».

—Por supuesto que lo sé. —Pero sonó vacilante. De pronto se le habían entumecido las yemas de los dedos—. Porque le arrebaté la vida a quien no debía.

La Magna sonrió como si hubiera dicho una estupidez.

«No sabes por qué haces penitencia», zanjó. «Tu desconocimiento es tu perdición, Dagon. No puedes arrepentirte si no tienes idea alguna de lo que hiciste, y, siendo así, ¿cómo esperas recibir la absolución?».

—Decidme cuál fue mi error. —Dagon se puso en pie a trompicones —. Iluminadme y podré enmendarme.

La Magna sacudió la cabeza. Chispas de fuego se desprendieron de su pelo y fueron a parar en todas direcciones. Desaparecieron al primer contacto con el suelo de piedra del claustro.

«Nunca reconocerás tu actuación como un atentado contra mí,

porque a día de hoy estás convencido de haber obrado correctamente», atajó La Magna con sequedad. «Tu definición de moral no casa con la mía. Incluso contradice el sistema de penitencia. Por eso y nada más, y no es ni nunca fue poco, jamás descansarás en paz».

Dagon dejó de sentir las piernas.

—¿Cómo?

En algún momento, La Magna se había acercado a Dagon más que a ningún otro penitente. Pensó que lo abofetearía. Era obvio que tenía su ignorancia como un comportamiento insolente. En su lugar, lo tomó dulcemente de la barbilla.

El tacto de La Magna terminó de helarle la sangre en las venas, señal de que Ella lo despreciaba. Señal de que Ella jamás le proporcionaría su calor.

«Ninguna mujer vendrá a salvarte. No hay *anandha* esperando que la encuentres, y si te rebelas contra mí y la buscas, solo ratificarás tu triste verdad. Estás condenado a padecer una angustiosa soledad», determinó solemnemente.

«Eres y serás un alma a la deriva, Dagon. Ahora y siempre».

Nota de autora

Dios santo, menudo lío, ¿eh? Se van resolviendo algunas cuestiones; otras, como veis, nos quedan pendientes.

¿Cómo es que a Quinto le llamaron Leviathan? ¿Dónde se ha metido? ¿Es que nadie puede ver al Gran Grimorio? ¿Y si Darda'il se queda preñada? La única duda que puedo responder es la siguiente: sí, sé cómo funcionan las pastillas conceptivas, y porque Darda'il se tomara una no iba a evitar la concepción. Suerte que no estaba en su día fértil cuando Aladiah y ella por fin intimaron y no se quedó embarazada, como ratifican nuestros amigos Raziel y Quinto —o como quiera que se llame en realidad—. Que conste que no promuevo ni promoveré el consumo de pastillas anticonceptivas. Si no queréis tener bebés, usad preservativo, que no tiene efectos secundarios y no hace falta ponerse ninguna alarma en el móvil para tomárselo.

Dicho esto, paso a recordar una vez más que El Séptimo Círculo es una saga de libros que no se entienden ni sobreviven los unos sin los otros. Cada novela cuenta una historia de ¿amor? —lo digo entre signos de interrogación porque, aunque sea el eje, no es lo más importante... no sé si tiene sentido lo que digo— que se resuelve en el mismo tomo, pero toda la trama de fondo se va desarrollando a lo largo de las entregas, que van a ser unas cuantas aprovechando que tenemos varios penitentes en necesidad de salvación. Aunque de tres libros que llevamos, solo uno era un penitente de verdad. Qué taimada y perversa soy, ¿verdad?

No sintáis que la historia está inacabada, porque como veis, hasta las relaciones románticas van desarrollándose poquito a poco a lo largo de las novelas. Mara y Valthe tienen aquí sus pinitos, al igual que Luvart y Reyyan, y así será en el futuro con las parejas que puedan surgir. Recordad que en cada libro pasan, a lo sumo, quince días. Y en quince días no se enamora ni se conoce alguien, por muy predestinados que estén los tíos.

Gracias por leer mi tercera novela publicada de estilo paranormal/fantástico —fantástico en cuanto a perteneciente a la fantasía, no que mole mucho—, mi género menos escrito y con el que más me arriesgo y, por cierto, con el que mejor me lo paso. Agradeceré todo el feedback que me queráis hacer. Por ahí tenéis mis redes sociales para comunicarme cómo os habéis sentido, lo que os va pareciendo, quién

es vuestro favorito y por qué Luvart.

Seguiré trabajando en esta saga con ahínco e ilusión y procuraré manteneros alerta todo el tiempo para que no os aburráis ni un segundo.

¡Besos a todos mis ángeles viajeros!

Glosario de términos

➳ **La Magna**. Primera fuerza y poder omnipotente, omnipresente y omnisciente. Fuente de vida.

➳ **Primer Final.** Primera traición a la Magna, llevada a cabo por el Gran Grimorio.

➳ **Segundo Final**. Segunda traición, llevada a cabo por Mithrael (regente de La Sociedad en tiempos griegos) y Asherah (princesa fenicia con la que engendró a los áureos).

➳ **Gran Grimorio**. Primer traidor de la Magna y mente pensante detrás de la organización enemiga de la diosa y sus creaciones: el Enclave. También llamado «El Traidor», «La Criatura» o «El Que No Puede Ser Vencido».

➳ **Suprarrealidad**. Se divide en el Autem, hogar de la diosa, los empíreos y aquellos que tras su muerte les fue dada una segunda oportunidad, y el Fatem, donde descansan las almas de las criaturas sobrenaturales a las que la inmortalidad les es arrebatada.

➳ **Subrealidad**. Sinónimo de La Tierra.

➳ **Seráficos**. Criaturas creadas por la Magna para proteger a los seres humanos de las fuerzas del Enclave. Se organizan en torno a La Sociedad y se dividen en dos linajes: el de los Albos, primigenios, inmortales, con poder sobre la magia blanca y ciegos, y el de los Áureos, mestizos de albos y humanos, mortales, estrategas y empáticos.

➳ **La Sociedad**. Nombre que recibe el clan de los seráficos en La Tierra, no solo el ubicado en Praga sino a lo largo y ancho del mundo. Su deber es frenar los avances del Enclave.

➳ **El Enclave**. Nombre que recibe el clan de los engendros y esbirros del Gran Grimorio, liderados por su general, Metraton.

➳ **Consejo de los Prefectos**. Máximo órgano de poder divino, fundamentalmente judicial, en La Tierra. Se encuentra en La Sociedad y consta de doce prefectos. Tres pertenecen a los Albos, tres a los Áureos, dos forman parte del Séquito de la Magna en el Autem y bajan para representar la ley divina en calidad de empíreos; dos son humanos con talentos sobrenaturales (generalmente videntes, augures y manipuladores de auras) y los dos últimos son seguidores de la Sehara o practicantes de la magia *albis*: sacerdotes de la Magna.

➳ **La Promesa**. Institución que une a dos seráficos en La Sociedad.

Un seráfico con dones se convierte en el alumno de uno de los prefectos —generalmente, uno que posee su mismo poder— para ayudarlo a desarrollarse y posteriormente ocupar su lugar en la tribuna del Consejo. Es considerado un honor.

➳ **Empíreos**. Humanos que sacrificaron su vida mortal por un individuo que habría de marcar un impasse en la historia del mundo. Fueron reclutados por la Magna para formar parte de su séquito personal y del ejército que habría de bajar a La Tierra para luchar si la situación política requiriese refuerzos; también para misiones terrestres concretas.

➳ **Penitentes**. Empíreos que traicionaron a la diosa y fueron desterrados del Autem para luchar en La Tierra junto a los seráficos. La única manera que tienen de obtener el perdón de la diosa es consiguiendo el amor de la *anandha*.

➳ ***Anandha***. Fragmento del alma de la Magna que se reencarna en cuerpos mortales, masculinos o femeninos, cuyo único cometido es que el penitente la encuentre y se gane su favor. Así es como obtienen el perdón de la diosa y pueden volver al redil.

➳**El Séptimo Círculo**. Nombre que recibe el clan praguense de los siete penitentes. Su deber es el mismo que el de La Sociedad: proteger a la humanidad del Enclave.

➳ **La Triple Maldición**. La reciben los penitentes cuando traicionan a la Magna. Consiste en despojarlos de su nombre, lanzarlos al destierro y añadir un castigo personalizado.

➳ **La Sagrada Crónica**. Recopilatorio de todos los hechos acaecidos en La Tierra y en la Suprarrealidad que se conocen desde que la Magna apareció en el mundo. De ella se encarga Hocus, el escribano inmortal.

➳ **El Libro de la Sehara**. Recopilatorio de todos los trucos y formas de hacer magia blanca que se conocen, todos ellos gracias a la gran hechicera de todos los tiempos: Sehara.